Vida de Don Juan Manuel de Rosas

Tomo 3



VIDA DE DON
JUAN MANUEL DE ROSAS

Manuel Gálvez

VIDA DE DON JUAN MANUEL DE ROSAS

TOMO III

Coedición especial:





Comentarios y anotaciones de capítulos
JORGE PERRONE

Realización en co-producción editorial, bajo idea y supervisión de
Salvador Schillaci

Dirección técnica y coordinación
Luis Roberto Barone

Diagramación y ordenamiento
José Grimberg, Enrique Villarreal y Ricardo Parpagnoli

Selección fotográfica y artística
Héctor González

Fotografías
Foto "Díaz"

Composición en frío y películas
"Centrograf" - Riobamba 436 - 8º p. Bs. As.

8

B. Aires

Rosas a Guido — Junio 22 de 1835.

Mi estimado amigo:

La de V. fecha 16 del presente es muy admirable para mí por la nobleza de su objeto.

La había visto también lo que dicen algunos impresos publicados en Francia, en deshonor de nuestra tierra. Lo más extraño no es esto, sino que nuestro ministro, en tantos materiales publicados, no hubiese contestado reparando en lo posible un ~~abuso~~ avance semejante. Por mi parte, hasta hoy no me he resuelto a tomar parte directa en la defensa, esperando que mis paisanos los literatos y amantes del honor nacional, combatirán de frente la impostura, sosteniendo la dignidad argentina y la de sus buenos hijos.

Si V. es uno de ellos, yo le agradeceré el servicio que rendirá al país, y particularmente a su afmo. compatriota,

J. M. de R.

(~~Esta carta, [illegible]~~, está en el legajo Gob.— Nº ~~1833~~ Guerra 1833, Esp. el Colorado, Mayo-Junio Sal V. cuerpo XXXV — A. 2. Nº 6

⊗ 1838 – Sec. Rosas
Cuerpo 29 —— A. 1 — Nº 2.

Rosas a Cullen (24 abril)

~~Nicolás de Rosas a [illegible]~~ Dice que Mandeville representó desde el principio por la justicia de nuestra causa. ~~bloqueo~~ [illegible] contrario al Derecho de gentes. Cónsul G. B. y demás agentes lo han seguido. También [illegible] inglés opuesto a intervención en Bolivia.

Párrafos de una carta del ~~[illegible]~~ Cónsul inglés de Montevideo: "No solam.te no es cierto que los montevideanos "tomen parte en la causa de los franceses sino que el hecho "es todo lo contrario. No he oído a uno hablar en favor "de la causa francesa sino a Mr. Lafone y al Cónsul francés. "Los federales y los unitarios, a una, consideran esto "como una cuestión nacional en la cual los montevideanos coin"ciden enteram.te en condenar las pretens.nes fran.sas y el modo "que han adoptado p.a llevarla a cabo. — Los ingleses, y "más de la mayor parte de los franceses residentes aquí "parecen de opinión que aunque F.cia hubiera tenido al"gunos motivos de queja, sin embargo de lo que se ha publi"cado y sabido, no parece hayan llegado a aquel grado "de injusticia que pudiera justificar la aplicación "de la fuerza, cuando pueden haberse adoptado o"tras medidas pacíficas, por ej. haber mandado la F.cia "un agente diplomático para discutir por principios "lo que se ha exigido tan sin ceremonias por el bloqueo".

Juan P. López a Rosas, en 12 nov. 1838. Ya reclama al gob. de Córdoba por la entrega a Cullen.

Rosas a López (J.P.) Oct. 6.

"Las cartas originales que V. me ha mandado del facineroso Seiva y de Keré... revelan a clara luz el plan [illegible] del forajido Cullen y de su círculo." — "nombram.to provisorio de Galisteo, porque debemos considerarlo obra de los manejos del gallego Cullen.

De varias cartas. Vice Rosas:

"Nuestra posición es apurada, pero es la Divina Providencia que quiere premiar nuestros sacrificios, colocándonos a la vanguardia de una cuestión la más gloriosa e importante para todo el Cont.te Americano."


MUERAN LOS
TRAIDORES
ASQUEROSOS
UNITARIOS
MUERA EL LOCO
SALVAGE
URQUIZA

Divisa federal.

CAPITULO XVII
GUERRA CIVIL

Comienzos de 1841. Lúchase en casi todas las provincias, y con el mejor éxito para Rosas. En *Sancala*, lugar de Córdoba, es derrotada el 8 de enero, por tropas de Oribe, una división que Lavalle enviaba a Mendoza.

La ciudad de Córdoba, desde fines de diciembre, está en poder de los federales, lo mismo que Mendoza, en donde ha sido vencida una revolución. Lavalle, con los restos del Ejército Libertador, dirígese a Catamarca, de donde tiene que huir hacia la sierra junto con Brizuela, abandonando su artillería por haberse levantado contra él los catamarqueños en los últimos días de febrero. En Salta ha estallado una revolución contra los unitarios. Lamadrid, que de Córdoba ha huido a Tucumán, organiza en esta ciudad un nuevo Ejército Libertador. En esta larga campaña de 1841, se destacan el gobernador de Mendoza, Aldao, y el de Santiago del Estero, Ibarra, que ahora tiene por adversarios a sus antiguos amigos: Cubas, de Catamarca, y Brizuela, de La Rioja. Ahora, al ver a estos hombres en guerra contra Buenos aires y la Federación y unidos a Lavalle y a los unitarios, sorprende la perspicacia de Rosas, que los adivinó bajo la influencia de Cullen.

Crueldad de la guerra

¡Guerra cruel! Rosas, a raíz del triunfo en *Sancala*, aconseja al gobernador de Córdoba depurar la provincia de "inmundos traidores". Le dice que "en sus personas y en sus bienes deben sentir las terribles consecuencias de su iniquidad, su alevosía, su salvajismo asqueroso y feroz" y que "los firmes y redoblados golpes de la justicia" deben exterminarlos; y el gobernador ejecuta a varias personas conocidas. Aldao fusila en gran escala. El propio



Rosas en 1841.

Rosas condena a muerte a tres oficiales prisioneros de la batalla del *Quebracho Herrado*. Pero los unitarios también fusilan, y además asuelan las poblaciones. Las tropas de Mariano Acha saquearon a Loreto, en Santiago, y Lamadrid, poco más tarde, impone el terror en Mendoza: fusilamientos, azotes a granel, registro de las casas para apoderarse del dinero y objetos de valor, y encarcelamiento de lagunas señoras, varias de las cuales son engrilladas. El general Evaristo de Uriburu, refugiado en Tupiza, le escribe a Rosas en abril, hablándole de su próxima invasión. Le mandará algunos de los prisioneros y a otros les dará "pasaporte al otro mundo". Afirma que con "la canalla unitaria" no cabe otra cosa. Enumera las atrocidades que han cometido con su familia y con sus bienes, y añade: "Y mi cabeza la han puesto a tasa, de manera que no me han dejado otro recurso que morir o acabarlos. He aceptado el desafío y voy a ver quiénes somos más felices". Los emigrados en Chile le escriben a Brizuela, aconsejándole represalias: consideran conveniente que *todos* los que empuñan las armas en favor de Rosas, tengan "la evidencia de que han de morir si caen en las manos de sus enemigos". En mayo han promulgado estas máximas feroces: "Debe darse muerte a todos los prisioneros y a todos los enemigos"; "Debe tratarse de igual modo a los *capitalistas* que no prestan socorro"; "Es preciso desplegar un rigor formidable, y todos los medios de obrar son buenos y deben emplearse sin vacilación alguna, imitando a los jacobinos de la época de Robespierre". Lavalle condena a muerte en La Rioja a cuatro personas, una de las cuales eviábasela Rosas con proposiciones de paz: fray Nicolás Aldazor, guardián del convento de San Francisco. Acto de barbarie inaudita, agravado por tratarse de un sacerdote. "Se nos intimó –dice el fraile– que por orden del general Lavalle debíamos morir dentro de un cuarto de hora que nos concedía para confesarnos. Cuando ya íbamos a ser ejecutados y esperábamos de rodillas descargasen el golpe, se me separó y colocó a espaldas de los tres reos, que en el momento fueron fusilados". El fraile se salva porque un unitario que llega en ese momento le demuestra a Lavalle el error que significa, en esas poblaciones católicas, el fusilar a un sacerdote".

La guerra va también a enardecerse por el lado del Uruguay. Rosas cierra los ríos Uruguay y Paraná a todo barco que no esté patentado por el gobierno de la Confederación, bajo el pabellón nacional. Los buques orientales que, transcurridos quince días, sean encontrados, se considerarán buena presa. Generosidad de Rosas, pues hallándose en guerra con el Uruguay, no tiene por qué darles a sus buques semejante plazo.

Mientras tanto, Rosas ha comunicado a la Sala que aceptará seguir en el gobierno otros seis meses. Créese generalmente que su negativa a continuar por varios años no es sincera. Pero, ¿con qué objeto tantas renuncias? Se explicaría si las presentara con el fin de lograr un aumento de poder. ¿Y no tiene el poder absoluto? ¿Y no se lo darán por el tiempo que quiera? Tres hipótesis: o realmente desea descansar y retirarse a la vida privada; o bien trata de divertirse a costa de los representantes asustándolos con la perspectiva, para ellos trágica, de su definitiva ausencia del mando; o acepta por seis meses con la esperanza de la completa pacificación del país y la supresión de todo peligro, pero hechos nuevos le deciden a continuar.



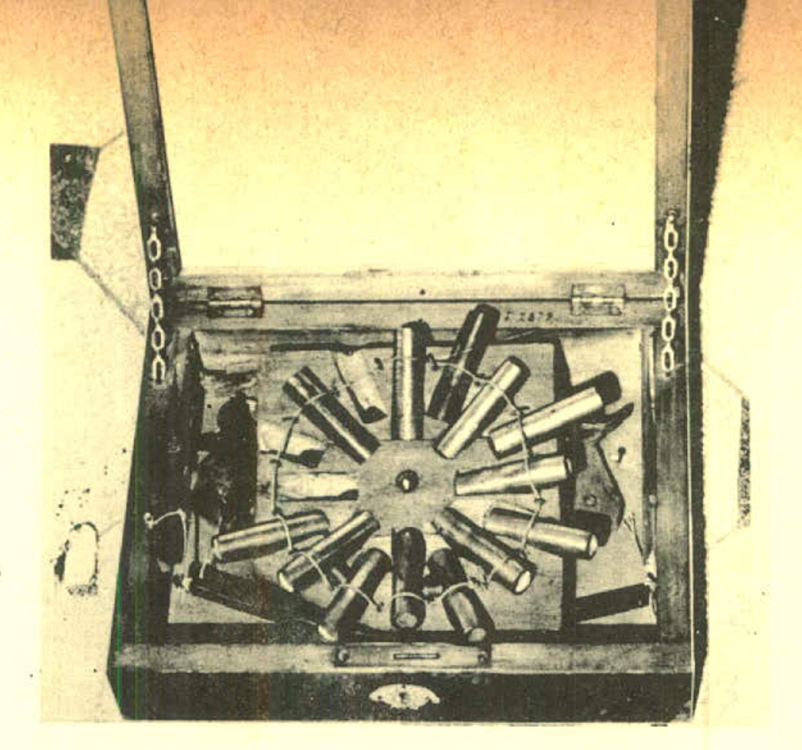
José Rivera Indarte, redactor de "El Nacional", preparó una "máquina infernal" disimulada en una caja estuche de medallas, que casi le cuesta la vida a Manuelita y una amiga al fallar el dispositivo que debía hacerla explotar.

La máquina infernal

Sus enemigos, que no pueden vencerle por las armas, van a intentar asesinarlo.

Ha llegado a Montevideo, dirigida al cónsul de Portugal en esa ciudad, una colección de medallas que le envía la Sociedad Real de Anticuarios del Norte, de Copenhague. La Sociedad recurre al cónsul sin duda porque teme que, a causa del bloqueo, Rosas no reciba la caja; recordará que la nota designándole socio, enviada a fines del 37, fue contestada por Rosas a principios del 39. Con la caja, ancha de un tercio de vara, viene una carta; contiene la llave y el secreto de cómo debe abrirse. Los enemigos de Rosas —fácil treta para ellos, pues dominan Montevideo— secuestran el envío, que pasa a manos de los redactores de *El Nacional*. Uno de ellos, José Rivera Indarte, el hombre que más odia a Rosas, que dos años después considerará *acción santa* matarlo, transforma la caja de medallas en una "máquina infernal". Coloca dentro unos cañoncitos bien cargados, que dispararán en cuanto se abra la tapa. El librero Jaime Hernández, muy vinculado al grupo de *El Nacional*, referirá años más tarde a un hermano de Rivera Indarte haber tenido en su casa, durante una noche, el mortífero aparato. Los asesinos preparan el envío al Cónsul como si la caja acabara de llegar. El Cónsul se la entrega al edecán del almirante Dupotet; y el edecán, a Manuelita.

La hija del Restaurador se la lleva a su padre, que trabaja en su dormitorio. Don Juan Manuel se la hace dejar sobre el lecho. Al otro día, allí mismo, Manuelita, que ya había leído el día antes el oficio del Cónsul, la abre, con la ayuda de una amiga y una criada. Apenas descosen el forro, y Manuelita introduce la llave y la hace girar, la tapa salta, con un ruido como si algo se



Caja "trampa que muestra el dispositivo montado para accionar como explosivo al ser abierta . Este atentado contra Rosas se realizó en 1841, aprovechando el envío que como obsequio le enviara el embajador de Portugal en Dinamarca.

hubiera roto adentro. Rosas se pone en pie bruscamente, le quita la caja a su hija, la pone sobre la cama y la examina. El oficial de su secretaría le advierte que hay un gatillo. "¡Qué diablos de salvajes unitarios! ", exclama Rosas. Impasible, añade: "Son dieciséis cañones cargados a bala y ligados a los lados de la caja, de modo que explotasen al abrirla. Uno solo bastaba para matar a mi hija, siendo así que venía destinado para mí". Manuelita abraza a su padre y se echa a llorar.

Apenas enterado, Dupotet envía a su edecán a Montevideo, para pedir informes al Cónsul de Portugal. El Cónsul, indignado contra los criminales, que han querido complicarle, viene a Buenos Aires a probar su inocencia. Y como sus palabras dejan mal parado al gobierno de Montevideo, Rivera le da sus pasaportes, si bien luego se arregla el incidente.

Adhesión y fiesta

El fracaso del asesinato renueva las fiestas y las adhesiones, ahora más entusiastas que nunca. Los brindis, notas y discursos revelan lo que hubiera ocurrido de haber muerto Rosas. Cuitiño: "la sangre inmunda de esos caribes habría corrido por las calles de la ciudad a torrentes, y nuestros puñales, hundiéndolos de uno en otro pecho, serían incansables en saciar nuestra venganza". El coronel Quesada pide que cesen "todas las consideraciones con esta canalla, y todo el que sea enemigo nuestro que perezca, pues es éste el destino que ellos tenían preparado

para nosotros". Manuel Maestre: "sólo los respetos a V. E. nos han contenido hasta ahora de concluir con la canalla unitaria y toda su miserable descendencia". Y el cura de Salto afirma que, si Rosas muere, el pueblo aserrará los pescuezos de los unitarios, para llenar con la sangre de esos hombres "un hondo estanque en el que se bañarán los patriotas". Es de notar que no comprometen hacer semejantes cosas, sino que creen han de suceder en el caso que muera asesinado el Restaurador. *El Nacional*, sin embargo, cambia el texto para hacer decir a esos entusiastas federales, no lo que el pueblo haría, sino lo que cada uno de ellos tiene resuelto hacer.



Luisa Sánchez de Astorga dama de la sociedad de la época.

Algunos festejan el buen suceso a su manera. Así el coronel Mariano Maza, que está en Catamarca, al frente de una de las divisiones del ejército. Le escribe a Oribe: "Cuando recibí su muy apreciable y me enteré de la maldad y perfidia de los salvajes, mandé fusilar al salvaje Luis Manterola y tres prisioneros más". Dícele también: "desde hoy en adelante no daré cuartel a ningún salvaje". Por los mismos días, el general Eugenio Garzón, que manda otra división de ese ejército, fusila a veintiún prisioneros en la Pampa del Gato.

Pero no todo ha de ser atrocidades. Una buena noticia merece ser señalada: el arribo de considerable número de inmigrantes. Esto ha empezado en el corriente año, y tiene dos causas: la paz con Francia y el término de la guerra carlista en España. En febrero esos inmigrantes han sido mil doscientos setenta y dos, en su casi totalidad vascos. No obstante esta cifra, la historia oficial, dice, cuando habla de la caída de Rosas, "que empieza a llegar la inmigración" . . .

Otro hecho revela el grado a que alcanza el prestigio del nombre de Rosas. Algunos personajes piensan que puede morir asesinado. Les asusta lo que sobrevendría. En cierta reunión figuran generales de la Independencia; hombres de consejo como Juan Nepomuceno Terrero, íntimo del Restaurador; y José María Roxas y Patrón, ex ministro de Dorrego y de Rosas. El ex ministro toma la palabra, y después de establecer la necesidad de pensar en una persona que reemplace al Restaurador en caso de muerte súbita y violenta, propone a Manuela Rosas y Ezcurra, y todos aceptan.

¡Qué no puede el miedo! Estos señores, tan respetables como asustados, intentan una atrocidad. Roxas y Patrón le escribe a don Juan Manuel. Rosas les agradece, pero, más sensato que sus fieles, contesta: "Como ustedes lo dicen, es cierto que la niña está impuesta de los asuntos de la administración y de la marcha que ellos deben seguir; pero es más cierto que lo que ustedes



Lamartine, el gran poeta y diputado, condena en su discurso la actuación francesa en el Río de la Plata, estimulando con hombres, armas y dinero, a los enemigos de Rosas.

pretenden es nada menos que el gobierno hereditario en nuestro país, el cual ha aventado tres o cuatro monarquías, porque eran hereditarias". En esta frase mal escrita y confusa, pero inspirada por un auténtico espíritu republicano, Rosas se refiere a los diversos proyectos de monarquía surgidos en años anteriores, y que el país rechazó. Sin embargo, ¿pensó siempre igual el Restaurador? El 1º de julio de 1839, en carta a Vicente González, nombraba a sus hijos y decía: "si yo falto por disposición del cielo, en ellos han de encontrar ustedes quienes puedan sucederme".

¿Cómo tan sesudos varones dan semejante paso? Seguramente han supuesto que el solo nombre de Rosas, llevado por quien ocupase el poder, bastaría para impedir cualquier grave desorden, y que nadie puede vencer a la anarquía sino quien descienda del Restaurador. También es probable que hayan temido a don Juan Manuel. ¿Cómo elegir a uno de ellos, o a algunos de los generales, ni siquiera a Prudencio Rosas, sin incurrir en su enojo, sin que él los acusara de conspirar?

Discursos de Guizot y Lamartine en Francia

Noticias de Francia. En las dos cámaras se ha hablado de Rosas con motivo del tratado Arana-Mackau.

Sesión del 8 de febrero de 1841, en los Pares. Habla el ilustre Francisco Guizot, ministro de negocios extranjeros: "Hay en los estados de la América del Sur dos grandes partidos, el partido *europeo* y el partido *americano*". El europeo, "el menos numeroso", comprende "los hombres más esclarecidos, los más familiarizados con las ideas de la civilización europea". El otro partido, "más apegado al suelo, impregnado de ideas puramente americanas", es el de los campos. Este partido ha deseado que "la sociedad se desarrollara por sí misma, a su modo, sin préstamos, sin relaciones con Europa". El ministro explica que en este partido americano, *puramente nacional*, está ahora el Poder, y que el triunfo de Rosas en la Argentina, después de once años, es la expresión de ese hecho. "El general Rosas es el jefe del partido de los campos y el enemigo del partido europeo". Y para hacer comprender nuestra situación a los franceses, la compara con la de España, en donde los *joselinos*, los hombres más esclarecidos y más avanzados, "se habían desprendido de los modos, de las creencias, de las costumbres nacionales" y no eran el verdadero partido nacional español.

Estas palabras explican a Rosas y su defensa de la patria. El

partido europeo, el unitario, se ha desprendido de los modos, de las creencias, de las costumbres argentinas. No representa la auténtica argentinidad, sino los ecos de Europa entre nosotros. El Partido Federal, en cambio, y Rosas, que lo encarna y es su numen y su conductor, representa la esencia de lo argentino, el apego al suelo, y está impregnado de ideas americanas. Rosas ha querido construir una patria con un alma propia, que la sociedad argentina se desarrolle por sí misma, *a su modo*, sacando de sí, de su entraña, de sus tradiciones, su fuerza y su grandeza, y conservando su originalidad, su personalidad y su colorido. Contienen un grandísimo elogio a Rosas las palabras de Guizot.

Pero hay en este discurso otros tres momentos importantes. Uno, cuando afirma que Francia no ha tenido aliados, que se ha empleado la palabra *auxiliares* con gran razón y que los ha habido de dos clases: los orientales de Montevideo y los proscriptos de Buenos Aires. El otro, cuando transcribe estas palabras de Arana: "Usted ve el estado de nuestro país; nos encontramos en revolución. Si los proscriptos vuelven todos, hay entre ellos algunos a los que no podremos proteger eficazmente: a pesar nuestro, bajo nuestros propios ojos, les sucederá alguna de las desgracias de las que ustedes se quejan; por su seguridad, vale más que se queden fuera del territorio". El tercero, cuando asegura que los franceses se encontraron envueltos "en una guerra extranjera, en la guerra de Montevideo con Buenos Aires; en una guerra civil, la guerra de los proscriptos argentinos contra el gobierno de su país". Palabras sinceras, que muestran lo arbitrario e injusto de la actitud francesa en el Plata.



Sorpresa de la Batalla de San Calá. Lavalle dispersó sus tropas para hacer la guerra de guerrillas: un grupo al mando de Vilela es sitiado y éste hace montar a su esposa y huir del campo de batalla.



Batalla en Catamarca.

En esta misma sesión, el barón Pelet de la Lozère habla de los dos millones cuarenta mil francos que se dieron "a los *auxiliares* que habíamos reclutado", es decir, a los unitarios. Y cree que hubiera sido preciso: o tratar con Rosas o enviarle doce mil hombres, si bien podrían no ser suficientes, pues recuerda que, en 1807, doce mil ingleses fueron obligados a capitular.

El 20 de febrero, en la cámara de Diputados, un opositor, Mermillod, ataca a Rosas y al tratado. Asegura que con mil quinientos hombres –los que encontrarían simpatía en la población de Buenos Aires–, basta para destruir a Rosas . . . Guizot refiérese a una petición de los franceses del Uruguay para que el bloqueo continúe, y explica este interés: antes del bloqueo, el valor de las importaciones, según la Aduana, era de quince a veinte millones por año, y durante el bloqueo ha sido de quince a dieciséis millones por mes . . . De modo que cuando el almacenero Baradère y los comerciantes de Montevideo gritaban contra Rosas, lo que querían era plata. Los franceses de Montevideo no se oponen a tal o cual cláusula, sino al convenio entero. No quieren que se trate con Rosas. No quieren perder el negocio de desembarcar allí sus mercaderías y reembarcarlas a la Argentina en barcos de cabotaje, cobrando el triplo de su valor. En seguida, lee Guizot la carta de Lavalle a Martigny. Como se ve –dice el ministro–, "Lavalle mismo no se creía en estado de emprender una lucha seria contra Rosas, de librarle batalla, si no tenía tropas francesas de desembarco". Guizot no está dispuesto a calificar a los par-

tidos: a uno como legítimo, sabio y moderado y al otro como tiránico y sanguinario. Luego, contesta a otro opositor: "Hay en América gobiernos de hecho con los que tratamos cuando están en posesión del poder, cuando nos acuerdan las condiciones que pedimos y las cumplen. Nosotros no tenemos que ocuparnos de lo que pasa entre ellos; nosotros no tenemos que tomar partido por los unos contra los otros". Y termina con estas sensatísimas e imparciales palabras: "A tales distancias, en la ignorancia en que estamos de la verdadera causa de los acontecimientos, de la verdadera fuerza de los partidos, hay más que imprudencia, permitidme decirlo, hay un orgullo ciego en pretender dilucidar dónde está el derecho, cuál es moderado, cuál es violento, en tomar partido por unos contra otros y en mezclar a Francia en asuntos que no son los suyos, en intereses en los que no tiene ninguna parte".

Hay todavía una tercera sesión el 24 de abril, en Diputados. Alfonso de Lamartine, el más grande de los poetas de ese tiempo, hace el proceso de los agentes franceses y de los unitarios. Habla de los emigrados argentinos en Montevideo: sueños, intrigas, conspiraciones impotentes. Los agentes franceses "habían imprudentemente regimentado esos odios, subvencionando esas conspiraciones, estimulando esas esperanzas, y puesto la bandera francesa y tres millones setecientos mil francos de subsidios franceses al servicio de tan miserables represalias". Recuerda que Leblanc, mezcló soldados franceses con argentinos para sublevar el país y apoderarse de la isla de Martín García, "a medias con los emigrados"; que se sacó a Lavalle de su retiro, para suscitarlo contra Rosas. "La guerra civil intestina, la guerra a muerte, marchaba bajo la dirección de nuestros agentes consulares y a la sombra de la bandera francesa". Y los abundantes subsidios eran "para los agentes de insurrección que hacían la guerra, no con armas leales, pero sí con letras de cambio giradas por los cónsules de Montevideo, aceptadas por fuerza y desgraciadamente pagadas en París". Se pregunta el poeta: "¿Es ésta la guerra de Francia, es la guerra del derecho de gentes, es la guerra que puedan confesar un gran pueblo y una política a la luz del día? ". ¡Cómo quedan los agentes franceses con el discurso de Lamartine!

Todo esto entusiasma en Buenos Aires. Rosas, el gran propagandista, envía *La Gaceta* con el discurso de Guizot a los jefes de todos los acantonamientos de la Provincia, y circulares donde los felicita "por el importante discurso" del ministro francés, que, por brillar en nuestra justicia, honor y libertad, nos es elevadamente un valor inmenso".

General César Díaz

Renace el fanatismo federal

El otoño trae un poco de tranquilidad a Buenos Aires, a lo que contribuye la presencia de los oficiales franceses y la libertad de los presos políticos. Se dan bailes en honor de Dupotet: uno, la viudad de Juan Facundo Quiroga, y otro Antonio Días, ministro de guerra de Oribe. En esta fiesta canta Alcira Días, "la que dicen es novia del Restaurador", según *El Nacional*, de Montevideo. Hay deseos de paz. Francisco Javier Muñiz envía a Rosas sus descubrimientos paleontológicos, con "la admiración –dice– que me propele hacia sus sublimes cualidades", a quien "produjo en Héroe esta tierra, siendo el más justo apreciador de cuanto le pertenece".

Han llegado sesenta y cuatro prisioneros de la batalla del Quebracho Herrado. Los han traído a pie, por no haber otro modo de traerlos. La mitad queda libre. Uno es fusilado. También llegan, igualmente a pie, los prisioneros de Sancala. Entre éstos figura el hoy sargento mayor Eustoquio Frías, aquel oficial que años atrás se separó del ejército por ser unitario y a quien Rosas le dio quinientos pesos, y que el año 39 emigró a Montevideo. No merece la libertad, pero Rosas, generosamente, por pedido de Dupotet, se la otorga, con la ciudad por cárcel.

En tanto, renace el fanatismo federal. Individuos exasperados aguardan a las puertas de las iglesias y pegan moños rojos, con brea, en la cabeza de las unitarias. El comandante de Tapalqué comunica que dos mil indios se ofrecen para ir a la ciudad, a exterminar a los unitarios. Y al mismo tiempo, en los ejércitos que combaten contra Rosas crece el número de los pasados. A Brizuela, jefe de la Coalición del Norte, que mandaba seiscientos hombres, lo han abandonado doscientos diez de infantería y un cuerpo de caballería. En otros combates se pasan el comandante Juan Francisco Villafañe con toda la fuerza de su mando y la caballería; el sargento mayor Juan de Dios Videla, con siete oficiales; el escuadrón Cullen y hasta jefes de la legión de Mayo. Estas deserciones en gran escala anuncian el triunfo de Rosas.

La derrota de Brizuela en La Rioja por las tropas de Aldao es la primera de las grandes batallas del 41. Brizuela, herido en el combate, cae prisionero y muere en el camino a La Rioja. *El Nacional* de Montevideo, con ese genio de la calumnia que tiene su director, dice que fray Nicolás Aldazor fue al ejército de Lavalle para comprar al sujeto que habría de asesinar a Brizuela . . .

No lograrn tranquilizarse en Buenos Aires los enemigos de Rosas. Ahora, en cartas y documentos, los federales exclaman: ¡*Rosas o muerte*! La guerra es, pues, de exterminio. Rosas ha

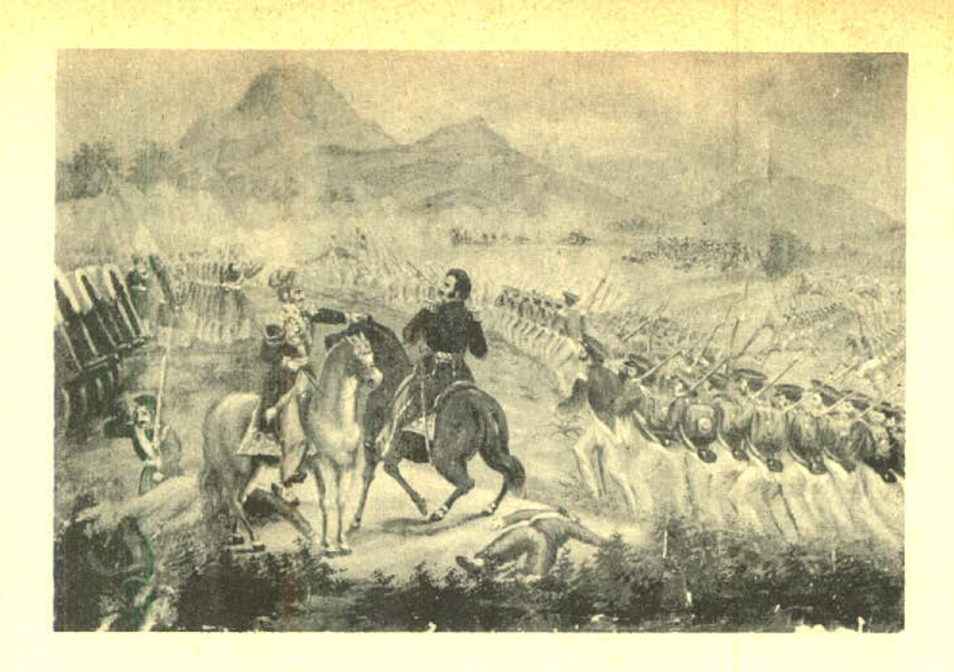
ofrecido a sus enemigos la amnistía. ¿No la quieren? Bien: los federales pelearán hasta morir o ver triunfante a Rosas.

Para mejor inquietud de los unitarios, Dupotet y su escuadra van a partir. El 4 de julio, el almirante le escribe a Arana, al enviarle la discusión en las cámaras sobre la petición de los franceses de Montevideo. Le observa cómo se ha tratado "a los autores de todos los males del Plata, que no han encontrado sino dos diputados que hayan querido asociarse a su mala causa". Han triunfado la verdad y la justicia sobre "la pérfida intriga y los engaños empleados para calumniar a los que no han querido tomar parte en esta liga infernal". Agrega estas palabras, hermoso testimonio para Rosas: "Parto, pues, más satisfecho que nunca, al pensar que la falsa opinión que se había formado de vuestro país se ha cambiado enteramente y porque el tiempo justificará todas mis previsiones y la lealtad de las promesas hechas en nuestra entrevista a bordo de la *Acteon*, sobre la que habéis dado demasiadas pruebas". Y no sólo reconoce la lealtad probada del Gobierno, sino que llama *fanáticos* a los unitarios y elogia "la conducta noble que observa vuestro generoso gobernador hacia sus enemigos".

En cambio, algunos diarios de Londres han empezado a atacar a Rosas, al mismo tiempo que preconizan la mediación inglesa para terminar con la guerra entre la Confederación y el Uruguay. Esta iniciativa del ministro Mandeville no es bien recibida en Buenos Aires. Rivera, por el contrario, la acoge entusiastamente, pues teme una invasión de los ejércitos de Rosas y se ve perdido.

Batalla de San Calá en la que el general Pacheco vence a los unitarios.





Batalla de Famaillá. Derrota de Lavalle.

Su ministro de Relaciones Exteriores le escribe a Mandeville, en julio, que el gobierno de Montevideo "desea sinceramente la terminación de una guerra que, por su parte, es puramente defensiva", ya que "ningún interés personal, territorial o político le anima". ¿Está desesperado Rivera? Sólo así se explican las palabras del jefe de la escuadra inglesa estacionada en Río de Janeiro, William Gore Ouseley, dirigidas a Mandeville el 25 de agosto, según las cuales Rivera pretende el ingreso de su país en el Imperio de Brasil, con un Virrey que sería él.

Pero Rosas no acepta la mediación, a no ser que Rivera entregue el poder a Oribe, "presidente legal" del Uruguay. Arana a Mandeville: "Imposible tratar con caudillo tan falso como Rivera". Don Frutos, entonces, pide la protección de Inglaterra. Dice que Rosas intenta suprimir la independencia del Uruguay. ¿Lo cree Rivera? No tiene motivos para creerlo. Pero le conviene decirlo.

Triunfos del ejército de Rosas. Muerte de Lavalle

Agosto y setiembre: grandes triunfos de los ejércitos de Rosas. El general Mariano Acha, el que traicionó y entregó a Dorrego, es derrotado en San Juan por el gobernador de esta provincia y fusilado. El 19 de setiembre es vencido Lavalle por Oribe, en Famaillá. El 24, Angel Pacheco aniquila al ejército de Lamadrid en

el Rodeo del medio, en Mendoza. En los mismos días en que Acha es fusilado, Lamadrid cruza los Andes, y Lavalle, con un grupito de fieles, huye hacia el norte. En Tucumán un oficial de Lavalle se pasa al enemigo y entrega a Oribe presos a tres generales del Ejército Libertador, después de haber muerto a otros tres. También cae el gobernador de Tucumán, Marco Avellaneda, instigador de la Coalición del Norte. Oribe lo manda fusilar y poner su cabeza en una pica, en la plaza de Tucumán. No quedan vivos sino Lavalle y el ex gobernador de Catamarca, José Cubas. Lavalle se encuentra en Jujuy, resuelto a refugiarse en Bolivia. Está holgándose con una muchacha salteña cuando golpean a la puerta. Levántase del lecho y acude a los llamados. La partida que le persigue hace fuego por el ojo de la cerradura y Juan Lavalle cae mortalmente herido[1]. A Cubas lo toma preso Mariano Maza en un lugar de la montaña. Lo hace ejecutar, junto con sus ministros, y colgar su cabeza en un palo, en la plaza de Catamarca. ¡Tremendo el escarmiento que hace Maza! Ya había anunciado que en Catamarca habría *violín y violón*, es decir, degüellos. El 4 de noviembre informa: "Veinte entre jefes y oficiales salvajes han sido ejecutados". La fuerza de Cubas, "de este salvaje unitario tenaz, pasaba de seiscientos hombres, y todos han concluído, pues así prometí pasarlos a cuchillo".



Sarmiento militar.

Estas cabezas clavadas en las plazas, como la de Castelli en Dolores, infunden hoy horror. Pero son cosas de los tiempos. Veintidós años más tarde, los generales que sirven al ejército nacional, en plena época "civilizadora", y dirigidos por Sarmiento, fusilan al general Angel Peñaloza, el *Chacho*, y cuelgan su cabeza en Olta, su pueblo. Y Sarmiento aplaude: "sin cortarle la cabeza a aquel inveterado pícaro y ponerla a la expectación, las chusmas no se habrían convencido, en meses, de su muerte". Tampoco deben asombrar las ejecuciones de prisioneros en las provincias. Ni hay cárceles ni es posible recorrer centenares de leguas con prisioneros a cuestas, teniendo que alimentarlos y exponiéndose a que se subleven. Recordemos lo de Bonaparte en San Juan de Acre. Y ni siquiera es Rosas el autor de esas violencias. Son sus generales, a quienes él no puede reprochar lo que todo el Partido Federal aprueba. Tampoco hizo Maza degollar a los seiscientos de Cubas. Se ha combatido en Catamarca durante dos horas y la mayor parte de esas víctimas han caído combatiendo. El exagerar la ferocidad es por entonces un recurso político. Por otra parte, esos fusilamientos son represalias. Fusílase a Acha porque entregó a Dorrego; a Avellaneda, porque se le cree culpable del asesinato de Heredia; a Cubas, por ser uno de los que han originado esta guerra civil, esta tremenda mortandad,

y por haber traicionado a la Federación y a la causa de la independencia americana. Todos son culpables, federales y unitarios. Avellaneda, el mejor de los unitarios, había escrito a Augier, gobernador de Catamarca: "echa contribuciones, y, si no las pagan, haz rodar cabezas".

La muerte de Lavalle provoca regocijo en Buenos Aires. Iluminaciones, músicas, cohetes y gritos. Créese que va a terminar la guerra. Rosas dirige a los jefes de los acantonamientos "sus más íntimas congratulaciones por la muerte que Dios Nuestro Señor ha dado al salvaje unitario Juan Lavalle, en justo castigo de sus enormes delitos". Rosas recibe felicitaciones de todos los gobernadores, de los funcionarios, de los jefes, del obispo de San Juan. Adeodato de Gondra, hombre culto, ministro de Santiago del Estero, le manda "el más dulce abrazo". Y la Sala quiere declarar fiesta cívica su cumpleanos, lo que él no acepta.

Entre las felicitaciones recibidas por Rosas, ninguna más reveladora de su poder, así como del *servilismo* de los otros, que la del obispo de San Juan. El prelado, que acaba de ser designado gobernador provisorio, se dirige a don Juan Manuel en ese carácter con palabras violentísimas contra los unitarios. Rosas le contesta, no se sabe si irónicamente o convencido de ser verdad lo que dice, que sus sentimientos son dignos de un prelado evangélico. Agrega: "Descargando V.S.I. un anatema justo contra los salvajes unitarios, impíos enemigos de Dios y de los hombres,

Angel Vicente Peñaloza, "El Chacho".





El cadáver de Lavalle, trasladado por la quebrada de Humahuaca.

ofrece un lucido ejemplo eminente. Resulta la verdadera caridad cristiana que, enérgica y sublime por el bien de los pueblos, desea el exterminio de un bando sacrílego, feroz, bárbaro . . . "

Derrota de Caaguazú

Pero no todo ha de ser triunfos para el Restaurador; el 28 de noviembre, Paz ha derrotado a Echagüe en *Caaguazú*, provincia de Corrientes, y luego ha penetrado en Entre Ríos; y por esos días traiciona a la Federación el general Juan Pablo López, gobernador de Santa Fe. Paz no fusila ahora, pero confisca los bienes de la gente adicta a Echagüe y a Urquiza. Leva, ministro de Ferré, pide a Mandeville que intervenga para regularizar la guerra, para suprimir los fusilamientos, pero, el mismo día, Ferré decreta "estrictas represalias" con los prisioneros o los que de algún modo defienden la causa de Rosas, a los que sólo tratará con humanidad si Rosas observa igual conducta.

Explicación de las violencias

El 6 de diciembre, *La Gaceta*, que habitualmente sale con cuatro páginas, y a veces con dos, publica un número con doce. Chorrea sangre ese número. Ahí se leen, en documentos oficiales:



Justo José de Urquiza.

noticias de las grandes batallas últimas; listas de los jefes y oficiales del ejército de Acha. que han sido muertos; nombres de diecinueve fusilados por Mariano Maza, uno de los cuales es Manuel Rico, el jefe de la insurrección del Sur; cartas de Maza, en una de las cuales dice que han concluido con todas las cabezas "por disposición del cielo", y promesas de degüellos. Parece que el federal es más sanguinario que su enemigo. ¿Más odio? Acaso más plebeyismo. En las guerras a muerte, hay más sangre del lado del pueblo, tal vez porque en el pueblo todo es instintivo, infrarracional. Los jefes rosistas no son de origen plebeyo, pero han recibido la influencia de las fanáticas masas populares.

Por suerte, esta guerra feroz va terminándose. Rosas ha triunfado. Sólo queda el peligro del general Paz. Pero Rosas quiere mantener viviente el odio al unitarismo, a la par que su respeto a los representantes del pueblo. Y ordena que los serenos, al cantar las horas, griten desde el 1º de enero de 1842: "Viva la Federación! ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Vivid, Representación! ".

Los jesuitas

Mal están las relaciones de los jesuítas con Rosas. Corre la voz —los padres culpan a Rosas como autor de esta mentira— de que el padre Superior está con los unitarios. Rosas se ha quejado de ellos por pequeñeces. Ha habido anónimos insultantes, pasquines en las esquinas y amenazas de muerte. Han ido a ver a Rosas. Manuelita les ha dicho que, según los federales, no marchan de frente. Entrevista con el Restaurador. "Tengan cuidado —les aconsejó— de proceder de un modo enteramente federal, porque, de otra manera, acaso no podría contener a los federales y yo mismo, incomodado, podría proferir algunas expresiones contra ustedes, que los irritasen más". También ha dicho Rosas: "Soy tanto mejor para amigo cuanto más terrible para enemigo", y "el que no está conmigo está contra mí".

Cuando la máquina infernal, los padres han dicho misa cantada pero sin invitaciones, sólo para los colegiales; y han escrito una carta que a Rosas no le ha satisfecho, pues no la publica *La Gaceta*. En la fiesta de San Ignacio, el 31 de julio, han ido a la iglesia muchos federales exaltados y agentes de la policía. Parece que había orden de Rosas de no pisar la iglesia, ni para oír misa. Nada ocurrió ese día; pero al siguiente, don Eusebio pegó un pasquín en la puerta del colegio: insultos y una pistola apuntando a una cruz. Nueva entrevista con Manuelita. Quéjase ella



General Juan Carlos López

de que los padres sólo confiesan a unitarios y que ni en el confesionario ni en el púlpito imponen la Federación. Conócense síntomas detestables: Mariño, el vicepresidente de los serenos, invitado por un amigo al funeral de su mujer, en San Ignacio, le contesta que no va porque en esa iglesia tendría que rozarse con los salvajes unitarios padres jesuítas, "que hoy contaminan con su abominación esta morada santa".

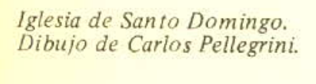
Octubre de 1841. Pasquines en las paredes con un jesuíta colgado en la horca. Se insulta a los padres en las calles. La noche del día en que se celebra el triunfo de Famaillá, un sujeto grita, en el patio de la casa de Rosas, atestado de gente: "¡Mueran los jesuítas, salvajes unitarios ingratos! ".

Noche del 5 de octubre. Desde temprano, los padres se han refugiado en casas particualres, por temor a las turbas. Sólo queda el Superior, que al ver reunirse gente frente al colegio y oír gritos, se va a la casa del obispo Medrano. El obispo, muy anciano y casi ciego y sumamente sordo, es un servil de Rosas. Allí el Superior se entera del plan del padre Majesté y de un canónigo rosista, de poner a los padres bajo las órdenes y protección del obispo, vale decir, de someterlos a Rosas. La noche es de gran angustia, pero nada sucede. Al día siguiente, el doctor Tomás de Anchorena manda buscar los muebles de su hijo, que es interno. ¡El fin del colegio! Y mientras, en las calles, los pasquines muestran a los jesuítas ahorcados, llegan a la puerta del colegio caravanas de carros que van a buscar los muebles de los alumnos.

El Superior escribe a Rosas. Pídele designe una persona para encargarse de la iglesia, y proteger las vidas de los padres, que son extranjeros, hasta que puedan irse del país. Rosas llama a

Majesté. La marcha del Superior no es de frente, sino *unitaria gambetera*. Que anden con cuidado, porque él "no siempre podía contener al pueblo y al entusiasmo federal". El Superior se oculta en la casa de unos protestantes. Sus amigos y el Gobierno lo buscan inútilmente, y el 20 se embarca en un bote hacia una fragata francesa y de allí a Montevideo. Quedan en Buenos Aires diez sacerdotes, cinco escolares y diez coadjutores o legos. En el mensaje a la Legislatura, Rosas dice que la marcha de los jesuitas, "opuesta al sentimiento federal, desagradaba altamente, mucho ha, a la opinión pública, contenida por los respetos del Gobierno", y que pronunciada esta opinión fuertemente, poco después, "los padres, de suyo, dejaron el colegio". Rosas intenta, por medio de Majesté, restablecer el colegio. Algunos padres se van, y, el 22 de marzo de 1843, Rosas ordenará la salida de los no secularizados.

Nadie, en la ciudad católica, ha defendido a los jesuítas. Y eso que les quiere mucho. Pruébalo el mes de María —noviembre— del 41, que lo realizan en diversas casas de familia, llegando en alguna a reunirse más de trescientas personas. Nada muestra mejor el miedo a Rosas que esta actitud negativa de los creyentes. ¿Y cómo explicar la conducta del Restaurador? Ignorante en materia de doctrina católica, como casi todos en su tiempo, inclusive los más devotos; no comprende que el sacerdote no pueda predicar el exterminio de ningún partido. Ve que los franciscanos, los dominicos y los clérigos hacen propaganda por la Federación y no admite que los jesuítas no puedan hacer lo mismo.


Iglesia de Santo Domingo. Dibujo de Carlos Pellegrini.



Por otra parte, él no considera a los unitarios como un partido, sino como a criminales sin ley ni Dios: criminales, porque viven haciendo guerras, causando la muerte de millares de argentinos; y hombres sin Dios porque sus dirigentes son en su mayoría ateos, masones, materialistas o racionalistas y han hecho obra antirreligiosa. No le falta razón a Rosas en juzgar a los unitarios como enemigos de la Iglesia. A los hechos ya conocidos, puede agregarse que Esteban Echeverría, pocos años más tarde, escribe un *Manual de Enseñanza Moral* para las escuelas, que el gobierno de Montevideo adopta como texto y en donde se lee –lo que basta para probar su heterodoxia– que al protestante lo "certifican de hereje algunos sacerdotes fanáticos". Rosas ve a los unitarios como todo el mundo, algunas décadas más tarde, a los anarquistas. A Vicente González, que está en Córdoba, le ha dicho: "Me habla usted de los jesuítas. Estos ya no han de ser buenos hasta que sean reformados por su General. Sólo hay tres que están en oposición a la marcha salvaje unitaria de los demás. Estos tres son buenos amigos de Dios y de esta tierra porque son federales virtuosos. Temen los tales jesuítas a los salvajes unitarios, y de puro miedo obran así. ¿Esto es verdad? ¿Es esto lo que mandan los Evangelios de Jesucristo? Pero ellos se engañan porque en las gentes federales se va formando una terrible indignación, y no sería extraño que, en una tormenta borrascosa, amanecieran degollados.

Se opone a la reincorporación de Tarjia

Ha terminado 1841 con un suceso cuya trascendencia para Rosas será demostrada por el tiempo: en Entre Ríos, y en reemplazo de Echagüe que terminaba su mandato, ha sido nombrado gobernador el general don Justo José de Urquiza. Echagüe aspiraba a la reelección y Rosas la deseaba. Este triunfo de Urquiza es, en cierto modo, una pequeña derrota para don Juan Manuel.

Mientras tanto, Oribe ha seguido su triunfal avance hacia el norte y penetrado en Bolivia. A Rosas se le acusa de pretender apoderarse de la provincia de Tarjia, argentina hasta ayer. Un documento prueba lo contrario. Como Oribe le propone ayudar a uno de los partidos de Bolivia y reincorporar esa provincia a la Confederación, Rosas le escribe, el 12 de enero de 1842: "todo ello ha sido siempre, como es ahora, opuesto a mis principios y a mi carácter privado". Su Gobierno jamás intervendrá en las disensiones domésticas de una República hermana. Y en cuanto a Tarija, "no es digno de la República Argentina reincorporarla por

la fuerza, ni reclamar nuestros derechos en circunstancias en que Bolivia se encuentra afligida y envuelta en la anarquía". Cree que la reincorporación "debe ser obra de la paz", de "negociaciones pacíficas, dignas y honorables". Nobles y bellas pálabras.



Reloj del general Urquiza.

Desgracias del general Paz

También ha previsto Rosas, con su instinto de los peligros, que pronto puede necesitar a Oribe y a su ejército: Paz ha invadido a Entre Ríos, y Rivera, que no simpatiza con el jefe argentino, cuyo predominio teme, atraviesa el río Uruguay con su gente. Pero otro motivo empuja también a don Frutos: su viejo anhelo de incorporar a su patria las provincias argentinas de Corrientes y Entre Ríos, la brasileña de San Pedro del Río Grande del Sur y el Paraguay. Estos avances obligan a Urquiza a abandonar Entre Ríos y venir a Buenos Aires, donde Rosas lo aloja en Palermo. En Paraná se encuentran Paz y Ferré y los representantes de la Banda Oriental y de las tres provincias litorales. Acuerdan seguir la campaña, bajo el mando de Paz; pero como cada ejército ha de depender de su respectivo gobierno, Paz no acepta. Resuelve volver a Corrientes y entonces la legislatura entrerriana, el 13 de marzo, lo nombra gobernador, con la oposición de Ferré.

Todo cuanto está sucediendo parece a propósito para favorecer a Rosas. Los grandes triunfadores tienen de su parte al Destino. Hostilizado por Ferré, engañado por Rivera que no le manda los soldados ofrecidos, Paz abandona la capital de Entre Ríos en dirección al sudeste de la provincia. Cree encontrar elementos en la campaña. Pero parte de los trescientos hombres se le sublevan y a mediados de abril sólo le quedan sesenta. Entonces renuncia a continuar la guerra y se embarca para Montevideo.

Entretanto, las provincias litorales y la Banda Oriental firman el tratado de *Galarza*, por el que entregan a Rivera la dirección de la guera. Pero, ¡qué ha de hacer Rivera! Paz dice que "asolaba y robaba al país escandalosamente, por medio de sus paniaguados" y que "más de la mitad de lo que él llamaba su ejército no se ocupaba de otra cosa". Don Frutos, aunque habilísimo guerrillero, no es hombre para combatir contra Rosas. Don Juan Manuel, que todo lo prevé y lo dispone a su tiempo, ya tiene una división pronta para ponerla bajo el mando de Urquiza, y otra, a cuyo frente está Echagüe, que se dirige a Santa Fe; y ya ha ordenado a Oribe, que acaba de vencer a *Mascarilla* y de apoderarse de Santa Fe, invadir a Entre Ríos para encontrarse con la gente de Rivera. Con la huída de López a raíz de su derrota y



con estos preparativos, queda casi vencida esta nueva coalición contra Rosas.

Casa de Urquiza en San José, Entre Ríos.

La misión Falconet y las Malvinas

Por estos días de febrero de 1842, la casa *Baring Brothers*, de Londres, comisiona al señor Felicien Falconet para cobrar al gobierno de la Confederación varios millones de pesos que se le deben en concepto de intereses, por el empréstito de 1822. Este empréstito fue contratado por Rivadavia, siendo gobernador de Buenos Aires el general Martín Rodríguez, y ningún gobierno ha pagado los intereses.

Esto no sería tan grave si no se reuniesen tres circunstancias: la ruina de nuestra economía, que a Rosas le imposibilita pagar; el momento en que se hace la reclamción, cuando el país se halla en guerra civil y en conflicto con Gran Bretaña; y el carácter de amenaza que da Falconet a su exigencia.

No le falta derecho a Falconet. Al responsabilizarse el gobierno nacional de Rivadavia, en 1826, por el empréstito, su ministro de Hacienda, el doctor Salvador María del Carril, dijo, en nota oficial de abril de 1826, que el empréstito estaba ahora garantizado "por. todo el territorio de las Provincias Unidas del Río de la Plata". Observemos esas palabras: por todo el territorio. . . Lo cual significa que Rivadavia hipotecó el país entero al pago de la deuda. . .

¿Qué puede hacer Rosas, sin un centavo, ante la exigencia de Baring Brothers? No puede entregar las rentas de la aduana, ni

menos una parte del territorio argentino por más hipotecado que esté. Y entonces se le ocurre una solución salvadora.

No existe documento que lo pruebe. Pero el historiador debe ser psicólogo. Cada hombre tiene sus características espirituales y según ellas hemos de juzgarle. Rosas fue hasta entonces un ardiente patriota, y fue también un hombre muy astuto. La astucia es su cualidad principal, y todos, partidarios y enemigos, lo reconocen. Sus palabras, por eso, no siempre pueden ser tomadas al pie de la letra, pues muchas veces, detrás de ellas, hay otra cosa. Es lo que, seguramente, ha ocurrido en este caso.

Falconet, en su reclamación, insinuó la entrega de las *islas Malvinas*, a cambio de la deuda. Rosas demora un año justo en contestarle, lo cual es muy significativo, pues evidencia su propósito de ganar tiempo. El 17 de febrero de 1843, el ministro Insiarte responde a Falconet. Le manifiesta las dificultades que ha tenido el Gobierno para hacer el servicio de la deuda, y le anuncia –di-

La fragata "Heroína" toma posición de las Islas Malvinas, en nombre del gobierno de Buenos Aires.



ce el doctor Agote, en su libro *Deuda Pública*— "en testimonio del deseo que le asistía de hacer un arreglo con los acreedores, haber autorizado al ministro argentino en Londres para hacer al gobierno de Su Majestad Británica la proposición de *ceder* a aquéllos las *islas Malvinas*, en pago de la deuda". Agrega Agote, que era unitario: "Esta nota abunda en consideraciones acerca de los derechos de la República a aquellas islas, y la confianza que tiene de que ellos sean reconocidos por el gobierno británico". En otros términos, y como lo expresa Roberto de Laferrère, Rosas viene a decir: "Reconozca el gobierno inglés los *derechos* argentinos a las Malvinas y podrá entonces el gobierno responder con esa parte de nuestro territorio a los compromisos contraídos insensatamente por Rivadavia y Del Carril". Los ingleses no contestaron, pero menos de dos meses después el almirante Purvis arrestaba a la escuadra argentina.

Antes de seguir adelante, hay que explicar la actitud y las palabras de Rosas. El no ofrece las Malvinas a los ingleses, por la sencilla razón de que los ingleses son dueños de las Malvinas desde diez años atrás. Lo son por la fuerza, ciertamente, pero lo son; y del mismo modo que son dueños de Irlanda y de muchas colonias en el mundo entero. ¿Por qué entonces Rosas ofrece a los ingleses reconocerlos en su posesión, pues de esto se trata? Por ganar tiempo, como ya lo he supuesto. Rosas sabe perfectamente que el gobierno británico no aceptará. ¿Qué le importa al gobierno británico esa especie de título de propiedad si ya tiene la propiedad de las islas? ¿Y van a perder los ingleses una regular suma de dinero a cambio de un *título* que nada les da? Ningún gobierno imperialista, atropellador e injusto, renuncia al dinero por el título ilusorio de un territorio que ya posee. Rosas tiene la convicción de que el gobierno británico no aceptará. Conoce bien a los ingleses: les sabe tan utilizarios como vivos. El ha calculado el tiempo en que tarda una nota en ir y la respuesta en volver. Dos o tres años durarán las negociaciones, y en tanto la guerra civil habrá terminado —está terminando en febrero de 1843— y podrá su gobierno pagar los intereses adeudados.

Y así ocurre. Falconet, el 21 de febrero de 1844, contesta que no acepta: el medio es lento y dudoso, por cuanto el ministro de Relaciones Exteriores, lord Aberdeen, ha rechazado todo reclamo por las Malvinas. Pero unos días atrás, el 14, el propio Falconet ha propuesto que el gobierno de la Confederación pague a los acreedores ingleses lo que paga a los franceses por indemnizaciones. Rosas acepta, y el 20 de marzo promete entregar cinco mil pesos fuertes, desde el 1º de mayo.

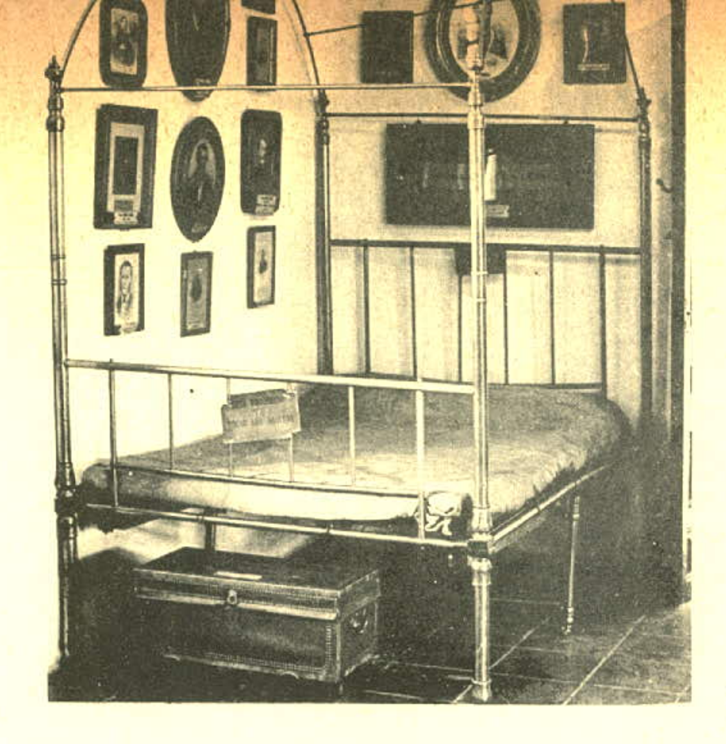


Queda así arreglado el conflicto. Rosas empieza a cumplir, y no perderemos ninguna otra parte de nuestro territorio, que Rivadavia había hipotecado. Rosas paga hasta el 1º de octubre de 1845, fecha en que suspende el pago. Lo hace, según lo comunicó a la Legislatura, por serle imposible entregar aquella mensualidad a consecuencia del bloqueo con que Francia e Inglaterra cierran las fuentes de renta de la Nación, a la que obligan a aumentar de nuevo los gastos militares. Pero el servicio se reanuda en 1849, con la entrega, por parte de Rosas, de treinta mil pesos fuertes, a cuenta del primer semestre de ese año*.

Fusilamientos en Buenos Aires

Durante los meses pasados, Rosas no ha dejado de fusilar, de cuando en cuando, a algún traidor o algún prisionero. Así, fusiló al santafecino Calixto Vera, ferviente rosista hasta poco antes pero que luego, como ministro de López, ha traicionado a su causa. Desde que empieza este año 42, los fusilamientos se multiplican. En febrero, caen el joven oriental Demetrio Latorre y el joven argentino Balvastro, en cuya cartuchera se ha encontrado

* Los documentos recientemente publicados (1948) no cambian en nada la cuestión. De esos documentos –carta del ministro Arana al doctor Manuel Moreno, nuestro representante diplomático en Londres, e informe de Moreno, la primera de 1838 y el segundo de 1842– se desprende que Rosas ha exigido previamente el reconocimiento, por parte del gobierno británico, de nuestros *derechos* sobre las Malvinas, y que sin esperanza de arreglo y sin duda temiendo que los ingleses quieran cobrarse por la fuerza, ha pedido una indemnización al gabinete de Londres, por la soberanía del territorio de que el país fue despojado y por las propiedades públicas y privadas que se hallaron en él, al ocuparlo Inglaterra. Dos observaciones deben hacerse. La primera es que Rosas, en 1838, aún no había medido sus fuerzas, lo que no ocurría en 1843, cuando había vencido a todos sus enemigos interiores y a Francia, gran potencia mundial. La segunda es que Rosas, ante el temor de un conflicto armado con Inglaterra, estando Buenos Aires ya bloqueada por Francia, debía estar desesperado y que, en su temor, consideró preferible *perder las Malvinas* y no exponer a la patria a perder la independencia o la soberanía, o bien alguna de las provincias. Agréguese que en 1838 las Malvinas estaban muy lejos de representar lo que representan hoy. Aun hace treinta años muchos argentinos no demostraban interés por las Malvinas. A uno de nuestros más grandes escritores le oí decir que era una suerte que los ingleses fuesen dueños de esas islas, porque a nosotros de nada nos servían, mientras que a ellos les había permitido obtener una gran victoria naval contra los alemanes. En los últimos años ha surgido toda una literatura acerca de las Malvinas, y el deseo de recuperarlas parece haber entrado en el pueblo. Hoy juzgamos posible esta recuperación, pero siempre que concurran estas dos circunstancias: que la Argentina se convierta en potencia de *primer* orden y Gran Bretaña en potencia de *segundo* orden. Nuestro país asciende vertiginosamente, y Gran Bretaña cae, también, vertiginosamente. Pero estas dos transformaciones, que hoy mismo nos parecen increíbles, ¿quién hubiera podido preverlas en 1838 o en 1842? Y, en fin: no olvidemos que si Rosas prefirió perder las Malvinas, islas lejanas y deshabitadas, los unitarios ofrecieron a Chile las provincias de Cuyo, parte de Corrientes y Misiones al Paraguay, Entre Ríos y Corrientes al Brasil y que intentaron separar a estas dos provincias para formar una sola nación con el Uruguay.



Cama de Lavalle.

escrito: "¡ Viva Lavalle! ¡ Muera el tirano Rosas! ". En marzo fusílase a un zapatero en la ciudad, y en Santos Lugares a diez prisioneros de Rodeo del Medio. En abril les toca el turno a cuatro sacerdotes unitarios, que habían adherido a Lavalle y predicado la guerra, y a los doce prisioneros que quedaban de la batalla del Quebracho Herrado.

Todos han muerto sin proceso previo y por orden de Rosas. Legalmente puede hacerlo: para eso tiene la suma del poder público. Sin absolverlo, mucho debe decirse en su descargo. Esos jefes y oficiales prisioneros son traidores que se pasaron a los unitarios o unitarios que mataron a muchos federales.

El fusilamiento de los prisioneros es ley en la guerra a muerte de estos tiempos. Durante las luchas por la emancipación americana, los jefes españoles han sido crueles con los prisioneros criollos, y los generales criollos les pagaron con la misma moneda; así Bolívar, que fusiló a ochocientos españoles. Lo mismo ocurre en las luchas civiles de América. En Chile, el general Pinto, hombre magnánimo y pacífico, fusila a doce jefes por conspiradores y motineros; Santa Cruz, después de Socabaya, fusila a dos generales y seis coroneles. Años más tarde el presidente ecuatoriano Gabriel García Moreno, sin duda el más grande de los gobernantes de América, fusila en Jambelí a veintiséis prisioneros.

Entre nosotros ha sido igual: Castelli y Belgrano, próceres de Mayo, fusilaron a prisioneros. Ya hemos visto cómo Lavalle, Lamadrid y otros unitarios también lo hicieron. Diez años después de caído Rosas, cuando gobiernan los que fueron unitarios, los

generales del ejército nacional fusilan a todos los prisioneros que habían hecho a la montonera del *Chacho*. ¿Y en Europa? Recordemos cómo Bonaparte, de golpe, despachó al otro mundo a cuatro mil infelices. Y en España, durante las contiendas civiles, los dos bandos mataban a sus prisioneros, lo que también ocurrió en la guerra de 1936.

Por otra parte, Rosas no considera a sus prisioneros como tales. Para él, son rebeldes y anarquistas que se han levantado contra la autoridad legítima. A todos ellos les corresponde, según las leyes españolas, todavía en vigor, la pena de muerte. ¡Bárbaras leyes! Woodbine Parish, que ha sido representante de la Gran Bretaña entre nosotros y que conserva su vieja amistad con don Juan Manuel, le dice, en 1839, que comprende lo difícil de su posición, "llamado a sostener las nuevas instituciones republicanas", rigiéndose por las antiguas leyes de España, "de que, desgraciadamente, no ha habido aún tiempo de deshacerse, y que están tan manifiestamente en directa oposición a toda verdadera libertad y a los primeros principios de una República". Las *Partidas* establecen que todo traidor "debe morir por ende" y lo mismo la *Novísima Recopilación*.

Tampoco debemos asustarnos por el fusilamiento de cuatro sacerdotes. Ya hemos visto cómo Lavalle intentó fusilar a un fraile que iba a verle como parlamentario de paz. El católico general Franco, jefe del estado español, fusiló a más de treinta sacerdotes vascos. Los cuatro clérigos víctimas de Rosas se habían pasado al bando unitario y habían recorrido muchos pueblos predicando la



Louise y Ellen, esposa e hija del ministro inglés en Buenos Aires.

rebelión. Y si esta guerra civil es cruel, más lo fue la que terminó en España en 1840. Por lo menos, federales y unitarios no mataron mujeres. En España, el general Nogueras fusiló a la madre del jefe carlista Cabrera, el cual se vengó en las familias de la comarca del Maestrazgo, partidarias de la reina María Cristina.

Y en fin, si Rosas hace fusilar a una docena de jefes y oficiales prisioneros, devuelve a Corrientes trescientos hombres después de *Pago Largo*, y pone en libertad a tres mil que cayeron en sus manos en los combates del *Quebrachito*, de *Sancala* de *Rodeo del Medio* y otros..



Santiago Calzadilla, escritor y militar.

Guerras de Abril

En esos mismos días de abril del 42, reaparece, en el populacho federal, el furor homicida de octubre del 40. Poco más de dos semanas dura la crisis. *El Nacional* publica cartas de Buenos aires donde se dice que cinco cadáveres sin cabeza han sido arrastrados a la cola de los caballos; que en una de las esquinas de la plaza de la Victoria han colgado una cabeza; que un comerciante español ha sido muerto de un tiro al salir del teatro y luego degollado y que otro ha sido degollado en la calle y quemado; que se han visto carros con cabezas humanas, cuyos conductores pregonaban duraznos o sandías; que una señora ha muerto a consecuencia de bofetones y golpes; y que entre las víctimas del furor mazorquero figuran un tullido de pies y manos, un ciego y algún demente.

¿Es verdad todo esto? Un enemigo de Rosas, Santiago Calzadilla, hombre tan veraz como detestable escritor, cuenta en su librejo *Las beldades de mi tiempo*, cómo fue aquello del que pregonaba duraznos y eran cabezas. El iba por la calle cuando advirtió el gran barullo. Al día siguiente, se supo que el criminal era un español Moreira, empleado policial, quien, embriagado, como solía, y porque el pulpero, al que debía unos pesos, le preguntó cuándo pensaba pagarle, lo degolló, lo mismo que a su dependiente, y, poniendo las dos cabezas en una carreta que encontró en la puerta de la pulpería, salió gritando: "¡ A los buenos duraznos! ". Así son otras de las historietas de *El Nacional*, los hechos, casi siempre reales, son mal interpretados o exagerados. El miedo, el deseo de pasar por bien informado o de alarmar a los demás, multiplica el número de los hechos y los agrava.

¿Cuántas víctimas hay en esos días de abril? La lista de Rivera Indarte, de personas asesinadas en la ciudad y en esas se-



Retrado de la esposa de Calzadilla, por Pridiliano Pueyrredón.

manas, no contiene más de treinta nombres. El *British Packet*, semanario inglés, contestando a otro periódico inglés afecto a los unitarios, que aparece en Montevideo, afirma que han sido treinta y ocho. Debe ser la cifra exacta. Porque agregados a los veinte de 1840 y a algunos casos aislados ocurridos el 41 y antes y despues de abril del 42, estamos cerca del número de ochenta, concienzudamente averiguado por el librero Benito Hortelano. La opinión de este hombre es de un grandísimo valor, pues si bien tiene un diario donde se elogia a Rosas, al caer la dictadura fundará otro cuya dirección le encargará al unitario Bartolomé Mitre. Y sus *Memorias* son escritas años después, en España, cuando no piensa volver a nuestro país.

¿Qué responsabilidad tiene Rosas en estos delitos? El está en Santos Lugares cuando ocurren. El haber sido asesinados un tullido de pies y manos, un ciego y algún demente prueba que Rosas no ha indicado los nombres de los que debían morir. Igualmente han estado a punto de ser asesinados un hermano de Mariano Maza, que trajo las banderas tomadas a Lavalle, y el doctor Baldomero García, personaje conspicuo de la Federación, diputado y magistrado y acaso el más fiel de los amigos de Rosas. Por otra parte, el Restaurador hizo fusilar a Moreira y a algunos asesinos más. Todo hace creer en una exasperación de los fanáticos, en una crisis que los ha llevado a matar. Algunos asesinados lo fueron por venganza personal. Ha habido un amontonamiento de odios feroces. Se ha vivido, durante el año anterior, entre relatos de sangre, de batallas de fusilamientos. En el teatro, una pieza titulábase *El duelo de un federal con un salvaje unitario*, "en el que el primero –decía el programa– degollará al segundo a la vista del público". Y ha habido, sobre todo, un tremendo cansancio de la guerra.

Sí, un cansancio de la guerra, una desesperación de la guerra inacabable. Creyóse que el tratado con Francia traería la paz. Creyóse luego que las muertes de Lavalle, Brizuela, Cubas, Acha y Avellaneda, y la derrota y fuga de Lamadrid, darían término al derrame de sangre, a la destrucción, las privaciones, a las donaciones de dinero para formar y mantener tantos ejércitos. Y he aquí que todo empieza otra vez. Es muy humano el odio de los fieles de Rosas a los que han iniciado la nueva coalición, a los que quieren seguir ensangrentando a la patria, seguir destruyéndola: a Paz, a Juan Pablo López, a Rivera. Es muy humano el odio a los unitarios y a los extranjeros que en Buenos Aires han abierto su bolsa para la formación de nuevos ejércitos, para la continuación del luto y la sangre. ¿Cómo no explicarse que Rosas, el 18 de marzo, restablezca el grito contra "los salvajes

¡Mueran los salvages unitarios!

DIVERSIONES PUBLICAS.

TEATRO DE LA VICTORIA.

OPERA.

25.ª funcion de la 2.ª temporada.

DOMINGO 29 DE SEPTIEMBRE DE 1850.

LOS PURITANOS.

MUSICA DEL MAESTRO BELLINI.

La Empresa lírica habiendo contratado, como bailarines, el Sr. Finart y su esposa la Sra. Trabattoni Finart; despues del 2º acto de la Opera tendrá lugar la escena y pasos del gran baile—

LA SYLPHIDE.

Despues del 4º acto el paso á dos en carácter español titulado—

LA MANOLA.

A las 8 en punto.

unitarios" en los documentos y actos públicos? ¿Cómo no explicarse a esos hombres desesperados, aunque sus crímenes nos repugnen a los que no hemos visto morir en los combates fratricidas a nuestros parientes y amigos, ni hemos padecido privaciones sin cuento, ni hemos tocado el fondo de la miseria por causa de esas guerras? Ellos deben haber raciocinado: sin dinero no hay guerra, y el dinero, ahora que los franceses no lo proveen, sale de Buenos Aires, de modo que, intimidando a quienes lo envían, asesinando a unos cuantos, los ejércitos enemigos no tendrán dinero y se acabarán las guerras.

La forma espectacular de algunos de estos crímenes, distinta de la silenciosa y escondida que tuvieron los de octubre de 1840, demuestra el propósito de intimidar. Dupuy, un panadero, aunque degollado de noche, es colgado al otro día en San Nicolás. A Esteban Llans, o Llané, lo degüellan en Barracas, y su cabeza es colocada en la plaza de la Victoria, al pie de la Pirámide. A Serafín Taboada, comerciante español, lo matan de un tiro al salir del teatro; y a Juan Martínez Eguilas, también español, en pleno día, y en una calle central, y su cadáver es quemado ahí mismo. No se ha tratado sólo de matar, como se ve, sino también de dar al crimen la mayor publicidad posible.

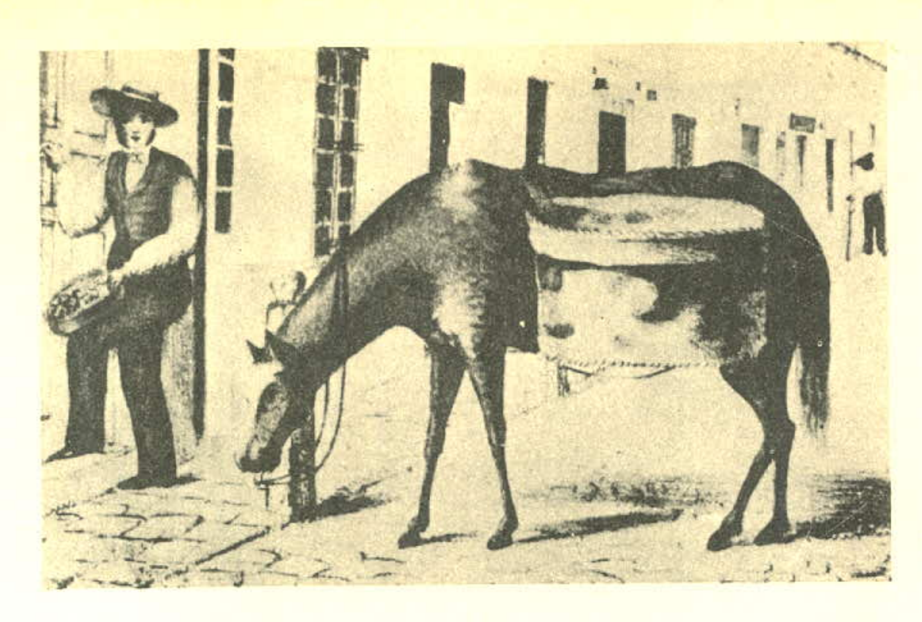
Rosas, el 19 de abril manda circulares, cuyo borrador él redacta, al coronel Cuitiño, comandante del escuadrón de *Vigilantes de Policía*, al mayor Mariño, vicepresidente del cuerpo de *Serenos*, y al comandante del batallón *Restaurador*. Su edecán le dice a Cuitiño que su Excelencia ha mirado con el más serio y pro-

fundo desagrado la "bárbara y feroz licencia". Ha ordenado al Jefe de Policía patrullar desde esa noche. No obstante, previene a Cuitiño que, con su escuadrón, "se ocupe personalmente, con el mayor celo y delicado desempeño, en patrullar la ciudad y suburbios, tanto de noche como de día, en los puntos a donde no alcancen las patrullas de infantería", debiendo "mandar a la cárcel pública, con grillos, a los asesinos o sospechosos que se encuentren". En una carta a Tomás Anchorena, del 6 de mayo, le agradece sus felicitaciones por las providencias que adoptó "para hacer cesar los horrores que se cometieron". Agrega que advierte gran irritación contra los salvajes unitarios y sobre todo contra los extranjeros. Y a Nicolás Anchorena, tres días después de las circulares, le habla de que los unitarios siguen la guerra protegidos por los extranjeros, y teme no estar lejos "el período en que, cansado el Cielo santo, no haya quien pueda contener una degollación tremenda de unos y otros".

Entre las causas que han convulsionado al populacho, deben ser incluidas la tentativa de los unitarios de arrojar al Paraguay contra Rosas, para lo cual han hecho circular una carta apócrifa de don Juan Manuel, con su firma litográfica, en la que insulta a los gobernantes paraguayos que han reemplazado al doctor Francia; y la proximidad de las fuerzas santafecinas, que, al mando de *Mascarilla*, y entre las que se cuentan las indicadas que obedecen a Baigorria, han llegado hasta San Nicolás. Sin la traición de López, repugnante para los federales porque *Mascarilla* es hechura de Rosas, la nueva coalición no ofrecía peligros. El Restau-



Calle de Buenos Aires.



Repartidor de pan. Acuarela de Carlos E. Pellegrini.

rador ha desconfiado siempre de López, y por esto no le dio el mando del ejército que combatió contra la *Coalición del Norte*. Ahora va a odiarlo terriblemente. El Sábado Santo ha hecho quemar su efigie en carácter de *Judas* y en compañía de Paz y de Rivera; y en adelante, cada vez que se le nombre, se le aplicará el apropiadísimo epíteto, sin duda ocurrencia suya, de *pelafustán*.

Han terminado los días sangrientos de la dictadura.

Rosas y Eugenia

Aquellas relaciones de don Juan Manuel con Eugenia Castro han fructificado. A fines del 42 o a principios del 43, han nacido ya dos hijos, Mercedes y Angela. De la existencia de estos hijos, y de otros que vendrán, se sabe por noticias posteriores a la muerte de Rosas, y por cartas de don Juan Manuel a Eugenia, escritas desde Europa. Existe una carta, hasta hoy ignorada, del canónigo Saravia a Eugenia. La trata con gran respeto, como a persona que está muy cerca de Rosas; y al despedirse le envía "memorias a todos y a *mis dos chiquitas*". Lo singular es que le contesta Manuelita a nombre de Eugenia, que acaso no sabe escribir, y que el borrador lo redacta Rosas.

Estos hijos de Eugenia, ¿lo son también de Rosas? Nadie, jamás, hace referencia a ellos ni a la situación anormal, e inmoral, que crea la presencia de la manceba en la casa del Restaurador, junto a Manuelita. ¿No es extraño que *El Nacional*, que tantas



Giusseppe Garibaldi.

infamias dice de Rosas y de su hija, no revele las relaciones con Eugenia? Pero, ¿de quién sino de don Juan Manuel pueden ser los hijos? En la carta al canónigo Saravia, Manuelita, a nombre de Eugenia, contesta a todo, menos a su referencia a las dos chiquitas; y esto es un síntoma importante: prueba que Rosas, autor del borrador, tiene motivos personales para no querer que ellas sean mentadas en una carta y sobre todo de su hija. Si fuesen hijos de otros, Rosas no hubiera tolerado a Eugenia en su casa y Manuelita la trataría de otra manera. Manuelita, por muy pura que sea —y lo es, indudablemente—, soporta la situación inmoral de su padre porque él se la impone. No por respeto ni por cariño, sino porque él le ha enseñado a obedecerle con absoluta sumisión. ¿Cómo podría Manuelita, bondadosa y suave, enrostrarle a su padre, a su temible padre, su irregular conducta? [2]

Mediación de Francia e Inglaterra

El invierno trae nuevos y grandes triunfos para las armas de Rosas.

Rivera ha puesto su escuadrilla al mando de *Giuseppe Garibaldi*. En Italia, su patria, Garibaldi es una gran figura; para nosotros es sencillamente un pirata. Así lo ha calificado el gobierno del Brasil. Ha logrado, a fines de junio, pasar cerca de Martín García, en dirección al Paraná, enarbolando la bandera argentina, acto propio de un pirata y con el que engaña a la guarnición de la isla. Pero no tarda en recibir su castigo: el 15 y el 16 de

agosto Brown lo derrota en *Costa Brava*, y él tiene que incendiar sus tres barcos y salvarse por tierra con los pocos hombres que le quedan. Un mes antes, las tropas federales han triunfado en *Rumiguasi*, provincia de Salta, y en *El Manantial*, provincia de San Juan. En Rumiguasi cayeron diecisiete jefes y oficiales prisioneros, y todos ellos fueron fusilados.

Con motivo de estos triunfos, *La Gaceta Mercantil* publica otro número de doce páginas. Como aquel del año pasado, éste también chorrea sangre. Entre las víctimas de la guerra figura Ciriaco Lamadrid, el ahijado de don Juan Manuel, aquel muchachito al cual su padrino envió al colegio de los jesuitas y cuyos estudios le costeó. El gobernador de San Juan lo ha decapitado porque su padre, el general Lamadrid, escribió desde Chile a varios jefes invitándoles a defeccionar.

Fiestas en Buenos Aires. La viuda del general Quiroga da un baile en honor de Manuelita. En el teatro de la Victoria, baile de los *Serenos*. En el proscenio, bajo un dosel, el retrato de Rosas, y a su pie una especie de trono donde se sienta su hija. Algunos adulones leen ditirámbicos versos en su honor.

Agosto. Ha llegado el nuevo ministro francés, conde Alejandro de Lurde. Mandeville pónese en contacto con él, y ambos, el 30 ofrecen a Rosas la mediación para terminar la guerra con el Uruguay. A los unitarios y a Rivera les complace la iniciativa. Los federales saben que será una imposición. Ahora odian tanto a los ingleses como a los franceses. El 12 de agosto, por primera vez en el país, se ha celebrado —fiesta cívica, parada militar— la derrota de los británicos en 1806 y 1807. Un fanático de Rosas, Cabrera, tira al suelo con violencia, para hacerlo pedazos, su reloj: nada inglés quiere él poseer.



Guillermo Brown.

¿Por qué Mandeville, tan amigo de Rosas, cambia de actitud? Es que hay intereses de por medio. No es el humanitarismo lo que le mueve, como tampoco a De Lurde. Pocas semanas atrás, una compañía inglesa ha pretendido establecer una línea de navegación a vapor por el Paraná; y Rosas no ha consentido. Comienza así el grave problema de la libre navegación de los ríos. Los unitarios de Montevideo dicen que los vapores ingleses acarrearían en poco tiempo la caída de Rosas. El Restaurador opina que el Paraná es nuestro y que por él sólo deben navegar los barcos argentinos. También los intereses británicos han crecido mucho en Montevideo. Hay allí una compañía que le presta dinero al Gobierno con la garantía de las rentas de Aduana y a la cual no le conviene, como tampoco a los demás comerciantes de su nacionalidad, la continuación de la guerra y sobre todo la inevitable invasión de Oribe al Uruguay. Esta compañía va a cons-

truir grandes edificios en la plaza principal, en terrenos cedidos por el Gobierno, y a establecer en Canelones, en veinticuatro leguas cuadradas, una colonia inglesa, compuesta de tres mil familias.

Mientras espera la respuesta de Rosas a Mandeville, el gobierno oriental solicita al representante inglés el desembarco de fuerzas para el caso de que Rosas rechace el ofrecimiento. Considera que "la orden que Lord Aberdeen dice haber dado de cesar la guerra, se ha de cumplir". Rosas no acepta el ofrecimiento. Mandeville insiste, y el 18 de octubre, en una larga y recia nota, Rosas hace la historia de Rivera, y dice que le es imposible tratar con él. ¿Por qué Rosas, hombre de paz, no quiere esta paz? Porque, hombre de orden, fanático del orden, no puede reconocer al gobierno ilegítimo de Rivera, surgido de una revolución; y por lealtad hacia Oribe, a quien no puede abandonar.

Rosas envía los documentos a la Sala. Uno de sus fieles, el doctor Lorenzo Torres, dice: "Las intrigas de la mediación prueban que los extranjeros son nuestros enemigos natos, y debemos poner cuanto antes un muro entre ellos y nosotros. ¿Qué importa que no nos venga nada de Europa? Si no tenemos sillas de madera en qué sentarnos, ¡nos sentaremos en cabezas de vaca! ". La Sala aprueba a Rosas. Durante tres días multitudes recorren las calles vociferando contra la mediación y contra los ingleses y los franceses. Los manifestantes llegan hasta Palermo, donde está Rosas, y vuelven a la madrugada. Los ministros reclaman. Rosas contesta que no puede ser responsable de la efervescencia po-



La casa de Rosas en Palermo.

pular. Mandeville, el 26 de noviembre, lamenta el rechazo de la mediación y amenaza: "puede imponer el gobierno de S. M. B. el deber de recurrir a otras medidas, con el fin de remover los obstáculos que interrumpen por ahora la pacífica navegación de estas aguas". El inglés se ha quitado la careta del humanitarismo y ahora revela que Inglaterra, como siempre, obra por intereses materiales. Pero es interesante hacer notar que Mandeville, al protestar contra los gritos de la multitud, reconoce cómo en 1840, "en momentos más críticos", cuando el bloqueo francés, "las personas de los ciudadanos franceses fueron constantemente respetadas; no fueron insultadas ni molestadas, y, cuando ocurrió alguna desgraciada excepción, el Gobierno, con aquella prontitud y energía que le hacía el más alto honor, ponía en ejercicio todos los medios en su poder para terminarla y reprimirla".

Batalla de Arroyo Grande

La Providencia sigue favoreciendo a Rosas: el 6 de diciembre de 1842, en *Arroyo Grande*, Echagüe ha aniquilado prolijamente a las tropas de Rivera. Todo lo ha perdido Rivera: armamentos, caballada, soldados. En Montevideo comprenden que va a ser preciso organizar la defensa de la ciudad. Sólo un hombre puede hacerlo: Paz, que ha llegado hace poco tiempo. Don Frutos no lo pasa, pero en Montevideo aprovéchanse de que esté ausente para encargar a Paz la defensa.

Rosas decreta una amplia amnistía. Buen número de emigrados vuelven a la patria. Algunos, los que más han vociferado contra "el tirano", mandan primero a sus familias, hasta que, desaparecido el resto de pudor, se embarcan también ellos. En Buenos Aires vivirán traquilos, alejados de la política los más. Otros se acercarán a Rosas, se incorporarán a la corte de Manuelita. Lograrán el desembargo de sus bienes y ninguno de ellos será jamás molestado. Rosas ha cumplido siempre su palabra para con los que se acogen a las amnistías que ofrece.

Ahora el ejército vencedor se divide en dos partes. Una queda en Entre Ríos y la otra, mandada por jefes y oficiales orientales y formada principalmente por soldados orientales, cruza el Uruguay y avanza hacia Montevideo. Inútil que Mandeville y De Lurde quieran impedirlo, exigiéndole a Rosas el 16 de diciembre –de acuerdo con órdenes recibidas, el día anterior, de sus gobiernos, que han "resuelto" poner término a la guerra– el regreso de las tropas al territorio argentino. Mandeville espera la intervención armada, y el 8 de enero le escribe al ministro de Rela-



Comodoro J. B. Purvis. Litografía de Bettinotti.

ciones Exteriores del Uruguay: "No puedo creer que las fuerzas navales inglesas y francesas no ataquen antes que el enemigo esté a las puertas". En su marcha triunfal este ejército se va engrosando y llega a contar con doce mil hombres; y el 16 de febrero de 1843, el general Manuel Oribe pone sitio a la capital. El gobierno de Rivera domina en algunos puntos de la costa y posee el Cerro de Montevideo. Oribe se instala en otra elevación situada al norte de la ciudad, el Cerrito de la Victoria.

Los partidarios de Rivera y los enemigos de Rosas afirman que el gobierno de la Confederación pretende atentar contra la soberanía uruguaya. Pero todos los documentos prueban lo contrario. Arana, en dos notas, declara que el gobierno de la Confederación ha reconocido y seguirá reconociendo la Independencia del Uruguay. Un mes después de comenzado el sitio, el 24 de marzo, se redacta en Río de Janeiro, entre el canciller brasileño y nuestro ministro Guido, un proyecto de alianza: los gobiernos de Brasil y de la Argentina intervendrán unidos para apaciguar por la fuerza la provincia brasileña de San Pedro del Río Grande del Sur y la República del Uruguay y restablecer la autoridad legal en ambos territorios. En los considerandos, júzgase al gobierno de Rivera: incompatible con la paz interior del Uruguay y la de los países limítrofes, como "mantenido por una política dolosa y sin fe". Para Rosas este tratado sería magnífico. Significaría la caída de Rivera, la vuelta de Oribe al poder y el fin de la guerra. Y, sin embargo, niégase a ratificarlo, porque "sin la concurrencia del gobierno oriental aparecería humillada la suprema autoridad legal de aquella república y violada su soberanía e independencia". Esta renuncia de todos sus intereses, por no humillar la soberanía y la dignidad de una república hermana, es un bello gesto de americanismo.

En el Río de la Plata, como en todos los lugares importantes del mundo, siempre hay una escuadra inglesa. Su presencia tiene por objeto vigilar los intereses de Gran Bretaña, intimidar, imponerse. También Francia tiene por entonces algunos barcos en estas regiones, las que deben soportar a los almirantes extranjeros, a veces arbitrarios y despreciativos. En 1838 el arbitrario y el loco fue el francés Leblanc; ahora lo es el inglés Juan Brett Purvis.

Rosas, con todo el derecho del mundo, ordena a Brown, el 19 de marzo, bloquear los puertos uruguayos. La Confederación está todavía en guerra con el gobierno de Rivera, y no fue Rosas, sino Rivera, quien lo declaró, cuatro años atrás, en 1839. El cuerpo diplomático, inclusive el ministro inglés, aceptan el bloqueo. Sólo el almirante Purvis, que se siente dueño del mundo por ser jefe de unos cuantos barcos ingleses, lo desconoce. El al-



Batalla de Arroyo Grande. Derrota de Rivera a manos de Oribe, 6 de diciembre 1842.

mirante es fiel a sí mismo. Un mes antes le ha escrito a Brown, invocando el deseo de la Reina de Gran Bretaña de que se haga la paz: "exijo que usted y todos los demás súbditos de S. M. se abstengan de tomar parte, cualquiera que sea, en la lucha pendiente, por ser contra un acta del Parlamento británico". ¿Prepotencia inglesa, estupidez o ignorancia? Un poco de todo. Brown, ciudadano argentino naturalizado, prócer de nuestra independencia e irlandés, no inglés, debe haber reído al pensar que se le exige no seguir sirviendo a su patria, en virtud de los deseos de la Reina inglesa y de un acta del Parlamento británico, que niega a las naciones sudamericanas todo derecho a bloquear . . .

Pero a Rosas, argentino auténtico, que no está al servicio, como otros argentinos de entonces y de ahora, de los intereses británicos, impórtasele un bledo de los deseos de la desabrida aunque "graciosa" Majestad, y el 30 de marzo comunica a los ministros y cónsules su orden a Brown de impedir la entrada en Montevideo de los buques de cualquier nación que vayan cargados con provisiones o municiones de guerra. Pocos días después, Brown entra con cuatro barcos en el puerto de Montevideo, fondea cerca de la isla de las Ratas y captura un buque inglés que ha pretendido violar el bloqueo. Purvis le ordena salir del puerto, y Brown, que no puede combatir contra los grandes barcos ingleses, se somete. Poco después, Brown entra de nuevo en el puerto, y, a una nueva intimación de Purvis, vuelve a retirarse.

Rosas exige a Mandeville que declare si ha dado instrucciones a Purvis. Mandeville, personaje un tanto acomodaticio, contesta que Purvis no le hace caso. Rosas, entonces, dirígese a lord Aberdeen, ministro de Relaciones Exteriores de Inglaterra.

Mientras tanto, en Buenos Aires vuelve a convulsionarse el populacho. Mandeville y De Lurde protestan ante Rosas. Don Juan Manuel les declara que no puede contener el furor popular contra los extranjeros. Mandeville amenaza con pedir sus pasaportes, y De Lurde con armar a sus compatriotas para defenderse.

Rosas ha reconstruido de nuevo la Confederación Argentina: todas las provincias reconocen su autoridad. En Santa Fe, después de la huida de *Mascarilla*, ha impuesto como gobernador a Echagüe. En Corrientes, después de la fuga de Ferré, a raíz de Arroyo Grande, gobierna un adicto suyo. Pero ahora Corrientes está otra vez en armas. Dos caudillos hermanos, los Madariaga, la han sublevado contra Rosas y han vencido. Y se preparan para invadir Entre Ríos.

En Montevideo y en el Cerrito de la Victoria todo marcha bien para los intereses de su aliado Oribe. Los uruguayos abandonan a montones la plaza sitiada: tres batallones enteros y algunos jefes importantes se han pasado al ejército sitiador. Ha sido inútil un decreto condenando a muerte a todo el que pertenezca a ese ejército o sea tomado con las armas en la mano. Pocos orientales defienden la ciudad. De sus treinta y un mil habitantes sólo once mil, incluyendo mujeres y niños, son orientales; y de los cuatro mil y pico capaces de llevar armas, la mayoría se ha



Puñal que perteneció al mazorquero Troncoso.

ido con Oribe. Han recurrido a los esclavos, a los que ha sido preciso, previamente, declarar libres. Pero sólo han conseguido setecientos, que distribuyen en tres batallones; los demás esclavos han sido enviados por sus dueños, miembros del *Partido Blanco*, al ejército de Oribe. Enrolan, entonces, a los extranjeros. Se forman legiones: dos mil franceses, seiscientos italianos, setecientos españoles, quinientos argentinos. Esta intervención extraña enoja con harta razón a Oribe, quien el 1º de abril envía a los cónsules una circular donde declara que "no respetará la calidad de *extranjeros* ni en los bienes ni en las personas". Nada más justo. Si toman las armas para combatirle, él no puede tratarlos sino como lo que son, como enemigos.


Guillermo Brown.

En el resto del Uruguay, la situación se ha vuelto seria para Oribe y Rosas. Rivera, que desde marzo no es presidente, por haber terminado su período, pero que conserva el mando del ejército, anda por los campos con cinco mil gauchos. Ha logrado estrechar a Oribe, que sólo domina una angosta faja. Desde el Cerro se divisa a los guerrilleros que sitian al ejército sitiador. Pero Urquiza, que, por orden de Rosas invade el Uruguay con nueve mil hombres y dieciséis mil caballos, llega a obtener algunos triunfos contra los gauchos de don Frutos y a alejarlos hacia el interior del país.

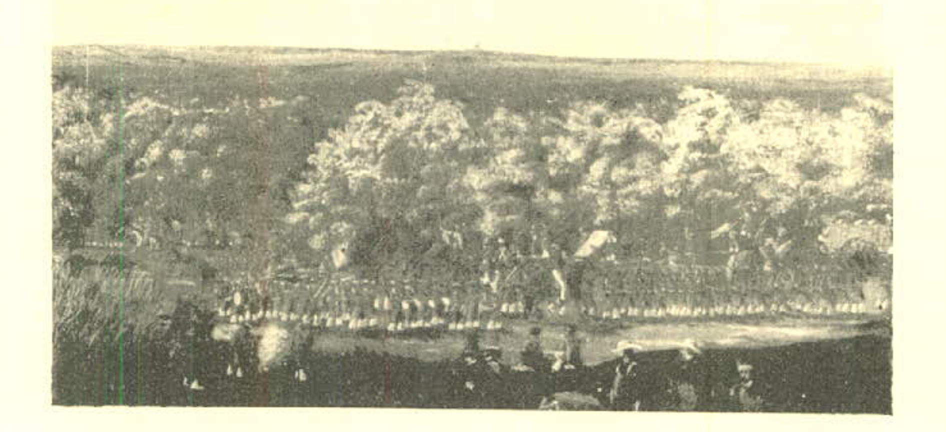
En tanto, días atrás, Mandeville ha recibido instrucciones de su gobierno: los marineros no intervendrán en la lucha entre Buenos Aires y Montevideo, salvo para defender las vidas y propiedades de los birtánicos. El ministro trasmite estas instrucciones a Purvis. Es un triunfo para Rosas. "Anoche lo vi muy contento a S. E.", le escribe a Brown el capitán del puerto. El bloqueo va a ser reanudado, pero es evidente que algo espera Rosas antes de empezar. Así sucede: el 5 de setiembre llega de Inglaterra la orden de reconocer el bloqueo.

Y dos días después, Rosas dispone su reanudación.

Sitio de Montevideo

Mientras así Juan Manuel de Rosas defiende la soberanía y la dignidad de la patria, otros malos argentinos la traicionan.

En Chile está ocurriendo, desde el año anterior, algo absolutamente incomprensible: Domingo Faustino Sarmiento realiza, en el diario *El Progreso*, una campaña tenaz, entusiasta, proselitista, para que Chile ocupe el estrecho de Magallanes. El gobierno de Santiago se convence ante los argumentos de ese argentino, y el 21 de setiembre se apodera para siempre del estrecho.



Revista del ejército de Oribe durante el sitio de Montevideo (1843-51). Oleo de Juan M. Blanco.

Esta campaña periodística, que consistió en ocho extensos artículos, no se explica ni por móviles utilitarios, que no los hubo. Chile no le ha pedido a Sarmiento que así traicione a su patria, que trabaje con fervor para que ella pierda esos territorios. Hay una sola explicación: Sarmiento ha renegado de su patria y es chileno. Carece de importancia que tenga o no la ciudadanía chilena. Lo indudable es que él se siente chileno, que habla como chileno y que quiere a Chile más que a la Argentina. Mes y medio después de terminada esta campaña, en *El Heraldo Argentino* que ha fundado, hablará de su "nacionalidad perdida ya" y se considerará como "ex argentino"[3]. . .

Otro traidor es Florencio Varela. Proyecta desmembrar al país, constituyendo una nueva nación con Entre Ríos y Corrientes; y ha escrito una *Memoria* sobre el asunto. Ahora trabaja con mayor ahínco que nunca. Tiene aliados: los ministros del gobierno uruguayo, que, en realidad, le obedecen; el almirante Purvis, convertido en potencia durante los primeros meses de este año de 1843; y el nuevo plenipotenciario del Brasil, el Comendador Juan Luis Vieira Cansançao de Sinimbú. Lo han designado para ir en misión a Francia e Inglaterra, a pedir la intervención de estas potencias contra Rosas. Poco antes de partir, lo que hará en agosto, insiste ante Paz, que dirige la defensa de Montevideo, en favor de su proyecto; y Paz se niega a complicarse en semejante traición. Son canallescas las instrucciones que se le dan a Varela. A pesar de que en Montevideo empiezan a comerse los caballos, los gatos y los perros y de que muchos franceses han emigrado a

Buenos Aires, Varela, a fin de obtener la intervención armada de Inglaterra y de Francia, deberá demostrar allí la prosperidad del Estado Oriental y "el atraso y ruina de Buenos Aires". Y deberá tentar la codicia de ingleses y franceses explicándoles la riqueza y feracidad de las regiones del Plata. No tiene perdón Florencio Varela. Ni siquiera puede defendérsele con el "criterio de la época": en esa época hombres como Chilavert y Paz se indignan patrióticamente contra su proyecto[4].

Y mientras Rosas, diplomáticamente, trata de que el Paraguay se reincorpore a la Confederación, *El Nacional*, escrito por argentinos, propone al Brasil que se encargue del protectorado del Paraguay y que "no desprecie el de Corrientes . . .".

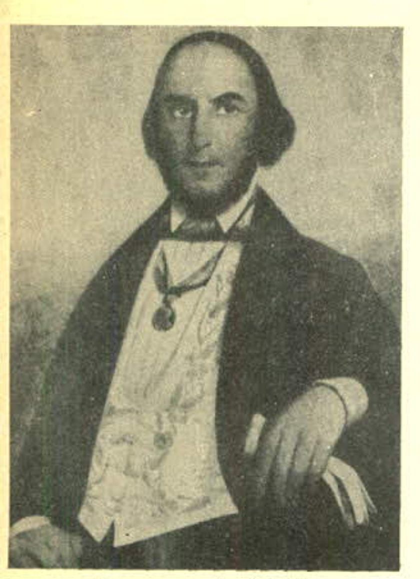


Juan Madariaga.

Rosas y la soberanía del Uruguay

El bloqueo, apenas reanudado, es desconocido por el ministro Sinimbú. Arana, en términos violentísimos –acaso la redacción sea de Rosas–, dirige una nota al ministro del Brasil en Buenos Aires, Duarte da Ponte Riveiro. Habla de "insólita estupidez", de "insensatez", de "ridícula oficiosidad". Duarte contesta protestando, con razón, por los términos de aquella nota, y con palabras nada agresivas. Arana, sin embargo, lo invita a que las retire y le comunica haber instruido de todo al gobierno del Brasil. Duarte, que no puede retirarlas por haber mandado ya copia al Brasil, pide sus pasaportes. Pero pronto llega de Río de Janeiro el vapor que trae la noticia de que el gobierno de Su Majestad Imperial ha ordenado a Sinimbú aceptar el bloqueo. Duarte quéjase por ciertos artículos de *La Gaceta*. Arana contesta que *La Gaceta* no es oficial. Todo va a arreglarse, pero Duarte se arrepiente y pide otra vez sus pasaportes.

En octubre, Rosas manda a la sala los documentos. Lo muestra a Sinimbú uniendo al Brasil a "la causa de la rebelión y vandalaje que encabeza Rivera, enemigo manifiesto de la tranquilidad del Imperio". La nota de Duarte Riveiro, "insultante, descortés e irrespetuosa", es el primer paso oficial de cuanto ha hecho privadamente para estimular a Sinimbú. ¿Y por qué, habiéndosele comunicado el bloqueo el 19 de marzo, sólo ahora advierte sus inconvenientes? El 6 de setiembre se le ha enterado de su reanudación, y nada objetó. Su actitud está en desacuerdo con sus manifestaciones de desagrado por la conducta de Sinimbú y con sus esperanzas de que el gabinete de Río de Janeiro no lo aprobaría. Y, mientras su colega en Montevideo, desautorizado por el gobierno brasileño, se marcha a Río, pretextando razones de salud,



Retrato de Andrés Lamas, periodista, historiador y diplomático.

Duarte se va a Montevideo, pero vuelve. En la Sala el diputado Lorenzo Torres dice que si el vapor tarda dos días más en llegar, "era tal la justa indignación popular contra los ministros brasileños, que el señor Duarte se hubiera encontrado con su casa tapiada con cadáveres de sus conciudadanos". La Sala aprueba a Rosas, y esto es considerado por *El Nacional* como una "difamación oficial contra el Imperio".

En Montevideo todo va mal ahora para los enemigos de Rosas. El cónsul francés Pichon, en nombre del Rey, prohíbe a sus connacionales actuar como *Legión Francesa*. Organízanse, entonces, como *Legión de Voluntarios*. Al ministro y al cónsul franceses, que se oponen, como es lógico, a que sus compatriotas se metan en una guerra que les es extraña y cuyas consecuencias pueden resultarles funestas, llámales *El Nacional* "perseguidores infames". En una semana cuatrocientos franceses emigran a Buenos Aires; y desertan en pocos días varios coroneles y cincuenta y un jefes y oficiales, entre ellos dos hijos de don Bernardino Rivadavia.

De Europa, también malas noticias para los enemigos de Rosas. A un memorial de lord Sandon pidiendo la intervención armada, el Ministerio inglés ha contestado que ese gobierno, como el de Francia, ansía la paz, pero que no intervendrá con las armas. Igualmente opina el gabinete de París, según resulta de la sesión de la Cámara de los Pares, de febrero del 43.

La desesperación del gobierno oriental debe ser muy grande. Sólo así se explica su ferocidad durante ese tiempo. Ni el gobierno de Rosas, ni creo que gobierno alguno en el mundo por esos años, dictó un decreto tan sanguinario como el edicto del 10 de octubre en que el Jefe de Policía, Andrés Lamas, reproduce las disposiciones sobre el delito de traición. Pena de muerte al que ponga al servicio del enemigo su persona o sus bienes; al que dé avisos o consejos; al que aconseje no obedecer al Gobierno "o no le obedezca tan bien como solía"; al que ayude a los tránsfugas o a sus instigadores o consejeros, aunque sea con simples consejos; al que intente "retraer al extranjero de que realice tratos ventajosos a la patria"; al que mantenga correspondencia con el enemigo o trasmita noticias. Deberán morir todos los derrotistas; los que intenten inspirar al soldado odio al servicio, le exageren la fatiga, le infundan menosprecio hacia sus jefes o le persuadan de que su causa va en camino del infortunio; los que derramen noticias favorables al enemigo; los que promuevan rivalidades y sospechas; los que ataquen "la legitimidad de los poderes nacionales y les atribuyan defectos que hagan caer en menos valer su dignidad y fuerza moral"; los que alaben el poder del enemigo y "defiendan sus crímenes"; y para abreviar,

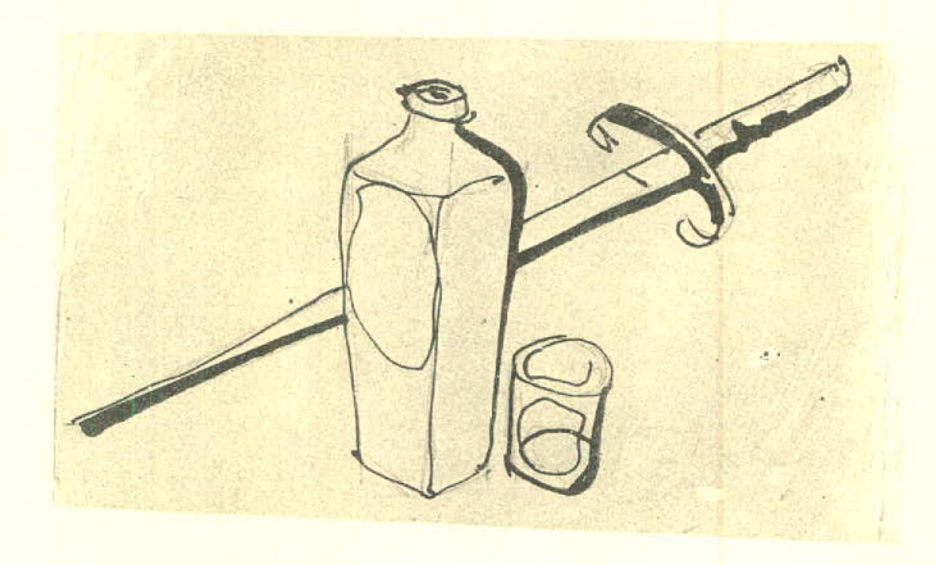
pues la enumeración de estos delitos aún no termina, los que no informen a la autoridad de cualquier caso de traición de que tengan noticia. Rosas a nadie condenó a morir que no estuviese en alguno de los casos allí mencionados: entendimiento con el enemigo, espionaje, insurrección. Los unitarios y sus descendientes espirituales llaman "monstruo" a Rosas porque fusila al coronel Ramón Maza, que estando el país en guerra se levanta en armas, y "benévolo" al gobierno oriental, que condena a muerte al que le atribuya algún defecto . . .

Y este decreto feroz está conformado por otros posteriores, como el del 18 de octubre, que condena a muerte a todos los jefes y oficiales del ejército sitiador, y el del 27 de octubre, que considera alta traición cualquier comunicación con el campo enemigo, sea cual fuere el sexo de la persona, aunque se trate de algo inocente, "sin admitirse atenuantes de ninguna especie". Y está confirmado igualmente, por cartas de diversos personajes orientales. Pacheco y Obes, el ministro de Guerra, que ha establecido su dictadura personal, le ha escrito a un jefe, poco tiempo atrás: *Mátame todos los blanquillos que puedas*. Y esto mismo lo ordenó el ministro en una circular.

No menos bien le va a Rosas en la guerra. Los correntinos son derrotados el 31 de diciembre, y Rivera lo será unas semanas después por Urquiza, el 21 de enero de 1844, en la batalla del *Sauce*



Pero Rosas tiene un enemigo que trabaja activamente y le causa inconmensurable mal en el extranjero. Es José Rivera Indarte, el director de *El Nacional*. Talento periodístico y falta de escrúpulos para calumniar. Ha publicado las *Efemérides* y biografías de personajes de los dos bandos, y el 19 de agosto comienza sus famosas *Tablas de Sangre*, y el 11 de setiembre su libelo *Es acción santa matar a Rosas*. Considera víctimas de Rosas a todos los que han muerto en las guerras iniciadas por los unitarios; a los que Rosas ha fusilado por rebelión, durante la guerra, por traición o por espionaje; a las víctimas de crímenes comunes; a muchos asesinados por las gentes de Lavalle en su invasión a Buenos Aires, y a otros que están vivos. Rivera Indarte, que años atrás robara la corona de la Virgen de las Mercedes; que fuera expulsado de la Universidad por ladrón de libros; hombre de costumbres sospechosas e hipócrita redomado; ensalzador de Rosas y ahora su injuriador, carece en absoluto de autoridad. Pero el odio a Rosas se la presta y sus calumnias corren como verdades. Hasta hoy perdura la influencia de las *Tablas de Sangre*, pues aún hay quienes, para hacer historia, en 1940, dan como ciertas las mentiras de tamaña cloaca . . .



NOTAS AL CAPITULO

[1] Los pormenores que rodean la muerte del general Lavalle no son claros. Derrotado en Famaillá, el unitario galopó hacia el norte seguido por unos 200 fieles. El 8 de octubre entraba —cansado y enfermo— en la ciudad de Jujuy. Algún partidario le entregó las llaves de la casa del vecino Zenavilla. Allí se refugió. En la madrugada del 9, una partida federal que al mando del capitán Fortunato Blanco buscaba al unitario Elías Bedoya, se llegó hasta la casa. Hubo golpes, voces de alto, y alguién trancó la puerta desde adentro. Los federales hicieron pie a tierra, y cuatro tiradores dispararon contra la cerradura. Sabedor entonces de que alguna tropa enemiga rondaba las proximidades, Blanco se retiró hacia la Banda del Río Grande. Desde allí envió a dos oficiales para buscar información de lo acaecido. "Y en fin, señor coronel, el último resultado es que medio pueblo de Jujuy ha visto sacar un cadáver de la citada casa con la cara tapada, y que cargado en un caballo se lo habían llevado los enemigos". Así concluye el parte del capitán Fortunato Blanco a su jefe inmediato, el coronel del 1^er^ Regimiento Domingo Arena. Otro comunicado, con fecha 21 de octubre, en Salta, es recibido por Oribe, y lo firma Miguel Otero: "El correo de Bolivia confirmó la noticia. El cadáver de Lavalle fue destripado en Chorrillos, a 7 ú 8 leguas de Jujuy; descarnados los huesos en Rodero, más allá de Humahuaca, por no poder sufrir la hediondez de la carne, y luego que el salvaje Pedernera llegó a Mojo, primer pueblo de Bolivia, depositó dichos huesos en la Iglesia".

El mensaje es remitido a Rosas, y "La Gaceta" lo publicó el 6 de diciembre.

Medida noticia para un final que conmueve. Se llevaron el cuerpo de Lavalle envuelto en su poncho de campaña, cruzado sobre el lomo de un caballo. Diez tiradores a las órdenes de Laureano Mansilla en punta; escolta de ciento y tantos hombres al mando de Juan Esteban Pedernera, casi guerrero medieval. Desde el vamos, tiroteos con milicias federales. Las vanguardias de Oribe pisándoles las ancas. El 10 estaban en Tumbaya. El cura Duán de Rojas quiso

entretenerlos. Olfatearon la impiedad y siguieron. El cadáver de Lavalle ya volteaba. Sobre un arroyo de Huancalera se paró el cortejo. Federico Danell, adicto hasta la muerte, coronel, cuchillero, destripó al difunto que se fue llevando el agua. Quedaron los huesos. Con ellos alcanzaron la frontera boliviana por tierras de la Quiaca. El 23, Pedernera y su gente entraron en Potosí. Al día siguiente, los restos de Lavalle eran depositados en esa Catedral con misa y honores militares.

[2] La base establecida por los chilenos en Magallanes, es Fuerte Bulnes. Recién en diciembre de 1847 se conoce la noticia en Buenos Aires. El 15, don Felipe Arana envía nota de protesta por la usurpación del estrecho al gobierno de Chile.

La expedición había zarpado de Santiago el 21 de mayo de 1843 al mando de un yanqui, John Williams, "tomando posesión de los Estrechos de Magallanes y su territorio, en nombre de la República de Chile", según acta remitida al presidente Bulnes. De acuerdo a lo que nos deja contado Gálvez, fue Sarmiento el promotor de esta ocupación en suelo argentino. En las páginas de "El Progreso", periódico editado en Santiago, sostenido por el ministro Montt y dirigido por don Domingo Faustino, éste sostuvo una campaña instigadora del despojo durante los días 11-12-15-16-17-19-22-23-25 y 28 de noviembre de 1942. El 11, por ejemplo, dijo: "Hablamos de su posición de depósito del comercio del Pacífico, de la posibilidad de abrirse una nueva vía comercial a estos mares por el istmo de Panamá, y las ventajas que Chile reportaría si el Estrecho de Magallanes pudiese ofrecer un tránsito sin los peligros y demoras que hacen embarazosa la vuelta del Cabo de Hornos. Para conseguir esto último, que creemos posible y puede realizarse prontamente, se necesita a la vez de la concurrencia del público y de la del Gobierno; y como uno y otro no se determinarían a exponer capitales y trabajos sin el íntimo convencimiento de la utilidad y de la posibilidad del buen éxito, nos ocuparemos de exponer nuestras ideas a este respecto, a fin de que ellas contribuyan, en lo que está a nuestro alcance (¡qué modesto!) a corroborar o corregir el juicio de nuestros conciudadanos (en este caso son los chilenos) y excitar el interés activo, único móvil de las grandes empresas", agregando: "El Estrecho de Magallanes empieza a perder entre los navegantes el poder de inspirar los temores que lo habían dejado en desuso". El 28 cerraba su prédica con argumentos muy convincentes, casi tanto como los expuestos en días anteriores, durante los cuales probó con estadísticas, datos económicos, fluviales, climáticos, ecológicos y hasta militares, las ventajas que obtendría Chile ocupando Magallanes. Ese día 28, coronó su hazaña con interrogante para emprendedores: "¿Qué falta para que todos estos bienes puedan contarse con el número de cosas positivas, para que en lugar de ser meras conjeturas e ilusiones, pasen a ser hechos? Nada. Pues que nada sería dar el primer paso que es mandar al Estrecho algunas compañías de soldados. Para Chile, el Estrecho de Magallanes se convierte en un foco de comercio, de civilización e industrias, que en pocos años puede

sobreponerse a todos los centros comerciales de América del Sud. ¿Quedan dudas, después de todo lo que hemos dicho, sobre la posibilidad de establecer allí poblaciones chilenas? ¿Pero qué se hará para aclararlas o desvanecerlas? ¿Permanecer en la inacción meses y meses? " Y la disculpa final: "Creemos haber tocado cuanto estaba a nuestro alcance para ilustrar el asunto que de tanto interés nos parece para la prosperidad del país (Chile). Si no hemos logrado excitar el interés público, y el de las autoridades, achâquese ese defecto a nuestra inhabilidad y falta de luces. Nuestras intenciones servirán de disculpas".

El 11 de enero de 1843, en "El Heraldo Argentino" de Chile, puso la firma: "Los argentinos residentes en Chile pierden desde hoy su nacionalidad. Los que no se resignen a volver a la Argentina, deben considerarse chilenos desde ahora. Chile puede ser, en adelante, nuestra querida patria. Todo será desde hoy para Chile".

Don Domingo Faustino Sarmiento fue Presidente de la República Argentina en el período 1868-1874.

[3] El proyecto consistía en separar Corrientes y Entre Ríos de la República Argentina, formando con estas provincias un Estado independiente que sería reconocido por la Banda Oriental, Brasil, Francia e Inglaterra. Dicha segregación beneficiaría con holgura los intereses económicos de estos tres últimos países que apoyaban el plan de Florencio Varela, quien, según explica en su Autobiografía, manejaba "todos", todos esos negocios, sin excepción". El general Paz confirma en sus Memorias estos manejos, diciendo que Florencio Varela "ensalzaba el proyecto de establecer un Estado independiente entre los ríos Paraná y Uruguay, lo que se creía halagaría mucho a los gobiernos europeos, particularmente al inglés, y me ha escrito largas cartas persuadiéndome a que lo aceptase. ¡Lo particular es que, para recomendarlo, se proponía probar que era utilísimo para la República Argentina! Que se adoptase como arma para debilitar el poder de Rosas, se comprende; pero que se preconizase como conveniente a nuestro país, es lo que no me cabe en la cabeza. Aun en el sentido de debilitar el poder de Rosas, era equivocado el pensamiento, porque la nacionalidad argentina está muy arraigada en Corrientes y Entre Ríos". Según el cordobés, "mi contestación fue terminante y negativa".

Los "decentes" de Montevideo, Rivera, el ministro Vidal, el Dr. Santiago Vázquez, la gente de la "Comisión Argentina" y otros unitarios francotiradores, se reunieron para analizar el desmembramiento argentino. La indignación del coronel Martiniano Chilavert alteró la paz del cónclave, cuando le gritó a Rivera que la lucha se venía mudando, de tiempo atrás, en un enfrentamiento con la República Argentina, ultrajando su soberanía, y que consideraba una ignominia mezclarse con quienes hacían la guerra a su patria. Y si no está claro, le echo agua: Me opongo desde el fondo de mi alma a semejante traición; la espada que usé en Ituzaingó se la ofreceré a Rosas, o a cualquiera como él que defienda el honor de mi país.

A este hombre, unitario por ideas, argentino por todo, artillero

de la Confederación en Caseros, se lo quiso fusilar como a traidor, por la espalda, según las órdenes de Urquiza. Ante el pelotón de tiradores, Chilavert gritó, golpeándose el pecho: ¡Tiren acá, que así mueren los hombres como yo!

Tuvieron que matarlo a culatazos.

El pardejón Rivera quiso enderezar el juicio de Chilavert sosteniendo que eran sólo fintas diplomáticas, y que la honradez de los presentes obviaba toda condena. Buen sentido del humor. Eran tan honrados, que contabilizaban por escrito patacones, balas y fusiles. En un documento de puño y letra del Dr. Florencio Varela, podemos enterarnos:

"Fondos y artículos de guerra que suministraron los agentes franceses al Ejército Libertador en 1839 y 1840.

1839	Junio 11	Al doctor Portela, vocal de la Comisión Argentina, quien lo pasó al general Lavalle	1.000 patacones
	Julio 13	Al señor Frías, secretario del general Lavalle	4.000 patacones
	Agosto 6	Al señor Frías, secretario del general Lavalle	5.000 patacones
	Octubre 9	A la Comisión Argentina	10.000 patacones
	Octubre 22	A la Comisión Argentina	3.333 1/2 pat.
	Octubre 26	A la Comisión Argetnina	3.000 patacones
	Octubre 30	A la Comisión Argentina	3.666 1/2 pat.
	Noviembre 18	A la Comisión Argentina, valor de armamentos para los del sur de Buenos Aires	7.630 patacones
	Noviembre 23	A la idem idem	5.000 patacones
1840	Enero 14	A la Comisión Argentina	1.000 patacones
	Febrero 24	A la Comisión Argentina, en letras a 3/m sobre París	90.000 patacones
	Mayo 16	A la Comisión Argentina, en letras a 3/m sobre París	5.000 patacones
	Mayo 20	A la Comisión Argentina, en letras a 3/m sobre París para los auxilios franceses	1.250 patacones

El documento del Dr. Florencio Varela detalla los gastos de junio de 1839 a agosto del año siguiente, sumando:

"Total recibido de los agentes franceses, pesos fuertes 254.750.—"

También hay nota aclaratoria: "Todas las compras para la confección de vestuarios, de armas, municiones, fletamento de buques, fueron con conocimiento y aprobación de dichos agentes".

El material recibido a cuenta de S.M. Luis Felipe, también se contabiliza:

"Armamento y municiones recibidos de los agentes franceses para el Ejército Libertador. Recibido del señor Martigny el 26 de febrero de 1840: 500 fusiles franceses a munición, 720 carabinas, 100 pares de pistolas, 1 barril con 4.000 tiros a bala de fusil".

Recibido del señor almirante Dupotet, fecha ut supra: 2 piezas de bronce de campaña de a 4; 2 cureñas completas, con sus avantrenes y juego de armas para servirlas; 6 cajas de madera con 134 balas de a 4; 4 cajas de madera con 66 tarros de metralla; 5 cajas con 200 cartuchos; 300 estopines fulminantes; 800 idem comunes; 200 lanza fuegos". La lista es extensa y sigue. Lo dicho sirve de muestra. Pero como la guerra es triste y cuesta mucho dinero, siempre hay que estar pidiendo, lo cual también es triste. En carta fechada en Montevideo junio 7 de 1840, con la firma de Juan Cernadas, Gregorio Gómez, Valentín Alsina e Ireneo Portela, leemos: "La Comisión Argentina tiene el honor de dirigirse al señor Bouchet Martigny, cónsul general encargado de negocios de Francia, para manifestarle: que el señor general Lavalle, en comunicaciones que se han recibido últimamente, hace saber a la Comisión la necesidad en que se ha visto de dar una paga a su ejército, después del glorioso triunfo de Don Cristóbal (batalla en la que los unitarios se enfrentaron con los ejércitos de la Confederación a las órdenes del general Pascual Echagüe); como también de comprar algunos artículos indispensables. . . La Comisión Argentina conoce la imperiosa necesidad de satisfacer estas demandas; está cierta de que el señor Bouchet Martigny la conoce como ella y no ha vacilado, por lo mismo, en recurrir nuevamente a su generosidad suplicándole que se digne facilitar cien mil pesos fuertes. . . en los mismos términos que las otras sumas que ha tenido la bondad de suplir antes de ahora.

La Comisión espera confiadamente que sus deseos serán satisfechos, y renueva al Sr. Bouchet Martigny la expresión sincera de su respeto y de su aprecio".



Lancero federal de la guardia de San Miguel del Monte Cargano.

CAPITULO XVIII
EN LA PAZ DEL AÑO 44

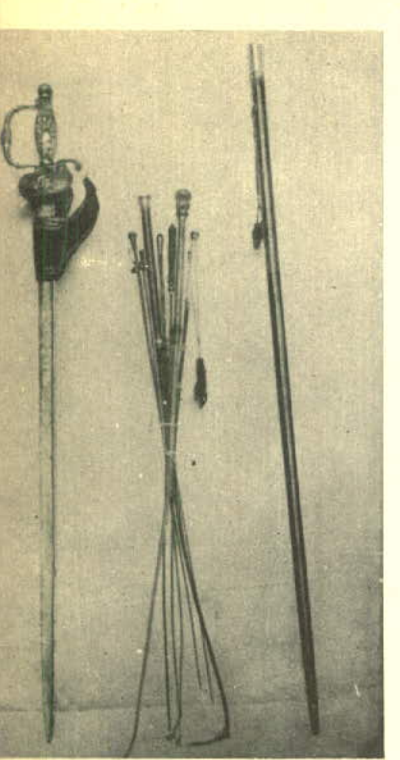
Este año es el único oasis de paz en el gobierno de Rosas. Poco se combate, pero los unitarios cometen un nuevo crimen: asesinan al gobernador delegado de Entre Ríos, don Cipriano Urquiza, hermano de don Justo José. Los correntinos de Madariaga invaden Entre Ríos y, derrotados, se vuelven a su provincia. En el Uruguay, Rivera, deshecho por Urquiza en El Sauce, ha huido hacia el norte. A Paz, que nunca perdió una batalla, no le ha ido bien en el Pantanoso, en abril, por culpa de su caballería y de su artillería. Quiere formar consejo de guerra, por desobediencia, a los jefes de esas armas; y esto le crea tan incómoda situación que debe renunciar y alejarse. Partirá en los primeros días de julio para Corrientes, a fomar otro ejército.

Días antes que Paz, ha partido, también para siempre, otro enemigo de Rosas, el almirante inglés Purvis, trasladado por su gobierno. Igualmente es cambiado el almirante francés. Aunque Massieud de Clerval se ha opuesto a que los legionarios franceses actúen en este carácter, su sustituto, el almirante Pierrre Henri Honorat Lainé, va más allá: prohíbe a sus compatriotas, de acuerdo con instrucciones de su gobierno, toda ingerencia en las luchas políticas locales.

Fracasa Varela en París

Por ahora la guerra está en París y en Londres y también allí la gana Rosas. Florencio Varela, con todo su talento y su labia, ha fracasado. El 2 de enero escribe en su diario de viaje: "... nota oficial del conde Aberdeen en que, resueltamente, declara que el gobierno inglés ninguna parte tomará en los negocios

del Río de la Plata. Mi misión queda, pues, concluida. La Inglaterra, tal es mi convencimiento, no conoce sus intereses, y aquellos desgraciados países serán por largo tiempo teatro de anarquía". ¿Los intereses de Inglaterra? Así dice, aunque parezca increíble. Es una suerte para toda la América el fracaso de Varela.



Espada con empuñadura de oro, perteneciente a Rosas.

Obras públicas y progreso

Rosas aprovecha este respiro que le dejan sus adversarios para realizar algunas obras de progreso. El momento es propicio: en ese año entran mil doscientos barcos en el puerto, con ocho mil pasajeros. La inmigración, que no se detendrá durante los siguientes años, es la que alcanza mayor cifra en América del Sur. La entrada de inmigrantes en el Brasil, desde 1820 a 1850, es apenas de seiscientos veinticuatro por año. Muchos de aquellos inmigrantes proceden de Montevideo. Entre las "libertades" que allí les ofrecen y los tormentos y la muerte que les ofrece el "tirano", prefieren lo último . . .

En este año de paz se construyen los puentes de Barracas y del Maldonado y el murallón del puerto; se abren muchas calles en Barracas y en el actual barrio del Once; se hacen los caminos a Flores, a Morón y a San Fernando; se ensancha el canal San Fernando; se desmontan las barrancas de la ribera; se empiedran las calles; y se embellece y agranda el paseo de la Alameda. En los últimos años se han construido iglesias en varios pueblos de la campaña, entre otras las de San José de Flores; y en la capital, la de Nuestra Señora de Balvanera; se ha adelantado la obra de la Catedral y han sido reparados y embellecidos San Francisco, Santo Domingo, el Socorro, la Piedad, San Juan, la Concepción, y la Casa de Ejercicios.

La Provincia progresa económicamente durante este año mucho más que cuando gobernó Rivadavia. Rosas permite que los barcos de cabotaje comercien con los puertos paraguayos sin tocar en Corrientes; y esto aumenta de modo asombroso las entradas de la Aduana y da gran vida al comercio. En poco tiempo, surgen muchas casas mayoristas, lo mismo que almacenes y tiendas. La calle de la Piedad, donde nunca hubo negocios, se llena de almacenes, tiendas y confiterías. También crece en forma acentuada, favorecida por las moderadas tarifas aduaneras, la importación. Y prosperan las industrias. Fabrícanse con el mejor resultado muebles, calzado, ropa y alhajas de plata y oro y fórmanse empresas para explotar la ganadería.

Constrúyense muchas casas, a pesar de lo cual –señal de bie-

nestar económico— son muy elevados los alquileres. Los permisos de edificación, que fueron noventa y uno en 1829, cuando gobernaron Lavalle y Viamonte, y noventa y ocho en 1833, cuando gobernaron Balcarce y Viamonte, aumentan de tal modo en estos últimos tiempos de Rosas que, en 1850, llegarán a cuatrocientos diez.

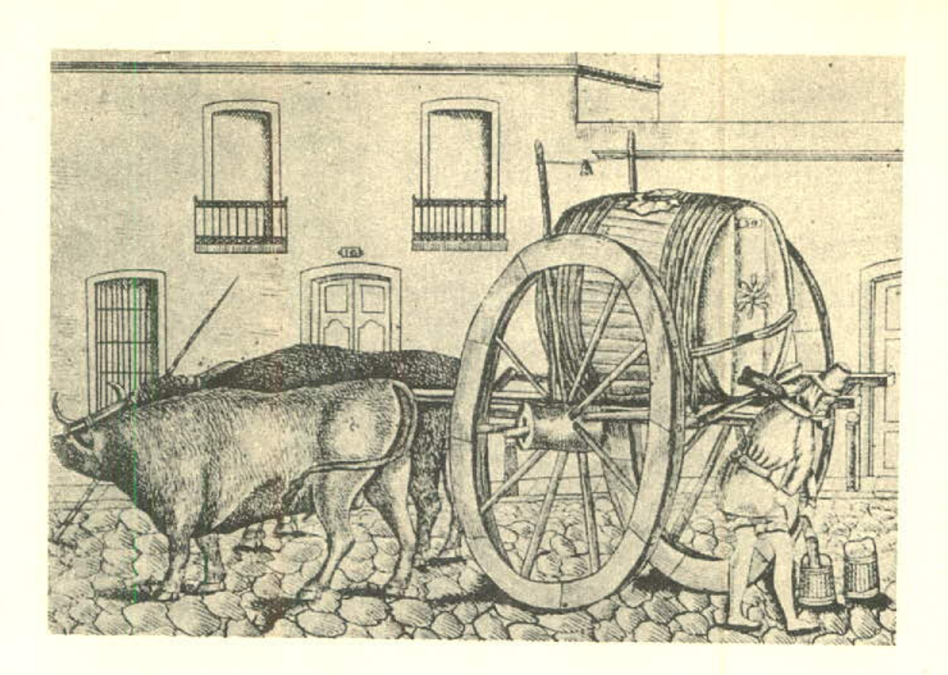
Un signo de la prosperidad general es la altura de los salarios. Cierto que, en parte por las guerras, faltan brazos; pero esto demuestra que no existe la desocupación. En la Buenos Aires de Rosas no hay miseria, como la habrá apenas él caiga del poder.

La cultura realiza algunos progresos. el número de estudiantes universitarios. que había disminuido en años anteriores, aumenta. Llegan de Europa muchos libros y encuentran pronto compradores. La literatura que se produce en Buenos Aires es detestable, pero no vale mucho más la de los emigrados en Montevideo. Si en algunos poemas de Rivera Indarte y de otros versificadores de la emigración hay cierto mérito, en los documentos diplomáticos de Arana y de Rosas hay verdadero talento. Existe una *Academia de Jurisprudencia*, donde una vez por mes se leen trabajos originales de sus miembros, y cuyo secretario, el doctor Luis Sáenz Peña, será presidente de la República cincuenta años más tarde. Marcos Sastre, el padre espiritual de los jóvenes de la extinguida Asociación de Mayo, publica *El Camuatí*, que dedica a Rosas con sentidas palabras entre las que se leen: "Estas breves páginas os revelarán mi deseo de servir a las ciencias que tanto amáis". Pero el hecho intelectual más importante en el Buenos Aires de estos años son los descubrimientos de Francisco Javier Muñiz. Todo un mundo fantástico e insospechado surge debajo de la tierra: los grandes fósiles antediluvianos. Rosas aprecia estos trabajos del sabio argentino y los estimula.

Algunas nuevas escuelas se han abierto, y muchas más se abrirán en 1846. *La Gaceta* publica los nombres de los estudiantes, desde la escuela primaria para arriba, que dan exámenes en el Colegio Republicano Federal, fundado con el apoyo de Rosas y dirigido por el ex jesuita Francisco Majesté. Es falso de toda falsedad que Rosas haya puesto las escuelas bajo la dependencia de la policía, como afirman historiadores de mala fe. Un decreto del 26 de mayo de este año de 1844, exige, a los que quieran enseñar, ser argentinos o tener carta de ciudadanía y acreditar su virtud, moralidad ejemplar, profesión de fe católica, adhesión a la federación y capacidad e instrucción suficientes. Establece que el permiso debe ser renovado cada año y que las solicitudes han de dirigirse al ministro de Gobierno; renueva la obligación de usar la divisa, y hace responsables del cumplimiento del decreto al oficial



Carlos Morel



Costumbres porteñas.
El vendedor de agua.

mayor de Ministerio de Gobierno y al jefe de policía. Esta intervención policial, como se comprueba en varias solicitudes, sólo se realiza cuando se trata de renovar la licencia, limitándose la policía a informar si el solicitante ha respetado las disposiciones legales. En los casos de licencias nuevas se levanta una información sumaria, sin que intervenga la policía. Pero si una escuela no ha cumplido las disposiciones vigentes, entonces la policía la clausura. No existe ningún decreto del año 1842 sobre materia escolar, como afirman ciertos historiadores, que se basan en un viejo error. No existe una sola licencia acordada por la policía. El objeto de este decreto es poner en manos del Gobernador las escuelas y proteger la enseñanza católica. Desde 1838 se viene advirtiendo el aumento de la infiltración protestante en la enseñanza particular. Rosas no combate el culto protestante. Durante su gobierno se han construido tres templos disidentes; y uno de ellos en terreno regalado por Rosas. El pastor Guillermo Brown publica una carta donde afirma ser falso que se haya quejado al gobierno inglés y habla de "la irrestringida libertad" de que goza y de la "tolerancia y generosidad" hacia los protestantes, que son "dignos de admiración y gratitud". Rosas permite a maestros de diversas sectas ejercer la enseñanza, pero no quiere que a sus escuelas asistan los hijos de familias católicas. Su decreto, obra de inteligente previsión y de sentido nacionalista y tradicionalista, sólo pretende salvar nuestra fe, defender a la Religión de los argentinos contra los avances del protestantismo.

La unidad nacional y asimilación de las masas

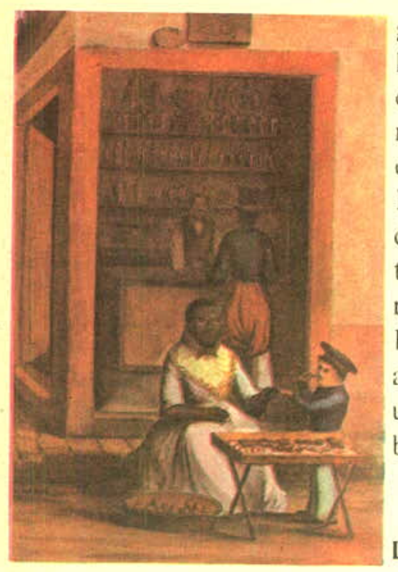


La lavandera. Dibujo de Rezabal.

Desde la paz, aunque no precisamente octaviana, de este año 44, en la proximidad de cumplirse una década del segundo gobierno de Rosas, ya podemos examinar su obra social, política y administrativa. Todo lo que él hace en su Gobierno, ya está hecho. Poco agregarán los siete años que faltan.

Rosas ha realizado la dificilísima unidad nacional. Las provincias, que antes de su ascensión al poder eran entidades autónomas, que apenas tenían contacto con otras y se miraban con recelo, si no con odio, hoy están perfectamente soldadas. Ahora se conocen y tienen intereses comunes. A ello han contribuido: la obra personal de Rosas, que ha dirigido la política "exterior" de cada provincia; la intervención que ha obligado a tomar a los gobernadores en los asuntos de otros estados, como en el caso de la renuncia del gobernador de Córdoba, Pedro Nolasco Rodríguez; la gigantesca propaganda por la Federación y contra los unitarios, que, al penetrar hasta en los últimos rincones del país, ha sido un poderoso lazo de unión; el envío de grandes ejércitos al litoral, al norte, a Córdoba, y la participación dispuesta y dirigida por él, de jefes y tropas de unas provincias en campañas de guerras realizadas en otras; su prédica constante, inflamada, del patriotismo; y su defensa de la independencia, la soberanía y la dignidad de la patria. Pero sus enemigos también han contribuido a la unidad nacional con sus coaliciones del norte y del litoral. En Montevideo, en Chile y en Bolivia se han encontrado y vinculado los proscriptos de diversas provincias. Y si la propaganda de Rosas ha sido motivo de acercamiento, también lo ha sido la propaganda contra Rosas.

Igualmente ha logrado el Restaurador la no menos difícil asimilación de las masas. Al producirse la Revolución de Mayo, las masas no tenían conciencia de sí mismas. Los unitarios, que gobernaron hasta el advenimiento de Dorrego al poder, prescindieron de ellas, como si no existiesen. Pero existían, naturalmente, y como un gran peligro, porque eran semibárbaras. Ni las autoridades coloniales ni los gobiernos unitarios ocupáronse de educarlas. Gentes analfabetas, descontentas, peleadoras, ardientes, exentas de toda cultura y aun de toda moral, formaban esas masas. Era necesario que el cuerpo social las asimilara, que fueran educadas lentamente. Imposible pensar en las escuelas. No había ni dinero, ni maestros, ni locales, ni libros, ni útiles de enseñanza. Rosas, con genial instinto, sabe que no existe sino un recurso para civilizar un poco a nuestras masas, para inculcarles moral y disciplina: la Religión. De ahí su constante obra reli-



giosa. Pero también la vida militar, la propaganda política y la legislación han contribuido a desbarbarizar a esas gentes. Recordemos los santos en el Colorado, muchos de los cuales son magníficas sentencias morales, y sus órdenes del día, severamente ejemplarizadoras. En sustancia: el problema ha consistido para Rosas en disciplinar. No puede haber sociedad organizada, ni orden, ni moral, ni cultura, sin disciplina. El impone una disciplina terrible. Las divisas, los "¡ vivas! " y los "¡ mueras! " el chaleco rojo y el bigote son instrumentos de disciplina. Es indudable que Rosas se excede en los medios. Pero acaso ha sido necesario que así fuese. Rosas sabe que, antes de civilizar, es preciso ordenar, unificar, terminar con la dispersión y la agitación, canalizar la barbarie nativa y espontánea.

La democracia en la sociedad rosista

Rosas es, biológicamente, si puede decirse, el constructor de la Argentina. Los pueblos no se construyen sólo con leyes. Rosas le dio a la Argentina un tono, un color, un sabor. Le dio vida al país; y si no formó el alma criolla, es indudable que la conservó, la encauzó y la enriqueció. ¿Cómo es esta sociedad que él ha creado?

Ante todo es una sociedad democrática. La separación entre las clases ha alcanzado el mínimo posible. En ciertas fiestas, distinguidas damas alternan con personas de la clase media y del pueblo. Rosas y su familia dan ejemplo. El Restaurador –lo dice *La Gaceta* del 22 de junio de 1843– sienta a su mesa a negros, mulatos y pardos, y Manuelita y las señoras de la familia de Rosas "han bailado con mulatos, pardos y morenos y los amigos de Rosas con mulatas, pardas y morenas". El y su hija asisten a las fiestas dominicales de los negros. Para el Restaurador el color de la piel nada significa. Al negro Macedonio Barbarin, nacido en Africa, lo hace sargento mayor y luego teniente coronel. Cuando muere, el año 36, *La Gaceta* le dedica versos en su honor y una biografía de una columna.

Gobierna con la clase media y aun con el pueblo, *la chusma*, según los unitarios. Si los diputados pertenecen a la más elevada condición social e intelectual es porque no puede ser de otra manera: ni el coronel Cuitiño ni el teniente coronel Barbarin podrían ser diputados. Pero la Sala no gobierna. Aparte de Rosas, la autoridad está en manos de los comisarios, los jueces de paz, los alcaldes y los jefes de ciertos cuerpos y guarniciones. En su mayoría, estos hombres son de origen muy modesto y algunos

no saben leer ni escribir. Ramos Mejía habla de la "franca y decidida incorporación de la *plebe* en la gestión de los negocios públicos". Algunas negras y mulatas consiguen licencias y hasta empleos a personas de la clase superior.

Rosas establece la igualdad, toda la igualdad posible. Su enemigo Esteban Echeverría, dice, en el *Dogma*: "Rosas niveló, por último, a todo el mundo". Agustín Jerónimo Ruano, contemporáneo y adversario de Rosas, en una *Memoria sobre la revolución de Octubre* publicada recientemente en Montevideo, propone destruir a Rosas y su "funesta igualdad de hecho". Sarmiento también lo reconoce, al decir, en su biografía de Vélez Sársfield, que "Rosas era un republicano que ponía en juego todos los artificios del sistema popular representativo". *El Nacional*, escrito por sus más tremendos enemigos, dice: "Rosas y algunos de los suyos pertenecieron en 1829 al partido que en la República Argentina se conocía con el nombre de Federal: el partido democrático". Y este carácter de ese partido, evidentemente, se ha afirmado después.

Personalmente, no hay gobernante más democrático. Jamás acepta las medallas, los homenajes y los títulos que le decreta la legislatura, salvo el de Restaurador de las Leyes. Por un decreto del 29 de marzo de 1843, dictado "en el deber de organizar los principios republicanos", se ordena que en notas, solicitudes, documentos y demás actos oficiales, no se le dé al *ciudadano* Juan Manuel de Rosas otro tratamiento que el de Gobernador y Capitán General de la Provincia o el de Brigadier. Otro decreto de





Pasatiempo en la campaña.

igual fecha y "de conformidad a los principios del sistema republicano", prohíbe denominar *mes de Rosas* a octubre. En abril se prohíben las subscripciones y demostraciones públicas para celebrar su cumpleaños o su elevación al mando supremo. Rechaza hasta el grado de Mariscal. Hubiera sonado bien eso de *el mariscal Rosas*. Al pueblo le hubiera gustado llamarle así. Y como ningún beneficio le puede reportar el rechazo, es forzoso creer en su desinterés democrático.

Se apoya en las masas. Lo dicen amigos y enemigos. "Su punto de apoyo –afirma el *Archivo Americano* del 30 de noviembre de 1843– residía en las masas, que debían ser organizadas y disciplinadas, en cuyo trabajo no le arredraron ni las dificultades ni la falta de recursos". El mismo periódico oficial dice otra vez que Rosas, "dando a su poder un carácter eminentemente republicano, lo fundó en esas mismas clases en que otros gobiernos habían encontrado sus más encarnizados opositores". Su adversario Ruano afirma que Rosas "ha establecido el imperio de la *plebe* y de la *multitud*". Ramos Mejía reconoce lo mismo, y dice que "el pobrerío belicoso, protegido y fomentado por Rosas, era democrático, con todo el *radicalismo* de su pasión". Y Echeverría, en su polémica con De Angelis sobre el *Dogma*, escribe: "Pero hoy que las masas tienen completa revelación de su fuerza; que Rosas, a nombre de ellas, ha nivelado todo y realizado la absoluta igualdad . . .

Hay una opinión del más grande interés: un artículo del diputado francés Laurent, en *La République*, de París, del año 1850.

A los ojos de los unitarios, dice Laurent, Rosas "es un vecino peligroso para el Brasil, a título de propagandista y libertador de los esclavos: a sus ojos, si hay algo en las orillas del Plata que ofrezca analogía con las doctrinas de los revolucionarios y factores de barricadas, son las doctrinas y los actos del general Rosas; a sus ojos realiza en el Plata lo que se habría realizado en Francia, si la sociedad no hubiese salido victoriosa de las malas pasiones que la han atacado tantas veces". Estas palabras, según Laurent, que las subraya, son del representante de los unitarios, del plenipotenciario de Montevideo, es decir, de Pacheco y Obes. "Lo que hay de cierto –agrega, por su cuenta– es que si el poder de Rosas se apoya en efecto sobre el elemento democrático, que si mejora la condición social de las clases inferiores", lo hace sin necesidad de revoluciones y de barricadas. Y la verdad, pues, es que, en tiempo de Rosas, nadie duda, ni aquí, ni en América, ni en Europa, de que él y su partido representan la democracia.

La democracia de Rosas y de su partido, como lo revelan las anteriores palabras de Ramos Mejía, es combativa. Rosas habla siempre con desdén, y a veces con odio, de la clase superior. Le escribe a uno de sus fieles: "Ya sabe usted que no debe fiarse ni creer en ningún hombre de *casaca y corbata almidonada*". A Estanislao López, en 1835: "Muchos federales de fraque y corbata almidonada, los hombres de las luces y de los principios, son los verdaderos autores de nuestras desgracias. ¡Miserables! ". Llega hasta llamarlos "chusmas", y así le habla al gobernador delegado, en 1840, de "la chusma de salvajes unitarios de copete". En ese mismo año redacta el borrador de una carta de su edecán a Vicente González, en la que, después de ordenarle ser liberal con los unitarios pobres, que han apoyado a Lavalle, agrega: "No así, dice S. E., que debe hacerse respecto de los ricos y de los que se titulan decentes, porque de éstos ninguno es bueno, en cuya virtud deben ser pasados por las armas o degollados inmediatamente todos los que aparezcan de esa clase de salvajes". El ser paquete, de frac, es motivo para que se sospeche de un hombre y aun para que se le ponga preso. Este odio a las gentes distinguidas, que después se acentúa considerablemente, nace en los años del bloqueo francés, cuando los estancieros, y la sociedad, en general, abandonan al Restaurador o se ponen en su contra. Rosas, apoyado por todas las clases hasta 1838, se queda desde entonces con sólo el pueblo. Convencido de esto, escribe que "si la causa federal no estuviera radicada en la parte vulgar y pobre del país, ya habría perecido", y confiesa que si él permanece en Buenos Aires es porque ve "la consecuencia en los pobres y su enérgica decisión por sostener su causa".


El pastelero, pregonando su mercancía.

Sería error creer que Rosas es demócrata nada más que por instinto o por simpatía hacia el pueblo o por odio a los aristocráticos unitarios. Es demócrata conscientemente. Enrique Lafuente, que en 1839 es empleado de su secretaría y a la vez enemigo suyo, refiere unas palabras pronunciadas por él en una gran reunión en Palermo, bajo los ombúes. Rosas habría dicho que los argentinos somos demócratas y federales desde los tiempos de la Colonia. Los españoles crearon una aristocracia en Chile, en el Perú y en Bolivia. Dividieron a los pueblos de América para que no dieran el grito de libertad. El sistema unitario es "la aristocracia misma". Por eso está implantado en Chile ese régimen.

Obra en favor del pueblo

Su respeto de la ley y de la representación popular es casi sagrado. Nada hace sin dirigirse a la Sala. En esas mismas palabras sintetizadas por Lafuente ha dicho que "un pueblo no debe nunca tomar armas sin resolución de la legislatura". Enseña a respetar la ley y para ello se vale de diferentes medios; desde los *santos* y las órdenes del día del ejército hasta los artículos de *La Gaceta* y las noticias para los correos. Sabe que una ley no respetada ni existe ni crea. Las leyes de Rivadavia, recibidas entre risas, no crearon gran cosa. La mayoría sólo existía en el papel. Las facultades extraordinarias no suspenden ni destruyen las leyes. Julio Irazusta ha observado, sensatamente, que las suplen o corrigen.





Mucha gente imagina que Rosas, dictador y aun "tirano", no ha podido ser demócrata. suponen que sin libertad no hay democracia. Es un error*. Democracia significa: *gobierno del pueblo*, con libertad o sin ella, que esto no hace al caso. Y no cabe duda de que Rosas gobierna con el pueblo y lo representa. Hoy no se concibe la democracia sino unida al liberalismo; pero no ha sido siempre así. Y por otra parte, no debe confundirse la democracia puramente política con la democracia social. La democracia política, según el concepto actual, es sinónimo de libertad; pero no la democracia social. Y finalmente, la dictadura puede ser un medio de alcanzar la democracia política y social.

Mil veces habrá que repetirlo. Rosas gobierna en épocas de guerra, en las que todos los gobiernos son dictatoriales. No puede existir libertad cuando el enemigo está enfrente o en nuestra propia casa, como ocurre durante los gobiernos de Rosas.

Lo que define la obra democrática es el interés por el pueblo. Rosas pensó siempre en el pobre; en el indio, el gaucho y el negro. No se puede pretender que en 1840 Rosas estableciera la jornada de ocho horas. En ese tiempo la democracia consiste en mejorar individualmente, de manera patriarcal, la situación de los pobres; en liberar a los esclavos, lo que hace Rosas, manumitiendo a los suyos, que son cincuenta y ocho, el año 1837, al terminar la sociedad con Terrero, y suprimiendo el tráfico de hombres; en ser sencillo, gaucho y criollo, atender a las personas humildes, tratarlas de igual a igual, demostrarles simpatía, ayudarlas con dinero; en levantar a los hombres de la clase inferior dándole cargos directivos; en hacer intervenir al pueblo en la política; en detestar la monarquía y la aristocracia, y en demostrar oposición hacia las clases superiores. Todo esto lo hace Rosas. Y aún debe agregarse el culto de la ley, que Rosas lo tiene en tal grado que no quiere ser dictador sino por ley y elegido por los representantes del pueblo. Y recordemos cómo fue el único que distribuyó tierras entre los pobladores de la campaña.

Y no se crea que la disminución de las diferencias entre las clases es interpretación moderna de la época de Rosas. *La Gaceta*, a fines del año 43, asegura que en Buenos Aires el viajero no hallará "esas diferentes jerarquías que en otros pueblos recuerdan a cada paso la inmensa distancia que el hombre ha establecido entre los que la naturaleza había puesto bajo la ley de la igualdad", pero encontrará "ciudadanos que se confunden y que, como miembros

* Fernando de los Ríos, prominente socialista, ex ministro de la España republicana, dijo en marzo de 1935, en una conferencia pronunciada en Madrid: "Felipe II, verdadero demócrata, en el sentido de ser el verdadero exponente de la voluntad de la comunidad popular, del *demos* español.



de una sola familia, iguales en derechos ante la ley, no dejan sentir entre sí ni la diferencia de las fortunas, ni los varios accidentes de la posición social que cabe a cada uno".

Por su contacto con el pueblo, sobre todo con los negros, se ha acusado a Rosas de demagogo. A pesar de apariencias en contrario, no lo es. Su sentido de la disciplina y del orden se opone a la demagogia. Pero él sabe que no se puede establecer de golpe la disciplina y consiente en ciertas cosas. Tiene, por esto, tal cual procedimiento demagógico, a veces exigido por las necesidades de la lucha. Lo que sucede es que durante su gobierno, sobre todo después del año 39, los plebeyos ocupan el primer plano. En este sentido no les falta razón a los unitarios cuando afirman que gobierna la chusma. Esta palabra, que los unitarios aplican al pueblo, se refiere, principalmente, a los mal educados, a los guarangos. Es natural que entre las masas incultas pululen esos hombres. Y como los unitarios alardean de aristocratismo, el pueblo federal, acaso estimulado un poco por Rosas, exagera su guaranguería para fastidiarlos. El *chusmaje* existe desde antes de Rosas, pero en los últimos planos. Dorrego y Rosas lo han colocado en el primero.

Espíritu criollo y americano

Esta sociedad original, que Rosas crea, poco debe a Europa. Es fundamentalmente criolla, americana, argentinísima.

La ciudad está pintada de rojo: las puertas, las ventanas, los frisos, los postes de las aceras, y a veces las paredes y hasta las tumbas de la Recoleta. Por las calles andan muchos hombres a caballo, y el animal lleva plumas coloradas en la cabeza y la cola, atadas con cintas de igual color. También son colorados los carruajes: las enormes *sopandas*, las galeras y los carros fúnebres.

He aquí una salida de misa. Las señoras y las niñas no llevan sombreros. La gorra ha sido desterrada por ser moda francesa. Un señor Masculino ha inventado unas peinetas de carey. Son muy bellas por su calado y de gran tamaño, algunas de una vara de ancho. La mantilla y el traje son españoles. Pero esas damas se han puesto en la cabeza y en el pecho, del lado izquierdo, una divisa federal. A la puerta las esperan los jóvenes para verlas. Todos déjanse crecer el bigote federal, y los literatos usan larga la melena. Visten los hombres casaca, pantalón azul oscuro y chaleco rojo, y se cubren con sombrero de copa alta. Una ancha corbata blanca, de dos vueltas impide ver el cuello de la camisa. Guillermo Enrique Hudson ha descrito estas reuniones de hombres. Es la fiesta del Santo Patrono. Los hombres que se aglomeran en el atrio del



Festejos patrios. La cucaña.

templo son cuatrocientos o quinientos. Y comenta: "El cuadro brindaba linda vista, recordándome el conjunto una bandada militarizada de churrinches, mis pájaros favoritos, de plumaje negro u oscuro, entre el cual resalta el pecho colorado".

La falta de libertad política contribuye a aumentar la sociabilidad. Son muy frecuentes las tertulias familiares. Los jóvenes bailan el *Minué Federal* con música de Esnaola, y a veces la *Media Caña*. Se recitan poesías. Se canta y se guitarrea. Las noches de luna, las niñas, en las salas sin luz, cantan en coro lánguidas canciones. En verano, cuando hay luna, varias cabalgatas recorren la ciudad. A veces van hasta Palermo. Manuelita suele participar en esta diversión.

Buenos Aires, por este tiempo, es alegre y feliz. Lo advierten los extranjeros que nos visitan. Con el retorno de los emigrados, terminan las crueles separaciones entre hombres y sus familias. Muchos han muerto en las guerras o han sido fusilados, sobre todo entre las gentes del pueblo; pero esto se considera como fatalidad irremediable.

Rosas contribuye a la mayor alegría de la ciudad. En los primeros tiempos ha asistido al teatro y al circo de cuando en cuando. Hay dos teatros, el *Argentino* y el *Victoria*, hasta que en 1844 se inaugura un tercero, el del *Buen Orden*. Y dos circos, uno de ellos inaugurado en 1845. Se cantan óperas, aunque no enteras. Se representan dramas, comedias y sainetes. Las funciones empiezan y terminan con los consabidos "¡ vivas! " y "¡ mueras! ". Manuelita suele ir en nombre de su padre a ciertas funciones especiales, y el

telón no se levanta hasta que ella llega. Todo un teatro está surgiendo. No como literatura sino como espectáculo. Las piezas escritas por argentinos son muy pocas, pero argentinos son los mejores artistas, como la deliciosa Trinidad Guevara, que trabajó antes de 1838 y después de 1848, y el cómico Felipe David. Una artista criolla, Ana Rodríguez Campomanes, federala rabiosa, toma la guitarra después de la representación y enardece al público con sus canciones rosistas.

Don Juan Manuel se preocupa de que el pueblo se divierta. Muy frecuentemente, con motivo de las fiestas patrias, de las funciones en honor de Rosas y de los triunfos militares, hay fuegos artificiales, corrida de sortija, palo enjabonado y otros espectáculos. En los días sábados, domingos y lunes de Cuaresma, en Carnaval y en otras ocasiones, hace quemar un judas en diveras partes de la ciudad. Es un muñeco enorme, de trapo, rodeado de barricas de alquitrán, y lleno de petardos, que al quemarse explotan entre cohetes voladores y buscapiés. El populacho se divierte con el judas, que representa a algunos de los jefes enemigos, Santa Cruz, Rivera o *Mascarilla*, y al que insultan entre la chacota y el bullicio.

Los negros tienen sus fiestas típicas, en sus sociedades. Todos los domingos bailan, gritan y aúllan. A veces Rosas les permite celebrar una gran fiesta en la plaza de la Victoria. Pintorescas las negras, con sus muselinas claras, sus cuentas de colores en el pescuezo y en los brazos, sus cabezas atadas, sus amplios escotes y sus desnudos brazos. Y los negros, de chaleco punzó, pantalones y saco blancos, y con divisas federales. Van llegando a la plaza con sus estandartes y banderas, cantando y bailando al son de los tambores.



Pesca en el Río de la Plata.

¿Y qué otro objeto si no el de hacer reír a la población puede proponerse cuando envía a don Eusebio a recorrer las calles vestido de general, todo de rojo, con un enorme tricornio adornado de plumas coloradas, en patas y al frente de una escolta? Hudson, que así lo vio, comenta: "Contemplamos con alegría este espléndido espectáculo". Y sus mismas bromas, que se desparraman por todos los rincones de Buenos aires, ¿no tendrán en el espíritu de este hombre, que todo lo calcula, el propósito de divertir a su pueblo?



El gaucho contento

El gaucho no vive menos feliz y contento que el hombre de la ciudad, blanco o negro, "decente" o de clase baja. Nuestro poema nacional, *Martín Fierro*, lo comprueba. Su autor, José Hernández, que ha conocido los últimos años del gobierno de Rosas, alaba ese tiempo dichoso en que el paisano tenía un ranchito, una mujer y unos hijos y cuando "era una delicia el ver cómo pasaba sus días". El inglés Mac Cann, que recorre la campaña de la Provincia en este año 44 y vuelve a recorrerla el 47, describe la vida feliz en las estancias, y Hudson habla del "evidente resultado de que en Buenos Aires y en nuestra provincia entera habíamos gozado por mucho tiempo de paz y prosperidad". Y es que Rosas ha vencido a la anarquía. Transcurridos los malos años del bloqueo y de las guerras de Lavalle y del norte, retorna la prosperidad a los campos. Hay orden, paz y trabajo. Es lógico que haya también felicidad y alegría.

Supresión del carnaval

A pesar de sus deseos de que el pueblo se divierta, Rosas, que ha suprimido la feria de la Recoleta –cuatro noches de borracheras, desórdenes y puñaladas–, suprime el Carnaval, el 24 de febrero de este año de 1844. Castiga a los contraventores con tres años en los trabajos públicos del Estado y la pérdida del empleo. ¿Razones? Que la costumbre es inconveniente a los hábitos de un pueblo laborioso e ilustrado; que el Tesoro se agrava y son perjudicados los trabajos públicos; que la industria y las artes sufren por la pérdida de tiempo; que se deterioran y ensucian los edificios; que se producen enfermedades; y que "las familias" sienten otros males por el extravío indirecto de sus hijos, dependientes o domésticos". Como se ve, razones de trabajo, de higiene y de moral. ¿Ha habido



otras? El Carnaval fue reglamentado por el propio Rosas, en 1836. Acaso ha sido difícil contener o moderar los excesos del guarangaje. Y como el Carnaval tiene mala fama –dícese que los guarangos de la Federación se aprovechan para vejar a las señoras y a las niñas unitarias– acaso Rosas, suprimiéndolo, ha querido demostrar sus buenos propósitos a las familias que vuelven de la emigración.

Buenos Aires se divierte

Pero esta supresión de una fiesta bárbara, no significa detestar la alegría, como arguye *El Nacional*. Precisamente porque ama la alegría y no gusta de la tristeza, Rosas, poco después, el 18 de mayo, modifica el luto. No lo prohíbe, como mienten los unitarios, que le acusan de impedir, en su "monstruosa" falta de sentimientos, el llorar y recordar a los muertos. Simplemente establece, y no como obligación, que el signo del luto será "en los hombres una lazada de gazilla, crespón o cinta negra de dos pulgadas de ancho en el brazo izquierdo y en las mujeres una pulsera negra de igual ancho en el mismo brazo". Los lutos de esos tiempos son atroces. No sólo las mujeres sino también los hombres se visten íntegramente de negro y así deben andar varios años si el muerto es el padre o la madre. Por causa de las guerras, casi no hay familia, sobre todo en la clase media e inferior, que no tenga algún muerto. La ciudad presenta un aspecto lúgubre, con tanta gente de negro. Rosas, que en su decreto no puede invocar este motivo, habla de lo costoso que resultan los lutos. "Por el bien parecer –dice– y para evitar el desagrado de los parientes, se ocasionan gastos exorbitantes". Y así es. Un traje negro para hombre valía, en 1838, la fabulosa cantidad de cuatrocientos pesos; y no ha de haber variado mucho su costo. Y es preciso vestir de negro por tíos, sobrinos y primos y hasta en segundo grado. La familia del muerto se ofende si sus parientes no se enlutan. Los observan para ver si cumplen, y la menor falta ocasiona reproches y enojos. Ha hecho bien Rosas en terminar con tan inútil y estúpida costumbre.

En la sociedad del tiempo de Rosas, la moralidad es muy elevada. Durante sus veinte años de gobierno, ni un escándalo administrativo. Rosas vigila con cien ojos y corrige las pequeñas irregularidades. En el pueblo hay cierta liviandad sexual, como siempre la hubo y la habrá; pero sin llegar al exceso. En la clase elevada, la moral sexual es superior en ese tiempo a la de cualquier otro país civilizado. El adulterio no existe, por parte de las señoras. *El Nacional*, si embargo, no se cansa de arrojar lodo sobre la sociedad



Damas de la sociedad de la época, visitándose.

que rodea a don Juan Manuel. Los hombres son ladrones, rufianes, venales, embusteros, asesinos . . . A los diputados los llama "hombres sin conciencia y sin pudor" a quienes no les conviene otro gobierno porque tendrían que restituir "los inmensos robos" que han hecho. Las señoras no merecen este nombre. De estas personas procede la actual sociedad porteña, una de las más morales y decentes que existen en el mundo, a pesar del cambio de las costumbres. Si esas personas hubiesen sido delincuentes, sus nietos y biznietos constituirían una sociedad corrompida y degenerada. Pero no son delincuentes, sino personas respetables, los amigos y funcionarios de Rosas: los Arana, Anchorena, Beláustegui, Unzué, Paz, Terrero, Elizalde, Pinedo, Pacheco, Ezcurra, Villegas, Oyuela, Riglos, Oromí, González Moreno, Senillosa, Escalada, Argerich, Ortiz Basualdo, Pereira, Vela, Lezica, Sáenz Peña, Lahitte, Pereda, Cárdenas, Vivot y muchos más.

En esta sociedad rosista, democrática y colorida, honrada y laboriosa, hay algunas ridiculeces: los bigotes demasiado largos, o el carro triunfal donde es arrastrado, por caballeros y por damas, el retrato del Restaurador. Hoy nos parece feo aquel exceso capilar; pero recordemos que a fines del siglo XIX decíase que sólo se afeitaban los curas y los cocheros. En lo del carro hay alguna ridiculez. Cuando de esto se habla en la Cámara francesa, los diputados ríen largamente. Y sin embargo son mucho más ridículas ciertas costumbres de las cortes europeas, como las que aún hoy, en 1940, en este tiempo de aviación y radio, se conservan en Inglaterra y en otras partes.

Presupuesto, administración y finanzas

La administración de Rosas es lo más perfecto que entre nosotros haya podido hacerse.

Durante su primer gobierno tuvo cinco ministerios. Ahora sólo tiene dos: Relaciones Exteriores y Hacienda. Al ministerio de Gobierno lo atiende un oficial mayor. Pocas oficinas y escasos empleados. Muchos expedientes. Todo ha de hacerse por escrito de acuerdo a la minuciosidad del Gobernador. Lo relativo al ejército va directamente a él: licencias, ascensos, sumarios. El escribe al margen su resolución. Redacta los borradores de todas las circulares. También está en sus manos el movimiento del ministerio de Gobierno, y dirige las Relaciones Exteriores.

Los presupuestos de Rosas son de una precisión científica. Los gastos y los recursos se equilibran a la perfección, y si hay déficit es debido a los gobiernos anteriores, al bloqueo francés y a las guerras. Se economiza de una manera asombrosa. La Contaduría anota entradas como ésta: "Sobrante de rancho en enero, de la milicia al servicio del Primer batallón de voluntarios rebajados, cinco pesos". A don Pedro de Angelis, redactor de *La Gaceta*, y después del *Archivo Americano*, Rosas le exige emplear el más pequeño cuerpo de letra y dejar un margen insignificante. De este modo llega a ocurrir –hecho muy raro en cualquier parte– que se gaste menos de lo votado por la legislatura: nueve millones en 1844.

La Tesorería General publica una cuenta diaria; y el primer día



de cada mes, el Haber hasta la fecha. También se publica ese día la cifra del monto de las Letras de Tesorería, el número y cantidad de los billetes en circulación, la cuenta de la Receptoría, y las entradas y salidas de la Contaduría. Esta posibilidad de controlar día a día a la administración constituye un caso único en el mundo entero.

Rosas nada oculta. Los sueldos que se pagan a los indios; las cantidades para ciertos delatores, como los que descubrieron la conjuración de Maza; las sumas otorgadas en premio a los que impidieron embarcarse a Lynch, Oliden, Riglos y Mason y mataron a tres de ellos; los dineros que corresponde a los que entregaron la cabeza puesta a precio de tal cual unitario; la recompensa al que mató a Lavalle, todo figura en la lista de gastos.


Señora porteña.

Los impuestos no son muchos ni excesivos. En 1844 crea impuestos nuevos, como uno a los perros, que subleva a los unitarios. Las entradas a la administración proceden, además de los impuestos, de las rentas de Aduana y de suscripciones voluntarias. Las entradas aduaneras, casi nulas durante los años 38, 39 y 40, por causa del bloqueo francés, aumentan considerablemente en los años que siguen, hasta el 45, en que comienza otra vez el país a padecer por culpa del *imperialismo* europeo. Cada día entran barcos en buen número. El 7 de enero de 1843, día que he tomado al acaso, hay en el puerto ciento veinte, pertenecientes a dieciséis naciones. Figuran en primer término los ingleses, con veintisiete; los sardos, con veinticuatro; los americanos, con trece; los brasileños, con once, y los franceses, con diez. Las suscripciones son colectivas, y tienen por objeto ayudar al Gobierno en tal o cual guerra. Cada año hay una o dos de estas suscripciones gigantescas, en que contribuye toda la Provincia, pueblo por pueblo, parroquia por parroquia, regimiento por regimiento, y que, si bien sólo comprenden a los federales, equivalen a impuestos extraordinarios.

Las finanzas de don Juan Manuel son muy sencillas. No hace empréstitos en el extranjero pero sí empréstitos internos. En 1844 se ha extinguido más de la mitad de la deuda pública, y la amortización continúa. Su gran recurso financiero es la *impresión de billetes*. No procede sin autorización legislativa. La Sala ha demostrado al principio cierta independencia al no autorizarle a emitir papel moneda sino por las cantidades estrictamente necesarias para cubrir los déficit. Luego, le da carta blanca. Es claro que con estas emisiones el papel moneda se *desvaloriza*. Pero Rosas *obliga a aceptar* los nuevos billetes por el valor escrito, y nadie tiene el *coraje de rechazarlos*. De este modo original, Rosas ha *salvado al país de la catástrofe económica. El país sigue viviendo y, sin excesivas inquietudes, en medio de dificultades, engrandeciéndose y enriqueciéndose.*



Encendiendo un farol

Las clases y el trabajo

Rosas ha disminuido la separación entre las clases, pero, naturalmente, no las ha suprimido. Apoya su gobierno en todas ellas, principalmente en el pueblo y en la clase media.

La clase superior constituye una burguesía trabajadora, de medios moderados. No aristocrática: escasas familias descienden de nobles españoles. Muchas provienen de modestos judíos portugueses. Los hombres de posición desahogada son *tenderos, estancieros, militares o empleados*. Muy pocas grandes fortunas. Los unitarios están en la pobreza. Y a los federales, Rosas, mediante las donaciones, les ha impedido enriquecerse.

El pueblo, muy numeroso, está formado por negros, mestizos y también por blancos. Los negros son, aparte de los esclavos y los criados, pequeños comerciantes callejeros o fabricantes caseros de comestibles. Muchas familias pobres viven en los arrabales, en minúsculas quintas de su propiedad.

Hay también una importantísima clase media, una especie de *pequeña burguesía*. Fórmanla muchas familias en las que padres e hijos trabajan en diversas *pequeñas industrias*, surgidas o desarrolladas como consecuencia de la guerra. Una de ellas es la de *lomilleros*, que curten el cuero y lo trabajan primorosamente. La calle de las Artes está llena de estos talleres familiares que fabrican monturas, lomillos, látigos, frenos y otras cosas, necesarias para el ejército. Los lomilleros, cuyo cliente principal es el Gobierno, que les paga sus productos, admiran y quieren a Rosas. Tienen fama de charlatanes; y si alguien los visita mientras trabajan, hacen la apología de don Juan Manuel.

Como este gremio, otros han nacido o prosperado merced a Rosas. La Provincia entera vive para la guerra y de la guerra. Es preciso trabajar mucho a fin de vestir, alimentar y armar a tantos soldados como necesita Rosas. De ahí que la población entera de la ciudad está en movimiento. Hay trabajo para todo el mundo, y, como Rosas paga puntualmente y paga bien, la ciudad alcanza un grado de prosperidad y de bienester no conocido hasta entonces y que desaparecerá con la caída de don Juan Manuel.

Y no se trabaja como quiera, *frangollando*. Rosas vigila cosa por cosa, a veces personalmente. De ahí que todas las pequeñas industrias que sirven al Gobierno adquieran una rara perfección. Los dibujos que ornamentan ciertas piezas de cuero son muy variados y no carecen de belleza. Hasta en la industria tipográfica se observa la existencia de un indudable sentido estético. Las orlas de ciertos documentos oficiales, así como las de los programas de los teatros, revelan un auténtico buen gusto.



Una parada de carretas en el camino

También da que vivir a mucha gente la fabricación de objetos con la efigie de Rosas y a veces la de Encarnación. No hay casa, por pobre que sea, salvo las de los unitarios, que no ostente el *retrato del Restaurador*, lo que favorece a los litógrafos, ya que entre nosotros no está aún difundida la daguerrotipia, precursora de la fotografía.

El ejército

La más notable creación de Rosas es el ejército. Afirmar que a esto se consagra casi todas sus horas no es exagerar. Entre los legajos de su secreataría, que pasan del centenar, la mayor parte están formados por papeles relativos al ministerio de Guerra.

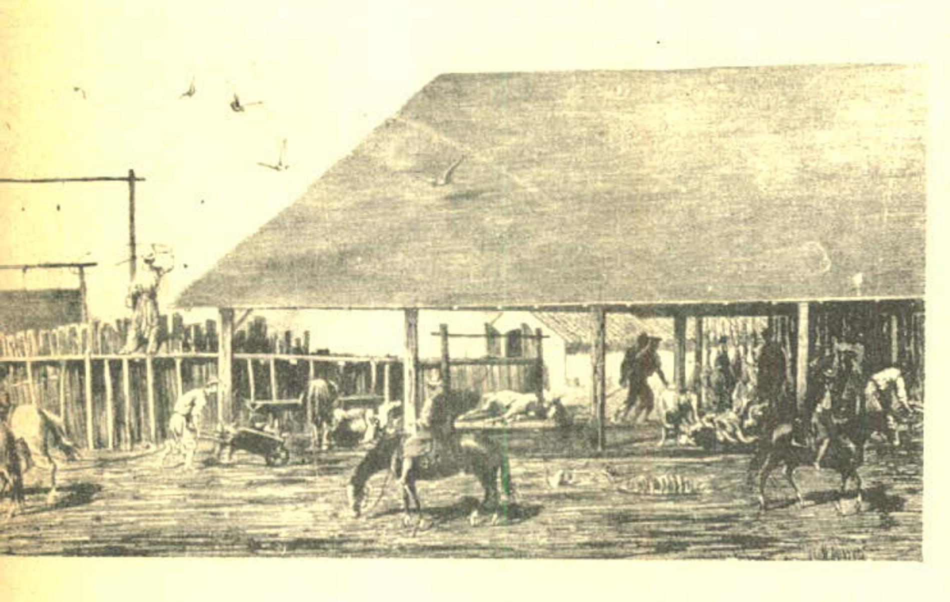
Rosas se inició en estos afanes cuando la llamada "guerra restauradora" contra Lavalle. Mucho tuvo que ver en la organización de las montoneras, a las que luego reunió en un gran ejército. Durante la campaña contra Paz, todo fue obra suya. Entonces comenzó a preocuparse de los caballos, a la vez que daba importancia a la infantería. Transformó la *montonera* en regimientos disciplinados. Al dejar el Gobierno, organizó, como sabemos, la expedición al desierto. Y apenas volvió al poder, comprendiendo que sus enemigos no dejarían de combatirle, púsose a organizar sus grandes ejércitos.

¡El caballo! Rosas sabe lo que significa en nuestras guerras. Nada le preocupa tanto. Llega a tener en 1840 treinta y dos cam-



pamentos *–invernadas–*, adonde envía los caballos a engordar. Entre todas las invernadas hay alrededor de quince mil caballos. Cada campamento está gobernado por un alcalde, con el cual él se cartea interminablemente. El edecán firma las circulares, que redacta Rosas. A uno de los alcaldes de invernada dícele el edecán que "Su Excelencia no cesa de recomendar, cada día más, el rápido engorde de los caballos". Es necesario "que los caballos se extiendan mucho de día y que de noche no los ronde ni los encierre, sino que los tenga a pastoreo". Quiere que de día estén "en campos de grandes pastizales azucarados, que no sean duros ni amargos". Indica remedios: "A los caballos maltratados debe curarlos ahora, por ser ya verano, con *orines y jabón*; y para ello se raspa jabón en orines frescos, recién miados, de gente, se baten mucho hasta que se ponga aquello medio espeso y que con eso se le unten las mataduras". Es severísimo con los que descuidan a los caballos. A algunos de ellos, que los han tenido en campos malos, les hace decir que está "justamente indignado contra un tan asqueroso, inmundo proceder", y los llama "indignos del nombre federal y solamente acreedores al más severo, ejemplar castigo".

Por entonces no existe el servicio militar obligatorio. Los batallones se componen de enganchados y de destinados por la Justicia. Pero como esto no basta, Rosas hace arrear a los vagos y haraganes en la ciudad y en la campaña. No le importa que tengan malos antecedentes, que sean pendencieros o viciosos; al contrario, así los prefiere, según cierta circular. Eso sí: han de ser, preferentemente, sujetos sin familia conocida. En la ciudad consigue soldados exce-



Matadero y saladero en Buenos Aires.

lentes de los muchachones que en la calle juegan a la rayita o profieren palabras obscenas. Rosas no busca a los "niños" de las familias decentes. No son buenos para pelear, querrían volverse pronto y tienen madres, abuelas, hermanas y novias que molestarían. Elige a sus soldados. Han de ser fuertes y sanos. Los soldados de Rosas –llega a tener dieciséis mil en 1844– son hombres magníficos de excepcional prestancia y belleza física. Admiremos la habilidad de Rosas: deja en la ciudad y en la campaña a los hombres trabajadores y honrados y se lleva a los pillos y a los haraganes al ejército, donde se disciplinarán. Termina con la desocupación al crear sus grandes ejércitos: los desocupados van a los batallones, y los que quieren trabajo lo encuentran en las diversas industrias que tan extraordinario desarrollo cobran por la necesidad de armar y de vestir a las tropas.



Felipe Herrera.

Pero Rosas no solamente utiliza la industria privada. Crea en la ciudad y en Santos Lugares talleres para componer y fabricar armas sin perjuicio de comprar algunas nuevas a introductores extranjeros. Desde los primeros tiempos de su gobierno viene recogiendo, en la ciudad y en la campaña, cuanta arma inservible se encuentra, sea blanca o de fuego. Todas son arregladas en sus talleres. Y también se fabrican y componen cartucheras, cananas, ponchos, monturas y cuanto necesita el soldado.

El problema de vestir y calzar a tantos millares de hombres preocupa a Rosas intensamente. Y como ciertas piezas han de ser coloradas, la dificultad resulta mayor. Es cuantioso lo que el Gobierno paga por la bayeta colorada. En la correspondencia de Rosas se encuentran millares de documentos sobre piezas de ropa que van y vienen.

El parque es un gigantesco almacén, en donde Rosas ha acopiado cuanto pueda imaginarse, desde platos y cucharones hasta papel de lija y tachuelas. Los regimientos no disponen de fondos, y todo lo que necesitan deben pedirlo en la cantidad exacta. Y aunque se trate de una botella de tinta o de una aceitera, el pedido que ha de ser hecho por nota, pasa por las manos de Rosas.

Pero un ejército, por bien vestido que esté y por excelentes que sean sus soldados, para nada sirve sin jefes. La falta de buenos generales ha sido el gran problema para Rosas. Muertos Quiroga y López, estrategos geniales, y Alejandro Heredia, hombre de talento, no le queda ninguna figura realmente importante. Pacheco es sólo discreto. A Pinedo y a Mansilla ha de creerlos *mediocres*. Tal vez desconfíe de Mansilla. A Urquiza no es posible sacarlo de Entre Ríos, como no sea para combatir en el Uruguay. Por esto, la presencia de Oribe en Buenos Aires llega a ser su salvación. Oribe tiene *valor* de sobra, odia a los unitarios y sabe imponer orden y

disciplina. *Es todo un jefe*. Al general Paz le *niega talento militar.* Sin embargo, las grandes batallas que ganó en los campos argentinos prueban que *lo tuvo* y en alto grado.

Rosas cuida la salud del soldado, su aspecto exterior y su moralidad. Por medio de la religión, sobre todo, le inculca las mejores ideas y sentimientos. Se vale de sus tropas para exaltar el patriotismo de los pueblos. Son de una rara belleza los desfiles de sus soldados, tan vistosamente vestidos, tan disciplinados, tan viriles de aspecto y precedidos los batallones por las grandes bandas lisas –clarín, tambores y pitos–, algunas de las cuales cuentan hasta con setenta hombres. Y para que sus soldados se diviertan, las manda guitarras, como consta de una compra de catorce, que hace en 1850 para la división de Palermo.

En el presupuesto de la Provincia, los gastos de guerra ocupan, ya puede imaginarse, el primer lugar. Crecen incesantemente. En 1838 suman más de ocho millones de pesos; en 1840, poco más de quince. Cuando en 1844 el presupuesto general sube a sesenta y tres millones, el ejército y la guerra consumirán treinta y uno. La vida se ha encarecido, y los temores de invasión extranjera nos obligan a estar bien preparados.

Propaganda patriótica y panamericanista

Esta sociedad formada por Rosas no hubiera podido existir sin un fuerte *patriotismo*. Rosas lo inculca *maniáticamente*, por todos los medios imaginables. Durante su gobierno, celébranse por primera vez las fiestas patrias y la *Reconquista*. Puede afirmarse que él crea el patriotismo argentino. Antes de él casi no existía. Un historiador chileno ha observado que durante años el patriotismo en la América española consistió únicamente en *el odio* a España. El sentimiento patriótico, tal como hoy lo entendemos, surge a fines de la década 1820-1830, cuando Rosas ya está en acción. En todos los documentos de Rosas, en sus millares de cartas, encontramos un patriotismo idéntico al actual. Años anteriores, muchos argentinos se sintieron también chilenos, bolivianos y orientales. Y aun durante su gobierno. El general Enrique Martínez, ministro de Balcarce, pasa a ser uruguayo en la otra banda. Sarmiento procede como chileno en Chile, lo mismo que el general Las Heras, el cual acepta la representación diplomática del Uruguay, en guerra con su patria. Algunos emigrados ocupan altos cargos en Montevideo. Es evidente que Florencio Varela, considerado como oriental en Europa y que pretende desmembrar a la Argentina, no siente la patria al modo de Rosas o de los hombres de hoy. Recordemos cómo en



Buenos Aires, rivera sur.

cierta ocasión, varios argentinos que se encuentran en Brasil piden que la legislatura de Montevideo los declare ciudadanos orientales. Un patriota de 1940, por más tirano que fuese quien gobernara al país, no pretendería desmembrarlo ni cambiar de nacionalidad.

No hace Rosas obra *extranjeriza*. Fomenta, por nacionalismo, el *odio al extranjero*, porque es necesario. La *xenofobia* rosista no es manifestación de barbarie sino una forma de *amor a lo nuestro*. También fomenta todo lo *criollo*; el amor al caballo, a las costumbres tradicionales. Al contrario del *extranjerizante* Sarmiento, para quien el recado es símbolo de *barbarie*. Rosas le demuestra prácticamente al ministro Mandeville, partidario de la silla inglesa, la superioridad del recado. Ama también la indumentaria del paisano y se complace en usarla. Logra que el país viva, en todo lo posible, de sí mismo, y que de este modo sea feliz, como lo es el Paraguay de Carlos Antonio López y el Chile de Diego Portales.

Es interesante el americanismo de Rosas. Tributa homenajes a Bolívar y a Sucre. Hace informar por *La Gaceta* de cuanto sucede en las repúblicas hispanoamericanas. Un diputado presenta un proyecto de Liga Americana, según el cual, una vez unidas nuestras repúblicas, el agravio europeo a una de ellas se consideraría como hecho a todas. Mientras los Estados Unidos permiten que Francia e Inglaterra nos ataquen, Rosas pone en práctica la doctrina de Monroe. Así, al anunciarse, por dos veces, la expedición del general ecuatoriano Flores de acuerdo con el gobierno de España, contra su patria o contra otros países de América, nadie protesta con tanta fuerza como Rosas, que adopta preparativos de diversa índo-

le, se dirige a otros gobiernos del Continente y hace hablar del tema a *La Gaceta*, todos los días, durante meses.

Rosas parece detestar a los españoles. No olvidemos que durante los primeros años de su gobierno el peligro de una invasión española ha sido real. Sin embargo, hay en Rosas, y a pesar de su *criollismo*, un sentido *hispánico* del gobierno. Rosas está dentro de la hispanidad, como está dentro de la *romanidad*. Siente el Estado al modo de los romanos, fuerte, *autoritario*, casi *cesáreo*. Así también lo sintieron los grandes reyes españoles. Y por eso, nada snob como es, no admira a las instituciones de Francia y Estados Unidos.

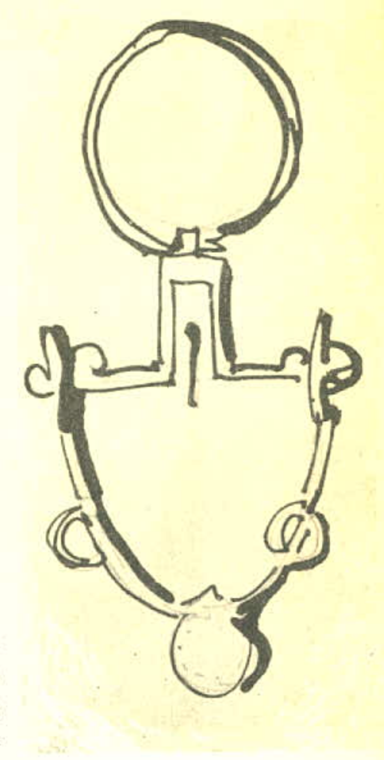
La obra política de Rosas es típicamente *antiliberal*, pero no antidemocrática. Rosas gobierna para el pueblo, hace obra para el pueblo. Tiene algo de patriarcal. Rosas es el *Tata* de todo, la providencia del pobre. Su administración es *antioligárquica*, vale decir, lo contrario de las administraciones que le sucederán. Es erróneo pensar que el gobierno de Rosas resucita el régimen colonial. ¿Cuándo se vio en la Colonia moverse a las masas y mandar a los plebeyos? Es cierto que él sigue gobernando con las viejas leyes españolas; pero lo mismo han hecho sus antecesores. Las leyes votadas desde 1810 no fueron *suprimidas de golpe*, salvo las antirreligiosas. Como gobernante, Rosas no tiene sistema alguno. Es un gobernante esencialmente empírico, que basa su obra en nuestras realidades.

El hecho de que las masas –lo infrarracional, lo instintivo– figuren en primer plano, le da a la obra de Rosas cierto aspecto de

Los corredores de Monserrat.



antiintelectual. Alejada del país la inteligencia –los unitarios– debía forzosamente dominar lo instintivo. El odio unitario es el resentimiento de la inteligencia humillada.



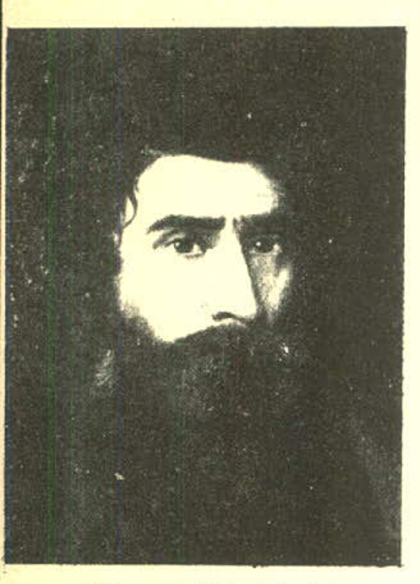
¿Tiene el régimen rosista alguna semejanza con el fascismo o el nazismo? ¿Puede considerársele un precursor de estos sistemas? Afirmo que no. Rosas conserva las formas democráticas y respeta, *a lo menos aparentemente,* a la Legislatura. No reniega de la libertad, como tampoco sus partidarios; y si la ha *reducido* es porque gobierna en una época anormal. En la vastísima correspondencia de Rosas y en sus documentos públicos no hay una sola palabra contra la libertad, de la cual considera enemigos a los unitarios, los que, en efecto, la suprimieron en 1828. El concentra en sus manos todo el poder; pero en todas partes, en tiempos tormentosos, el poder se simplifica. Las masas tampoco actúan directamente. No hay en Buenos Aires las inmensas manifestaciones públicas que en Roma o en Berlín. El Estado rosista no es totalitario, no aspira a absorber al individuo. Utiliza a la Iglesia para su propaganda, pero no intenta disminuir sus actividades, como sucede en el Reich. La dictadura de Rosas es meramente política y no totalitaria y se diferencia de otras dictaduras americanas en que fue creada antes de ser nombrado Rosas gobernador. Es una *dictadura legal.* Y no es una tiranía. Dice Santo Tomás, en la *Summa*: "El tirano, absolutamente hablando, es el que ni tiene derecho de dominio, sino que es un intruso injustamente, ni guarda el modo debido de gobierno, esto es, no ordena al bien común de la multitud que le está sometida sino al bien privado de él mismo". Definición exacta e inaplicable a Rosas.

Modo de gobernar

¿Cómo gobierna Rosas? Sus procedimientos son variados, y algunos harto singulares. Pero todos siempre eficaces.

Repitamos que él dirige toda la administración. Acaso en lo que atañe a la Hacienda, el ministro del ramo pueda proceder por su cuenta en ciertos pormenores. Pero también van a parar a la secretaría de Rosas las listas de los contribuyentes y las de las recaudaciones de la renta. La policía tiene también cierta independencia, aunque a él se le entere de todos los sucesos de importancia.

Se comunica con los ministros, los funcionarios y los jefes militares por escrito. En su secretaría, varios empleados se pasan la vida copiando. Rosas redacta todos los borradores, cuyos encabezamientos ya están escritos. Cartas, notas y circulares son firmadas por sus edecanes.



Ciriaco Cuitiño, jefe del escuadrón de Vigilancia a Caballo. Cuerpo encargado del orden, con importante cuartel en la calle Chacabuco desde P. Pueyrredón.

En la administración rosista, en que el *orden* y el *espionaje* ocupan tan gran lugar, ciertas dependencias y ciertos funcionarios adquieren singular importancia. Así, el cuerpo de *Serenos*, cuyo vicepresidente es el mayor Nicolás Mariño, también redactor de *La Gaceta*. El objeto de los serenos es vigilar las calles durante la noche. Rosas los utiliza para la propaganda, pues el sereno, al dar las horas y anunciar el tiempo, agrega sus vítores y sus "¡ mueras! " de práctica. El cuerpo de Serenos llega a ser una verdadera institución policial. Inclusive se realizan en su local algunos fusilamientos. También sirve de cárcel en ciertas ocasiones.

El escuadrón de Vigilantes a Caballo, cuyo jefe es el coronel Ciriaco Cuitiño, tiene no menor importancia que los Serenos y su jefe se entiende con el Gobernador. Ocupa un vasto cuartel en la calle de Chacabuco, en donde son alojados algunos presos y en donde se realizan algunos fusilamientos, sobre todo por orden judicial.

Con estas dos instituciones, los Serenos y los Vigilantes a Caballo, y la policía propiamente dicha, no es de asombrar que haya en Buenos Aires un orden casi perfecto. Un norteamericano, en una carta en el *Boston Press*, dice por estos días: "No existe en los Estados Unidos una ciudad mejor gobernada que Buenos Aires en muchos respectos", y afirma que allí se anda más seguro de noche que en las partes poco frecuentadas de Nueva York. Y el francés Alfredo Brossard, enemigo de Rosas, escribe: "La vigilancia se hace tan exactamente que es difícil que un crimen se cometa, y aún más difícil que el asesino escape a la acción de la justicia".

El juez de paz, el alcalde y el cura son figuras fundamentales en la administración de Rosas. Al juez de paz se le encargan las más diversas funciones, desde el fusilamiento de ciertos condenados hasta las suscripciones para los gastos de las guerras. El cura es má bien un instrumento de *propaganda*, pero también, como que está a sueldo del Gobierno , tiene relaciones con la administración. El juez y el alcalde dirigen las elecciones: Todo se hace a la perfección, pero los candidatos son designados por Rosas.

Entre los instrumentos de gobierno de don Juan Manuel, debe incluirse a su hija y a sus bufones. Manuelita desempeña un papel muy complicado. Es algo así como una *secretaria* del Gobernador, como un introductor de embajadores y como un *vicegobernador*. Por medio de su hija, Rosas se entiende con ciertos funcionarios, sobre todo cuando se trata de decir ciertas cosas que él desea mantener reservadas. Todo el que va a verle es recibido primeramente por ella. Casi siempre, ella misma da la respuesta del Gobernador. Es muy difícil ser recibido por él. Igualmente, Manuelita trata con los *representantes extranjeros* y los *jefes* y *oficiales* de las



Coronel Bartolomé Mitre. Lámina de Narciso E. J. Desmadryl.

escuadras. Los atrae con su encanto especial, y es indudable que, tal vez sin proponérselo, *enamora* a ocho o diez de ellos. Rosas la deja hacer, aprobando en su interior lo que tanto conviene a su política. El escritor francés A. de B. –seguramente Alfredo de Brossard– dice de Manuelita que, "encargada de todas las relaciones diplomáticas, era el veradero ministro de Relaciones Exteriores.

De don Eusebio se vale Rosas para insinuar a sus amigos lo que no quiere decirles por sí mismo, corregir a los empleados, poner en su sitio a los presuntuosos y moralizar eficazmente. Diversas actitudes del bufón ilustraron mejor que otra cosa a los jesuitas sobre las intenciones del Restaurador hacia ellos. Se ha comparado a don Eusebio con Olivero el Gamo, el hombre de confianza de Luis XI. Algo tienen de parecido. Y si Rosas no nombra embajador a don Eusebio, lo hace asistir a fiestas y ceremonias, obligando así a los concurrentes a saludar al bufón y tratarle como personaje.

¿Utiliza Rosas el terror como instrumento de gobierno? Puede afirmarse que no. Encarcela a los conspiradores, a los espías y a los traidores; y a muchos, que no son nada de eso, para hacerse de soldados. Los sucesos de los años 40 y 42, accidentales en veinte años de gobierno, nunca podrían constituir un sistema; y además, no son obra de Rosas, aunque él los haya consentido en cierto modo. Pero si fuesen obra suya, no tendríamos por qué indignarnos demasiado. El terror está en nuestras tradiciones políticas. En el famoso *Plan* de Mariano Moreno, se establece que con los enemigos debe observar el gobierno una conducta "la más cruel y sanguinaria". Este minucioso programa terrorista contra los españo-

les, fue necesario para salvar a la Revolución. Todos los gobiernos, desde 1810 hasta 1816, practicaron el terror. Los unitarios lo aconsejaron. "Es preciso —ha dicho una de ellas— hacer desaparecer de la superficie del territorio todo lo que haya de impuro. Se me tratará de malvado, pero hay un medio sencillo de colocarse más arriba de los calumniadores: es exterminarlos". Los miembros de la *Comisión Argentina* de Santiago de Chile escriben al jefe de la Coalición del Norte: "La más grande verdad en política es la de que los medios quedan siempre legitimados por los fines, y que si el fin es honroso y laudable, los medios nada importan aunque sean *sangrientos* y *aterradores*". Los unitarios han practicado el terror en el año 1829 en la campaña y en la ciudad de Buenos Aires y en diversas épocas en Mendoza y en otras provincias. Los federales lo practican en diversas provincias: Quiroga, en San Juan y en Tucumán; Oribe, en Tucumán; Aldao, en Mendoza. Rosas jamás dicta leyes ni decretos terroríficos.

Es indudable que Rosas gobierna bien, lo mejor posible en esos tiempos anormales. Y sus colaboradores son hombres notables, muy superiores a los gobernantes unitarios. Rivadavia tuvo multitud de iniciativas, algunas excelentes, pero su gobierno fue un fracaso. Igualmente, y por diversos motivos, fracasaron Lavalle, Paz, Agüero y Del Carril. Del bando unitario sólo surgirán más tarde dos grandes gobernantes: Bartolomé Mitre y Domingo Sarmiento. Pero el unitarismo no ha producido ni producirá un ministro de Relaciones Exteriores como Felipe Arana, un financista como Roxas y Patrón o Manuel José García, un temperamento de



Caravana en las pampas.

la garra de Tomás Manuel de Anchorena, ni una mentalidad tan distinguida como la del general Tomás Guido.


Caricatura de Sarmiento.

Los extranjeros en Montevideo

En Montevideo está ocurriendo un grave conflicto, que se resuelve al fin en favor del interés de Rosas.

El cónsul francés, Teodoro Pichon, continúa viendo como un peligro para todos los franceses la existencia de la legión. Sabe que a Oribe, si entra en Montevideo, le será difícil distinguir entre culpables e inocentes. Por otra parte, él tiene orden del gabinete de París de no permitir la legión. Dirígese al gobierno de Montevideo, que se niega a licenciar a los legionarios.

A fines de marzo ha llegado el almirante Pierre Jean Honorat Lainé, nuevo jefe de la escuadra francesa. Trae instrucciones de acuerdo con la actitud de Pichon. Les recuerda a sus compatriotas que el gobierno de París les pide ser neutrales. Espera que depongan unas armas que Francia no les ha confiado. El ministro de Guerra convoca a los franceses. Les da tres días para que piensen. Ellos declaran que no dejarán las armas. Pero el almirante y el cónsul exigen que sea disuelta la legión, según órdenes de París. Si el gobierno oriental no lo hace, su actitud se considerará como ofensiva a Francia. Entonces el Gobierno ordena la disolución.

Este entredicho de los representantes franceses con las autoridades de Montevideo coincide con el aumento del *predominio inglés*. Los ingleses siguen fiscalizando la Aduana, cuyas rentas el Gobierno ha enajenado por 1844 y 1845. *La Gaceta*, en agosto, habla del oro que, "según costumbre de esas compañías, se siembra en particular y se recoge a rastrilladas sobre las comarcas extranjeras, anegadas en sangre y ruinas". ¡Palabras que parecen escritas en 1940! Pero Lainé no tarda en ponerse contra Rosas y de parte del gobierno de Montevideo. Así Arana, el 13 de mayo, informa a nuestros representantes en el extranjero que Lainé sigue una conducta parecida a la de Purvis, "aunque no tan activamente ofensiva".

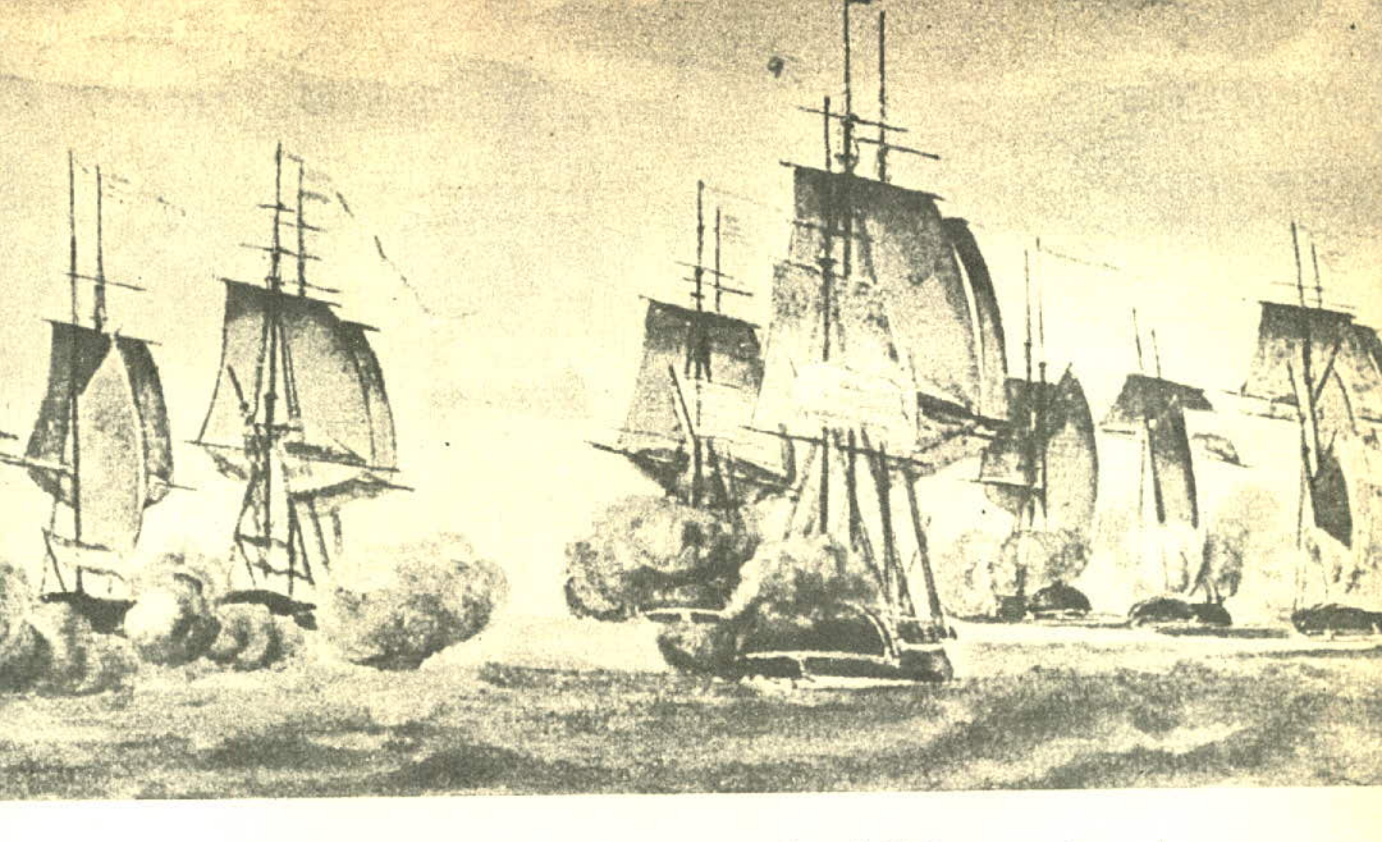
La lucha entre sitiadores y sitiados no se define. Hay durante estos meses varios pequeños combates, en algunos de los cuales triunfan los sitiados. Rivera también ha obtenido tal cual éxito. Acaso en la *resistencia* valerosa de la plaza influye la energía del ministro de Guerra, Melchor Pacheco y Obes, que desde hace dos años ejerce una dictadura tan brava como la de Rosas. El *Times* y el *Morning Chronicle* le llaman "cruel déspota". Ha inventado un plan para despojar de sus alhajas y plata labrada a las familias de

sus enemigos. Da un decreto relativo a dos desertores, por el cual se ordena que si no son aprehendidos en cuarenta y ocho horas, se hará retirar del pueblo a sus familias y luego se pegará fuego a la casa, clavándose en ella un palo con un letrero que diga: "Era la casa de un cobarde y la justicia nacional la ha arrasado". En este decreto feroz, que castiga a los inocentes, se establece también, que lo mismo se hará con todos los desertores. Y otro decreto autoriza a quienquiera para matar a los cuatro hermanos Maneiro, que se han pasado, y ofrece cien pesos por cada uno de ellos, que sea muerto. Esto significa, sencillamente, fomentar el asesinato.

Pero Pacheco y Obes no dura mucho en el ministerio. Por haber sido maltratado y estado a punto de morir fusilado un marinero brasileño, el jefe de la escuadra del Brasil amenaza al Gobernador; y el ministro renuncia en un documento en que llama *cobardes* y otras cosas a sus antiguos compañeros. Otros ministros caen también, por causa de los trabajos de Rivera ante el presidente Suárez, a quien le habla contra los porteños y "los aporteñados". Desalojada del poder esta facción, cuyo jefe virtual es Florencio Varela, se levanta en armas el 11 de noviembre. Pero no se llega al combate, porque los amagos de atacar la plaza por parte de Oribe unen a las dos fracciones momentáneamente.

Discusión imperialista en el parlamento francés

Desde julio, vienen llegando crónicas y comentarios de las sesiones del Parlamento francés, en las que se ha tratado sobre la intervención en el Plata. Adviértese la influencia de Florencio Varela. El ha envenenado contra Rosas a Thiers y a otros. El almirante Mackau, ministro de Marina, acusa a Thiers de haber aceptado los informes de un hombre "muy distinguido" pero que no puede ser imparcial: es el "enemigo personal más perseverante del gobierno de Buenos Aires". Agrega Mackau: "Nadie comprende mejor que yo la influencia, la seducción, que el señor Varela ha podido ejercer en el honorable señor Thiers, porque me he hallado en situación de apreciar todo lo que es capaz el hombre distinguido de quien hablo", pero al cual le arrastra "un odio ardiente contra el gobierno de su país". Otro diputado, Denis, llama a Varela *hábil negociador* y habla de "la fascinación que ejerce sobre todos cuantos están cerca de él". Declara Denis haberse substraído a su seducción. No tardó en advertir el odio de Varela contra Rosas, cuyos motivos, por legítimos que sean, no tocan a los intereses franceses. Florencio Varela es el hombre que más daño ha hecho a Rosas. Ha logrado embaucar también a los directores de casi todos los diarios

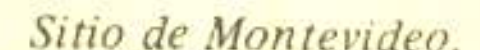


Combate naval.

franceses. Desde las dos tribunas, la parlamentaria y la periodística, se desparramarán por el mundo, y por obra suya, las calumnias de Rivera Indarte.

Estas tres sesiones de mayo del 44 agotan el tema de la intervención en el Plata. Pero antes, en enero, con motivo de una interpelación sobre la situación de los franceses, se han dicho en la Cámara de Diputados palabras que es menester recordar. Mackau ha leído un informe y una carta del ministro de Francia en Montevideo. Massieu de Clerval habla allí del *sistema de terror* que ha adoptado el Gobierno para prolongar su existencia; de las represalias que ambos bandos practican "de la manera más bárbara: de cómo las familias del partido de Oribe han sido expulsadas de la ciudad, y de que "el gobierno de Montevideo no tiene ya nada que reprochar a nadie, en cuanto a medidas ilegales y subversivas de toda justicia". Recuerda el convenio que él firmó con Oribe, y por el cual el jefe del ejército sitiador se comprometía a respetar la vida y los bienes de los franceses, con la sola condición de dejar las armas; y cómo los aventureros no aceptaron, en su deseo de que fuese atacada la escuadra argentina y de que empezara de nuevo la guerra contra Buenos Aires, en provecho propio y de los comerciantes franceses de Montevideo. Estas palabras del ministro de Francia en el Uruguay constituyen un argumento en favor de Rosas; muestran que en ambos bandos se procede brutalmente y que los enemigos de Rosas se guían por bajos intereses.




Sitio de Montevideo.

En mayo se asiste a uno de los frecuentes y grandes duelos verbales entre *Guizot* y *Thiers*, las dos más altas cumbres de la política y de la oratoria francesas. Guizot es el ministro de Relaciones Exteriores y jefe efectivo del Gobierno. Thiers, el jefe de la oposición. Van a discutir sobre Rosas. Jamás, ni antes ni después, dos figuras de tamaña importancia hablan tanto de un gobernante americano. Guizot y Thiers son dos temperamentos opuestos. Guizot es grave y austero. Thiers, que tiene tipo británico, lo mismo que su oratoria, es burlón, sarcástico y agresivo. Diez años le lleva Guizot a su rival. Thiers, a pesar de su liberalismo burgués, es el iniciador del culto a Napoleón y el protector de Mohamed Alí. Esto prueba que no es el amor a la libertad lo que le opone a Rosas, con quien Mackau, por instrucciones suyas, firmó el convenio de 1840. Para él lo importante es hacer oposición a su rival, y lo combate por ese tratado de 1840, precisamente. Hay en Thiers algo de *charlatanesco*. En uno de sus discursos, este hombre, que se pretende estadista, afirma que "el porvenir más grande está reservado a Montevideo, mucho más grande que el que puede esperar nunca Buenos Aires" . . .

Thiers, informado por Varela, miente con fervor. Afirma que la población de Buenos Aires, por causa de Rosas, ha disminuido de ochenta a cuarenta mil habitantes; y la verdad es que ha aumentado de cincuenta y seis mil cuatrocientos setenta, en 1829, a ochenta mil en 1844, si no a ciento diez mil, como calcula para este año Woodbine Parish, y que seguirá aumentando por obra de los inmigrantes, que, desde enero del 42 hasta julio del 45, llegan a

Buenos Aires, en número de veintitrés mil seiscientos. A Montevideo le regala Thiers diecinueve mil habitantes, atribuyéndole cincuenta mil. Sabemos, por el censo y los datos de Mitre, que tenía treinta y un mil en 1843. Ahora tiene menos aún, por los emigrados que regresan a la patria, los franceses que se van a Buenos Aires, los orientales que se pasan al campo de Oribe, los muertos y los prisioneros y las familias partidarias de Oribe, que han sido expulsadas. Con igual amor por la verdad miente el gran orador al afirmar que Rosas ataca la independencia del Uruguay: recordemos el tratado con el Brasil, que Rosas no quiso aprobar. Quienes atacan la independencia del Uruguay son Varela y los hombres de Montevideo, que introducen en nuestras discordias al Brasil y a los voraces e inescrupulosos imperialistas europeos. Y miente todavía Thiers al decir que "todos los franceses" de Buenos Aires se van a Montevideo. La verdad es, en 1844, que los franceses de Montevideo se van a Buenos Aires y que esta fuga alcanzará proporciones de derrota para la capital uruguaya: en 1850, entre los franceses que existían desde antes y los que han venido de Europa y de Montevideo, habrá, según el *Annuaire des Deux-Mondes* para ese año, la cantidad de veinticinco mil.

Thiers llama a Rosas *salteador* y alguien le pregunta por qué entonces trató con él. Supone el gran orador que todos los franceses que viven en Buenos Aires pueden ser degollados. Se horroriza de los crímenes aquí cometidos –y que fueron poquísimos– este angelito que, años más tarde, reprimirá la rebelión de la Comuna fusilando a veinticinco mil seres humanos . . .



Mitre, óleo de Ulpiano Checa.

A Guizot le acusa de contracción. Anunció una escuadra a Mandeville para hacer cesar la guerra, y luego le ordenó ser neutral. En esto Thiers tiene razón. Pero procede de mala fe. ¿Ignora que la situación entre Francia e Inglaterra ha sido harto grave por los asuntos de Tahití? El conflicto, surgido en 1839, acaba de exasperarse por la anexión de Tahití a Francia, obra del almirante Dupetit Thouars. Inglaterra exige al gobierno francés que anule la anexión. Por un *tris* no ha habido guerra. Francia ha debido ceder. Acaso Guizot recuerda las palabras de Palmerston: "Si Francia va a la guerra perderá sus barcos, sus colonias, su comercio, antes de verla terminada". A Rosas, pues, lo ha salvado un conflicto en Oriente, como otro conflicto en Oriente lo salvó en 1840.

Guerra periodística

En los dominios de Rosas continúa la tranquilidad. Hasta *El Nacional* lo reconoce. Dice el 30 de septiembre: "La paz reina en Buenos Aires, hoy allí a nadie se degüella, a nadie se encarcela, a nadie se persigue". Fulmina, eso sí, al orden de Rosas, que "pesa a plomo sobre todas las cabezas". Pero no es verdad, pues el rigor de la dictadura ha cedido. Tal vez influya la larga enfermedad de Rosas, comenzada en octubre del 43. Los centenares de emigrados que retornan se encuentran bien. No se les exige declaraciones humillantes, ni se les molesta en lo más mínimo, e inclusive comienzan los desembargos. Este retorno en grande escala de los emigrados, así como el refugiarse en Buenos Aires de los franceses de Montevideo y la llegada a nuestro puerto de tan apreciable número de inmigrantes extranjeros, es el mejor argumento para demostrar que el gobierno de Rosas es ahora perfectamente soportable. La gente no se traslada a montones a un país donde, como dicen los unitarios y Thiers, no se puede vivir, donde no hay sino miserias y donde cualquier día pueden degollarle a uno en la calle.

Pasa por un buen momento don Juan Manuel, aunque no le durará mucho. Y del exterior, y a pesar de Thiers y del primer ministro inglés Roberto Peel, que también ha dicho de él cosas desagradables, le llegan los más grandes elogios. La revista *Illustrated London New* publica su retrato y su biografía y dice que los memorables sucesos de la guerra prueban que Rosas "es un hombre de extraordinario valer", que, rodeado de enemigos, bloqueado, sin defensa de tierra, sin guardia personal, se defiende "en intrépida y valerosa actitud, incontrarrestable". El *Spectator*, de Nueva York, lo señala como "uno de los hombres más notables que hasta hoy han aparecido en las conmociones civiles de Sudamérica". Recibe



Monedas de la época de Rosas, acuñadas en La Rioja.

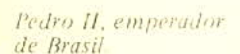
homenajes curiosos, como el del director de la Banda Anseática de Hamburgo, que le dedica una marcha triunfal. Pero nada tan notable como las palabras del diario de Río de Janeiro, *Sentinella da Monarchia*: "En medio de tantos embarazos es admirable la constancia con que Rosas marcha a ejecutar sus planes. Nada le conmueve o amedrenta, burla las amenazas del extranjero, castiga las conspiraciones, derrota al enemigo y aparece siempre superior a cualquier crisis, siempre fecundo en recursos". La anarquía que precedió a su gobierno justifica sus "actos fuertes y violentos" por los cuales se le incrimina. Pero este hombre ha conseguido, "con sorpresa y admiración, la estabilidad de un gobierno en el Estado, ha resistido al extranjero, que no vacila en alentar a las facciones para ver dilacerado el país". Y termina diciendo que estos servicios de Rosas "merecen galardón".

En cambio, *El Nacional* llega este año a los límites extremos de la procacidad. Le llama a Rosas, cada vez que lo nombra, el *degollador incestuoso*, y asegura que Manuelita, *Manonga la paloma*, como le dice, tiene una familia habida con su padre. Uno se pregunta con asombro cómo no hay en Montevideo quien haga callar a Rivera Indarte. Sería imposible dar una idea exacta de la imaginación de este hombre para la calumnia. Dice de Rosas que forzó a "muchas jóvenes decentes"; que "hizo deshonrar a su esposa con sus criados, deshonrar a las esposas de sus ministros y empleados", "azotar y desnudar en las calles a las señoras" y que "ha afeitado a sus generales con excremento humano". *La Gaceta* le contesta, salvo cuando habla de ese tema del incesto, sobre el que no es

posible hablar, y le hace su biografía. También le contesta el periódico que acaba de fundar don Pedro De Angelis, escrito en español, francés e inglés, que se reparte en Europa y Estados Unidos y que lleva el título de *Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo*. Esta guerra periodística, entablada entre las dos bandas del Plata, no es menos cruel que la otra. Una de sus víctimas es Rosas. Enorme es el mal que le hacen en el extranjero *Las Tablas de Sangre*. Traducidas al inglés, influirán en la intervención que se avecina. Lo mismo el libraco *Es acción santa matar a Rosas*, que impresiona a quienes ignoran la verdad. Emilio Girardin dice en *La Presse*: "El autor de este libelo extravagante, Rivera Indarte, probaba hace ocho años, con argumentos también irresistibles, que era un deber asesinar a los dos únicos argentinos que no habían votado por la dictadura de Rosas".

La misión Abrantes

El gobierno del Brasil y el periodismo que le responde tienen intenciones contra nosotros. El *Jornal do Commercio* de un día de fines del 44 dice: "Recuperemos nuestro lugar de segunda nación de América; impongamos silencio a ese ingrato vecino; consolidemos la integridad del Imperio, sus libres instituciones, el trono de Don Pedro II; y el medio único para que lo consigamos es la declaración de guerra, ahora, ahora mismo, al insultante caníbal, efímero gobierno del dictador Rosas".


Pedro II, emperador de Brasil



Este cinismo explica la actitud del gabinete de Río, que en setiembre ha mandado a Francia y a Inglaterra, con encargo de promover la intervención armada de esas naciones junto con el Brasil, a don Miguel Calmon du Pin e Ameida, vizconde de Abrantes. Es pérfida la actitud del gobierno brasileño, al que Rosas nada ha hecho. Simula defender al Uruguay, y cónstale por cien motivos, principalmente por la negativa de Rosas a firmar aquel tratado adverso a la soberanía y a la independencia orientales, que nuestro gobierno jamás ha pretendido suprimirlas. Rosas, por esos días, le recuerda a Arana que su Gobierno "ha cuidado mucho no ingerirse, ni aún en lo más pequeño", en lo que toca a la autoridad del gobierno oriental. El envío de Abrantes, le dice en otra carta, procede "de un miedo cochino". El gobierno del Brasil teme a Rosas, a su prestigio en ascenso, a su "estatura titánica" –dice Pedro Calmón, historiador brasileño actual–, que proyecta "una sombra extensa en el continente".



Sir William Gore Ouseley. Autorretrato.

Abrantes se entrevista con lord Aberdeen, que le pregunta por la enfermedad de Rosas. El vizconde le informa que el cirujano de un navío de guerra inglés lo considera grave. Y Aberdeen contesta significativamente: "Si sucumbe la anarquía devastará aquellos países". Abrantes redacta un memorándum. Afirma que Rosas pretende reconstruir el Virreinato y que Oribe, si triunfa, le obedecerá y aun incorporará su país a la Confedercación. Y agrega que debe cesar la guerra porque lo exigen la humanidad, los intereses . . .

En París habla con Guizot. Asegúrale que Rosas no cederá y que será preciso emplear la fuerza. Guizot le dice que Francia e Inglaterra enviarán barcos y bloquearán, pero que ninguna fuerza será empleada en tierra. Abrantes se admira. Insiste en que la guerra debe ser llevada en común, cualesquiera sean los medios necesarios. Y agrega estas palabras, que no dejan bien parado el valor de sus compatriotas: "Si los gobiernos de Francia e Inglaterra no obrasen juntos con el Brasil, en caso de empleo de fuerzas terrestres, tal vez el gabinete imperial no se prestase a provocar en común una lucha que después tuviese que pesar sobre él solamente, no siendo imposible que un buen día los gobiernos francés e inglés retirasen sus escuadras a Europa y dejasen al Brasil solo, para ser víctima de los resentimientos que la intervención extranjera debe generar en el Río de la Plata". ¡ El *poderoso* imperio de los Braganza, de millones de habitantes, tiene, pues, miedo de pelear contra Rosas, que gobierna un pueblo que apenas pasa del millón!

Conversan ahora Guizot, Abrantes y el embajador de Inglaterra en Francia. Según el embajador, Aberdeen declaró que no intentaba derrocar a Rosas, que "tiene el *mérito* de haber *dominado* la anarquía". Sólo desea que se ponga en paz con sus vecinos y no se



Coronel Thiébant, comandante de la legión francesa en Montevideo.

apodere del Estado Oriental. Guizot habla de "la dificultad de cualquier empresa militar en el Río de la Plata", de "la índole de Rosas y de algunas cualidades buenas que tiene". El embajador declara que Inglaterra no emplearía en el Río de la Plata otros medios que no fuesen los marítimos, visto que, dice, pensando en las invasiones inglesas, "ya dos veces ha experimentado la dificultad –gracioso eufemismo el de este inglés– de emplear allí fuerzas de tierra".

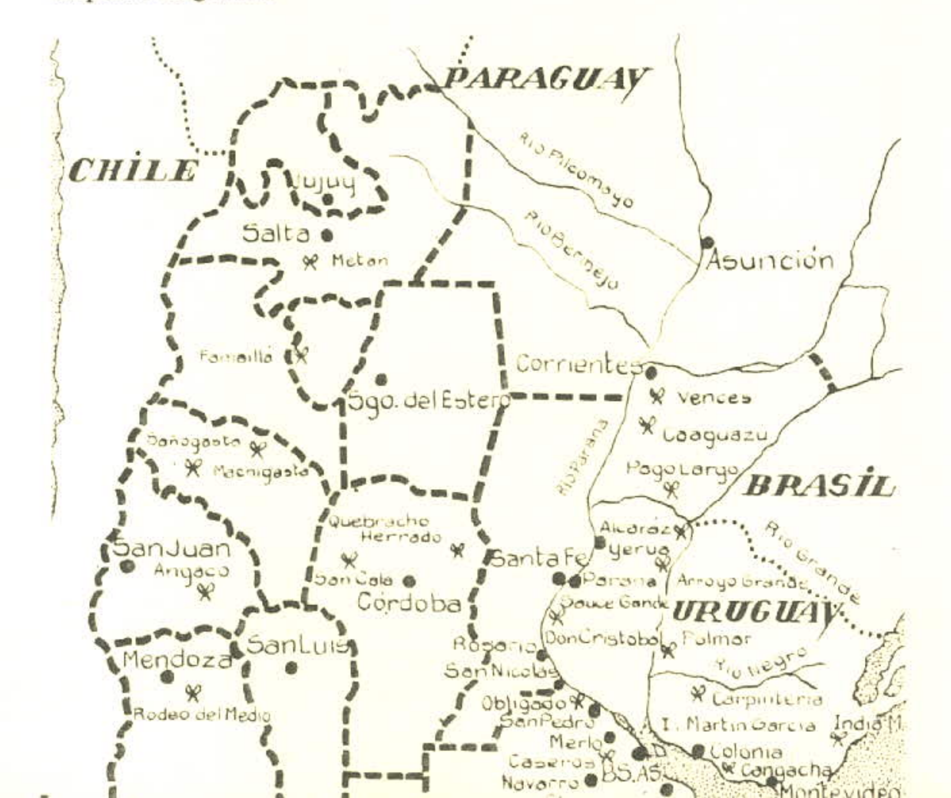
Nueva reunión: Están también Mackau, Ouseley y De Lurde. Abrantes declara no poder opinar sobre los medios, vale decir, sobre la forma de la intervención. Su misión se limita: a preguntar si Francia e Inglaterra están conformes en la independencia del Uruguay, en impedir que sea violada la del Paraguay y en la necesidad de poner fin a la guerra; y a pedir que, en caso afirmativo, instruyan a sus ministros para que se pongan de acuerdo con el gobierno imperial. Pero, instado por Guizot, opina "como particular" sobre los medios. Sólo cree en la intervención armada, ya que ha fracasado la pacífica. Ouseley propone emplear el ejército brasileño que ha operado en los límites con el Uruguay. Mackau considera que esto complicaría la cuestión. De Lurde quiere que Montevideo sea convertida en puerto franco.

Abrantes espera una respuesta definitiva. Silencio de Guizot. Nueva carta quince días después, el 21 de enero. Guizot contesta: acepta entenderse con el Brasil, pero nada dice de los medios. Promete que apenas se ponga de acuerdo con Londres mandará instrucciones a la legación en Río de Janeiro. El vizconde compren-

de que Aberdeen y Guizot quieren el *statu quo*: a ambos ha oído que Rosas dio a la Argentina una organización estable. Y agrega el brasileño que la intervención debe hacer todo esto: convertir a Montevideo en una especie de factoría general de las naciones marítimas; traer la libre navegación de los ríos; fijar los límites entre el Brasil y el Uruguay; establecer el *statu quo* en la Confederación Argentina si Rosas cede "a la razón"; y transformar a Entre Ríos y Corrientes en un estado independiente. Esto último, opina el vizconde, sería un obstáculo para el plan de Rosas, "que tal vez pasara a sus sucesores", de reconstruir el Virreinato, el que, "si fuese consumado, nos daría un vecino bastante fuerte para inquietarnos aún más".

Esta es la madre del borrego. Cuando el Brasil, que mantiene en esclavitud a millones de hombres, habla contra Rosas y pretende *libertar* a los argentinos, lo que quiere es evitar el aumento del prestigio internacional y del poder de Rosas y el aumento de la grandeza argentina. Por esto, se convierte en su principal enemigo. Ha logrado interesar a los gabinetes de París y de Londres para una intervención. Y ha permitido que el general Paz, que se embarcó en un buque de guerra brasileño, se dirija ahora hacia Corrientes, a formar un ejército para combatir contra Rosas. La neutralidad le obliga a detener a Paz. Lo ha hecho por fórmula. Lo ha dejado escapar. A fines de diciembre, Paz ya está en Corrientes[2].

Ha terminado el breve paréntesis de calma. Y otra vez va a empezar la guerra.



NOTAS AL CAPITULO

[1] Consultando "La Gaceta" de esos años, veremos que el jornal de un oficial latero, digamos, es de diez pesos, más desayuno, comida y mate; un oficial carpintero gana el doble, amén del almuerzo y comida. La escasez de mano de obra, que anota Gálvez, incluye al servicio doméstico. Los diarios anuncian como gran suceso la aparición del "Manual de la criada económica y de las madres de familia", con 400 recetas y consejos para ayudar a las dueñas de casa en sus tareas.

Con poco más de 5 años de jornales, un oficial obrero puede adquirir propiedad, casi nueva, 4 años de construcción, con 6 habitaciones, 2 altillos, 3 patios y pesebre, ubicada a pocas cuadras del Fuerte.

En la Francia de nuestros unitarios, un trabajador gana, por ese tiempo, 2 francos diarios, su mujer 1, los niños de 8 a 13 años 0,45 y los de 13 a 16, 0,75. Un miembro de la Cámara de Comercio de Rouen, monsieur Barbet, dice: "Nuestros obreros ni siquiera con veinte horas de trabajo cada día ganan lo suficiente para alimentar a su familia". En las factorías de Mulhouse o Lille, las criaturas de 7 años de edad, trabajan entre 6 y 7 horas más que los esclavos de las Antillas. En Gran Bretaña la cosa no es mejor. Mister Montalambert, denuncia en la Cámara de los Lores el 4 de marzo de 1840, que los niños de 7 y 8 años de edad están condenados "a quince horas de trabajo, con sus piernecitas encerradas en botas de latón, para obligarles a permanecer de pie cuando el sueño los vence". En el mismo recinto, el 22 de diciembre, Mr. Villeneuve agrega: "Según los datos conocidos, esos pobres niños se ven sometidos a un trabajo de 8 y 10 horas, que vuelve a exigírseles después de un reposo de 2 ó 3 horas, y eso continúa durante toda la semana. La insuficiencia del tiempo otorgado al descanso hace que muchas veces los niños sean vencidos por el sueño en medio de su trabajo. Para tenerlos despiertos se los azota con cuerdas, con látigos e incluso con palos. . . Muchos niños han aparecido delante de los encargados de hacer estas encuestas, con ojos reventados, miembros destro-

zados, debido a los malos tratamientos a que fueron sometidos". Hasta el propio ministro inglés Mr. Huskisson, lo declaró en la Cámara de los Comunes.

Domingo Faustino Sarmiento. "Facundo o Civilización y Barbarie". Ed. Colección Literaria Sopena, 1962. Tercera parte. Capítulo II, página 234: "Había alianza íntima entre los enemigos de Rosas y los poderes civilizados de Europa, la gloria de entenderlos nos perteneció toda entera a nosotros... esta fecunda idea de la fraternidad de intereses con la Francia y la Inglaterra, llevaba el amor a los pueblos europeos asociados al amor a la civilización, a las instituciones que la Europa nos había dado, y que Rosas destruía en nombre de América, sustituyendo otro vestido al vestido europeo, otras leyes a las leyes europeas, otro gobierno al gobierno europeo".

[2] De acuerdo con los unitarios de Montevideo, el general Paz abandonó aquella plaza el 4 de julio de 1844. Lo hizo a bordo de un navío de guerra brasileño —el "Caperibibe"— desembarcando en Río Grande. El tránsito no era casualidad. Santiago Vásquez, ministro oriental, le escribía al pardejón Rivera el 20 de setiembre: "Paz ha sido conducido de Santa Catalina a Río Grande y de aquí a Porto Alegre en buque de guerra brasilero; veremos si aguanta Rosas este pujo en silencio". La provocación a dos puntas mostraba la oreja.

En Brasil le fueron entregados 20 millones de reis por el ministro Barón de Caixas, destinados a la remonta del ejército imperial con caballos correntinos. Mucha plata y demasiados intereses en juego. A fines de 1842 Paraguay había declarado su independencia, comunicando la resolución a Buenos Aires. Rosas eludió discretamente todo reconocimiento, anunciando el pronto envío de un comisionado hasta Asunción, para exponer "los gravísimos inconvenientes" que resultaban de la independencia paraguaya. El nuevo Estado sería tierra de cizaña para las intrigas brasileñas y unitarias. No mucho más allá. En setiembre del 44 estaba en Asunción una embajada imperial, para reconocer al nuevo gobierno, y tratando de enredarlo en una alianza contra Buenos Aires, mientras se esperaba la intervención anglo francesa.

Rivera siempre miraba con recelo al cordobés, al punto de enviar dos emisarios —Paz da sus nombres: Pinto y Ferreirinha— con "el fin de hacer otro Barranca Yaco". Esta vez con guata cordobesa. No pasó de un amago. A comienzos de 1845 estaba en Corrientes. El 13 de enero, la Legislatura de la provincia lo designaba Director del "ejército aliado pacificador", con autorización y mandato de buscar el auxilio paraguayo en las operaciones. El presidente López exigía que Corrientes se constituyese en Estado soberano.



Combate de Obligado.
Ejemplo de defensa de la
Soberanía Nacional.

CAPITULO XIX
LA NUEVA GUERRA POR LA INDEPENDENCIA

Va a reanudarse la lucha en el territorio argentino, pero la guerra nunca ha estado interrumpida. En el Uruguay combaten tres ejércitos de la Confederación, y en el de Oribe figuran batallones argentinos. También ha habido algún encuentro insignificante en Entre Ríos, promovido por el gobernador de Corrientes. Pero ahora Rosas tendrá frente a él al más notable de nuestros militares, al general Paz, que acaba de ser designado en Corrientes jefe del Ejército Aliado Pacificador y que ya ha comenzado a organizar sus tropas. Este nombramiento no es la única habilidad del gobierno correntino. Su tratado de comercio con el Paraguay, que Rosas considera una traición, porque una provincia no puede pactar con el extranjero, es el primer paso hacia una colaboración militar.

Batalla de India Muerta

Gran batalla en el Uruguay: el 27 de marzo de 1845, Urquiza ha destruido al ejército de Rivera en *India Muerta*. El hábil guerrillero que es don Frutos no ha podido contra las tropas disciplinadas de Urquiza, aunque menores en número. Nada le queda de sus cuatro mil quinientos hombres. Cerca de mil han caído prisioneros y más de mil han muerto, entre ellos seis coroneles. El resto se ha dispersado por las colinas uruguayas. Un grupito de fieles lo acompaña en su fuga hacia el Brasil.

En Buenos Aires, adonde llega la noticia el último día de marzo, celébrase el triunfo con grandes fiestas: fuegos artificiales, descargas, iluminación, embanderamientos y manifestaciones callejeras con música. Una columna de cuatro a cinco mil personas llega a Palermo. Van diputados, jueces, funcionarios. Rosas no se presenta a rendir su homenaje y son atendidos por Manuelita.



General José María Paz según óleo de Querciola conservado en el Museo Histórico Nacional.

A fines de enero, el almirante Brown, por orden de Rosas, ha restablecido el bloqueo. No ya el bloqueo parcial, como el año anterior, a ciertas mercancías y la exención para Inglaterra y Francia, sino el abosluto. Pero el almirante Lainé lo desconoce. Convertido desde el año anterior en enemigo de Rosas, en otro Purvis, aplaude a los legionarios y dice no poder disolverlos porque ellos ya no son franceses. Al mismo tiempo, hostiliza a Oribe, desconoce sus derechos y no permite que otros franceses se vayan a Buenos Aires. Ha establecido en Montevideo una indudable intervención. El es quien ahora manda allí. Muy poco falta para que la ciudad quede ocupada por Francia. Rosas, entonces, decreta, con la indignación de los representantes de Francia e Inglaterra, que no entren en Buenos Aires, verdadero puerto de destino, los barcos que hayan tocado en Montevideo.

Intervención de Inglaterra y Francia

Inglaterra y Francia, que acaban de desahuciar a Varela, ahora a fines de enero, ya tienen convenida la intervención. Inglaterra nombra en seguida ministro en Buenos Aires a William Gore Ouseley; y Francia, semanas más tarde, pero sólo como enviado extraordinario, al barón Deffaudis. El nuevo ministro plenipotenciario francés es Durand de Mareuil, que llega a Buenos Aires en febrero.

Ouseley arriba el 29 de abril pocos días después de haber sido reelegido Rosas por cinco años. Trae instrucciones de Aberdeen para arreglar el asunto *amistosamente*, antes que venga el francés. El gobierno de S. M. B. no niega el derecho de hacer la guerra, "con arreglo al derecho de gentes y a la práctica de los hombres civilizados". Pero afirma que Rosas hace la guerra contra un Estado "cuya independencia la Gran Bretaña está virtualmente obligada a sostener". ¿Por qué, entonces, podía preguntarse al gobierno de Gran Bretaña, permitió a Rivera declarar la guerra a Rosas? No era difícil prever las consecuencias. Si Rivera invadía la Argentina, Rosas podía invadir el Uruguay. Sigue Aberdeen mintiendo. Rosas quiere poner al gobierno del Uruguay "en otras manos que las de aquellos a quienes les confió el consentimiento del Estado". Los actuales gobernantes de Montevideo alcanzaron el poder mediante una revolución, y la casi totalidad del país está con Oribe. Lord Aberdeen aconseja al ministro obtener la libre navegación de los ríos. Si Rosas se niega, levantará el bloqueo e impedirá sus comunicaciones con Oribe. Pero nada de operaciones terrestres. ¡No han olvidado los ingleses lo de 1806 y 1807!

¿Tiene Inglaterra derecho para intervenir? *Ninguno*. El tratado

de paz entre el Brasil y la Argentina, por el cual quedó creada la República del Uruguay, fue obra del ministro inglés en Río de Janeiro, lord Ponsomby; pero ni en el texto del convenio ni en parte alguna se estableció su garantía de la independencia uruguaya, como lo reconoció en su tiempo el propio autor del tratado, en sus cartas a Balcarce y a Guido, a quienes dijo que el gobierno inglés no le había dado autoridad alguna para garantizar ningún tratado de paz. Tampoco es cierto, bien lo sabemos, que Rosas pretenda apoderarse del Uruguay. ¿Interviene Inglaterra por humanidad? Curioso que esta nación guerrera se oponga a que otras se den el gusto de pelearse. *La Gaceta* recuerda que los ingleses han hecho doscientas ochenta y siete guerras, varias de las cuales duraron más de diez años. ¡ Inglaterra hablando de *humanidad*, de evitar las "crueldades" de Rosas y de Oribe! ¿Se han olvidado los ingleses de las atrocidades cometidas por ellos en la India, donde en cierta ocasión mataron a más de treinta mil no combatientes? ¿De los asesinatos, latrocinos e incendios ordenados por Hastings, que no fue condenado? ¿Y del Afganistán, en donde tres ciudades de más de sesenta mil habitantes fueron reducidas a polvo? ¿Y de las sangrientas represalias en Irlanda? Y Francia ha hecho más o menos lo mismo en Argelia y en otras partes. ¿Qué quieren, pues, esas potencias? Dicen que no pretenden conquistas, que quieren civilizarnos . . . La verdad es que sólo quieren conquistas. Y si no lo logran es porque un hombre de garra, Juan Manuel de Rosas, y un pueblo viril, la Argentina, se oponen tercamente a su rapacidad.

Un encuentro criollo.



Ouseley, después de hablar con Arana, le envía un memorándum. Habla de la independencia del Uruguay, de que la guerra perjudica a los intereses británicos, de que su gobierno "ha resuelto" su terminación. Dice que esto no es una amenaza y propone el retiro de las fuerzas argentinas en el Uruguay. Arana contesta que serán retiradas las tropas y levantado el bloqueo, cuando Oribe termine la pacificación del Estado Oriental. Y exige, antes de entrar en negociaciones, que sea reconocido el bloqueo.

En estos primeros tratos interviene el encargado de los negocios de los Estados Unidos, William Brent. Ouseley ha aceptado su intervención, así como las bases propuestas por Rosas, las que, en general, juzga buenas. Pocos días después de dominado por el imperioso plenipotenciario francés, negará personería a Brent para inmiscuirse en estos asuntos. Este pretexto demuestra que no buscan la paz los mediadores.

A principios de junio llega Deffaudis. Es el ministro que ha representado a Francia en Méjico, cuando el atropello de 1838. Con igual prepotencia que allá, reclama la suspensión inmediata de las hostilidades. Ouseley hace lo mismo. Arana insiste en que se reco-



Oleo de Verazzi que ilustra el degüello de los prisioneros uruguayos tomados a Ramírez en India Muerta.

nozca el bloqueo, antes de las negociaciones. Los mediadores exigen su levantamiento. No comprenden las razones de dignidad que mueven a nuestro Gobierno. Se conduce agresivamente. Francia olvida que, por fútiles pretextos, nos bloqueó dos años y medio. Ahora –es el 8 de julio– los ministros intiman el retiro de las tropas de Oribe y de nuestra escuadra. Razones: el atentado contra la independencia uruguaya, las "crueldades" de Oribe y los intereses del comercio *anglo-francés*. Y quieren respuesta inmediata. Y como Arana les contesta que nada han respondido aún a su solicitud de reconocer el bloqueo, ellos, el 21 de julio, piden sus pasaportes.

Los extranjeros capturan nuestra escuadra

Conducta odiosa la de estos extranjeros: mientras escriben esas notas y hablan de conciliación, suministran al gobierno de Montevideo pólvora y municiones. Y cuando piden sus pasaportes, ya han dado orden de desembarcar marineros en Montevideo y de embargar nuestra escuadra. No esperan los pasaportes. Piensan que Rosas cederá. Pero el Gobierno se los envía el 30 de julio.

Mientras tanto, han realizado un bárbaro atropello. El 22 de julio, los almirante Lainé e Inglefield han comunicado a Brown que la escuadra argentina queda detenida. Ha debido resignarse nuestro almirante. ¿Qué pueden hacer sus tres barcos contra los veinte ingleses y franceses? Recibe de Buenos Aires orden de regreso. El 31 le permiten salir, pero dejan presos a los ingleses y franceses que sirven en sus barcos. Brown ruega dejarlos bajo su mando hasta llegar a Buenos Aires. Cree que esto ha sido concedido. Y el 2 de agosto, al partir, varios cañonazos le inmovilizan. El arría la bandera argentina y los representantes de la *misión de paz* se apoderan de nuestros barcos. Están capturados. Brown los hubiera defendido con su vida, pero no ha querido complicar la situación. Así lo dice en el parte en que habla del agravio. Y pensar que pocas semanas atrás, el jefe del gobierno inglés, sir Roberto Peel, ha dicho que sólo se trataría de *representaciones*, de *interpretación*, de *mediación* [1].

¡Qué distintos los procedimientos de esos extranjeros que quieren civilizarnos y los nuestros! Cuando tienen presos a los marineros que sirven a Rosas, les mandan una comisión de orientales para que los seduzcan. Días más tarde, al dejar los buques franceses a Brown en Buenos Aires, se burlan con una salva de cañonazos . . . En cambio, caso único en el mundo, sólo posible en los descendientes de los hidalgos españoles, sólo posible en el espíritu generoso de Rosas, los marinos ingleses recorren la ciudad de Buenos Aires sin que nadie los insulte ni los ataque, y el personal de la legación de Francia asiste a la tertulia de Manuelita. El *British Packet* pregunta: "¿En qué país del mundo podrá confiarse así en la ecuanimidad del Gobierno? "

Ahora los almirantes extranjeros envían una nota a Oribe. Esperan que no ataque a la ciudad, porque la defenderán con todo su poder. Y él les contesta con arrogancia, que, por lo menos, no podrán cerrar los ojos "al hecho evidente de la actual completa posesión del territorio por las autoridades y fuerzas que obedecen al presidente legal; que al menos en ese carácter debían consultar algo su voluntad y conveniencia". ¡Pero vaya uno a hablarle de razones a la fuerza brutal de los imperialismos!

La felonía de la política inglesa sólo es comparable con la del gobierno del Brasil. Después de haber traicionado a la América provocando la intervención europea en el Plata con el fin de sacar tajada, ahora procede con innoble duplicidad. Afecta el gabinete de Río ser neutral: sabe que al pueblo brasileño le repugna la intervención armada. Pero no es sincero frente a Rosas. Ha ayudado a Paz para llegar a Corrientes y ha tenido listo un buque con soldados, armas y municiones que destinaba al gobierno



Sir William Gore Ouseley.

de Montevideo y cuya salida suspendió al saber el triunfo de Urquiza en *India Muerta*. Aspira el Brasil, no contento con sus nueve millones de kilómetros cuadrados, a poseer una parte del Uruguay. Su intención es pedirla al Uruguay, a cambio de su ayuda contra Rosas. Y al mismo tiempo, anda bien con Rosas, aunque lo hostilice bajo cuerda. La política de los Braganza, de tipo europeo, no americano, es pérfida, sinuosa, de doble fondo.



Transporte de la época.

Los defensores de Montevideo

Después de *India Muerta* la caída de Montevideo pareció inevitable. El gobierno mismo llegó a declarar que la ciudad no podía sostenerse cuarenta días con sus solos recursos. Oribe ha convocado en mayo para la renovación de la asamblea legislativa y elecciones de presidente de la República, y propone la rendición. Rechazada, se prepara a atacar. Lainé e Inglefield declaran que no permitirán la caída de la ciudad. Y es entonces cuando la proveen de armas, municiones y víveres y cuando desembarcan tropas. Y el gobierno de Montevideo escribe al del Brasil unas palabras infames y vergonzosas según las cuales el Uruguay, en caso de tener que entregarse a un poder extranjero, "antes que sucumbir bajo la cuchilla de Rosas" –palabras textuales– "se echaría con preferencia en los brazos de un poder americano". Es decir, que antes de ser gobernados por su compatriota Oribe, héroe de la independencia uruguaya, uno de los *33* y jefe en Ituzaingó, prefieren ser brasileños esos malos uruguayos, prefieren entregar su patria al Brasil, el único y perpetuo enemigo de su independencia.

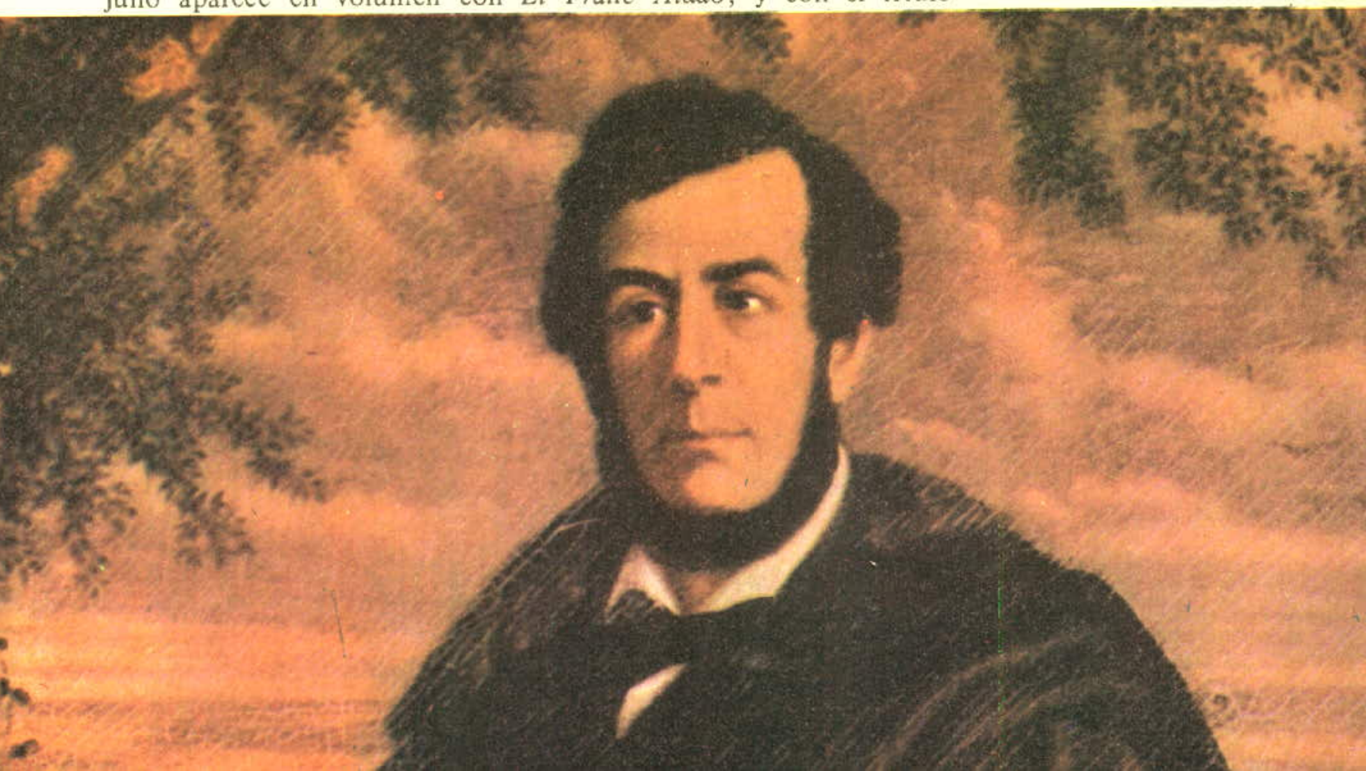
Una vez más los extranjeros impiden la caída de Montevideo. Ahora sólo la defienden cuatrocientos nueve orientales. El resto de las tropas son esclavos, en su mayoría pertenecientes a extranjeros y en número de seiscientos dieciocho; y dos mil quinientos extranjeros, de los cuales mil quinientos cincuenta y cuatro franceses. ¿Qué se han hecho los mil franceses restantes? Los más serios, así como otros que no formaron nunca en la legión, se han refugiado en Buenos Aires. Desde aquí dirigen una petición al gobierno francés, en donde se leen estas palabras significativas: "El señor Lainé, ¿ha sido enviado para proteger al partido agonizante que domina en Montevideo, o para protegernos a nosotros? ". Ese partido agonizante, esos cuatrocientos nueve hombres, ahora que el ejército de Rivera no existe, representan para Francia e Inglaterra el Estado Oriental. Y en nombre de ese puñado de individuos, Francia e Inglaterra vienen a meterse en la

política del Plata, a mandar como dueños, a imponerse con sus cañones.

¿Y los emigrados? El número de los argentinos que defienden la plaza es de apenas ciento treinta. Muy pocos más son los que no llevan armas. Los demás están en Buenos Aires o en el Brasil. Pero esos pocos argentinos son los dueños del gobierno de Montevideo, principalmente Florencio Varela. Ha de estar alegre Varela, al ver el resultado de su misión en Europa, al ver a su propia patria próxima a entrar en guerra contra las dos grandes potencias del mundo, en peligro de ser destruida y desolada. Y piensa en fundar un diario, que aparecerá en octubre, y se llamará *El Comercio del Plata*.

Algunos de los emigrados en Montevideo, en el temor de que Oribe entre en la ciudad, han partido para Bolivia o para Chile. En Chile, Domingo Sarmiento continúa su obra antiargentina. Ha conseguido sus deseos. Chile ha ocupado el estrecho de Magallanes. Como es natural, pues no todos son traidores, otros emigrados desaprueban su campaña, entre ellos Juan Bautista Alberdi.

La verdad es que por esos meses el prestigio de Rosas ha crecido en toda la América incomparablemente. Le llaman el Gran Americano. En todo el continente se ha comprendido que su lucha contra las potencias europeas es una defensa de toda la América. Por esto, cae como una bomba el *Facundo*, que Sarmiento acaba de publicar en los folletines de *El Progreso* y que el 28 de julio aparece en volumen con *El Fraile Aldao*, y con el título



Esteban Echeverría según óleo de E. Charton. U.N.B.A.

general de *Civilización y Barbarie*. Exito inmediato y resonante. *El Nacional* publicará el *Facundo* en octubre. Sarmiento le hace mucho mal con su libro al Restaurador y seguirá haciéndoselo por siempre. Más tarde reconocerá: "No todo era terror, no todo era superchería. Grandes y poderosos ejércitos le sirvieron años y años impagos. Grandes y notables capitalistas lo apoyaron y sostuvieron. Abogados de nota tuvo en los profesores patentados del Derecho. Entusiasmo verdadero era el de millares de hombres que lo proclamaban el Gran Americano". Por ahora reconoce que su libro está lleno "de inexactitudes", y no siempre inocente sino "a designio a veces". Así, con este impudor, lo dice en su carta a Paz, del 2 de diciembre de 1845, al enviarle el libro.

¿Qué opina Rosas del *Facundo*? Lo lee, y a un amigo le dice: "es de lo mejor que se ha escrito contra mí; así es cómo se ataca, señor; ya verá usted cómo nadie me defiende tan bien". Pero es posible que no le haya concedido mucho valor político, como no se lo concedió al *Dogma* de Echeverría. Es propio de los dictadores la actitud de desdén hacia sus enemigos intelectuales. Y casi siempre son ellos quienes más contribuyen a su caída.

La escuadrilla de Garibaldi

La guerra que nos hacen las dos potencias europeas se ha iniciado violenta y rápidamente. Al bloqueo de los puertos uruguayos en poder de Oribe, ha seguido la toma de la Colonia, el 31 de agosto. Componen el convoy veintiocho barcos, inclusive los que nos robaron. Una parte de este convoy, la escuadrilla que manda Giuseppe Garibaldi, intima la rendición. Cuatro horas de bombardeo por los doscientos cañones aliados y dos de combate, en tierra. Saqueo de la villa, profanación del templo y de las sagradas imágenes. Es insultada la esposa de Lavalleja, el jefe de los 33. Cómo habrá sido la infamia para que el secretario de Rivera, a pesar de su fanatismo antirrosista, le escriba a don Frutos: "Garibaldi saqueó la Colonia escandalosamente". Y agregó que esto les desacreditará mucho.

Así comienzan Inglaterra y Francia su obra civilizadora. Después de esta hazaña, el 5 de setiembre, "la expedición bucanera", como la llama el *British Packet*, se apodera de la isla de Martín García, donde izan la bandera oriental, aunque ellos, los ocupantes, son italianos. El 20, Gualeguaychú, pueblo argentino donde no hay un hombre de armas, es saqueado durante dos días por la gente de Garibaldi. Calcúlase en treinta mil libras esterlinas el garibaldino botín. La escuadrilla enfrenta a Paysandú, en don-



Soldados orientales.



José Garibaldi en Montevideo.

de Garibaldi es rechazado, después de una hora de combate. Intenta atacar la ciudad argentina de Concordia, pero las tropas de Garzón y una flotilla de lanchones le hacen desistir. Se instala al sur de Concordia y un día de fines de octubre ataca el pueblo uruguayo de Salto. Saqueo general, en el que intervienen el propio Garibaldi y soldados anglo-franceses. Muchos vecinos son asesinados. Conviértese en cuartel el templo. Y dos buques, uno francés y otro inglés, protegen la hazaña. ¿Es Garibaldi el único culpable? Su correspondencia prueba que está a las órdenes de Lainé y de Inglefield. ¡Y dos días antes del saqueo de Gualeguaychú, Ouseley y Deffaudis han declarado que su único propósito es bloquear los puertos de la provincia de Buenos Aires! ¿Cómo creer en la palabra de los "civilizados"? ¿No ha reconocido Peel en los Comunes, días antes, el derecho de Rosas a bloquear a Montevideo y explicado que si Inglaterra pretendió la excepción a su favor fue porque Francia la exigió primero, pero que ahora, retirada la pretensión francesa, también el gobierno británico reconocía a Rosas el derecho de ejercer el bloqueo, siempre que fuese universal? No hay modo de creer a estos extranjeros. Pretenden terminar con las *crueldades* de Rosas y de Oribe, y no terminan con las propias; en junio, en *Argelia*, un destacamento francés, mandado por un coronel, ha rodeado una cueva donde se había refugiado un millar de *nativos*, inclusive *mujeres* y *niños*; ha arrojado adentro *leña encendida*; y han perecido, carbonizados, más de quinientos seres humanos.

Si alguna duda quedara sobre la canallesca conducta de los mediadores, bastaría con transcribir su declaración de bloqueo hecha el 18 de setiembre. En medio de los argumentos de siempre –las intenciones de Rosas contra la independencia uruguaya, las crueldades de Rosas y de Oribe y otros cargos análogos–, aseguran con insuperable hipocresía, que su mediación es "pacífica y desinteresada", que sólo procuran la "conciliación", el cumplimiento de los tratados. Protestan contra la prensa argentina, que considera "las medidas de coacción, provocadas por una resistencia injusta, como violencias sin motivo", e insultan a nuestro gobierno al decir: "La asamblea que llaman Sala de Representantes". En definitiva, bloquean nuestros puertos porque los diarios les dicen la verdad; porque "a la cabeza de la policía hay una asociación famosa por multitud de hechos siniestros"; y porque Rosas ha prohibido toda comunicación entre la escuadra bloqueadora y el territorio de la Confederación, providencia que les parece poco motivada y *provocante*, siendo así que –mienten desvergonzadamente– "estas escuadras aún no han usado de ningún medio coercitivo sobre las costas de Buenos Aires".

Pero contra Rosas no pueden luchar estos mediocres, como no

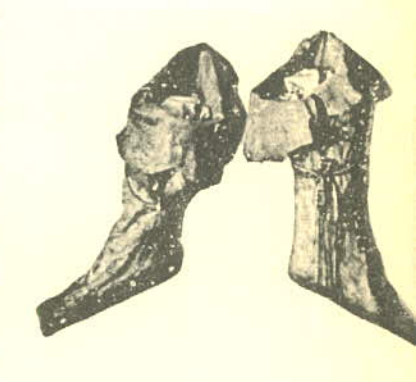
Oleo de J. M. Besnes e Irigoyen que representa la llegada del general F. Rivera a Montevideo.



pudieron Roger, Martigny, Baradère, Leblanc, Sinimbú, Purvis y De Lurde. Ocúrresele a don Juan Manuel pedir a los representantes extranjeros en Buenos Aires contestarle a varias preguntas. Contestan todos, pero la respuesta más interesante es la del encargado de Negocios de Francia, barón de Mareuil. Es un hombre joven, de treinta años. *El Nacional*, con su perversidad irremediable, lo supone "seducido por encantos poderosos", refiriéndose a Manuelita. Mareuil declara no tener queja de ningún francés contra el Gobierno; ignorar que exista una asociación famosa por sus crímenes; no saber que la policía haya obligado a los extranjeros a firmar peticiones contrarias a sus gobiernos; ser falsa, según sus noticias, la carnicería de un millar de prisioneros después de *India Muerta*; y su complacencia en reconocer cómo el gobierno argentino hizo justicia a todas sus reclamaciones y cómo se conduce en sus relaciones diplomáticas y políticas con dignidad y altura.

Y la opinión americana es unánime contra el bloqueo. El representante de los Estados Unidos protesta, considerándolo nulo; no ha sido declarado por los gobiernos, sino por sus ministros plenipotenciarios. Prensa y pueblo brasileños están contra la intervención. En los Estados Unidos, según afirma John F. Cady en su reciente libro *The foreing intervention in the Rio de la Plata*, todos los diarios la combaten al unísono.

En la Sala, adonde Rosas ha mandado los antecedentes de la intervención, se dicen cosas que es menester recordar. Habla Lorenzo Torres, el gran orador de ese tiempo. Recuerda cómo nuestro gobierno, dos años atrás, al declarar el bloqueo, generosamente lo limitó y cómo el inglés Purvis lo resistió. ¿Dejaría Inglaterra impune un atentado semejante? Se esperaba una satisfacción que correspondiese al tamaño de la injuria. Pero Inglaterra, que tenía tiempo para comunicarnos que había parido la Reina, no lo tenía "para satisfacernos, ni contestarnos, ni contener a su súbdito, a ese marino insolente y atrevido". Es que Inglaterra simpatizaba con el atentado de Purvis, que "estaba instruido, sostenido por su gobierno". Por fin ahora se separa a Purvis, y en momentos en que nos envían una aparente misión de paz, pero "con el verdadero carácter de enemigos de nuestra independencia". Pregunta cómo no ven que las intervenciones no han dado otro resultado que el de prolongar la guerra. ¿Y dónde tenía sus sentimientos humanitarios Inglaterra "cuando los franceses, en unión con un bandido, derribaron en 1838 al gobierno legal del Estado Oriental"? Es que entonces –exclama Torres– "¡era un estado europeo, un poderoso como ella, el agresor; un americano, el agredido! ".



Botas de la época.

Muerte de la madre de Rosas y de Rivera Indarte

Han muerto dos personas que por motivos opuestos interesaban a Rosas.

La primera es José Rivera Indarte. Enfermo de tuberculosis hacía poco tiempo que había partido a Santa Catalina, en el Brasil. Ha dejado este mundo a los treinta años, el 19 de agosto de ese año 45; pero *El Nacional*, cuyo director era, da la noticia el 12 de setiembre. Otros como él continúan su obra pasquinera y antiargentina, pero, faltos de su empuje, el diario deberá desaparecer diez meses después. Rosas debe haberse alegrado de la muerte de este hombre. Es infinito el daño que le ha hecho. Sus *Tablas de sangre*, traducidas al inglés por el irlandés O'Brien, difunden en Europa, donde algunos cándidos las creen, horror hacia Rosas y son una de las causas por las que Inglaterra decídese a intervenir. Con la muerte de Rivera Indarte, el camino por donde Rosas marcha se ha limpiado un poco de reptiles y de excrementos.

La otra muerte es de doña Agustina, acaecida el 12 de diciembre. Tenía setenta y seis años y hacía algunos meses que estaba paralítica. Fue una gran mujer, de recio carácter y al mismo tiempo de mucha bondad. Su espíritu se revela en su testamento. Dispuso, y así se hace, que su cadáver fuese llevado al cementerio en el carro de los pobres, acompañado sólo por sus parientes próximos, y que al funeral sólo vayan ellos y los miembros de la cofradía de San Benito, a la que pertenecía. Asisten al entierro, en coche, sus hijos y pocas personas más. A caballo siguen el cortejo sus nietos, entre ellos el que será más tarde ilustre escritor, Lucio V. Mansilla. Rosas había sido muy amado por su madre y él la amó siempre y la seguirá amando. Cuando su padre murió, renunció a su herencia en favor de ella, como ahora renuncia a la de su madre en favor de sus hermanas y de la mujer que la sirvió, la cuidó y la acompañó hasta el día de su muerte. Mansilla refiere que Juan Manuel le enviaba a su madre, todos los días, una gran fuente de natillas. Durante toda su vida —bella prueba del más hondo afecto—, aún en medio de las pobrezas del destierro, hará decir misas, mensualmente, por su madre, como por su padre y por Encarnación. En 1869 le escribirá a su vieja amiga Pepita Gómez: "Están en estos pobres ranchos los paquetes más abultados de los recibos que acreditan ese mi amor y respeto a mis padres y a mi esposa". También recuerda que, al morir su madre, cuando supo que nada dejaba a los pobres, remedió ese olvido, señalándoles a muchos, en nombre de ella, "una limosna mensual que se entregó hasta el fin de enero

General O'Brien según litografía de Lemercier.





Arrieros en un alto de su tarea, según dibujo de P. Schmidtmeyer.

de 1852". La legislatura envía una nota a don Juan Manuel y designa una comisión para que asista al funeral, lo que él no acepta por razón de las disposiciones testamentarias. En su respuesta, él habla del dolor que siente "por la sensible pérdida de una madre tan cariñosa, que amaba en proporción a su mérito y virtudes". Los unitarios dicen que Rosas aborrecía a su madre . . .

Continúan las hostilidades franco-británicas

De Europa llegan magníficas opiniones contra la intervención y en favor de Rosas. *La Gazzete du Commerce* de París, dice que se ha debido esperar a que Rosas demuestre con algún acto el propósito que le atribuyen de atentar contra la independencia uruguaya. "Siempre hay tiempo para obligarle a desistir", añade sensatamente. Y respecto de esa independencia recuerda que ha sido garantizada por dos convenios: uno que firmó el Brasil, en 1828, y otro Francia, en 1840. Y se pregunta qué tiene que hacer Inglaterra en este asunto. El *Morning Chronicle*, también adverso a la intervención, la trata con corrosiva ironía. "No se ha hecho declaración de guerra porque los gabinetes aún no han convenido su causa". Tienen antecedentes en los prólogos de las comedias o los preámbulos de los *bills*, "que, aunque naturalmente parecen que han sido hechos antes, siempre se escriben después". Comenta los saqueos, en los que, "para evitar la grosería de emplear directamente marineros ingleses que saquearan a

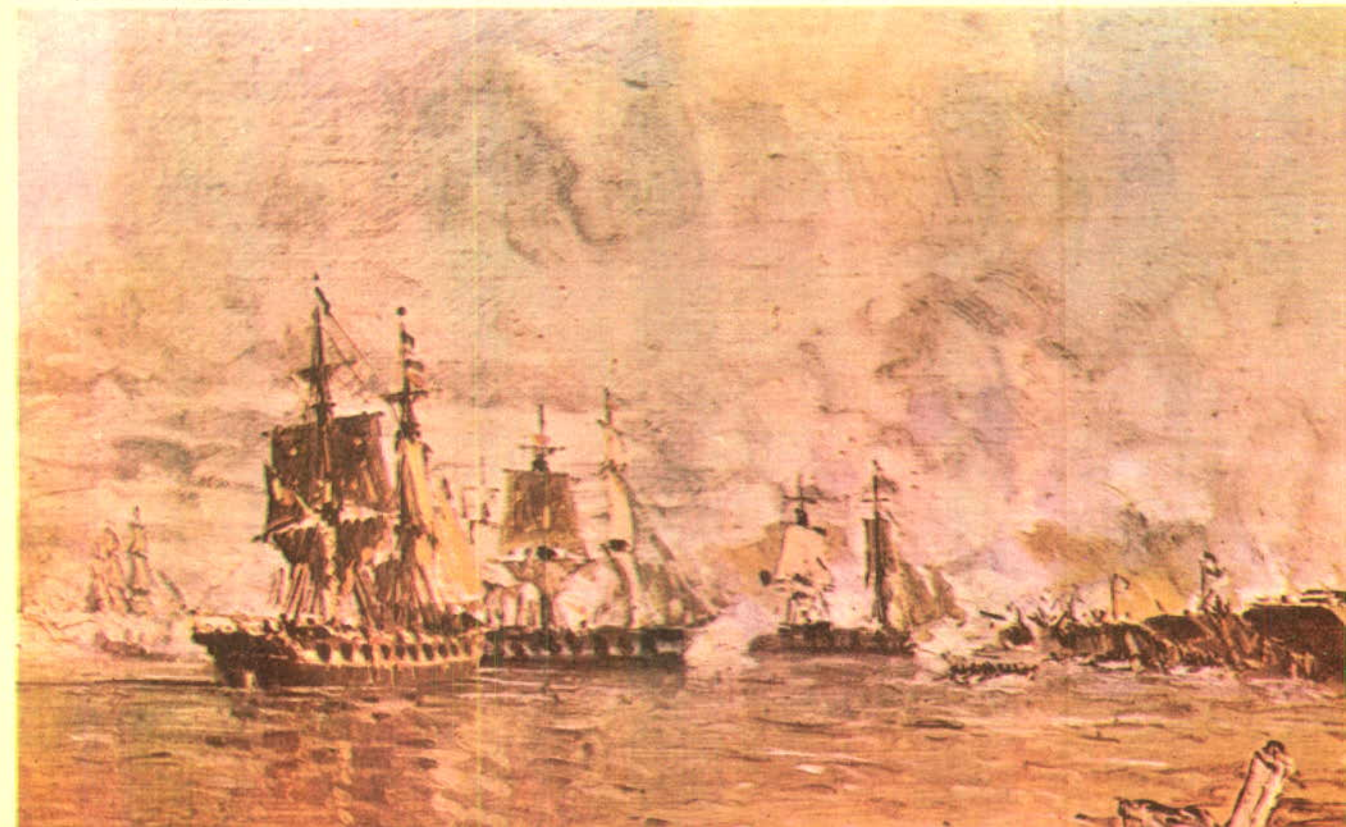
los comerciantes británicos, se delegó este encargo en una banda de mercenarios italianos o *condottieri*, que lo desempeñaron de un modo maestro". Y agrega que "la comparsa italiana" dio un baile a los mediadores, pero que no se sabe si fue costeado con el producto de lo robado a los ingleses . . .

Pero los mediadores son insensibles a estos argumentos; y estimulados por la política indecisa y turbia de los gabinetes de París y de Londres, que, como ha dicho el diputado Lorenzo Torres, "ni dicen lo que hacen ni hacen lo que dicen", y que sólo "se quitan la máscara en el momento que la fuerza les permite apoyar su injusticia", tienen decidido continuar las hostilidades.

Combate de Obligado

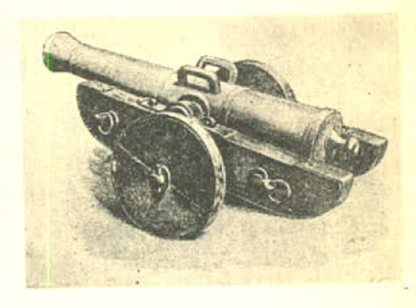
Vamos a asistir a uno de los más bellos y heroicos hechos de nuestra historia. La escuadra aliada va a subir por el Paraná. Rosas, que lo tiene previsto, ha venido preparándose para obstruir el paso. Dirigirá la defensa el general Lucio Mansilla, a quien Rosas le viene dando instrucciones. En su carácter de comandante interino del departamento del Norte, ha formado un pequeño ejército con gente de la comarca. Ha instalado baterías en las barrancas de Obligado. Algunas están a veinte metros de altura sobre el río. De orilla a orilla del Paraná, que allí tiene un ancho de

Momentos en que el paso de Obligado es forzado por la escuadra franco-inglesa el 20 de noviembre de 1845. Oleo de M. Lavarri de M.H.N.



ochocientos metros, han anclado los cascos de veinticuatro pontones que sostienen tres gruesas cadenas. Banderas argentinas sobre los pontones y dos mil quinientos soldados en las barrancas. Ha construído parapetos de barro, anchos de más de dos metros, para defender a las treinta y cinco piezas de artillería y ocultarlas. Hay mucho patriotismo y pocas municiones.

Es el 20 de noviembre. Los grandes barcos de "la misión de paz" se acercan. Las dos márgenes aparecen llenas de hombres vestidos de colorado. Son las nueve y media de la mañana. Himno Nacional. ¡*Oíd mortales el grito sagrado*! Un unánime y ardiente "¡Viva la patria!" lo termina. Tambores argentinos resuenan en la mañana de oro. ¡Fuego contra los infames agresores! De la parte de los patriotas salen proyectiles macisos, balas de las metrallas, cohetes a la Congreve. Pero los enemigos tienen ochenta y ocho cañones, todos de gran calibre. Apena ver al *San Martín* prisionero, con bandera francesa. Y más apena el verlo perder su arboladura, destrozársele las velas. Y pasa la mañana en medio de la lucha heroica. Mansilla la dirige. A las cinco de la tarde termina el combate. ¡El valor de los criollos ha sido inútil! Los buques extranjeros han logrado abrirse paso. Sus marineros y soldados desembarcan. Mansilla dirige personalmente una carga a la bayoneta para defender las baterías. ¡No hay nada que hacer! Hemos sido derrotados por Inglaterra y Francia.


Cañón utilizado por los argentinos y que, capturado por los franceses, fue llevado a París como trofeo.

Han muerto ciento cincuenta argentinos y han sido heridos noventa. Han caído también algunas mujeres que —incipiente cruz roja—, atendían los heridos. En Montevideo, Florencio Varela se alegra de la derrota de su patria, de la muerte de esos argentinos, y felicita cordialmente a los extranjeros que los mataron. Ni siquiera les reconoce valor. Un diario montevideano, sin embargo, declara que "nunca, desde la paz napoleónica, hallaron franceses e ingleses tan heroica resistencia". Toda la América admira el coraje y el patriotismo de los hombres de Rosas. La figura americana del *Restaurador* se agiganta. ¿Ha sido suya la idea de ponerle cadenas al río? Así nos autoriza a creerlo la carta que el jefe del puerto de Buenos Aires le escribe a Oribe por orden de Rosas, en la que le anuncia el cierre del Paraná. Pero entonces Rosas pensó en cerrarlo echando a pique algunos buques cargados con piedras. De cualquier modo, él no lo ha hecho con la esperanza del triunfo, sino como una afirmación simbólica del cierre de los ríos, como una afirmación de nuestro tenaz empeño de resistir hasta la muerte, de ser independientes y libres.

A todo esto se preguntará: ¿y los Estados Unidos?, ¿y la doctrina de Monroe? Los Estados Unidos por esos días, están ocupados en *robarle a Méjico* el inmenso territorio de *Texas*[2]...



Ya forzado el paso se produce el desembarco de las tropas y su ataque a las baterías argentinas.

Pacto correntino con Paraguay

Rosas no reconoce la independencia del Paraguay, que es, para él, una provincia argentina. Fúndase en que, situado en el centro del continente, el Paraguay no puede tener vida propia. Ya el convenio comercial con Corrientes, firmado el año anterior, le pareció una traición, sobre todo por parte de esta provincia, que no tiene derecho para firmar tratados de semejante índole. Ahora, la situación va a empeorar. Corrientes acaba de firmar, el 11 de noviembre de 1845, una alianza ofensiva y defensiva con el Paraguay. Es una declaración de guerra, de guerra "personal contra Rosas y las fuerzas que le sirven, dice el tratado; pero sabemos que no existen tales guerras personales. Quien sufre es el pueblo entero, no el mandatario al cual se quiere derrocar. El convenio ha sido también firmado por el general Paz, como director de la guerra.

Este convenio contiene una cláusula secreta, según la cual Corrientes le entregará al Paraguay, a cambio de diez mil soldados, parte de su territorio. La existencia de esta cláusula conócese por varios conductos, principalmente por la declaración que hará semanas después el general Juan Madariaga, al caer prisionero de Urquiza. Según Madariaga, hermano del gobernador de Corrientes, esta provincia le concedió al Paraguay el territorio comprendido desde la Tranquera de Loreto, "tocando por las puntas del Aguapey, hasta dar con el territorio brasileño, sobre la costa del Paraná". Por la misma cláusula secreta, ni el gobierno de Corrientes

ni el director de la guerra pueden "entrar en acomodamientos con ningún gobierno de Estado sin el consentimiento y aprobación del gobierno paraguayo".

¿Qué se hizo la pureza de Paz, que también se ha servido de los barcos extranjeros? He aquí que él mismo consiente en la pérdida de territorios argentinos . . . Mientras tanto, hombres del propio bando unitario se indignan ante la intervención extraña. Uno de ellos es Martiniano Chilavert, que fue lugarteniente de Lavalle. Desde el Brasil escribe que considera como "el más espantoso crimen" de un argentino el llevar contra su patria las armas extranjeras. El se alejó de su partido cuando la intervención franco-inglesa: "Un solo deseo me anima –dice–: el de servir a mi patria en esta lucha de justicia y de gloria para ella". Y se reincorpora al ejército de la Confederación.

San Martín nos salva de otra intervención

Las noticias de Europa son más bien desconsoladoras para Rosas. Al parecer, Londres y París quieren ahora proceder violentamente. El *Journal des Dèbats*, diario de Guizot, asegura que se reforzarán las escuadras "para obligar a Rosas a terminar la guerra", la guerra con Montevideo. El mismo diario dice que Deffaudis no procedió sin instrucciones, que los medios extremos de que echó mano habían sido previstos por el Gobierno, y que la *obstinación* de Rosas –¡ obstinación, el no someterse al extranjero! – "hizo indispensables las demostraciones activas". Y termina con estas palabras, que justifican a Rosas, si es que el defender a su patria necesita justificación: "Nosotros no queremos hacer mucho ruido con la expedición del Plata; mas hablemos francamente, ¿no vale ello por lo menos, la campaña de Siria? "

Existe, pues, el más grande peligro para nosotros. ¿Cómo defendernos contra las dos mayores potencias del mundo? Francia tiene por entonces, treinta y cuatro millones de habitantes, e Inglaterra, sin su imperio, pero incluyendo Escocia e Irlanda, veinticinco millones. Contra estos cincuenta y nueve millones, contra las dos escuadras formidables, contra todas las riquezas de las dos poderosas naciones, ¿qué haríamos el millón de argentinos, de los cuales sólo trescientos mil están en la provincia de Buenos Aires y los demás dispersos en campos de casi ilimitada extensión?

¡ Inmenso peligro! Perderemos la vida, los bienes, la independencia. Personas que conocen nuestro país y nuestra historia advierten a los gobiernos agresores de que hay dificultades en domarnos. Trátase de escritos anónimos, que no llaman la atención.

Pero en un lugar de Italia, en Nápoles, adonde ha ido en busca de salud, sigue los acontecimientos con apasionado interés el general San Martín. El va a exponer en una carta cómo no es fácil vencernos. En Europa se le respeta. Se le sabe el libertador de media América. Sus palabras van a impresionar profundamente, van a salvarnos, completando la obra de Rosas. El 28 de diciembre escribe al comerciante inglés Jorge F. Dickson, que poco después será nuestro cónsul en Londres. Publica su carta el *Morning Chronicle*, el 12 de febrero de 1846.

El documento del gran argentino es habilísimo. No duda del propósito *pacificador* de los ingleses, ni habla, para no chocarlos, de nuestro "patriotismo". Su objeto es evitar el envío de tropas, demostrar la imposibilidad de vencernos. No debe contar Inglaterra con la desunión: "aunque no dudo de que en la capital podrá haber un número de enemigos personales de él –se refiere a Rosas–, estoy persuadido de que, ya sea por orgullo nacional o por temor, o por la prevención heredada de los españoles contra el extranjero, cierto es que todos se unirán y tomarán una parte activa en la lucha". La invasión sólo conseguiría prolongarla "hasta el infinito". Demuestra cómo la naturaleza de nuestro país nos facilitaría deshacernos de los invasores. Tomarán la capital, pero no podrán conservarla. "Se sabe que el alimento principal, o casi podría decir único, del pueblo es la carne; como igualmente que con la mayor facilidad se puede retirar todo el ganado en muy pocos días muchas leguas al interior, como también los caballos y todos los medios de transporte. En una palabra, que se puede formar un vasto desierto, impracticable al pasaje de un ejército europeo, el cual se expondría a tanto mayor peligro cuanto más crecido fuese su número".

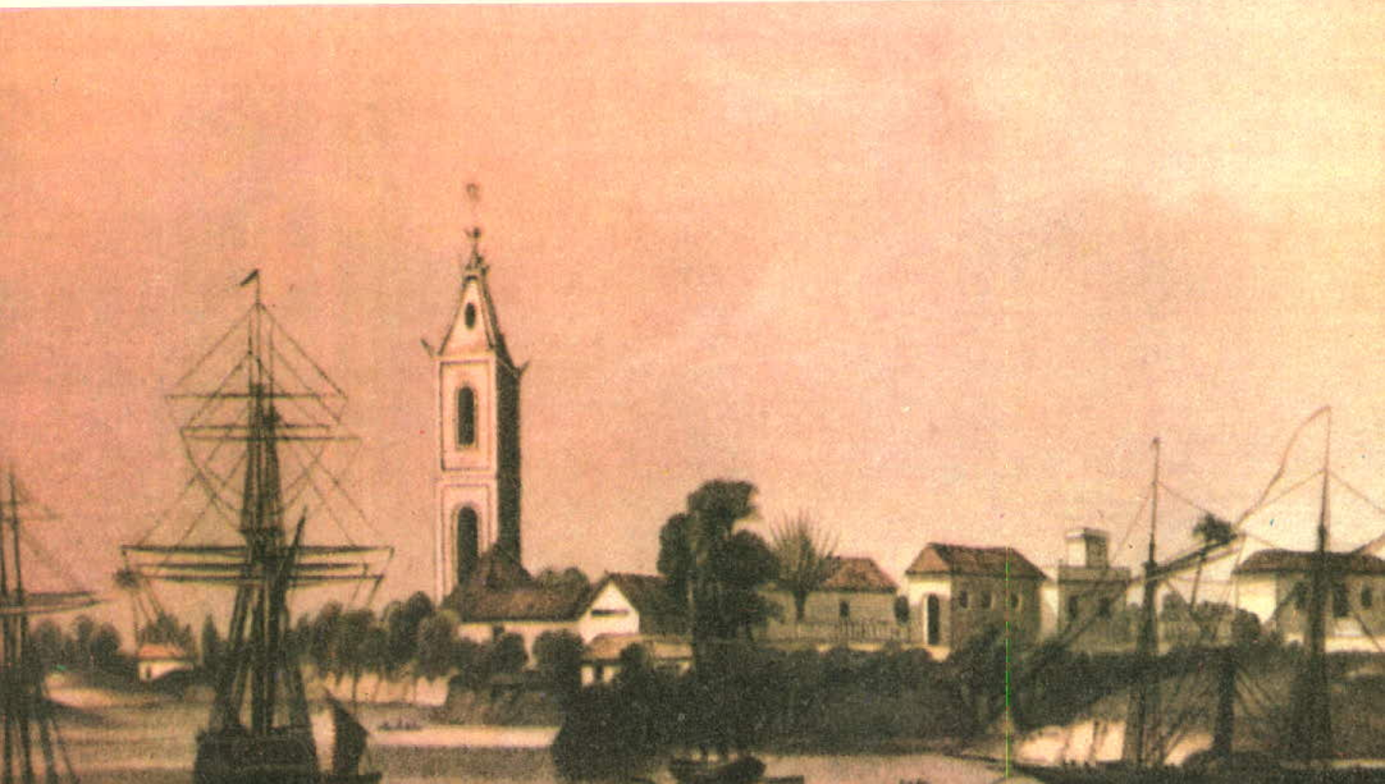
Estas palabras objetivas, que revelan la convicción de un gran táctico, impresionan en Londres. Ni el ministro Aberdeen, ni el jefe de la oposición, lord Palmerston, quieren que se reproduzcan sucesos como el de Obligado. Por segunda vez, San Martín ha salvado a su patria. Aunque en la carta a Dickson, que es para los ingleses, él finge, por política, creer que se trata de una intervención pacífica, sabe que está en juego nuestra independencia. Así se lo dice a Rosas, a quien le escribe catorce días después que a Dickson. Al hablar de la "injustísima agresión y abuso de fuerza de Inglaterra y Francia contra nuestro país", lamenta que su mala salud le prive de ir a defenderla. De este modo habla nuestro libertador, que conoce bien las tendencias de la política europea. Son, por consiguiente, traidores a la patria quienes, como Florencio Varela y la camarilla de Montevideo, han traído aquella agresión, que ataca –según dice San Martín– a nuestra

"honra e independencia". Tal vez por esto, *El Nacional* critica a nuestro héroe máximo: le reprocha insolentemente lo que llama su flema y "el pensar un día al año en los negocios del Plata".

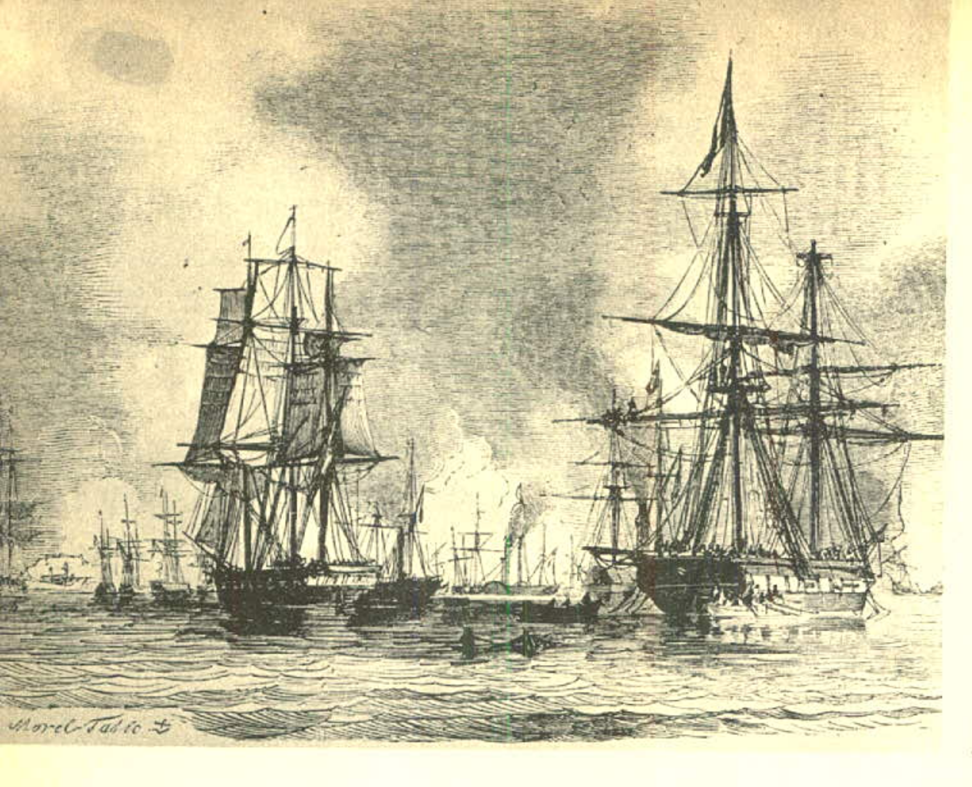
Y por cierto que el Libertador, al saber lo de Obligado, ha visto confirmadas sus previsiones. Pocos meses después de su última carta, el 10 de mayo, vuelve a escribirle a Rosas. Dícele que los interventores ya habrán visto, por esa muestra, "que los argentinos no son empanadas que se comen con la boca abierta". Considera que no queda otro partido que cumplir con el deber de hombres libres y afirma que el resultado no será dudoso si todos los argentinos se persuaden "del deshonor que recaería sobre nuestra patria si las naciones enemigas triunfan en esta contienda", que, en su opinión –palabras de ingente valor para Rosas–, "es de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de la España".

Los extranjeros en Montevideo

En Montevideo, un día de diciembre del 45, han desembarcado seiscientos marineros británicos. Otro día, en marzo, se descubre que Rivera le ha hecho a Oribe proposiciones de arreglo; y su intermediario y secretario, el argentino José Luis Bustamante, es detenido y destinado al ejército como soldado raso. Por esos días, el gobierno oriental disuelve la legislatura y crea una *Asamblea de Notables*: cuatrocientas personas, entre las que hay varios



La ciudad de Corrientes en 1846 según una litografía coloreada de Ouseley.



Combate de Obligado según Morel.

extranjeros, como los argentinos Bartolomé Mitre y Juan Antonio Lezica y dos franceses que mandan las legiones.

Pero es más grave lo ocurrido muy poco después, en marzo del 46. Rivera se ha aparecido en un barco español. No le permiten desembarcar. Un decreto lo expulsa, le concede una pensión y le ofrece una representación de primera clase si se muestra "sumiso". Rivera publica una proclama y el primer día de abril, a los gritos de "¡ Viva Rivera! " y "¡ mueran los porteños! ", se sublevan sus partidarios: un batallón de negros, los legionarios, los vascos y algunos orientales. El ex dictador Pacheco y Obes dirige a los defensores del Gobierno, que son casi únicamente los legionarios argentinos. Los mediadores hacen desembarcar tropas, pero acaban entendiéndose con Rivera. Renuncia Santiago Vázquez, por medio del cual ha gobernado Florencio Varela, y Pacheco y Obes se va a Europa. El presidente Suárez vuelve al gobierno y nombra a Rivera jefe de las fuerzas de la República.

Para Oribe, ahora es más difícil que nunca tomar a Montevideo; tendría que luchar contra las tropas extranjeras, y los defensores de la plaza tienen armas, municiones y alimentos. El comercio empieza a salir de su marasmo. Pero la independencia y soberanía uruguayas han dejado de existir. El país es sencillamente un protectorado. Y quienes han suprimido la independencia y soberanía del Uruguay –los mediadores y los almirantes que allí mandan– son los mismos que atacan a Rosas fundándose en su temor de que Rosas atente contra ellas . . .

Combates de San Lorenzo y El Quebracho

La guerra en el Paraná ha seguido. Destruidas a martillazos las cadenas que simbolizaron nuestro afán de independencia, los barcos extranjeros continuaron río arriba. Pero en *Obligado* los intrusos que allí acamparon padecen hambre. Están rodeados por las huestes de Rosas –los hombres de poncho y gorrete colorados– y van enfermándose de escorbuto. Mientras tanto, ven los grandes arreos de vacas, que hacen a dos pasos de allí las gentes de Rosas. Y por falta de caballos, que a los otros les sobran, no pueden salir de su inmovilidad.

Así comienzan la tierra y los hombres a hostigar a los invasores. Rosas ha autorizado el corso en el Paraná, y declarado piratas a los extranjeros. Un día, va a pasar hacia Corrientes un gran convoy de seis barcos de guerra y cincuenta y dos mercantes. Mansilla ha escalonado tres mil hombres en treinta leguas. El 9 de enero han cañoneado al convoy en el paso del *Tonelero*, un poco al sur de San Nicolás, y el 16 de enero del 46, desde las barrancas de *San Lorenzo*, al norte del Rosario. La confusión de los barcos del convoy en el *Tonelero* se convierte en derrota en *San Lorenzo*. Y el convoy llega a la ciudad de Corrientes, con escorbuto y hambre, a los cuatro meses de su partida.

Hay tal cual combate con buques aislados. A tiros de fusil los derrotan los criollos desde las barrancas. Los intrusos incendian los barcos neutrales en el puerto de la Ensenada, a diez leguas al



Avance del "Fire brand" a fin de cortar las cadenas de los pontones.

sur de Buenos Aires. Rosas y Oribe declaran incendiarios a los extranjeros y Oribe ejerce represalias. Pero he aquí que vuelve el convoy: sesenta y cinco buques mercantes, custodiados por siete de guerra. El 20 unos cuantos tiros de obuses han bastado para desordenar el convoy. Oyense gritos, ruidos de cadenas y hasta ladridos de perros; y dos poderosos barcos huyen. Pero el combate verdadero es el 4 de junio de ese mismo año 46, en el *Quebracho*. Los diecisiete cañoncitos, distribuidos por Mansilla en legua y media, derrotan al convoy, que disponía de ochenta y cinco grandes cañones. Algunos barcos logran pasar sin averías. Siete son incendiados. Otros arrojan al agua sus cargas. Y todo esto lo han logrado los criollos con la mitad de tiros de cañón que sus adversarios, y con cañones que sumaban ciento ochenta y dos libras contra cañones que sumaban mil setecientos ochenta y cinco. Han combatido los criollos con sus fusiles, que, al decir de uno de nuestros marinos, "enloquecieron a los gringos", que "no sabían dónde meterse".

Ha pasado el convoy, pero el río no queda abierto. No vuelven nuestros enemigos a mandar otro convoy. Uno de ellos dice que nadie se declara a su favor, y que es mejor dejar a los criollos degollarse unos a otros y limitarse al bloqueo. Terminan, de hecho, las operaciones en el Paraná. Ha triunfado, una vez más, don Juan Manuel de Rosas. Pero ha triunfado, también, el *pueblo argentino*.

Comandante de una de las divisiones francesas.



Por el lado de Corrientes, todo ha ido igualmente bien para Rosas. Urquiza ha vencido en Laguna Limpia, el 4 de febrero, a la vanguardia de Paz, mandada por el general Madariaga, hermano del gobernador. Juan Madariaga ha caído prisionero y entra en relaciones con Urquiza para terminar la guerra. Comunica el proyecto a su hermano Joaquín, que acepta. Enterado Paz, se arregla con uno de los ministros y con varios diputados para deponer a Madariaga. Pero el Gobernador llega a Corrientes y dispersa a una división con la que Paz esperaba apoyar a la Legislatura. Dos días después, Paz es destituido. Huye al Paraguay, de donde pasará al Brasil eliminado para siempre. Ya no hay nadie que pueda derrocar a Rosas.

Los mediadores así lo han comprendido y, de acuerdo con el gobierno de Montevideo y la Comisión Argentina, tratan, desde comienzos del año, de obtener de Urquiza se subleve contra Rosas. Desde hace algunos años, los emigrados creen en esta posibilidad. Ahora le han mandado un emisario y le han escrito cartas. Pero él procede lealmente enviándole a Rosas esos documentos, en abril, cerrados, como prueba de "lealtad incontrastable" a los derechos de las dos repúblicas y protesta contra los



Minué Federal. Según óleo de Pedro Figari.

unitarios que "quisieron hacerle caer en su insidiosa red". En Buenos Aires causan indignación los procederes de los "civilizadores". Incapaces de vencer a Rosas por las armas, tratan de desmembrar al país, pues su intención es que Urquiza forme con Corrientes, Entre Ríos y Santa Fe un nuevo Estado, al que ellos se comprometerían a apoyar.

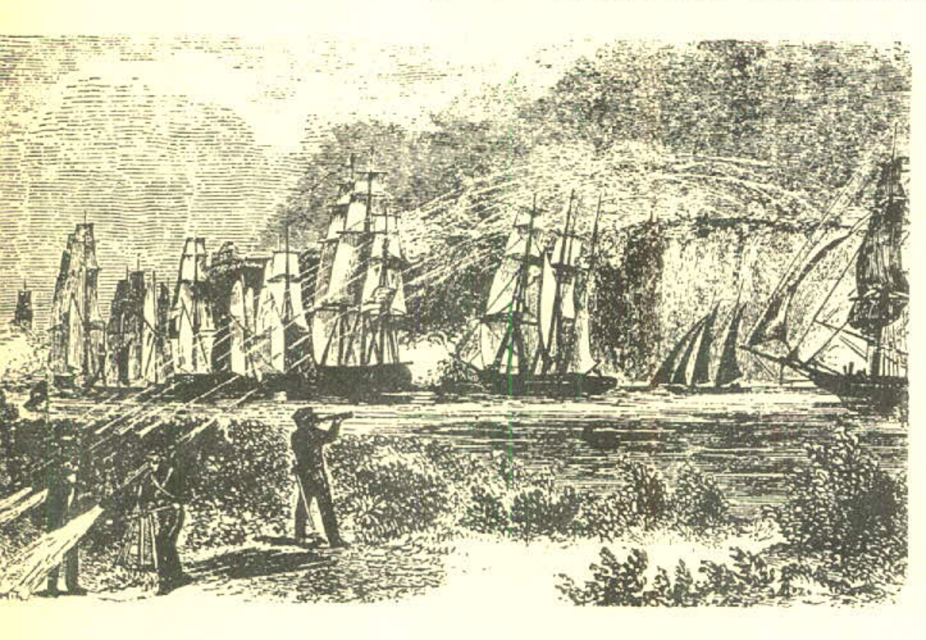
Misión Hood. Intervención de Londres y París.

En Europa han causado sensación los sucesos de *Obligado* y del *Tonelero*, la carta del general San Martín y lo que algunos marinos ingleses, de vuelta a su patria, han dicho sobre la intervención.

El Gobierno es interpelado. Palmerston observa la contradicción entre las palabras de los gobernantes y los actos realizados en el Plata, que "han sido, ciertamente, actos de guerra". El quiere saber si Gran Bretaña está o no en guerra con la Confederación Argentina. Sir Roberto Peel se ve obligado a declarar que los plenipotenciarios se han excedido en el uso de la fuerza, los hace responsables de los actos de barbarie que han ocurrido y le echa el perro muerto al Brasil, a cuyas instancias el gobierno inglés había cedido. También ha condenado la venta de las presas, acto sin justificación por cuanto no existe el estado de guerra. Y hasta ha debido decir, con hipocresía, que no ha estado en discusión la libre navegación de los ríos.

En las cámaras francesas también se ha hablado de la intervención. Con motivo del *Mensaje del Rey*, un diputado ilustre ha hecho el elogio de Rosas y de Oribe. Se ha emitido un voto por la paz. Drouys de Lhuyn acusa al Gobierno de haber cambiado de política porque cambió Inglaterra. Considera *terrible* que ahora los amigos de Rosas digan que hay en esta guerra una agresión de Europa contra América. Guizot, interpelado, declara cínicamente que Francia *se metió* porque no le convenía que hubiese una intervención a la que ella quedase extraña. Rehusa juzgar a Rosas, cuyo gobierno es, a su juicio, el gobierno regular del país. Y lamenta haberse visto obligado a salir "de la política del derecho común". Confiesa, pues, haber violado el derecho, vale decir, le da la razón a Rosas. Después dirán los unitarios que Rosas provoca las intervenciones. A los que esto creen, aun hoy, los desmiente una carta de Thiers a los diarios, de esos mismos días, en la que habla de la barbarie de Rosas y pide una expedición militar, pero en la que, hablando del gobierno de Rivera, dice: "establecido *para nosotros*, y en cierto modo, *por nosotros*".

El gobierno inglés resuelve terminar la intervención. Esto mismo se le dice a nuestro ministro en Londres, el doctor Manuel Moreno, que, al enterarse de los atropellos, ha ido a pedir sus pasaportes. Peel convence a Guizot de que Francia debe hacer lo mismo, y las dos potencias, de común acuerdo, designan al inglés Thomas Samuel Hood, en el carácter de agente confidencial, para deshacer el entuerto de Ouseley y Deffaudis. Rosas, apenas lo sabe, ordena la suspensión de las hostilidades en el río Paraná. Pe-



Escuadra inglesa cruzando cohetes sobre las fortificaciones de San Lorenzo.

ro, ¿por qué los gobiernos interventores, si realmente son sinceros, dejan en sus puestos a Ouseley y Deffaudis? Si han cometido tantas faltas, si han abusado de su autoridad, interpretado mal las instrucciones y hasta aprobado actos de barbarie, ¿cómo no se les llama para pedirles cuentas? Hipocresía de los gabinetes de Londres y de París.

En los Estados Unidos se desaprueba enérgicamente la conducta de Francia e Inglaterra. Un senador la coloca "entre los actos más ultrajantes de los tiempos modernos". El ministro Buchanan le dice al representante en Buenos Aires que el Presidente quiere que "toda la influencia moral de esta República sea echada del lado de la parte ofendida". Y agrega: "nosotros deseamos el éxito de la República Argentina en su resistencia a la intervención europea".



Louis Adolphe Thiers

Hood se embarca inmediatamente y llega a Buenos Aires el 3 de julio de 1846. Ya conocemos a este inglés pintoresco, que fue cónsul en Montevideo cuando el atropello de Francia en 1838. Sus cartas e informaciones a Mandeville, en aquel tiempo, tienen mucho valor. Son las opiniones y los datos de un hombre independiente y sensato, que no creía en las fábulas de los unitarios y comprendía en dónde estaban la razón y la justicia. El 9 de julio, el pueblo, con satisfacción, lo ve en la plaza, presenciando la parada militar; y ese mismo día él va a la casa de Rosas.

Pocos días después de su llegada, Hood propone: suspensión de hostilidades en el Uruguay; desarme de las legiones y retiro de las tropas argentinas; levantamiento del bloqueo, evacuación de Martín García, devolución de los buques argentinos y saludo de veintiún cañonazos a nuestro pabellón; reconocimiento de ser navegación interior la del Paraná; declaración de que los principios que movieron a las potencias mediadoras hubieran sido aplicables a Francia y a Gran Bretaña, en las mismas circunstancias; elección de presidente uruguayo, comprometiéndose Oribe a aceptar su resultado; amnistía general; y, si el gobierno de Montevideo se niega al desarme de las fuerzas extranjeras, retiro de los plenipotenciarios, después de obtener de Oribe la promesa de una completa amnistía.

Estas proposiciones significan un gran triunfo de Rosas, y es natural que las acepte. Para el gobierno de Montevideo significan una derrota, pero también la paz, que dice desear. No las acepta, sin embargo. En esta negativa intervienen los mediadores, que son los verdaderos gobernantes de Montevideo. Es increíble todo lo que hacen para impedir el arreglo. Ayudan a Rivera, con dinero y aún con hombres; y el genial guerrillero que es don Frutos logra algunos pequeños triunfos. Cuando Hood va a Montevideo pa-

ra entrevistarse con Oribe, que está siempre a dos pasos de la ciudad, sitiándola, tratan de impedirlo. Y cuando se enteran de las proposiciones, las desacreditan por medio de *El Comercio del Plata*.

A Ouseley y Deffaudis les pasa lo mismo que a Leblanc, a Purvis, a Lainé, a Inglefield y al brasileño Sininbú; el ambiente de Montevideo, la verba de Varela, los han agarrado en su engranaje y han perdido su independencia. Les mueve la misma pasión que a los gobernantes de Montevideo y a los emigrados argentinos. Pero han sido derrotados por Rosas. El río Paraná no ha quedado abierto. La situación no ha cambiado en lo más mínimo. Y Rosas es tan fuerte –y tiene tanta razón, han podido pensar ellos– que ahora ha conseguido que sea enviado, por ambas potencias, su amigo Hood, para arreglarle el conflicto a su paladar. La falta de disciplina de casi todos esos diplomáticos y marinos ingleses y franceses, que desobedecen a sus gobiernos y pretenden imponerles sus opiniones y comprometerlos con sus actos, sólo tienen una explicación: la duplicidad e hipocresía de la política exterior de Francia e Inglaterra.

Soldado de infantería.



Los mediadores rompen con Hood

¿Qué pretexto dan los mediadores para no acceder? Dicen que Rosas ha modificado una de las proposiciones, la referente al momento en que debe cesar el bloqueo, y ellos no pueden consentir en ninguna modificación. ¡Y habían consentido las diversas modificaciones propuestas por el gobierno de Montevideo! También les subleva que Oribe haya firmado su aceptación como presidente de la República Oriental. Y algo más mueve al inglés Ouseley y al francés Deffaudis: el temor de tener que pagar sesenta mil pesos mensuales que la compañía inglesa presta a las autoridades de Montevideo, con la garantía de sus gobiernos, a los que han comprometido en quince mil . . .

Por fin, los dos mediadores rompen relaciones con Hood. Deffaudis, que hace el papel del malo, le escribe, el 19 de septiembre, diciéndole que considera terminada su misión y que no puede seguir comunicándose con él. Ouseley, obediente a cuanto dispone Deffaudis, declara no ser posible arreglar el conflicto por intermedio de Hood y que ha terminado su correspondencia con él. Y entonces, el almirante Inglefield le comunica a Hood que el 13 parte el vapor inglés *Gorgon*. Vale decir: que los ministros plenipotenciarios de Inglaterra y de Francia expulsan al enviado especial de los gobiernos de Inglaterra y de Francia . . . Pro-



Carretas de desembarco.

bablemente, nunca se ha visto tan singular anomalía. Y es que Londres y París jamás hablan claro. Si a las instrucciones a Hood hubieran agregado otras instrucciones a Ouseley y Deffaudis, con la obligación para estos señores de aceptar cuanto aquél hiciese, no hubiera habido dificultades. Pero estos gobiernos detestan la claridad. Siempre esperan ventajas, ya sea de su rival, ya de los desgraciados pequeños pueblos a los que dicen proteger. ¡Qué diferencia con la conducta limpia y rectilínea de Rosas!

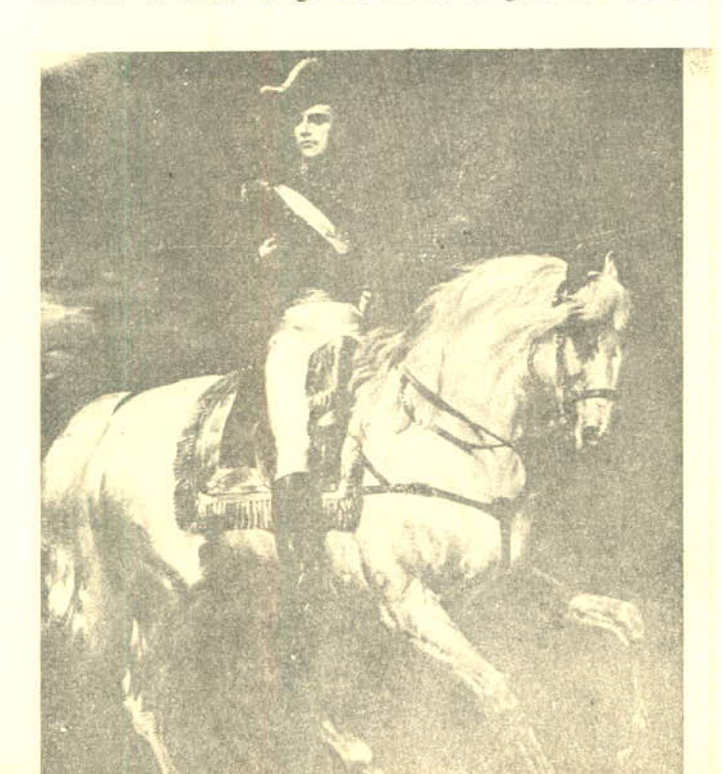
Tratado de Alcaraz y enojo con Urquiza

Mientras la misión de Hood está en lo mejor de su desarrollo, en agosto el general Urquiza, tal vez con buena intención, firma con el gobernador de Corrientes, general Joaquín Madariaga, el tratado de *Alcaraz*. Según este convenio, Corrientes reingresa en la Confederación Argentina. Pero en Buenos Aires y en Montevideo sospéchase que la intención de Urquiza es dominar en dos provincias y luego en Santa Fe y después sublevarse contra Rosas.

A don Juan Manuel le indigna ese tratado. El maniático del orden no ve el beneficio para el país, ni el fin de la guerra dentro del territorio patrio. Ve solamente la trasgresión de Urquiza a la jerarquía, pues un gobernador no puede hacer tratados por su cuenta, ni intervenir entre el Gobierno y una provincia rebelde. A Pacheco le habla del "humillante y descabellado *inmundo* con-

venio de *Alcaraz*". Urquiza, al firmarlo, "suscribe el deshonor nacional y la más indigna de las traiciones". Pero Urquiza le da explicaciones, se achica. ¿Temor o política? El caso es que, después de justificarse, vuelve a escribirle desde Calá, el 13 de septiembre. Promete hacerlo pronto más largamente, "con la franqueza –dice– y buena fe que acostumbro, dándole al mismo tiempo pruebas aún más positivias de que en circunstancias críticas he sido uno de sus muy leales amigos", conducta que conservará "fielmente, en cualquier época". Pero Rosas no se conforma con palabras. Le exige a Urquiza que ataque a Madariaga, y don Justo José así lo hace, sumisamente[3].

Urquiza tiene un carácter parecido al de Rosas: es, como él, orgulloso y despótico. Ha bajado la cabeza, pero ha quedado resentido. Pocas semanas después, tiene otro gesto de independencia, seguido de nueva sumisión al Restaurador. Pretende hacer las paces entre Oribe y el gobierno de Montevideo, para lo cual cambia algunas notas con el ministro de Relaciones Exteriores. A Rosas este nuevo paso de Urquiza le enfurece aún más que el anterior. El 17 de diciembre le escribe a Pacheco una extensa carta que prueba la agudeza de su inteligencia. Es increíble todo lo que ve en la actitud de Urquiza: violación del tratado del Litoral, reconocimiento del gobierno ilegal de Montevideo; supresión de las palabras "¡Mueran los salvajes unitarios! "; tolerancia de las ofensas que el "titulado" gobierno de Montevideo ha hecho en su nota al gobierno de la Confederación; asentimiento al falso cargo de haber el gobierno de la Confederación



General Justo J. de Urquiza según óleo de E. Bourdieu.

obstaculizado la paz que proponía Hood; reducción del conflicto a una cuestión puramente oriental, desconociendo los derechos de beligerante que tiene el gobierno argentino; sacrificio de los intereses y del honor de la nación, y convicción errónea de que sólo hay "pequeñas diferencias" entre las proposiciones de Hood y las del ministro de Montevideo.

¡Y cómo se expresa de Urquiza! Habla de las "irrecusables pruebas de su alevosía y degradación", del "frenético delirio que lo avasalla, lo degrada y lo pierde irreparablemente", de "la furia de una alevosía inconcebible por su propio desatino y abyección". Es que para Rosas nada hay tan grave como el trastornar el orden y la jerarquía. Ejercer facultades que a él le corresponden, como encargado de las Relaciones Exteriores de la Confederación, le parece un gran crimen.


Soldados orientales.

Y además, Urquiza es lo que hoy se llama un *derrotista*. Ha dicho que "los extranjeros nos van a aniquiliar". Urquiza no tiene ni el talento ni las intuiciones de Rosas. Don Juan Manuel, en cierta carta a Vicente González, recuerda lo que vale nuestro pueblo, su dignidad, sus ejércitos "invictos y numerosos" y "su resistencia incontrastable en el seno del orden", y afirma: "un pueblo constituido en esa situación no perece". No cabe duda de que tiene razón. Uno se pregunta: ¿Cómo, con tan poca población, sin barcos, sin dinero, rodeados de enemigos, podemos defendernos y seguir siendo libres? ¿Qué milagro es éste? No es la fuerza, harto escasa, lo que nos salva. Es nuestro espíritu y la justicia de nuestra causa. Es el espíritu de Rosas, el del pueblo argentino. Rosas cree que el conflicto ha estado por arreglarse con la venida de Hood, pero que Ouseley y Deffaudis, al enterarse de la actitud de Urquiza, han creado dificultades. "El general Urquiza se ha puesto en transparencia", dice el Restaurador, atribuyéndole intenciones pérfidas. Y no lo cree sincero en sus explicaciones y arrepentimientos, porque agrega: "La franqueza, además de ser una virtud, es característica de la amistad".

Esta severidad de Rosas para juzgar al gobernador de Entre Ríos, que demuestra hasta dónde alcanzan la energía de su carácter y su sentido insobornable de la jerarquía, tendrá para él, siete años más tarde, las más lamentables consecuencias.

Los orientales quieren la paz

Durante los últimos meses del 46 y los primeros del 47, la guerra devasta el Uruguay, financiada escandalosamente por los "mediadores pacíficos". Rivera se mueve con sus huestes como

en sus mejores tiempos, pero las tropas de Oribe lo derrotan varias veces, lo mismo que a su aliado Garibaldi, que ahora es general uruguayo. Los blancos y los argentinos que combaten junto a Oribe triunfan el 8 de enero en el *Salto*, el 27 en *Mercedes*, en el *Carmelo* el 3 de febrero y en *Maldonado* el 24 de marzo. Ya los pueblos orientales no quieren a Rivera. Acaso le han desprestigiado su unión con los extranjeros y sus saqueos, como el de Paysandú, que ha durado cuatro días y en cuyo ataque ha cooperado, bombardeando al pueblo, la escuadra francesa. Y tampoco lo quieren los gobernadores montevideanos. En febrero se ha producido contra él una revolución; el 9, al presentarse en un barco francés, le impidieron desembarcar; y el 3 de marzo lo expulsaron.

En Montevideo ha ocurrido un suceso inesperado. En septiembre, el Gobierno prohíbe las hostilidades y permite la comunicación con los sitiadores. ¡Espectáculo emocionante! Los de la ciudad quieren ir hacia el campo de Oribe y los del campo de Oribe quieren entrar en la ciudad. Una dama distinguida de la ciudad escribe a su cuñado, que está en el Brasil: "se estrecharon los de afuera y adentro, todo el mundo lloraba, gritaba, clamaba la paz". Hasta "los centinelas, los jefes y oficiales, todos se abrazaban sin el menor disgusto ni rencor". Le cuenta que ella y los suyos han sido, en el lado de Oribe, "perfectamente tratados, con la mayor delicadeza y amistad". Vuelven otra vez y por fin pasan, entre los enemigos de ayer, "cuatro días con sus noches, llenos de gozo y placer". ¿Y quiénes han tenido tantas atenciones con ellos, que son del partido contrario? Pues la familia de Oribe y hasta el propio general: "don Manuel me acompañó un rato hasta encontrar un lugar de sombra; nos han presentado a porción de personas que al momento nos sirvieron". He ahí a Oribe, a quien los diarios de Montevideo consideran como un degollador feroz . . . Con razón exclama la autora de la carta: "¡Cómo nos han engañado, cuántas mentiras nos han dicho esos pícaros unitarios, para tenernos desavenidos! ". Y añade esta reveladora noticia: que pronto no podrán volver al campamento de Oribe porque el comercio, que es íntegramente extranjero, trabaja para que cese la comunicación. ¿Y por qué? Porque allí las familias compran mil cosas y reciben regalos: "después de cuatro años hemos tomado manteca fresca, huevos, gallinas, pavos; todo nos han dado, y mucho más, si hubiésemos podido traer". He aquí explicada la razón de la guerra y del odio a Rosas. Todos los orientales, cansados de sangre y miseria, quieren la paz, pero no puede hacerse porque no conviene a los extranjeros que dominan en la ciudad: los mediadores

Soldado oriental.





Carreras cuadreras, según óleo de J. M. Rugendas. Col. B. del Carril.

"pacíficos", los almirantes, los legionarios franceses, Giuseppe Garibaldi y su turba de saqueadores y Florencio Varela y los emigrados argentinos. ¿Algunos orientales de Montevideo quieren la guerra? Sí, los que mandan, o creen mandar, y los cuatrocientos y tantos que combaten. Pero el resto –el país entero– está con Oribe. Desde fines del año anterior viene recibiendo adhesiones de todos los departamentos, de orientales y de franceses. La primera adhesión dice elocuentemente que si la protección acordada por los ministros extranjeros a Montevideo se refiere a su vecindario, están ellos en un grave error, porque "Montevideo no la forman las plazas, las calles y los edificios, que es lo único que dominan los extranjeros allí aislados", sino "su vecindario, y ése, en masa, está en este campo, alrededor de V. E., o a sus órdenes en Buenos Aires". Y firma todo Montevideo. Allí están los más ilustres nombres, los de las antiguas familias coloniales. Son millares de firmas, en columnas apretadas. Iguales adhesiones recibe del Durazno, de Tacuarembó, de Minas. Muchos franceses le piden que los arme. Los pasados aumentan: de Minas y Maldonado son quinientos noventa y tres, de los cuales dos jefes y cuarenta y cinco oficiales.

La obra del gobierno de Oribe

La verdad es que, desde el Cerrito, Oribe está construyendo y organizando su país. Se ha fundado un pueblo, *Restauración*, que hoy es *Unión*, grande y populoso barrio de la moderna Monte-

video. Allí se establecen tribunales de Justicia y se crean escuelas y, más tarde, la Universidad y la Academia de Jurisprudencia. Funciona en el Miguelete la Asamblea Legislativa, que el 26 de octubre de 1846 declara abolida la esclavitud. Oribe envía cada año su Mensaje. Hay un excelente diario, *El Defensor de la Independencia Americana*. La vida es agradable en aquellos pueblos levantados para pasar unas semanas y en donde Oribe y su partido permanecen ocho años. El argentino Miguel Cané, en un libelo contra Rosas, reprocha a Oribe el haberse rodeado de innumerables familias, que han edificado y viven bien y que hasta bailan al son de los pianos que tenían en Montevideo. Lo critica porque todo eso impide moverse al ejército y porque no es permanente . . .

En cuanto al bloqueo de nuestros puertos por la escuadra aliada, continúa su objeto; el de enriquecer a los comerciantes extranjeros de Montevideo. En el año 1846 han entrado en Buenos Aires seiscientos noventa y un barcos de cabotaje y han salido mil ciento cincuenta y uno; y del extranjero, treinta y cuatro. Hay una novedad importante para los intereses de Rosas. Ha sido retirado en octubre el almirante británico Inglefield, a quien reemplaza el comodoro Thomas Herbert. El nuevo jefe de la escuadra inglesa ha estado en Buenos Aires. "Sus sentimientos a favor de nuestra causa no han variado", dice una circular de Rosas, del 18 de noviembre. Cuando va a Buenos Aires se incorpora a la corte de Manuelita. Es un admirador entusiasta y delicado de la hija del Restaurador. De sus cartas se deduce que ha llegado a



Gauchos cazando ciervos.

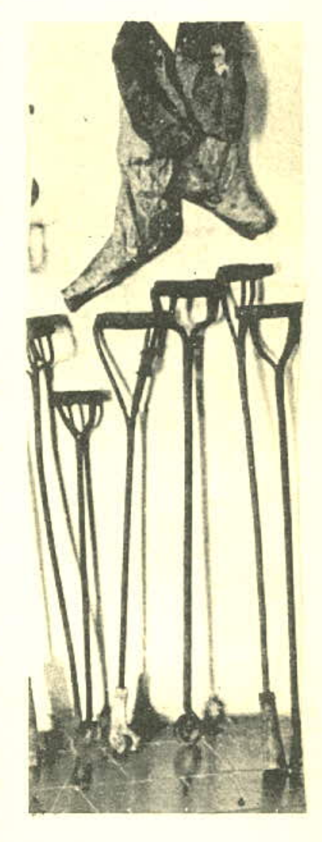
amarla. Y admira también a Rosas, por el cual siente fuerte simpatía.

Bello, Alberdi y Rosas

En los últimos meses del 46 y durante todo el 47, el prestigio de Rosas ha seguido creciendo en América. Dos opiniones, por su importancia excepcional, deben ser consideradas.

Una es la de don Andrés Bello, el gran venezolano, residente en Chile. Bello, educador, codificador, internacionalista, poeta y filólogo, hombre austero y respetabilísimo, una de las cumbres de la cultura hispanoamericana, escribe al ministro argentino en Chile, hablándole de Rosas. Dícele que su conducta, "en la gran cuestión americana, le coloca", a su juicio, "en uno de los lugares más distinguidos entre los grandes hombres de América".

La otra opinión pertenece a Juan Bautista Alberdi, que también está en Chile. El que el año 38 fue uno de los cómplices de los franceses, ahora, en 1847, publica el folleto *La República Argentina, 37 años después de su revolución de Mayo.* Afirma que el país prospera en medio de sus conmociones. Explica a Rosas: "Donde haya repúblicas españolas, formadas de antiguas colonias, habrá dictadores llegando a cierta altura el desarrollo de las cosas". Cree que "Rosas es un mal y un remedio, a la vez". Comprueba que "Bolívar no ocupó tanto el mundo con su nombre como el actual gobernador de Buenos Aires"; que "el nombre de Wáshington es adorado en el mundo pero no más conocido"; que "los Estados Unidos, a pesar de su celebridad, no tiene hoy un hombre público más espectable que el general Rosas"; que "se habla de él popularmente de un cabo al otro de América"; que se le conoce en Europa, "como a un hombre visible de Francia o Inglaterra"; y que no hay lugar en el mundo en donde se ignore su nombre, "porque no hay uno adonde no llegue la prensa inglesa y francesa, que hace diez años lo repiten día por día". Se pregunta: "¿qué orador, qué escritor célebre del siglo XIX no le ha nombrado, no ha hablado de él muchas veces? Guizot, Thiers, O'Connell, Lamartine, Palmerston, Aberdeen, ¿cuál es la celebridad parlamentaria de esta época que no se haya ocupado de él? ". Alberdi no deja de hacerle graves cargos a Rosas. Pero para don Juan Manuel es acaso trascendental que su enemigo escriba esta frase: "Si se perdiesen los títulos de Rosas a la nacionalidad argentina, yo contribuiría con un sacrificio no pequeño al logro de su rescate". Y esta otra: "El primer partido de América que haya repelido a los estados de Europa es el de Rosas".



Herrajes de la época.

Hay una tercera opinión favorable a Rosas, que, si no es muy importante por la persona que habla, lo es por cuanto dice, por su nacionalidad británica, por su sinceridad indiscutible y por su excepcional conocimiento de la Provincia. Trátase de una carta del inglés Williams Mac Cann, el futuro autor de *Un viaje a caballo*, que publica el *British Packet* del 9 de junio de ese año 47. Habla de sus recientes andanzas. En todas partes le han recibido bien. En seguida sabían que era inglés, pero nunca le negaron hospitalidad. Ha recorrido seiscientas millas. "Afirmo –agrega– que no hay en Europa un solo país donde en tales circunstancias políticas pudiera yo haber hecho un viaje con tanta seguridad". Imaginémonos, en 1940, a un alemán que quiera viajar por Inglaterra o a un inglés por Alemania. No llega a andar ni media cuadra. Y Rosas sigue siendo un bárbaro . . .

Misión Howden-Walewski

En Francia y en Inglaterra la cuestión del Plata es cada vez más actual. En Inglaterra ha caído en junio del 46 el gabinete Peel, y Aberdeen ha sido reemplazado por Palmerston. El resultado de la misión de Hood ha producido impresión en el gobierno inglés. Palmerston quiere que las proposiciones de Hood sean convertidas en un tratado, y convence a Guizot. Pero entre los dos las modifican, con la más sutil hipocresía.



Retrato del conde Alejandro Colonna Walewski (1810-1868) enviado de Francia ante el gobierno de Buenos Aires, donde arribó en 1847.

Francia nombra plenipotenciario en Buenos Aires al conde Alejandro Colonna Walewski e Inglaterra a John Hobard Caradoc, lord Howden. Walewski procede de los Colonna, de Italia, y es hijo natural de Napoleón. Howden es coronel y par del Reino, está casado con una sobrina de Potemkin, el ministro de Catalina de Rusia, y separado de ella; tiene cuarenta y ocho años, y desciende de los antiguos príncipes de Gales. No han podido elegir Inglaterra y Francia dos hombres de más ilustre prosapia. Pero son dos personajes harto diferentes de carácter. El francés es grave y reservado. El británico, alegre y bien humorado, y, sin perder, su señorío tiene alguna cosita de pintoresco. Han salido de Europa casi al mismo tiempo. Junto con Walewski se ha embarcado el nuevo jefe de las fuerzas navales francesas, el almirante Joseph Le Prédour, que reemplaza a Lainé. Y su secretario Alfredo Brossard, que escribirá un interesante libro sobre esta misión.

Walewski llega el 7 de mayo de ese año de 1847, pero no desembarca hasta el 9. Lord Howden desembarca el 10, en cuanto arriba. Ambos vivirán en Buenos Aires una vida bien diferente:



Extravagantes peinetones de la época. Según C. H. Boele.

Walewski, a quien le nace una hija a los tres días de estar en la ciudad y que muere casi en seguida, se aislará, lo mismo que la condesa. Howden se incorporará a la corte de Manuelita y se hará simpático a todo el mundo.

El 11 de mayo escriben a Arana que, según lo arreglado entre Hood y el Gobierno, levantarán el bloqueo y cesarán las hostilidades. Dos días después, verbalmente, le aseguran –creyendo ingenuamente que a Rosas se le puede engañar– que su proyecto es el convenio entre el Gobierno y Hood. Pero al otro día, el 14, al presentarlo, se ve que es harto diferente: los aliados aparecen garantizando la independencia del Uruguay; queda establecida la libre navegación de los ríos; y el señor Joaquín Suárez, que sólo gobierna en la ciudad de Montevideo, figura como presidente del Uruguay. Nada de eso contenían *las bases Hood*. He aquí de nuevo evidenciada la mala fe de los europeos. Se la ve también en el caso del gobierno oriental. Oribe domina en todo el país, menos en la capital y en dos puertos. Es, pues, de hecho, el jefe de Estado; y también de derecho por cuanto *el gobierno de Montevideo*, como lo llamaban las bases Hood, adquirió el poder por una revolución. Rosas no tolera que la legalidad de los gobiernos en América dependa del criterio de Francia y de Inglaterra.

Mientras tanto, los días pasan y Rosas no contesta. Walewski sospecha que la lentitud es calculada. En efecto: Rosas está seduciendo al inglés. Como escribió Deffaudis, él sabe, a golpe de ojo, por qué lado se puede conquistar a un hombre. A Howden

lo van conquistando mediante sus gustos de turista, su amor romántico al color local y las gracias de Manuelita. Ella, que es inteligente, colabora en la obra de su padre; tiene veintiocho años y el arte de encantar y dominar a los hombres. Flirtea con el inglés, loco de amor por ella. Howden, que es casado, no puede aspirar sino a un sentimiento platónico. Ella le escribe que ha encontrado en él un hermano. Se organizan fiestas, como cierta carrera de sortijas en el Bajo, que entusiasma al lord. A Walewski fastídiale la actitud de su colega, no sólo por considerarla impropia, sino porque él ha sido conquistado por Florencio Varela. Una noche, dos días después de enviada la contestación de Rosas, Howden comunica al francés que a la mañana siguiente irá a Santos Lugares. Walewski: "Lo siento por usted, milord, si es día de cortar cabezas". El lord sale de madrugada a caballo, con apero a la criolla, poncho pampa, rebenque, espuelas y un cantor chamberguito de alas cortas. Una alegre comitiva reunida por Manuelita lo acompaña. En Santos Lugares almuerzan. Howden brinda por "el ilustre jefe de la Confederación". Luego hay doma de potros y un simulacro de combate que realizan los indios pampas. Howden recorre admirado los cuarteles, los talleres, la población de casitas, todas iguales y bien ordenadas. Nada revela allí barbarie ni crimen, sino orden, trabajo y civilización.

Pero no basta con seducir al inglés. Es preciso discutir con los embajadores –¡con Inglaterra y con Francia!– y derrotarlos. Rosas va a poner en juego su habilidad insuperable. Recluido en Palermo, no viene a la ciudad por ningún motivo. Arana trata

El derrotado en Vences, según óleo de Blanes.



con los embajadores, pero consultándole hasta la menor palabra. Esto le permite pensar bien las cosas y, en caso necesario, desautorizar a su ministro. Arana está trabajando brutalmente. Sólo dispone de un secretario, el único en quien tiene confianza. Debe informar a Rosas todos los días, minuciosamente, de cuanto hacen y dicen los embajadores. A cada rato, y a todo galope, mensajeros van a Palermo y vuelven. Las cartas de Arana son kilométricas. La del 25 de mayo, en que le refiere su última conversación con Walewski, tiene treinta y cuatro páginas, y luego le manda un suplemento, en el temor de haber olvidado algunos pormenores. Arana tiene talento, gran saber jurídico y mucho tino; pero Rosas no le permite decir nada sin su aprobación. Y esto oblígale a ir y venir a Palermo, con el objeto de oír reproches de don Juan Manuel o de recibir las instrucciones para el siguiente día.



Antiguas armas de limitada efectividad a medianas distancias.

28 de mayo: contraproyecto de Rosas. El 3 de junio los embajadores se entrevistan con Arana y le entregan su respuesta. Objetan al contraproyecto tres artículos que dependen de Oribe, y que todas las ventajas son para Rosas: levantamiento del bloqueo, desarme de los extranjeros, devolución de los barcos. ¿Y no es lógico que así sea? ¿Por qué llevan Rosas y Oribe luchando y venciendo desde hace más de tres años?

El 12 de junio se entrevistan por primera vez Walewski y Rosas. ¿Qué piensa el francés de don Juan Manuel? Lo ha conocido a su llegada, naturalmente. A Guizot le escribió: "Hay que desconfiar de la primera impresión que produce un hombre acerca del cual todo el mundo, amigos y enemigos, se acuerdan en reconocerle una habilidad sin igual". Pero él también es muy vivo, y al conocerlo advirtió cómo don Juan Manuel trataba de atraerle y cómo, para no inquietarle sobre su fuerza, le habló de su cansancio, de su deseo de dejar el gobierno. Son dos espíritus finamente sutiles, aunque Walewski no alcanza el grado superlativo de don Juan Manuel. La entrevista dura seis largas horas. El conde Brossard, intérprete de la conferencia, describe al Restaurador en su talla mediana, su regular grosor, su gran vigor muscular, su tez blanca y sus cabellos rubios. Parece un gentilhombre normando. En su fisonomía ve una notable mezcla de astucia y de fuerza. Generalmente tranquila y aun bastante suave, cobra en ciertos momentos, por la contracción de los labios, una expresión de dureza reflexiva. Dueño de su pensamiento y de su palabra, habla con facilidad, pero desigualmente. Pasa de los términos elegidos, y aun elegantes, a la trivialidad, acaso con alguna afectación. "Sus palabras —continúa Brossard— no son jamás categóricas; son difusas, complicadas de disgresiones y de frases inciden-

tales, prolijidad evidentemente premeditada y calculada para embarazar al interlocutor". Y después de declarar que es difícil seguir a Rosas en los meandros de su conversación, reconoce la imposibildad de reproducir todas las fases de la conferencia: "Rosas se mostró en ella, vuelta a vuelta, como consumado hombre de Estado, particularmente afable, dialéctico infatigable, orador vehemente y apasionado; representó, según la ocurrencia, con rara perfección, la cólera, la franqueza y la bonhomía. Se comprenderá que, visto cara a cara, pueda intimidar, seducir o engañar". Esto explica que Walewski, como reconoce el historiador francés Duprey, fracasara "totalmente en Buenos Aifres, frente al general Rosas".

¿Qué dice de Rosas el embajador, ahora que lo conoce? Le escribe a Guizot: "es, en general, proloijo y difuso; sus períodos son largos y se desvía con gran facilidad del asunto principal para entregarse a digresiones que alargan desmesuradamente la conversación. De tiempo en tiempo busca efectos de elocuencia en que los gestos, la entonación, están hábilmente calculados para impresionar". De esta larga conferencia con el Restaurador, Walewski nada saca en claro, salvo el comprender hasta dónde llega la fuerza de ese hombre, hecha de convicciones irrefragables, de razón, de patriotismo y de viveza gaucha.



Don. J. M. de Rosas.

Al otro día, Arana contesta a la nota del 3. Accede a las conferencias verbales, ya que las notas son interminables y harto abundantes. Arana se encuentra con los embajadores los días 14, 16, 22 y 25 de junio. Se defiende admirablemente de las habilidades del sutil Walewski. Cuenta con el apoyo de Howden, que disiente del francés en varios puntos. Con motivo de estas conferencias el trabajo de Arana se multiplica. Las notas a Rosas son más largas, más minuciosas, como el Restaurador se las exige. Hasta él mismo debe ir a Palermo a cada rato. Y llega un día, después de la conferencia del 25, en que se enferma.

Para su desgracia, ha incurrido, a juicio de Rosas, en un gravísimo error: al redactarse el artículo sobre los títulos de Oribe, quien para Rosas es el presidente del Uruguay y para los embajadores en general, ha concedido que el gobierno argentino lo reconoce *actualmente* en aquel cargo. Esta palabra enfurece a don Juan Manuel. Va a la casa de Arana. Se domina, pero, de vuelta en la suya, le espeta una nota de severa amonestación. Dícele que el artículo es inadmisible, que hubiera querido dar libre curso a su cólera y que ha amanecido "bastante destemplado y con chucho", lo que atribuye al haberse reprimido y a haber pasado sin dormir la noche.

Llega así el 27 y va a ver a Walewski. Segunda y última en-

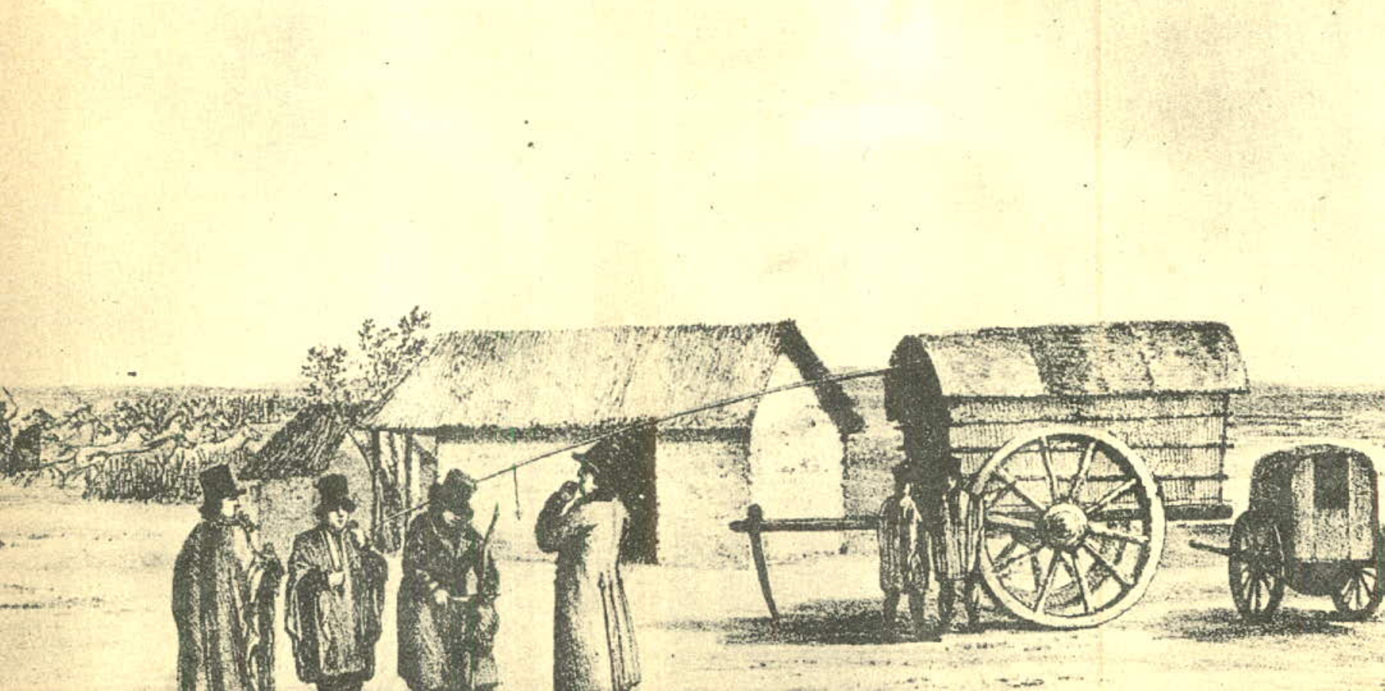


La cuna: Oleo de Juan León Palliere

trevista con él. Diálogo tempestuoso, que conocemos por el informe del propio Rosas a Arana. Duscútense los dos temas esenciales: los títulos de Oribe y la navegación de los ríos. Walewski afirma estar aprobado el artículo sobre Oribe, pues Arana indicó la palabra *actualmente*, que lo allanaba todo. Rosa le contesta que no puede convencerse, conociendo como conoce los principios y los deberes de Arana, que el ministro haya aceptado un artículo semejante, que, "justificando la intervención, nos hacía perder la cuestión con mengua nuestra y con peligro de la independencia de los estados americanos". Se enciende el rostro del Conde. Insiste en que el artículo está concluido y convenido. "Le repliqué –refiere Rosas– que me permitiese expresarle que no podía creerlo, aun cuando tal cosa la oyese al mismo señor Arana, a quien no podía yo ofender, suponiéndolo capaz de una concesión de tanta y tan funesta trascendencia". Walewski, optimista, creyendo que se llegará a un arreglo, le dice que piensa quedarse en Montevideo para vigilar las elecciones. Rosas opina no existir sino un medio para conjurar la tempestad, y es dejar ese acto bajo la garantía de Oribe. Walewski contesta que eso no puede ser, y que, por el contrario, debe desarmarse a Oribe antes de la elección. "Le repliqué con indignación que el señor Oribe ni podía ni debía pasar por tal vejamen". Los embajadores son incompetentes "para tales prescripciones en una patria que no es la suya". Walewski objeta que ellos deben garantizar la independencia oriental. Rosas: "Nosotros mismos estamos convenidos en no intervenir ni mezclarnos en los negocios domésticos de ese Estado". Pero

—añade— si respetamos "como un dogma político *la no intervención*", también miramos "como un deber sagrado" el garantizar la independencia del Uruguay.

La parte de la conferencia en que se trata de los ríos constituye la más acabada revelación de la perfidia europea. Rosas lee la redacción de Arana, basada en los términos propuestos por Hood. Walewski queda suspenso y luego dice: "Está bueno; estoy conforme en principio, pues es justo, ya en lo relativo al Paraná, ya en lo relativo al Uruguay". Reconoce la justicia de la causa de Rosas, pero "él no tiene instrucciones para admitir tal redacción". Rosas sigue informándole a su ministro enfermo: "... y reflexionándole yo que el mismo señor conde reconocía la exactitud en los hechos y la justicia en los principios, y que era para mí inexplicable su resistencia a admitir los términos cuando convenía en la substancia, me contestó que, ciertamente, estaba en principio conmigo, pero que no alteraba ni alteraría la redacción que él ha presentado y que le diera su gobierno, después de aconsejarse con publicistas de reputación". Propone hacer la convención sobre otros artículos y excluir éste sobre los ríos. Rosas termina diciendo que los embajadores —debe saberlo por Howden— tienen también la convicción de que sus gobiernos consideran justa la exigencia argentina. Pero ellos no pueden ni aceptarla ni rechazarla. Es que sus gobiernos quieren, seguramente, dejar un margen para posibles futuros atropellos. Rosas se va a su casa, adonde Howden llega en seguida. El inglés está de acuerdo con todo: con las ideas y con la redacción de Rosas; pero



El desagüadero por Peter Schmidthmeyer

ellos no tienen instrucciones . . . ¡ Miserable doblez la del imperialismo europeo!

El 29 habrá todavía una conferencia. Rosas le recomienda a Arana no ceder en nada sobre los dos puntos principales. Y le escribe, con orgullosa altivez criolla y férvido patriotismo, que esos puntos "envuelven esencialmente, de una manera íntima, los primordiales derechos de soberanía e independencia y el honor sin mancha de la Confederación. El Gobierno los ha conservado puros e ilesos, como es su sagrado deber, y así debe trasmitirlos al país y a la posteridad". Nada de transigir. "Primero se reducirá el país a escombros gloriosos, que consentir en tanta humillación e ignominia como la que pretenden imponerle los ministros de Inglaterra y de Francia".


Tomando mate, óleo de J. M. Blanes.

La conferencia va a ser en casa de Arana. A las dos llegan los ministros. Háblase del artículo 5º, sobre los ríos. Arana considera inadmisible el concepto de los plenipotenciarios. Howden dice que ellos no pueden cambiar un artículo propuesto por sus gobiernos. Arana declara que ese artículo niega a la Confederación un derecho indisputable. Walewski, entonces, opina que, siendo imposible llegar a un acuerdo, corresponde dar por terminada la misión. Arana asiente. Les dice que el Gobierno "ni pedía más ni daría menos que lo convenido en las bases de Mr. Hood, que ellos reconocían aceptadas, que allí estaba estipulado el artículo en la forma presentada y era inconcebible que hubiese dificultad en admitirlo". Agrega que al Gobierno "sólo se le reconoce el dominio de los ríos que corren por su territorio y no la facultad de reglar su entrada, salida y navegación, lo que era un evidente ataque a la soberanía nacional". Quedan rotas las negociaciones. Walewski propone un protocolo para cumplir algunas de las bases, de modo que el Gobierno no perdiera sus derechos establecidos en esas bases. A lo que Arana responde con estas altivas palabras: "Es inútil que se hable de derechos, desde que los más claros se desconocen de un modo tan extraordinario".

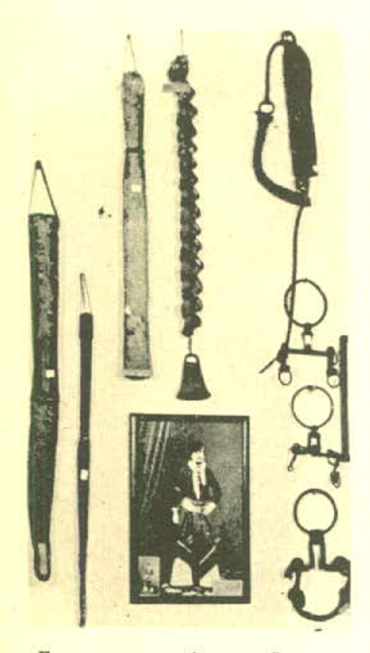
Ha terminado la misión Howden-Walewski. Se han derrumbado las esperanzas de paz, tanto en Buenos Aires como en Montevideo. La culpa la tienen los poderes imperialistas de Europa, que jamás han pensado en nuestros derechos sino en sus conveniencias. Guizot escribe: "La intervención es una locura que el señor Thiers puede bien sostener desde la tribuna, pero de la que no se responsabilizaría si estuviese en el poder". Pero nada hace sinceramente por terminarla, acaso un poco por miedo a su temible rival. Brossard predica la colonización del Uruguay: "Francia viene a clavar la bandera en la América del Sur, sobre las márgenes del río de la Plata". ¡Cómo engrandece a Rosas esta

misión Howden-Walewski! Brossard mismo lo reconoce: "un solo hombre que tiene en jaque, por su voluntad, a dos de las más poderosas naciones de Europa".

Ahora están en Montevideo los embajadores. El inglés quiere hacer las paces entre la ciudad y el Cerrito de la Victoria. Pero en Montevideo no hay gobierno ni cosa que se parezca. Allí mandan Varela y Garibaldi. A Howden han querido asesinarlo. Walewski informa a Guizot, que lo que mantiene el todo heterogéneo en Montevideo es la intervención francoinglesa, la influencia de los ministros de Francia e Inglaterra y los marineros franceses. No duda de que, "si la intervención se retirase, ese singular andamiaje se hundiría". No le importa a Walewski que, como se lo asegura a Guizot, los uruguayos estén "todos orientados hacia el general Oribe". Aunque diga lo contrario, ni a él ni a su gobierno le preocupan los intereses orientales, sino los de los comerciantes franceses.

Los embajadores proponen a Oribe un armisticio de seis meses. Cada ejército quedará en su sitio. Oribe venderá a Montevideo cierto número de vacas. Se levantará el bloqueo. Y para cuerpear el conflicto de los títulos de Oribe, sólo se hablará en el texto de "las partes contendientes" y firmarán todos con sus apellidos. Van a verle el 9 de julio y Oribe acepta, y los extranjeros llevan el documento a los gobernantes montevideanos. Y entonces se produce este hecho sensacional: el Gobierno rechaza el armisticio. ¿Cómo es posible, en quienes tanto han gritado que desean la paz? ¿Y qué razones alegan? La increíble de que "el levantamiento del bloqueo tendría por efecto reducir a la nada nuestras rentas".

A lord Howden semejante respuesta le subleva. El 15 le escribe al comodoro Herbert. Le ordena levantar el bloqueo y embarcar los marineros ingleses. Y estampa estas palabras, de precioso valor en la pluma del representante de una de las potencias que dicen intervenir en defensa de la independencia del Uruguay: "los orientales de Montevideo no obran en este momento con libertad, sino que están enteramente dominados por una guarnición extranjera"; y agrega que el bloqueo "se ha convertido en un medio de procurar dinero, sea al gobierno de Montevideo, sea a ciertos extranjeros que allí residen". Ese mismo día, en carta al ministro de Portugal, llama a Manuelita "dueña adorada de mi corazón". El 18 despídese de ella: "Mi hermana, mi amiga y mi dama, linda y querida y muy estimada". Y el 26 parte para el Brasil. Walewski aún permanece en Montevideo unos días, y a principios de agosto se aleja.



Enseres pertenecientes a Rosas.

Antes que la misión terminara, el encargado de Negocios de



Un patio porteño; óleo de Prilidiano Pueyrredón.

los Estados Unidos protestó por el contrabloqueo franco-inglés; y entre otros argumentos, dio éste, que es de la mayor elocuencia: desde el 23 de febrero del 43 hasta fines de marzo del 47, entraron en el puerto de Buenos Aires, y de allí salieron, cuatro mil doce barcos.

La guerra periodística

Mientras el bloqueo continúa, ejercido solamente por la escuadra francesa, Rosas envía a la Sala todos los documentos sobre la misión. Así lo ha hecho siempre. En cambio, los gobiernos de Inglaterra y de Francia que hablan de libertad y aun de democracia, ocultan esos documentos a las cámaras.

En la Legislatura no se discute porque todos los representantes están de acuerdo, pero se les dice a los poderes interventores algunas "insolencias" magníficas y muy merecidas, que irritan a la prensa de Montevideo, servil ante los extranjeros, o, mejor dicho, totalmente extranjera. Varias sesiones y largos discursos. Habla el doctor Baldomero García, eminente jurisconsulto. Rosas ha obligado a los embajadores a confesar que "teniendo la misión especial de la pacificación del Plata, que habiendo intervenido sus soberanos por el cañón y amor con que miraban la independencia del Estado Oriental, por el clamor de la humanidad y por los intereses del comercio, no habrá paz en estos países mientras no les concedamos señorío en nuestros ríos, que

nada tiene que ver con esos objetos de su fingido amor". Habla Lorenzo Torres: la última misión habrá convencido al mundo "que la intervención de estas dos potencias es una guerra escandalosa de conquista", pues los embajadores han venido, "no a pacificar sino a fundar un derecho", a "consignar precedentes" para invocarlos en el porvenir. Habla Roque Sáenz Peña: "El tino y sabiduría con que ha encaminado nuestro Gobierno esta negociación, ha obligado a estos ministros a confesar con sus hechos que han sido burlados en su objeto y los ha forzado a descubrir lo que hasta aquí han descubierto: las verdaderas miras de sus gobiernos, que son esclavizarnos y conquistar esas repúblicas". Todos los oradores observan la hipocresía de las potencias mediadoras, que allá en Europa hablan de paz, de desinterés, y aquí pretenden imponer su derecho a navegar libremente por nuestros ríos interiores.

Y de acuerdo con lo resuelto por la Sala, el Gobierno decreta que el 29 de agosto, en celebración de nuestra resistencia a la intervención extranjera, hagan los cañones tres salvas y se echen a vuelo las campanas de todas las iglesias de la ciudad.

Batalla de Vences

Rosas ha triunfado, y su triunfo se agrandará todavía, antes de terminar el año, con dos diferentes acontecimientos. El primero ocurre en Montevideo y en Maldonado, únicos lugares en donde ejerce autoridad el gobierno que responde a la influencia de Florencio Varela. Don Frutos, que ama a su patria y está harto de verla gobernada por franceses, por ingleses, por argentinos y hasta por el italiano Garibaldi, entra en relaciones con Oribe para hacer la paz. Rivera está en Maldonado, con el título de jefe del ejército. Le ha pedido recursos al presidente Suárez, que le contesta no tenerlos ni para el día próximo. "¡ Nuestro estado es afligente! ", exclama. Pero Rivera le ha hablado de sus proyectos de paz, y entonces el ministro de guerra trasládase a *Maldonado*, prende a Rivera y lo deporta al Brasil. En su nota al Presidente, el ministro habla del "hambre, motivada por los desarreglos más escandalosos y criminales que puedan idearse". Esta anárquica situación uruguaya, en que unos y otros viven insultándose mutuamente, justifica la necesidad, en estas tierras jóvenes, del poder fuerte de Rosas. Si entre nosotros hubiera sido igual, Europa nos habría colonizado. Pero el poder fuerte de Rosas mantiene la unidad argentina y salva a nuestra patria y al Uruguay.



Justo José de Urquiza.

La otra noticia es el triunfo del general Urquiza contra el correntino Madariaga, a cuyo ejército ha aniquilado el 27 de noviembre, en el potrero de *Vences*, causándole cerca de dos mil muertos. Es la última batalla en tierra argentina durante el gobierno de Rosas, salvo la que cuatro años más tarde librará el propio Urquiza contra su antiguo jefe y amigo. Va a comenzar una era de paz.



NOTAS AL CAPITULO

[1] En la "Presse de Paris" —9 de febrero 1845—, Emilie Girardin explicará muchas cosas, en francés y soltero: "Supongamos que el bloqueo de Montevideo perjudicase provisoriamente los intereses del comercio inglés ¿sería esto pretexto para que la Inglaterra interviniese en la lucha entre dos Estados independientes? Y el gobierno francés que hoy le da la mano a la Inglaterra ¿que diría, que haría si la Inglaterra hubiese intervenido con autoridad en nuestro bloqueo de Buenos Aires, so pretexto de que ese bloqueo impedía sus relaciones de comercio con el Río de la Plata? La cuestión de justicia y de derecho no es diferente por ser la República Argentina menos fuerte que la Francia y la Inglaterra. Es preciso, pues, buscar en otros intereses el secreto de la política inglesa... Desde 1808 la Inglaterra se figuró en Montevideo como otro Cabo de Buena Esperanza con respecto al Pacífico. Ya había ocupado esa ciudad, pero se vio obligada a evacuarla; y para quien conoce su persistencia y tenacidad, es corriente que su intervención actual en esos parajes oculta sus miras ambiciosas".

La información y lucidez que expone este periodista de Francia, es otra condena para la miseria de tanto procerato: "La Francia y la América sabrán en breve a su costa que si el Brasil se ha empeñado en sostener en el interior los proyectos de la Inglaterra sobre el litoral, es porque la Inglaterra se obligó a sostener por el lado del mar los proyectos del Brasil en el interior. En seguida de esta mediación pretendidamente pacífica, se dará al Brasil la provincia de Corrientes que domina el curso del Paraná para el Paraguay; mientras que la Inglaterra ocupará, con el cómodo pretexto de asegurar la navegación de los ríos, o Martín García, o cualquier otro punto de la costa que dejará a su discreción las relaciones contra la América del Sud".

Que en definitiva, es el espíritu que se consigue después de Caseros.

[2] La Vuelta de Obligado está situada pocos kilómetros al

norte de San Pedro, con unos dos metros de barranca cayendo hacia el Paraná, sitio en donde sus aguas corren rápidas.

Fueron 8 horas de combate; 20 barcos de guerra gringos, algunos movidos a vapor, toda una novedad en nuestros ríos; 113 cañones, hasta obuses Paixhans con munición de 80 libras. La más potente artillería argentina tenía 24 de calibre, y en total no pasaban de 20 piezas. Nos dejaron 650 bajas, de las cuales, 250 fueron para siempre. Perdimos 18 cañones, casi todos, y una bandera.

También hubo para los agresores. Más de 100 hombres fuera de combate y 4 barcos deshechos.

El resultado material de la batalla esta previsto antes de encender la pólvora. Pero llevarnos por delante no iba a ser gratis. El contraalmirante Inglefield noticiaba a su corona sobre el "bizarro hecho de armas", agradeciendo a la Providencia no haber perdido más tropa ni material.

William Brent, cónsul norteamericano en Buenos Aires, había escrito al director del "Daily Union", de Washington, abogando por la intervención de los EE.UU. en defensa de los derechos argentinos, de acuerdo a la carta de Jefferson del 24 de octubre de 1823 a Mr. Monroe. Se preguntaba el diplomático si podían los países del Plata manejar soberanamente sus cuestiones, o si las potencias europeas iban a someterlos como a la India o Berbería. El diario publicó el artículo en octubre de 1845, un mes antes de la batalla de Obligado.

Pero el gobierno yanqui, como dice Gálvez, estaba ocupado en otros negocios.

Tiempo después, Mr. Harris, encargado de negocios estadounidense en Buenos Aires, dirá a su Presidente: "Toda esta intervención ha sido tan ajena a la conducta internacional, que habrá de provocar la sorpresa y el asombro de cuantos en lo futuro hayan de examinar la historia... Es probable que jamás haya habido nada semejante en los anales de toda la diplomacia".

El teniente Lauchlan Bellingham Mackinnon, oficial de la flota inglesa agresora, dejó escrito un libro que aclara mucho de aquellos sucedidos: "Steam Warfare in Paraná: a narrative of operations combined squadrons of England and France, in forcing a passage up that river". Aquí se publicó con el título de "La escuadra anglo francesa en el Paraná". Fue actor y cronista de Obligado, Tonelero, San Lorenzo y El Quebracho. Comienza su trabajo exponiendo el "maravilloso poder del vapor" en las operaciones militares cumplidas en el Río de la Plata; barcos que fueron equipados "con la extraordinaria rapidez que sólo puede alcanzarse en un arsenal inglés, y que solamente el Almirantazgo inglés con su poder puede realizar", con el objetivo —dice— de dar un "golpe al poder de Rosas y poner de manifiesto a las provincias interiores, no solamente la ventaja de un intercambio continuo con los países de Europa, sino darles también una ligera noción de la riqueza, la inteligencia y el poder de esos países". Buena flema británica para reiterar lo dicho antes, y que repetirá después: "La expedición de las fuerzas combinadas, con la in-

tención de destruir a Rosas, dio la oportunidad. . . de introducir una gran cantidad de artículos manufacturados"; en Manchester, se entiende. Y agrega por ahí, que en virtud de alguna razón inexplicable, el gobernador entrerriano "general Urquiza, nada hizo para detener el convoy". Parece que al hombre ya se lo tenía marcado en arreglos turbios. Poco más adelante Mackinnon dirá que Urquiza había puesto en libertad a Madariaga, enviándolo con proposiciones de "arreglo pacífico", solucionando muchas cosas, porque el "único pretexto de Rosas para cerrar el río consiste en pretender ser dueño de ambas orillas, y éstas ya no quedarían en su poder si la alianza se hiciera efectiva". Mas a renglón seguido lo tumba el desencanto, que no será por mucho tiempo: ". . .dicen que sólo se trata de una perfidia de Urquiza para ganar tiempo y que, de corazón, él sigue siendo un mero agente de Rosas".

Cada vez se le hará más difícil a los gringos remontar el Paraná. Al cuarto combate —Punta del Quebracho que contará don Gálvez— no va más, señores. Ese año de 1846, Lord Palmerston, primer ministro inglés, le escribirá a monsieur Guizot: "Lo cierto es, si bien esto ha de quedar entre nosotros, que el bloqueo francés y británico del Plata ha sido ilegal desde el primer momento".

[3] El entendimiento entre el gobernador correntino y Urquiza —que le contaron a Mackinnon— se daba por intermedio del general Juan Madariaga, hermano del gobernador. El general Paz quiso desbaratar estos enredos que lo descolocaban como Director de la guerra, pero la Legislatura de esa provincia le restó su apoyo, destituyéndolo el 4 de abril de 1846. Libre de obstáculos, el entendimiento entrerriano-correntino se dio con el Tratado de Alcaraz, 15 de agosto. En abril, Urquiza denunciaba ante Rosas las tentativas unitarias por separarlo de la Confederación, ofreciéndole crear un estado autónomo con las provincias de Entre Ríos y Corrientes, y del cual él sería gobierno. Retornelo del proyecto que Florencio Varela llevara a Gran Bretaña en 1843, ahora con patrocinio de Ouseley y Deffaudis.

El Tratado de Alcaraz reincorporaba la provincia de Corrientes a la Confederación Argentina, pero dejaba en pie su alianza con el Paraguay en lucha contra Rosas. José María Galán, enviado de Urquiza, llegó a Buenos Aires el 26 de agosto para noticiar el acuerdo. Rosas se negó a recibirlo, puntualizándole por intermedio del ministro Arana la inconsecuencia del Tratado, por cuanto se daba a Corrientes el "carácter de Estado independiente, pretendiendo establecer que en lo futuro cualquiera de las provincias argentinas asuma la misma posición, y venga a concluirse el pacto federal, la nacionalidad y la existencia misma de la República", quebrando además, la fuerza común necesaria para la defensa contra los enemigos de la Nación, sean "interiores o exteriores". Señalaba por otra parte, que la subsistencia del convenio paraguayo-correntino avalaba una situación de independencia a dos provincias meramente separadas de la Confederación.

Corrientes debía reintegrarse sin vueltas a la unidad nacional, de acuerdo al Pacto Federal del 4 de enero de 1831, delegando en el gobernador de Buenos Aires el manejo de sus relaciones exteriores. Urquiza ni chistó, acatando las instrucciones de Rosas.

Al año siguiente, Joaquín Madariaga continuará sin reincorporarse a la Nación, mientras maneja arrimes de brasileños, paraguayos y orientales, buscando afirmarse como estado independiente. El 10 de abril de 1847, don Felipe Arana, cumpliendo disposiciones de Rosas, ordena a Urquiza operar militarmente contra la provincia mañera. Las especulaciones del entrerriano tendrán que definirse. Pero la fruta sigue verde, y el 27 de noviembre, en Vences, derrota con lugo a las tropas de Madariaga.

Corrientes vuelve a la República y es designado gobernador provisorio el coronel Miguel Virasoro.



Cabeza de soldado federal
Cuadro evocativo de la época.

CAPITULO XX
GRANDEZA Y DERRUMBE

Ha triunfado Rosas contra el enemigo interno, pero aún le falta vencer definitivamente al extranjero. Lo vencerá. Ya se advierte su cansancio, su incapacidad para someter al indomable dictador de Buenos Aires, al indomable pueblo argentino. Verdad que no falta en Francia quien se ilusione en conquistarnos, y precisamente en esos días del 48 el Chevalier de Saint-Robert, que acompañó a Deffaudis y fue su colaborador, dice en un libro que, según "la progresión lógica e inevitable de las dos cosas", y "en un futuro poco distante", el Uruguay deberá "transformarse en tierra francesa y darle en seguida a Francia todo el comercio de la gran cuenca central sudamericana". Pero los gobiernos ven ahora con mayor claridad, y en las cámaras de París y de Londres se habla con más sensatez sobre nosotros.

Cambios en Francia

Sesión del 4 de febrero en la cámara de Diputados francesa. Se ha propuesto este voto: la convianza de que el conflicto del Plata termine pronto. Drouyn de Lhuys, el viejo enemigo de Rosas, pronuncia palabras en las que, con intención de combatirlo, revela su poder inmenso, nuestros derechos y la injusticia de las intervenciones: "Desde hace siete años se nos dice que el asunto del Plata toca a su término; desde hace siete años está siempre en el mismo punto". Refiere que Rosas pretende ahora: indemnizaciones por el bloqueo de tres años; restitución de los buques argentinos capturados en plena paz por Inglefied; y el envío de un barco de guerra para saludar con veintiún cañonazos al pabellón argentino, como símbolo de reparación: "¡ Así, señores –ex-



Asesinato de Florencio Varela. Autor material del mismo es el español Andrés Cabrera. Aunque se supone hubo también un autor moral, su identidad no ha sido descubierta aún.

clama el orador, indignado–, Rosas pretende tratar como vencidas a las potencias interventoras! ". Demuestra que todo el mundo está con Rosas, hasta los Estados Unidos y hasta el propio Howden. "Como lo veis –comenta–, Rosas es más exagerado que nunca en sus pretensiones, más firme que nunca en su resistencia, más excitado que nunca en su resentimiento; las potencias neutrales, o nos incomodan o se separan de nosotros; Inglaterra ha manifestado su disentimiento mediante un acto ruidoso ¡y se nos pide expresar la esperanza de un desenlace próximo! ". Y otro diputado señala directamente el estruendoso fracaso de las intervenciones recordando que el bloqueo dura desde hace diez años, cuesta tres millones por año y emplea un décimo de la flota.

Pero las crónicas de estas sesiones tardan un poco en llegar y llegan casi al mismo tiempo que un suceso trascendental para Francia e importante, por sus probables consecuencias para nosotros: el 24 de febrero de ese año de 1848 ha estallado y vencido una revolución. Ya no es rey Luis Felipe. Ahora gobierna, en nombre del pueblo, una junta de la que forma parte Lamartine, cuyas palabras han sido siempre adversas a las intervenciones en el Plata y favorables a Rosas.

Asesinato de Florencio Varela

En Montevideo la situación empeora, si es posible. Los legionarios, dueños de la ciudad, exasperados por las privaciones, alborotan, saquean y hasta asesinan. Las facciones de los que gobiernan –los riveristas y los varelistas– se combaten con saña. Los varelistas no olvidan la revolución del 46, en que fue asesinado el coronel Jacinto Estivao, degollado y arrastrado por las calles. Los riveristas no olvidan la tentativa de asesinar a su jefe, en setiembre del 46, ni su prisión y destierro el año anterior; ni los destierros de altos jefes de su partido a principios de este año de 1848: ni las ofensas hechas al ex Presidente en la Asamblea de Notables. Don Frutos escribe varias cartas violentas al actual ministro de Relaciones Exteriores, doctor Manuel Herrera y Obes. A sus amigos les pide que *abollen* a Herrera y Obes. Este ministro es una especie de dictador, y por su intermedio Varela manda en Montevideo. Para agravar los males, la Asamblea, el 29 de marzo, aprueba una ley que autoriza el empleo de todos los recursos, vale decir, las confiscaciones, para la defensa de la República. Y la situación del Gobierno es tan desesperante que el 27 de marzo llama a los encargados de Negocios y a los cónsules extranjeros y

les confiesa no tener con qué alimentar a las tropas, ni para las veinticuatro horas próximas, y no responde de lo que esos hombres hagan si los extranjeros no facilitan al Gobierno siquiera cincuenta mil pesos.

En esta espantosa situación y siete días antes de esa entrevista, Florencio Varela, "eminencia gris" del Gobierno y director de *El Comercio del Plata*, es asesinado en la calle. El autor material del delito es un español, Andrés Cabrera, pero muchos suponen que hay detrás de él un autor moral.

¿Quién mató a Varela? Enigma de nuestra historia. Merecen considerarse las tres hipótesis.

Durante años créese que Cabrera ha vengado su honor, pues Varela habría andado en amores con su mujer. Un tal Moreira, amigo del asesino, al ir a la casa de Cabrera, en ausencia suya, ha visto a Varela allí. La mujer de Cabrera tiene entre treinta y cinco y cuarenta años y dícese que es hermosa. En el proceso Cabrera, publicado en 1853, no figuran las actuaciones sobre la denuncia de Moreira. Sin embargo, se hicieron. ¿Alguien las hizo desaparecer? Argúyese contra esta hipótesis que la mujer del asesino vivía por entonces en el Buceo, a pocos kilómetros de la ciudad; pero había vivido en la ciudad, de modo que Cabrera pudo vengarse de hechos anteriores.



El paisano o peón de Armando Repetto conservado en el Museo de Bellas Artes Pedro de Mendoza.

Otra hipótesis culpa al general Oribe. Fúndase en que Cabrera, detenido tres años y medio después de su delito, se confiesa instigado por Oribe, y en que, después de haberlo cometido, va a vivir al campo de los sitiadores, donde no se le castiga. Nada de esto tiene valor. Cabrera declara haber procedido por orden del general Oribe para librarse de culpa o disminuirla. En el campo sitiador no tenían por qué juzgar a un individuo por un delito cometido en otra jurisdicción. En los días que siguieron al crimen no se le culpa a Oribe en Montevideo; y así *El Conservador*, diario oficialista que redacta Mármol, ofrece mil pesos al que proporcione noticias del asesino, lo que sería inútil si se tratara de un sicario de Oribe. Dícese que a Oribe le aterrorizaban los artículos de Varela. En realidad, Florencio Varela y el gobierno de Montevideo están derrotados por entonces. Tres días antes del asesinato ha llegado a Montevideo el inglés Roberto Gore, y el día anterior el barón francés Luis Gros, que vienen –lo que Oribe sabe por cartas recibidas de Río de Janeiro, días atrás– a hacer la paz en tal forma que equivale a entregarle la presidencia de la República. Los enemigos de Rosas y de Oribe llegan hasta fraguar una carta –la superchería está probada– en la que don Juan Manuel le aconseja a Oribe inutilizar "la perniciosa acción de este malvado". Pero sobre todos los argumentos está la caba-

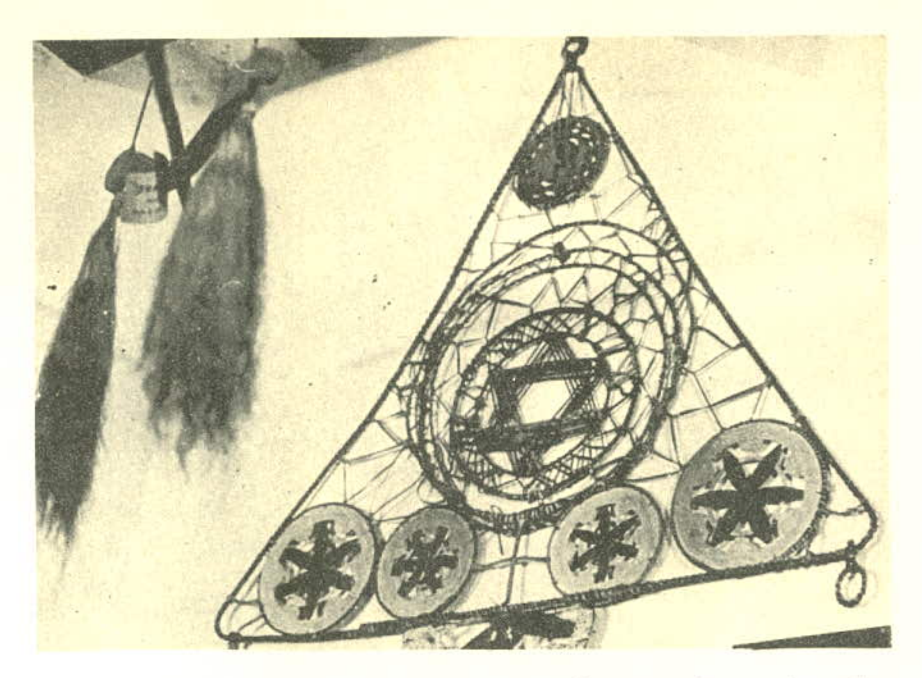
llerosidad del general Oribe. Presidente legal y constitucional desde el 35 al 38, su lenidad ha sido reconocida. Después, en tiempo de guerra, al frente de un ejército y como jefe del Estado, ha podido condenar a muerte a algunos traidores, espías o prisioneros. Pero lo que no cabe es que este modelo de caballerosidad pague a un sicario para que mate a otro hombre. Don Quijote puede ser alguna vez cruel, pero no canalla.

La tercera hipótesis es que Varela haya sido asesinado por miembros de la facción riverista. Atemos algunos cabos. Varela, horas antes del crimen, ha escrito a Herrera y Obes que lo espera para comunicarle noticias "importantísimas", Herrera va, y encuentra a su amigo muerto. ¿No habrá recibido Varela esa puñalada, que acaso era para Herrera y Obes, a quien don Frutos aconsejara *abollar*? Cuando Cabrera desembarca y es detenido se le secuestran cartas, que no se sabe qué se hicieron y cuyo contenido nadie conoce. Después del crimen, varios jefes riveristas se pasan al campo de Oribe. En la Asamblea de Notables, ni palabra sobre el crimen. El 23 de abril se declara a la ciudad en estado de sitio, a lo que se han opuesto los riveristas. Herrera y Obes le escribe a Lamas, representante en Río de Janeiro, siete días después del crimen, que el asesino, venido del Cerrillo, tenía "cómplices de levita", que no son seguramente blancos, cuyos nombres Herrera y Obes, como jefe virtual del Gobierno, conoce, y que, sin embargo, no son acusados. Y sorprende que al reanudarse el proceso, el 51, no se cite a declarar al general Oribe, que está en Montevideo, siquiera como testigo. ¿Acaso se temen sus revelaciones?



No es imposible que algún partidario de Oribe armara el brazo de Cabrera, aprovechando el odio de este hombre hacia Varela, si es verdad que el asesinado tuvo amores con su mujer. Pero más probable parece que haya sido algún partidario de Rivera, algún "cómplice de levita", y cuyo nombre se oculta por razones políticas, ya que riveristas y varelistas pertenecen al mismo partido. Terminada la misión Gore-Gros, en mayo, Oribe vuelve a ser el enemigo común, ante el cual riveristas y oficialistas deponen sus viejas rivalidades, como en cierto modo las depusieron año y medio atrás, después de la tentativa de asesinar a Rivera, acto que se quiso atribuir a Oribe haciendo falsificar algunas cartas por el litógrafo legionario Genlis, que ya lo había hecho otras veces.

Florencio Varela es llorado por todos los emigrados en Montevideo, en Bolivia, en Chile y en el Brasil. En Europa también se le recuerda. Thiers, en 1850, le considera "uno de los hombres más distinguidos que es posible encontrar en cualquier parte del mundo". Pero ningún elogio más apropiado que el de Sarmiento,



en carta a Aberastain. Le juzga como la naturaleza más culta, como el alma "más depurada de todos los resabios americanos, el europeo aclimatado en América". ¡Qué elogio para un criollo, decirle que es el alma "más depurada de los resabios americanos"! Después de esto, uno se explica que Varela y Sarmiento combatieran a Rosas.

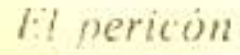
Y don Juan Manuel, ¿qué dice al saber la muerte de su feroz enemigo? No lo sabemos. Probablemente, y a juzgar por el silencio de *La Gaceta*, apenas le ha impresionado. En esos días de 1848, cuando Rosas ya no puede dudar de su grandioso triunfo, Varela ha dejado de ser un adversario importante.

Misión Gore-Gros

¿Por qué vienen otra vez, juntos, un francés y un inglés? ¿No ha significado una ruptura el gesto de lord Howden? Palmerston se lo explica al embajador británico en París: "Nunca convendría dejar a Francia que resolviera sola el asunto; si lo hiciera, ocuparía Montevideo". Palmerston opina que lo mejor, para la seguridad de Montevideo, es –asombrémonos– "dejar a Oribe tomar tranquila posesión de la ciudad". He aquí pintada, por ellos mismos, la hipocresía de los gobiernos interventores. ¿No es Oribe un tirano como han dicho? ¿No ha afirmado Inglaterra que intervenía en el Uruguay por razones de humanidad? La verdad pura es que ni Inglaterra ni Francia procedieron jamás por sen-

timientos humanitarios, y lo han probado protegiendo la una al Sultán de Constantinopla y la otra al sanguinario Mohamed Alí. Los intereses comerciales y de conquista han movido a esas potencias, en el Cercano Oriente como en el Plata. Palmerston le hablará más tarde al embajador en París del "proyecto, desde mucho antes sospechado, pero jamás confesado, de convertir a Montevideo en una colonia francesa". Y si nos salvamos de ser colonias ha sido, aparte de Rosas y de Oribe, por la rivalidad entre Francia e Inglaterra, que se han venido espiando y estorbando desde hace diez años justos. Ahí están las palabras de Palmerston: antes que Francia se apodere de Montevideo ¡que la ocupe Oribe!

La misión de estos nuevos mediadores, ideada por el sagacísimo y sutilísimo Palmerston, es muy distinta de las otras. Prescinde de Rosas en absoluto. Pretende poner en paz a todos los orientales. Apenas llegan los mediadores pídenle a Oribe la amnistía para sus compatriotas y la seguridad para los extranjeros, en el caso de entrar en la ciudad. Oribe accede. Y el 5 de abril se dirigen a cada una de las partes, invitándola a tratar con la otra. ¿Qué proponen, además del previo armisticio? Tres cosas: el retiro de las tropas argentinas, el levantamiento del bloqueo y el desarme de los legionarios. Pero la proposición contiene una amenaza para el gobierno de la ciudad: si no consiente, levantará el bloqueo la escuadra francesa y los mediadores llenarán "los deberes que se les ha impuesto". Todo esto significa entregarle el poder a Oribe, y así lo entienden tanto él y sus amigos como los defensores de la ciudad. El gobierno montevideano, que carece en



El pericón

absoluto de recursos, que es una especie de colonia, va a aceptar. Pero Rosas, indirectamente, lo salva.

Oribe, que ya tenía noticia de la misión y la ha comunicado a don Juan Manuel, le da cuenta ahora, considerándole parte de la cuestión, de la amnistía que ha concedido y de la proposición de los mediadores. Oribe ha visto el triunfo en sus manos, el final de aquella guerra de cinco años, la llegada a la tierra prometida, que ve desde su campamento del Cerrito. Su lealtad para con Rosas es muy grande. Y ha de pensar con inquietud en la respuesta de su terrible aliado. El arreglo es excelente para él, y parece también conveniente para Rosas, que podría retirar sus soldados de la Banda Oriental y dar por terminada la guerra. Pero Oribe, si ha pensado en esto, no conoce hasta dônde llega la perfidia de *Albión*. Rosas, que la adivina, pide a Oribe rechazar la propuesta. ¿Razones? Que los mediadores tratan de separarlos, que, con mengua de la soberanía e independencia de las dos repúblicas, no hablan de reconocer sus derechos; y que no ofrecen satisfacciones ni reparaciones de perjuicios. ¿Cree Rosas que, una vez Oribe en el gobierno y retiradas las tropas argentinas, las potencias aliadas podrían ayudar de nuevo a sus enemigos para voltearlo y atacar mejor a la Confederación Argentina? Esto ha planeado *Albión*, ya que no es concebible que se interese en dar el poder a Oribe. Pero hay también para Rosas otra cuestión: Gore y Gros se presentan "en el inadmisible carácter de mediadores cuando los gobiernos de Francia e Inglaterra son interventores y se han reconocido ellos mismos como beligerantes en sus bases Hood". Así le ha escrito Rosas a Arana el 26 de abril; y agrega, el perpetuo defensor de nuestros derechos: "Reconocerles tal carácter de mediadores sería sancionar la intervención europea y sus consecuencias de un modo inaudito, a la vez que el más tremendamente funesto". Esta respuesta de Rosas es de la más grande virtud moral y patriótica. Sus conveniencias de hombre y de gobernante residen en la paz. Pero él no quiere una paz que desconoce los derechos de su patria. ¿Los defendió como él, con tan patriótica y tenaz intransigencia, hombre alguno en el mundo?



Amanecer: óleo de M. Blanes.

Contesta Oribe a los mediadores, rechazando el proyecto. Los plenipotenciarios se entrevistan con el ministro de Relaciones Exteriores del Cerrito. Niéganse ellos a leer la nota de Rosas, al que consideran ajeno a la cuestión. Dirígense entonces a él. Le dicen que Oribe ha sido "forzado a retractar su palabra" y que su actitud demuestra cómo, "si tenía el deseo de dar la paz a su desgraciada patria, no tenía al menos el poder para ello". Rosas repulsa esas palabras.

Y la población de Montevideo, ¿cómo recibe el fracaso de las negociaciones? Algunos miembros del Gobierno se alegran, los que prefieren cualquier cosa antes de ser gobernados por Oribe. Pero la mayoría de la población lo lamenta profundamente, sobre todo los partidarios de Rivera. Es que el Gobierno ha llegado a la quiebra. En mayo hipoteca la Aduana a Francia, a cambio de un subsidio. Verdadero protectorado. Y lo ejercen los que hasta ayer dijeron que luchaban por la soberanía del Uruguay . . .

Poco después, el 6 de junio, un hecho da la razón a Rosas: el jefe de la escuadra francesa, almirante Le Prédour, levanta el bloqueo a los puertos argentinos, dejándolo solamente a los orientales, en los que domina Oribe. ¿Cómo se explica esta extraña resolución? Probablemente algo ha influido en ella el cambio de gobierno en Francia. Pero hay también —¡cuando no!— una razón de intereses. A los comerciantes franceses de Montevideo les conviene que los barcos de su nacionalidad puedan entrar en los puertos argentinos, y por ahora no entran porque Rosas, desde los atropellos del 46, los considera como piratas. Con el levantamiento del bloqueo, los franceses creen merecer el agradecimiento de Rosas. Pero el terrible don Juan Manuel contesta al almirante que los buques franceses seguirán siendo considerados como hasta entonces: como piratas. ¡Inconmovible e insobornable este Rosas, poderoso hombre de hierro!

Fusilamiento de Camila O'Gorman



El 18 de agosto de 1848 fusílase por orden de Rosas, en los Santos Lugares, al clérigo Uladislao Gutiérrez y a su amante Camila O'Gorman. Ocho meses atrás habían huido de la ciudad. Camila pertenece a la sociedad distinguida, tiene diecinueve años, es delicada, bella y bastante culta y dícese que está embarazada. ¿Cómo ha podido incurrir en el sacrilegio de entregarse a un sacerdote y huir con él? Si en estos tiempos semejante falta horroriza, calcúlese lo que habrá sido en el ambiente social de entonces.

No parece absolutamente cierto el embarazo. Ella lo dijo, y quienes querían salvarla, inclusive el médico de Santos Lugares, lo repitieron, aunque su cuerpo no lo denunciara. Prescindamos, pues, de esa circunstancia para juzgar la actitud del Restaurador. Es indudable que ha podido fusilar al clérigo; las leyes penales de ese tiempo lo autorizan. Pero no a Camila. El no pensó al principio en fusilarla. Pruébalo el haber mandado elegir para ella una de las mejores celdas de la Casa de Ejercicios, pintarla y amue-



Bautismo de la criatura nonata de Camila O'Gorman antes de su fusilamiento.

blarla. No se hacen estos preparativos para alojar por pocas horas a una condenada. ¿Qué le induce a cambiar? Tres motivos. El primero es la opinión de los juristas a quienes ha consultado, hombres eminentes por su saber, entre los que figura Dalmacio Vélez Sasfield, el futuro autor de nuestro Código Civil, los cuales después de haber estudiado el caso en las viejas leyes españolas aún en vigor, han acordado en que corresponde la última pena. El segundo motivo es el unánime pedido del clero, realizado por escrito y con palabras violentísimas, de que se haga justicia. Y el tercero, la actitud de los unitarios. *El Comercio del Plata* ha venido atacando a Rosas, desde la fuga de los amantes. Con su habitual falta de escrúpulos, el periódico supone que en Palermo se habla del delito como de una cosa divertida y que la policía "aparenta" buscar a los prófugos. Da por cierto que, imitando a Gutiérrez, un sobrino de Rosas ha intentado en esos días raptar a una joven. El clérigo no sólo se había robado a Camila sino también las alhajas del templo, en lo que ella, como puede deducirse –habla siempre *El Comercio del Plata*–, debía ser cómplice. El periódico se expresa en un lenguaje apocalíptico y clama porque se aplique a los culpables la pena que merecen, y que no puede ser otra que la de muerte. ¿Es sincero el redactor? ¿Realmente le enfurece tanto el delito de los jóvenes enamorados? ¿No lo hará para provocar la indignación del Restaurador y empujarlo a dictar la pena de muerte, condenándose él mismo ante la Historia? De cualquier modo, no hay razón para las alharacas posteriores. ¿acaso ha movido a Rosas el odio político, el deseo

de vengarse u otra baja pasión? Lejos de eso, el clérigo es sobrino del gobernador de Tucumán, general Celedonio Gutiérrez, su amigo y partidario. Todo el mundo ha reconocido que Rosas procedió sólo por razones morales. Por lo mismo que Camila pertenece a la buena sociedad, su delito es mayor y puede constituir un lamentable ejemplo. Rosas la fusila para salvar a la sociedad toda, por un noble motivo. No quiere que el país se corrompa, que las mujeres falten tan gravemente a la ley de Dios y a la ley de los hombres. ¿Se ha excedido en el castigo? Condenemos su exceso, pero reconozcamos la excelencia de sus móviles. Y reconozcamos que en esta materia tan excesivamente grave es mejor, para un gobernante absoluto y moralizador como Rosas, pecar por más que por menos. El desenfreno de las costumbres ha podido, en esos momentos de lucha contra el extranjero, ser fatal para el país, hasta para su libertad. Rosas, con su terrible justicia, ha querido salvarlo de tan dolorosas consecuencias[1] .

Llega Southern, ministro inglés

¿Va comprendiendo Europa que Rosas es indomable? Así ha de ser porque el propio Palmerston llega a declarar que Inglaterra ha reconocido a la Confederación el derecho sobre los ríos, cuya navegación debe dejarse a los ciudadanos y a los ribereños. Y para hacer las paces con Rosas, terminar con todo, ha enviado a Buenos Aires un nuevo plenipotenciario, el sexto, que es el ca-



Patio colonial.

ballero Henry Southern. Pero aún quedan en Inglaterra enemigos nuestros. Uno de ellos es el diputado Disraeli, el futuro creador del Imperio Británico, que nos llama "colonia sublevada de segundo orden", y a quien Palmerston, contestándole en la sesión del 9 de agosto, dícele que las relaciones de Howden con Rosas fueron "de muy amistosa naturaleza", y que Southern sólo irá a reemplazar a aquel negociador.



En Francia también ha cambiado la opinión general. Sábese que las intenciones de la Monarquía, para el caso de fracasar la misión Gore-Gros, eran siniestras. Pero la república nos mira bien. Alguien que le escribe al ministro de Cerdeña en Buenos Aires, le cuenta que Walewski habló con Lamartine, el cual se mostró disconforme con la actitud francesa en el Plata. Lamartine, que mantiene sus viejas opiniones, lamenta que Guizot se plegara "tan ciegamente" a Inglaterra. No esperará el nuevo gobierno el resultado de la misión Gros. La cuestión ya no es "para desenlazarla" sino "para troncharla". Condena al gobierno caído por haber "creado dificultades inextricables, mezclándose en lo que no le concernía". Anuncia disposiciones para restablecer la armonía entre Francia y las repúblicas del Plata, y el próximo levantamiento del bloqueo. Todo esto lo dice Lamartine el 1º de mayo.

Todo el mundo en Francia, salvo Thiers y su círculo, quieren terminar el conflicto. *La Presse* habla de cómo las dos naciones europeas que han tenido "la imprudencia" de mezclarse en la cuestión del Plata "no están menos cansadas y disgustadas que los pueblos a los que han atacado sin motivo, sin conocimiento de su verdadero interés y contra los principios más elementales del Derecho Internacional". Y buen número de comerciantes de Francia han pedido el levantamiento del bloqueo, ignorando, por la lentitud de las comunicaciones, que ya ha sido levantado para los puertos argentinos. Dicen los comerciantes que a la Francia no le interesan los ríos secundarios, inabordables, por sus islas y bancos, a los buques de alta mar. Y preguntan: "¿Con qué derecho, por otra parte, pretendería Francia obtener la libre navegación de los ríos secundarios que penetran en el seno de la República? " ¡Qué triunfo significan estas palabras para Rosas!

Pero ya está en Buenos Aires, desde el 5 de octubre, Henry Southern. Es un inglés simpático, sentimental y soñador. Con tan felices disposiciones no tarda en caer bajo la acción de los encantos de Manuelita. Y así, a los seis días de haber llegado, le escribe en su detestable español preguntándole si puede recibirlo a las dos de la tarde, porque "me hace falta el consuelo que siempre encuentro en su trato".

Ya está conquistado el inglés, mas si el Restaurador gasta con él toda suerte de cortesías, eso no le quita el ser valiente. Y lo es, como siempre. Ahí está en Montevideo el joven Martín Hood, hijo de su amigo Tomás Samuel. Pero Rosas ni quiere reconocerlo como cónsul ni quiere tratar como plenipotenciario a Southern. ¿Y por qué? Porque antes de reanudar con Inglaterra, exige satisfacciones. Si accede a que Arana hable con Southern, es considerando al inglés como un simple particular. Y pasan las semanas sin llegar a nada concreto. Para Rosas no existen otras bases que las propuestas por Samuel Hood. Y Southern no tiene poderes para tratar sobre ellas. Por fin, Rosas consiente en un convenio provisional que Southern enviará a Londres para su aprobación. Southern acepta cuanto quiere Rosas y dispónese a esperar la contestación de Londres.

Rosas y Brasil

Por esos días del segundo semestre del 48, tanto Rosas como los unitarios han empezado a despreocuparse de Europa. Es cierto que los diarios de Montevideo, con intenciones pérfidas, acusan a Rosas de injuriar a Inglaterra en la persona de Southern y del joven cónsul Hood, con la vaga esperanza de que Albión reanude sus agresiones. Pero lo hacen por vicio, pues tienen la certidumbre de que ya nada podrán esperar de Europa, en donde la revolución del 48 ha traído aires de libertad, incompatibles con los atropellos a las pequeñas naciones.



Juan M. de Rosas; óleo de Gaetano Descalzi. (Museo Histórico Nacional)



Estanciero argentino

Ahora el tema es el Brasil. Igual *El Comercio del Plata* que *La Gaceta Mercantil* no hacen sino transcribir todo cuanto en el Imperio se habla y se escribe sobre la política del Plata. Rosas no ignora que allí está el enemigo. No ha olvidado que el Brasil fue el culpable de las intervenciones franco-inglesas desde 1845 y no duda de que quiere recuperar su antigua provincia Cisplatina. Es cuantioso lo que en el Brasil se discute sobre Rosas y su política. Se está creando allí un clima belicoso. Acusan a Rosas de pretender apoderarse del Paraguay, de mantener tropas en el Uruguay con intento de conquista y de tener en Bolivia un presidente suyo. Algunos hombres del Imperio ven a Rosas como el jefe de un Estado poderoso, como el futuro enemigo del Brasil, y temen que pretenda independizar o conquistar a Río Grande del Sur. Una persona de Buenos Aires escribe al unitario Valentín Alsina, residente en Montevideo, cómo Rosas ha dicho a alguien de su confianza que apenas "se desembarace de la intervención se la ha de pagar el Brasil", cuyo gobierno le está haciendo el mayor mal sordamente.

Los unitarios, desesperados por la caída de la *Colonia* en poder de Oribe, ya sólo confían en el Imperio. El mismo Alsina, el 22 de diciembre de 1848, le escribe a Lamas, que representa en Río al gobierno de Montevideo. Después de asegurarle que "esto está cadavérico", que "la emigración es constante", que sólo por necesidad se alistan los hombres en el ejército y de que Rosas nada en la abundancia, agrega: "Hoy los ojos están más fijos qui-

zás en el Brasil que en Francia". Pero el Brasil "¡ piensa tanto lo que al fin ha de tener que hacer! ". Teme que pueda suspenderse el subsidio francés. Si eso ocurriera, "esto estaba disuelto a los ocho días". Teme también un arreglo con Rosas, pues la población de Montevideo, "marchita, desesperada, en su mayor parte extranjera", sólo ansía la paz.

Posición de Urquiza

Pero también preocupa a Rosas y a los unitarios el general Urquiza, que se ha hecho poderoso en su feudo entrerriano, sobre todo después de *Vences*. Los diarios de Montevideo lo han adulado por breves temporadas, hasta que algún acto suyo de fidelidad a Rosas terminaba con esas mieles. Varela, en 1847, lo creía con "el poder de obrar una gran revolución". Y agregaba, sagazmente: "No conocemos al gobernador de Entre Ríos; sus hechos públicos están muy lejos de haber revelado todavía su carácter, ni el temple de su espíritu". Desde hace años los unitarios buscan a Urquiza. *El Nacional* de 1842 escribía: "Si hubiera sido modesto, hoy sería general de los libertadores, como se le pudo conceder a trueque de los servicios que ofreció y de sus súplicas; pero, sumamente ambicioso e intrigante, fue justamente rechazado". Rosas, por su parte, desconfiaba de él. Le sabe ambicioso y con intenciones de acrecentar su influencia en otras provincias. Pero no le teme. Y sin pensar en él ni en los demás gobernadores, prohíbe en noviembre extraer oro y producir pólvora para las provincias. ¿Cree que el subsuelo debe ser nacional? Más bien parece que ha querido imponer el papel moneda que fabrica Buenos Aires en gran escala. De este decreto resultará un grave rozamiento entre él y Urquiza.

Valentín Alsina



Campaña de Sarmiento en Chile

Otros enemigos y otros amigos tiene Rosas, que si no atacan o defienden con las armas, atacan o defienden con la pluma, a veces más poderosa que las armas.

Sarmiento ha vuelto a Chile, después de un viaje por Europa. Se ha encontrado con que el diario *El Progreso* no le permite escribir contra Rosas. Tanto defiende a don Juan Manuel ese diario que por esos días dice que "donde la emigración acude espontánea", donde "los ciudadanos vuelven a la confianza perdida" y donde "el comercio extranjero aparece con poder", no



Gaucho de Buenos Aires, según óleo de Mauricio Rugendas. Museo Mitre de Buenos Aires.

existe el terror, "no hay tiranía y sólo hay paz, garantía y leyes". Sarmiento, entonces, funda, a principios de enero del 49, *La Crónica*, en donde continuará su empresa contra Rosas y contra su patria.

Sí, contra su patria. Recordemos cómo en 1842 inició en *El Progreso* su campaña para que Chile ocupara el estrecho de Magallanes, vale decir, para que se apoderara de algo que era argentino. En Chile pocos habían pensado en eso. El dio argumentos, puso calor en su prosa y el gobierno de Chile acabó por convencerse y ocupar el estrecho y parte de la Patagonia. El gobierno argentino tardó años en enterarse. A fines del 47 reclamó. Hubo un cambio de notas diplomáticas. Y he aquí que ahora Sarmiento, en lugar de mostrarse arrepentido o de callar, para no perjudicar las reclamaciones de su patria, se alaba con impudor de aquella campaña suya. El 29 de abril de 1849 la recuerda en *La Crónica*. Y hay algo todavía peor: un mes y unos días antes de ese artículo, ha publicado otro sosteniendo los derechos de Chile a toda la Patagonia. ¿Basta el odio a Rosas para explicar estas traiciones? No basta. La verdad es que Sarmiento renegó de su patria. No la siente en su corazón. Por esto pudo decir, en 1843, que "la patria no está en el lugar que nos ha visto nacer", y que "los argentinos residentes en Chile, proscriptos de su pa-

tria, pierden hoy la nacionalidad que los constituía una excepción y un elemento extraño a la sociedad en que viven". En nuestro país la traición de Sarmiento indignó. Hoy está olvidada, tapada, por los panegiristas del por ese tiempo mal argentino. Pero en esos años, y después, fue tenida en cuenta. El 6 de octubre de 1868, cuando la Historia no era "dirigida", *La Nación Argentina*, el diario que respondía a Mitre, dijo: "Sarmiento ha sido el abogado de un gobierno extranjero contra su propio país".

San Martín y Rosas

¡Qué distinto este hombre del gran patriota que es el general San Martín! Si aquél vilipendia a Rosas, el vencedor de Chacabuco lo alaba una vez más. Le ha escrito el 2 de noviembre del 48. Dícele que sus triunfos son "un gran consuelo" en su vejez. Le declara su verdadera satisfacción por el levantamiento del bloqueo, "satisfacción tanto más completa –agrega– cuando el honor del país no ha tenido nada que sufrir, y, por el contrario, presenta a todos los nuevos estados americanos un modelo que seguir". Así lo dice textualmente: "un modelo que seguir". ¡Y cómo ha confiado en Rosas! Por eso le asegura: "jamás he dudado que nuestra patria tuviese que avergonzarse de ninguna concesión humillante, presidiendo usted sus destinos". Más bien ha temido que Rosas tirase demasiado la cuerda porque se tra-



Rosas entrando en la ancianidad, antes del exilio.

taba del honor nacional. Le agradece la honrosa memoria que de él ha hecho en su Mensaje a la legislatura, diciéndole que no es indiferente a la aprobación de su conducta "por los hombres de bien". Y se despide, llamándose su "apasionado amigo". De modo que, para el libertador de nuestra patria, Juan Manuel de Rosas es un hombre de bien. Pero a pesar de estas palabras, que constituyen el más valioso de los títulos, hay todavía en 1940, quienes lo consideran un bandido . . .

Y eso que San Martín está emparentado con enemigos de Rosas, como que su única hija se casó con un sobrino de Balcarce. Y que tiene amigos unitarios, quienes le cuentan horrores de don Juan Manuel. Una tarde, pocos días antes de que escribiera a Rosas, encontrábanse en su casa varios argentinos, entre ellos Sarmiento, que pronto partía de regreso a Chile. Sarmiento dijo pestes de don Juan Manuel. San Martín lo defendió: "Ese tirano Rosas, que los unitarios odian tanto, no debe ser tan malo como lo pintan cuando en un pueblo tan viril se puede sostener veinte años". Sarmiento le recuerda las guerras de Paz, de Lamadrid y de Lavalle. El libertador los juzga severamente y agrega: "Y si todos ellos, y lo mejor del país, como ustedes dicen, auxiliados por extranjeros, no logran desmoronar a tan mal gobierno, es sin duda porque la mayoría está convencida de la necesidad de un gobierno fuerte". Para él, Rosas tiene, sobre todo, el mérito de haber sabido "defender con energía y en toda ocasión el pabellón nacional". Y mientras el escritor rabiaba, el general concluía: "Por esto, después del combate de *Obligado*, tentado estuve de mandarle la espada con que contribuí a fundar la Independencia americana"[2].



J. J. de Urquiza.

Misión Le Prédour

En estos principios del 49, el día 11 de enero, llega a Buenos Aires el almirante Fortunat Joseph Le Prédour. Hasta entonces ha sido sólo el jefe de las fuerzas navales en el Plata, con residencia en Montevideo. Lo envía el gobierno que preside Lamartine. Pero mientras las órdenes venían hacia Buenos Aires, ha sido allá elegido presidente el príncipe Luis Napoleón, que ha jurado el 20 de diciembre.

He aquí otro extranjero ilustre que va a caer bajo los encantos de Manuelita. Se incorpora a su corte. Paseos a caballo, fiestas. La princesa criolla de Palermo halaga hábilmente a los embajadores. El 14 de abril obsequia a Southern con un paseo de campo en la Boca. El 24 se repite en honor de Le Prédour. Van de



Recorriendo la estancia: óleo de Prilidiano Pueyrredón.

la ciudad los invitados, todos juntos, en coches. Va también una banda, y violinistas y cantores. Recorren el Riachuelo en dos falúas y entre músicas y cantos. Los barcos están empavesados. Comen en una isla, a la entrada de ese río en el Plata. Los sauces dan singular encanto al paraje. Una casilla de madera, construida sobre pilotes, ha sido tapizada de lanilla punzó y blanca. Toldos en cada ángulo de la casilla. Piso alfombrado. Sillas y sofaes cómodos. Se come asado con cuero y bébese Oporto, Madera, Sauternes, Burdeos y Champaña. Y al son de dos orquestas de guitarras, bailan valses y minués. Es una fiesta maravillosa, que deja en los extranjeros una sensación de romántica y lánguida poesía.

Las gestiones de Le Prédour marchan como una seda. Ha dicho en una nota que su misión consiste en "operar una *reconciliación* entre ambos gobiernos". Arana redacta un proyecto de convención y se lo entrega. Como es de imaginarse, Arana no se aparta de las bases Hood. La mitad de los triunfos de don Juan Manuel son debidos a ese inglés extravagante, que, enamorado de Manuelita, y convencido de que nuestro país tenía razón, aceptó cuanto le propusieron. ¿Pero es sólo de Arana el proyecto? En una carta a su ministro, Rosas dice: "El artículo nono, respecto de la navegación del Uruguay, aunque nada le opongo, no está conforme al más propio y claro que yo redacté".

Mientras el proyecto de Arana parte a Francia y el gobierno de París lo estudia, el almirante vuelve a Montevideo. Allí, en mayo, obtiene la suspensión de las hostilidades entre sitiados y sitiadores. Pero su más interesantes actividad son sus cartas a Ma-

nuelita. Desde su fragata, anclada en la rada de Montevideo, escríbele, el 6 de mayo, que su recuerdo no se ha borrado de su corazón y que no hace sino hablar, ante los que le rodean, de las preciosas cualidades de quien llama comúnmente "la Providencia de Buenos Aires". Le habla de otros franceses que la conocen y que, como él, no encuentran términos para expresar su bondad y amabilidad. "Las diversiones de Palermo –recuerda con emoción– y la magnífica fiesta de la Boca, serán para nosotros un asunto inextinguible de conversación y nos acordaremos aún mucho más de la admirable y buena Hada que presidía a todas esas diversiones". Y el 22 de mayo, en la antevíspera del cumpleaños de Manuelita, vuelve a escribirle desde su fragata: "Comiendo con el comodoro Herbert beberé a su salud de usted, a pesar de que él está muy celoso desde mi último viaje a Buenos Aires, haciéndome el honor de creerme más vanzado que él en la amistad de usted. ¡Siempre la rivalidad de la Francia y de la Inglaterra! ". No cabe duda de que los dos hombres, el francés y el inglés, van a reunirse a comer ellos solos con el único fin de recordar a la encantadora amiga argentina.

El culto a Rosas

El prestigio y la popularidad de Rosas, siempre muy grandes, han culminado después de la victoria de *Vences*, del levantamiento del bloqueo y de las bellas palabras de alabanza que desde todo el continente se le dirigen al "Gran Americano". En este aumento de prestigio de Rosas contribuyen los muchos unitarios y federales cismáticos que vuelven de la emigración. Rosas no los molesta en lo más mínimo. A ninguno le ha pedido cuenta de sus opiniones pasadas. Ha acordado una amnistía y cumple su promesa. Todos esos hombres están reconocidos a la generosidad del Restaurador, y uno de ellos, Pedro Lacasa, uno de los que organizaron la revolución del 39 y fue ayudante de Lavalle, hasta escribe un himno en su honor.



Tipos porteños.

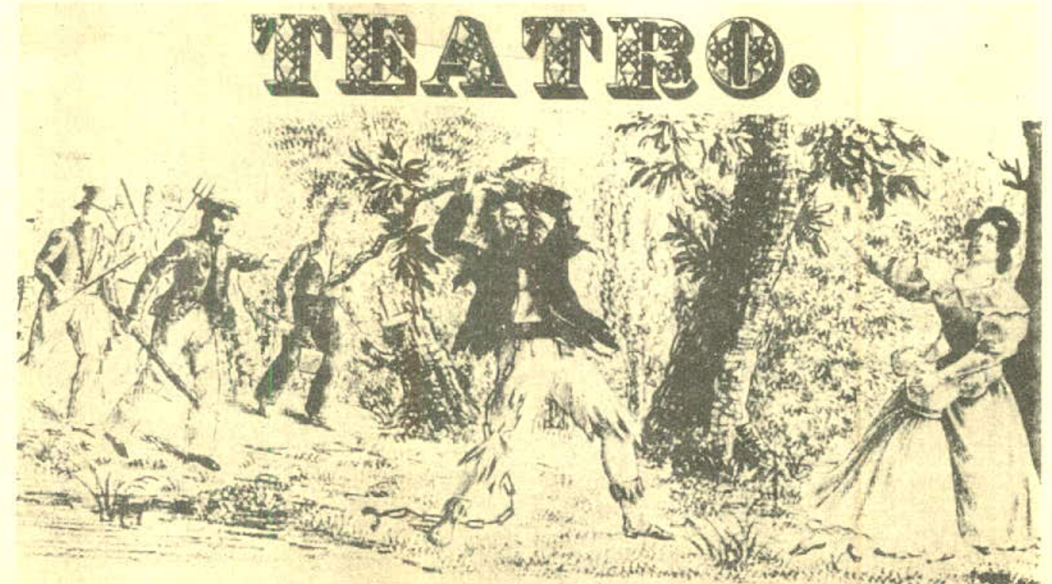
Ahora ese inmenso prestigio de Rosas es un culto y una moda. Todos quieren admirar al defensor de la patria y tener a mano su efigie. Es un amor análogo al que sintió Francia por Napoleón. Rosas, Héroe nacional, aparece retratado en jarrones, abanicos, peinetones, fuentes de loza, tabaqueras, guantes, relojes, cajas de rapé, cigarreras, mandiles, estandartes, aprietapapeles, floreros de porcelana, tinajas de barro, telas y hasta en papel de carta. La sociedad distinguida, que justamente diez años atrás se le puso en contra, es lógicamente la clase que más favorece a ese costoso

culto. Pero también en las casas de los pobres se ostenta el retrato del *Gran Americano* y abundan las litografías que lo reproducen.

Los ingleses y la renuncia de Rosas

Este extraordinario amor, nunca visto entre nosotros, manifiéstase tropicalmente en este año, con motivo de una nueva e inesperada renuncia. ¿Por qué renuncia, cuando no faltan sino seis meses para terminar su gobierno? Invoca razones de salud, cansancio. Es cierto que desde el año anterior está harto irritable. Ahora trabaja menos, no redacta él mismo todos los documentos. El estilo de sus cartas y mensajes comienza a decaer. Pero puede muy bien seguir gobernando. La legislatura rechaza la renuncia el 12 de setiembre por la noche; y terminada la sesión, los representantes, acompañados por una multitud de fieles, dirígense a la casa del Restaurador. El, al agradecer su presencia y la del pueblo, les dice haber perdido prestigio y que es preciso nombrarle un sucesor. Entonces surge la idea de una gigantesca manifestación para pedirle el retiro de la renuncia. Pero la policía no la permite. Sin duda aleccionada por Rosas, les indica a los organizadores que dirijan su petición a la Sala. Así lo hacen. Y casi en seguida, todas las provincias, menos Entre Ríos realizan análogas manifestaciones de adhesión. Probablemente Rosas renuncia porque prevé el levantamiento de Urquiza y su unión con el Brasil, y desea saber si cuenta con las provincias y si Urquiza está ya resuelto o no contra él. El año entrante, el 50, al ser reelecto, volverá a renunciar.

Para todos los habitantes, inclusive los extranjeros, el retiro de



Rosas del gobierno significa un desastre. Los ingleses a pesar del decreto de principios del año, cerrando las escuelas protestantes que educaban a niños católicos, están tan preocupados como los criollos. Siempre fueron partidarios del Restaurador. Hudson dice: "Entre sus admiradores figuraban la mayor parte de los ingleses residentes en el país. Mi padre pertenecía a ese número". Lo considera a su padre un "admirador ferviente de Rosas, un rosista crudo, como se llamaba a sus partidarios". En su estancia tiene en la sala un retrato de don Juan Manuel, y al niño le han enseñado que es "el hombre más grande del país". Un sacerdote irlandés, Antonio Fahy, que ha recorrido la campaña rancho por rancho y es una especie de santo, publica por esos días una carta defendiendo a Rosas de los ataques que le ha hecho una revista de Dublin. Declara que lo hace por obligación de conciencia y por agradecimiento al país. Afirma que Rosas tiene en todas partes una "universal simpatía", entre los argentinos como entre los extranjeros; que ha realizado "una administración beneficiosa", y que protege "los derechos y las propiedades de todos"; que su protección alcanza aun a los nativos que fueron sus adversarios en unión con naciones extranjeras; que ha sido clemente hacia los vencidos; que desde hace seis años no hay desórdenes, ni prisioneros, ni ejecuciones ni deportaciones; que los crímenes ordinarios fueron pocos y tuvieron su castigo; que el comercio y la población han aumentado; y que la Religión Católica es venerada y protegida por él, que "goza de la gloria de haberla restaurado a su primitivo esplendor".



Indio pampa.

Explicable, pues, que los británicos se interesen por la continuación de Rosas en el poder. Si lo abandonase, ¿qué sería del orden en los campos? Southern le ha transmitido a Arana los sentimientos de sus connacionales. Le ha dicho que el retiro de Rosas "sería, en cualesquiera circunstancias, y especialmente en las actuales, la mayor calamidad que podría acontecer". Entonces, setenta y seis británicos dirigen, el 27 de octubre, una nota de agradecimiento a Southern. Entre sus apellidos encontramos algunos que hoy integran la sociedad más distinguida de Buenos Aires. Gowland, Mackinlay, Lumb, Tomkinson, Green, Stegman, Cranwell, Temperley, Robertson, Woodgate, Bell y algunos otros. ¿Qué dicen estos británicos? Hablan de la protección que invariablemente han recibido de Rosas; de su magnanimidad e indulgencia, de la libertad que han gozado en la posesión de sus propiedades y en sus negocios; de la bondad uniforme con que han sido atendidas sus solicitaciones. Por todo esto están ansiosos de que Rosas quede en el gobierno, pues su retiro sería una gran calamidad pública y afectaría los más im-



Vivac Federal; litografía de Jules Daufresne.

portantes intereses de la comunidad británica. Y si esta manifestación puede influir en lo más mínimo en la determinación de Rosas, le ruegan al ministro comunicársela. Southern dice a Arana lo mismo que los británicos; agrega que Rosas protegió siempre sus derechos, intereses y seguridad personal, "liberándolos, aun en épocas de excitación popular y de resentimientos nacionales, de recelos, insultos e inquietudes".

Tratado de Southern-Arana

Por esos mismos días, feliz casualidad, recibe Southern una gran noticia: el gobierno de Su Majestad Británica ha aceptado el convenio propuesto y lo autoriza para firmarlo. Y así se hace el 24 de noviembre de ese año de 1849.

¡Triunfo espléndido el de Rosas! El convenio establece la devolución de Martín García y de los buques de guerra; la entrega de los buques mercantes a sus dueños; el reconocimiento de que la navegación del Paraná es interior y sólo está sujeta a las leyes y reglamentos de la Confederación Argentina, y que la del Uruguay es común y está sujeta a las leyes y reglamentos de las dos repúblicas; y la aceptación de Oribe para la conclusión del arreglo. Y Rosas se obliga a retirar sus tropas del Uruguay cuando el gobierno francés haya desarmado a la legión extranjera, evacúe el territorio de las dos repúblicas, abandone su posición hostil y celebre un tratado de paz.

Pero todavía hay algo más. Se restablece la amistad entre los dos países y Gran Bretaña se obliga a saludar al pabellón de la Confederación Argentina con veintiún cañonazos. Ha triunfado en absoluto don Juan Manuel de Rosas y han triunfado sus principios sobre los ríos. Y ha triunfado sobre la más poderosa de las naciones de la tierra. ¡Cómo él tuvo razón al resistir a las exigencias británicas, a los argumentos de los embajadores y a los cañones imperialistas! Ahora esos mismos cañones abusivos y crueles en la *Vuelta de Obligado* y contra las barrancas del Quebracho, van a hablar de nuevo, con las veintiún palabras de sus estampidos, en desagravio a nuestra patria.

Un coro unánime de admiración hacia Rosas entona nuestra América. Pero entre las adhesiones y los homenajes, nada tan interesante como la carta a Arana del general Carlos de Alvear, ministro de la Confederación en Wáshington. Dice de nuestra patria el vencedor de Ituzaingó, que las "más gloriosas páginas de su historia son debidas al ilustre general, que ha tenido la energía, valor, habilidad y constancia para saber vencer todas las resistencias y todos los obstáculos que se le han querido oponer, saliendo al fin de tan terrible lucha victorioso". Y un año después, como Santa Cruz, ministro de Bolivia en París, ha publicado una carta en un diario contra Rosas, el presidente boliviano Belzú declara que Rosas representa a América ante la faz de Europa.



Reloj de la Iglesia de Santo Domingo.

Thiers y otros en favor de la guerra

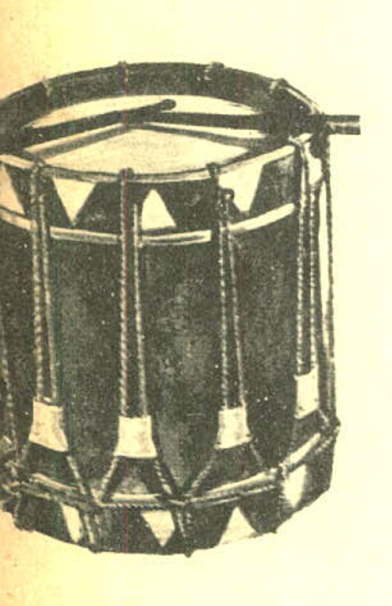
En Francia todo ha cambiado para Rosas. El ministro de Negocios Extranjeros es Eduardo Drouyn de Lhuys, que tantas veces le atacó en la Cámara de Diputados. Y en la Asamblea Legislativa domina Thiers, convertido en jefe de todos los grupos opositores. Va a discutirse el subsidio a Montevideo, o mejor dicho, el crédito para ese subsidio, pues el dinero ya fue entregado. Pero el verdadero tema de la discusión será la guerra contra Rosas.

Ultimo día de 1849. Drouyn ratifica sus opiniones. Gustavo Augusto de Beaumont propone postergar la guerra, pero explica su plan para aniquilar a Rosas. Hubert Delisle acusa a Rosas de burlarse de los tratados, de intentar destruir la influencia francesa en el Uruguay y de querer degollar a los colonos europeos. Gerdy recuerda a la Mazorca, llama a Rosas "el hombre más feroz de la tierra", le compara con Tiberio y Calígula y dice que hay en él la ferocidad de un gaucho. Pero lo más trascendental para los argentinos son las intenciones de conquista que descubren esos franceses. ¿Cómo dudarlo después de leer el discurso

de Aylies? Este orador se pregunta "si se puede abandonar semejantes elementos de colonización" y si los franceses, cuando "una buena fortuna" les entrega una tierra incomparable, desertarían de todo eso. Estas opiniones se leen frecuentemente en Francia por esos días. He ahí el libro de Alfredo de Brossard, que vino con Walewski. Ya conocemos algunas de sus frases imperialistas. Agreguemos otra. Quiere que su patria se absorba en "grandes y útiles empresas de civilización, sea en Africa, sea en el otro lado del Atlántico"; y lamenta que el gobierno de la República no haya dado a la cuestión del Plata "una solución grande y digna de la Francia". Invoca el derecho de su patria, demasiado poblada, a buscar un desahogo –el "espacio vital" de Hitler– y quiere se imite a Gran Bretaña, que no retrocedió ante la conquista de la India, que no vaciló ante la guerra "para conservar el monopolio de la intoxicación de los numerosos habitantes de un vasto imperio".

Hay ambiente para una expedición militar al Plata. Los legisladores la creen empresa fácil. Ignoran que en 1807 hicimos capitular a miles de ingleses. Algunos fanfarrones suponen que basta con ocho o diez mil soldados para vencernos. Un cretino exclama: "¡Ni tanto! tres mil hombres solamente". El subsidio es aprobado, pero sólo por cuatro meses.

Al terminar el plazo ocurre algo sensacional: *La Presse* publica el proyecto de tratado entre Rosas y Le Prédour. Alborótanse los patrioteros. La comisión de Créditos de la Asamblea Nacional Legislativa tiene que informar de nuevo sobre el subsidio. Pasa el verano; y a poco de reanudarse las sesiones, y después de asuntos políticos más graves, se va a tratar el subsidio.



Tambor del ejército paraguayo.

El equipo de hombres que gobiernan ha cambiado. Ya no se antepone al apellido de cada cual, en *La Gazette*, la palabra *ciudadano* sino *señor*. En su mayoría los diputados son derechistas y católicos, y hay entre ellos algunos militares y marinos: el ministro de Negocios Extranjeros es un general, De la Hitte. Estos hombres son para nosotros más peligrosos que los anteriores. Por eso no asombra que en esos días de diciembre, en plena presidencia del príncipe Luis Napoleón, y cuando no falta demasiado para el plebiscito y el segundo Imperio, muchos diputados estén resueltos a la guerra.

Para peor, alguien los estimula: el oriental Melchor Pacheco y Obes, el dictadorzuelo de cinco años atrás. Ahora gestiona la humillación de su patria y nuestro aniquilamiento. Inteligente, buen conocedor de la lengua francesa, y con ciertas dotes literarias, se ha vinculado con periodistas y diputados. Documentó a Alejandro Dumas para *La Nueva Trampa*. Trabaja a los diputados y nos es-

¡VIVAN LOS FEDERALES!
¡MUERAN LOS SALVAGES ASQUEROSOS YNMUNDOS UNITARIOS!
¡MUERA EL LOCO TRAIDOR SALVAGE UNITARIO URQUIZA

Constitucion Federal
ó
Muerte

Divisas de Rosas y Urquiza.

tá haciendo mucho daño este sucesor de Varela. Tiene menos talento que el argentino, y la misma impudencia para traicionar a la América.

Le Prédour y San Martín nos salvan

Pero otros dos hombres están de nuestra parte y van a salvarnos. Uno es el propio almirante Le Prédour, que ha comprendido nuestra razón. Desde febrero ha estado informando a París, y todos sus informes nos favorecen. El 20 de ese mes dice que en Buenos Aires hay "una prosperidad extraordinaria", que Rosas "ha concentrado en ella todo el comercio del Plata", y que diez mil franceses gozan allí de una vida cómoda. El 13 de mayo comunica que sólo para alejar a Oribe de Montevideo se precisan diez mil soldados. El 9 de julio asegura que "sin la horrible presión que una guarnición indisciplinada hace pesar sobre los habitantes", toda la población hubiera hecho entrar a Oribe. El 21 de julio afirma que sólo existen cuatro mil franceses en Montevideo. El 11 de agosto sabe que Oribe cumple el armisticio, que Montevideo disminuye de población por causa de la miseria y que los nativos desean "ardientemente" que el gobierno francés ratifique los tratados con Rosas y Oribe; pero él cree que los legionarios sólo cederán cuando Francia renuncie a enviar una expedición y suprima el subsidio. Y en fin, el 24 de setiembre dice que los legionarios quieren la guerra para recibir el subsidio,



Manuel de Sarratea.

pues prefieren pelear antes que trabajar, e insinúa la inconveniencia de atacar a Buenos Aires, donde hay tantos intereses comerciales franceses. Le Prédour está seguro de que su gobierno aceptará el convenio, y así se lo escribe a Manuelita en noviembre, llamándola "encantadora soberana de Buenos Aires". Y en una carta sin fecha, le dice que el feliz desenlace próximo es debido "tanto a la moderación de Su Excelencia como a su grande habilidad política".

Y junto con este francés, nos salva el general San Martín. Está enfermo y viejo, pero siempre dispuesto a defender a su patria, sobre todo en estos momentos en que no tenemos representantes en París por haber muerto Sarratea en setiembre. El general ha conocido al presidente de la Comisión de Créditos, Daru, y a los ministros Binau, de Obras Públicas; Rouher, de Justicia, y De la Hitte, de Guerra. Daru habla en la sesión del 17 de diciembre. Reconoce ser grande el poder moral de Rosas, nada grave dice contra él y aconseja el rechazo del tratado y la aprobación del subsidio. San Martín escribe a Binau el 23. En este documento, que será trascendental, San Martín se ratifica en su carta a Dickson. Hace valer la experiencia de sus once años de guerra por la emancipación americana, para afirmar que las dificultades de atacar a nuestro país son enormes, por la posición geográfica, el carácter de los habitantes y de la distancia a Francia. "Una vez comprometida en esta lucha, Francia tendrá a honor de no retrogradar, y no hay poder humano capaz de calcular su duración". Los ministros, que reconocen la excepcional autoridad moral y profesional de San Martín, comprenden el valor de este documento y se disponen a utilizarlo.

Pero ya comienza el largo combate. Es el 28 de diciembre. Larrabure dice: "Desde 1845 hemos hecho la guerra a Rosas, sin quejas serias, sin derechos suficientes". Agrega: "Haríamos una Argelia, a tres mil leguas de la madre patria". Y afirma que debe optarse entre el tratado Le Prédour y una expedición militar. La Rochejaquelin, adverso al tratado, quiere una expedición: "se nos dirá que esto es querer la guerra; pero una guerra poco temible que la Francia podrá hacer fácilmente con dos o tres mil bayonetas". Lainé, nuestro viejo enemigo, juzga "humillante" el tratado. Daru llama "cobardes" a los soldados de Oribe, y Lacaze lo desmiente: "Jamás el gaucho ha sido un cobarde". Lasteyre, que habla en favor del tratado, lee el informe de Le Prédour, según el cual se precisan diez mil hombres. El 31 de diciembre habla Rouher, el ministro de Justicia: "Se ha pronunciado la palabra *acción*. Es una timidez de lenguaje . . . ¡ Vuestra acción es la guerra! ". El interés de Francia está hoy en Buenos Aires, donde trabajan diez mil franceses. Lee la carta de San Martín al ministro Binau. Y asusta a la Asamblea repitiendo las palabras de Larrabure de que se intenta crear una Argelia a tres mil leguas. Esto horroriza: Argelia es sinónimo de guerras interminables y millones de francos perdidos. La Rochejaquelin observa: "los partidarios del tratado Le Prédour quieren la paz; los que combaten ese tratado quieren la guerra". El 4 de enero, Daru pide que se envíe un ultimátum a Rosas; y si es rechazado, obrar contra él. De Laussat lo defiende: "Rosas representa la nacionalidad americana, como Ab-el-Kader la nacionalidad árabe frente a Francia". y añade que "atacar a Rosas es atacar a toda la América". Hubert Delisle se despacha contra el "tirano". El ministro de Negocios Extranjeros encuentra imprudente que se traten en la Asamblea cuestiones secretas de la diplomacia: Dupetit Thouars, el atropellador de Tahití, en estilo belicista: "No hay que negociar; hemos engrandecido demasiado a ese hombre, le hemos dado demasiado brillo, haciendo a nuestra bandera testigo de su triunfo en el Plata". El 5 de enero, Rouher los asusta: en caso de tomar la ciudad, Rosas podría llevarse en rehenes a dos mil franceses.



Anuncio venta billares.

Ahora habla Thiers. Es el elocuente orador de siempre, el hombre que sabe tocar todas las cuerdas. Pero sus razones son harto pobres. Lo elogia a Rosas, que como político "es un hombre de rara habilidad". Insiste mucho en esto. Cree cobardes a los argentinos, suponiendo que fuimos vencidos en *Obligado*. "No hay un gobierno en Europa tan bien formado como el de Rosas". Alguien le interrumpe. "¡ Es un bárbaro, dijo usted! ". Corrido, el gran orador contestó: "No, no es un bárbaro, pero se

conduce como un bárbaro". Thiers habla con mala fe, como si el convenio, que sólo es un proyecto, estuviese firmado. Quiere la guerra contra Rosas. Recuerda que los norteamericanos, con cinco mil hombres, hicieron en Méjico la más bella de las conquistas, y que los ingleses, con siete mil obligaron a China a aceptar el opio. Una voz: "el opio y el comunismo". Insiste Thiers en la guerra "hay que ser como los ingleses, que, por un marinero herido, han hecho grandes guerras". Vale decir: hay que buscar pretextos de conquista. La guerra contra Rosas "es una de esas guerras que las naciones marítimas deben saber hacer cuando quieren hacerse respetar". Rouher dice que no hay razón para tomar las armas porque un francés haya sido molestado en el extranjero. Hace el elogio de Le Prédour, "hombre honorable, inteligente", y lee algunos de sus informes.

Se ha llegado al 7 de enero de 1850 y se va a votar. Se han presentado varias enmiendas. Un hombre asiste a la sesión con inquietud. Melchor Pacheco y Obes. Días antes, creyendo que la guerra iba a ser resuelta por aclamación, fue a felicitar a Daru. Va a votarse la enmienda propuesta por Rancé, que dice: "considerando que el Gobierno entiende continuar las negociaciones con el fin de garantizar el honor y los intereses de la República y que nuestros connacionales serán seriamente protegidos contra todas las eventualidades sobre las riberas del Plata, la Asamblea pasa al orden del día". Se vota, y es aprobada. ¡No habrá guerra! Melchor Pacheco y Obes escribe: "El voto de la Asamblea en sí, es fatal". Vale decir: es una fatalidad que una de las dos más grandes potencias del mundo no vaya a destruir a una patria hermana de la suya, a una joven nación de América . . . Pero el implacable Pacheco y Obes no se desanima y empieza a organizar una expedición por su cuenta, instala una oficina de reclutamiento en la Chaussée d'Antin. Lo ayudan sus amigos Thiers y Lainé y el ministro plenipotenciario del Brasil. Pero a principios del 51 el gobierno de Francia terminará con este escándalo, prohibiendo el reclutamiento y la expedición.



Firma de Mendeville.

Tratado Arana-Le Prédour

¡No habrá guerra! El gobierno francés manda a Goury de Boslau con nuevas instrucciones para Le Prédour y al frente de trece buques de guerra. Parece una amenaza, pero nada ocurre. Le Prédour retorna a Buenos Aires el 10 de abril y reanuda las negociaciones. Discútense detalles. Y el 5 de agosto de ese año de 1850,. Arana, autorizado por Rosas, y Le Prédour por el

presidente Luis Napoleón, firman la convención de paz.

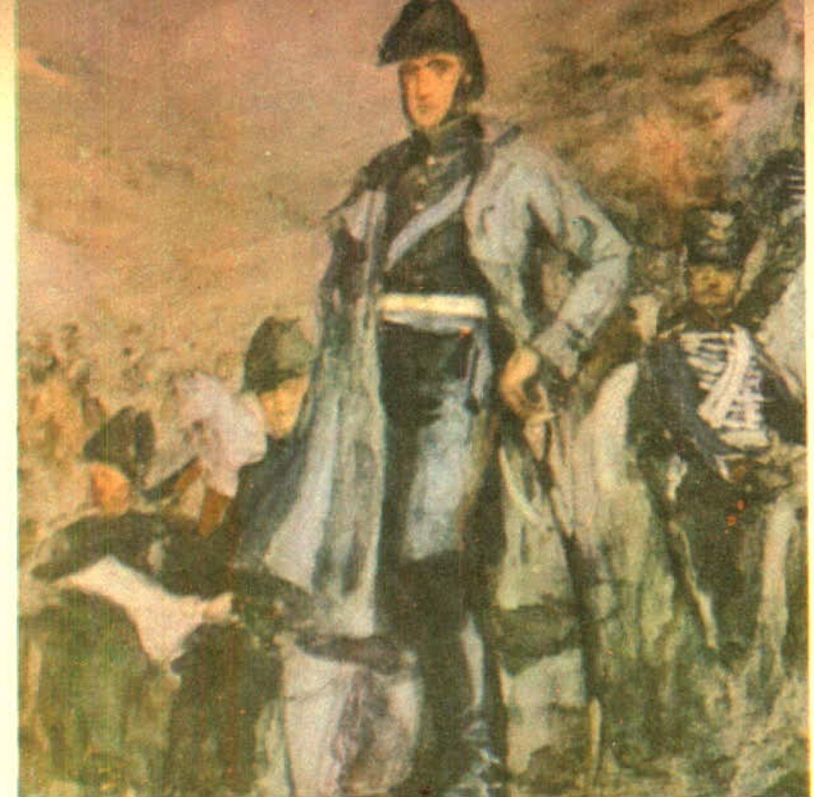
Otro gran triunfo para Rosas, que no ha aceptado ninguna de las modificaciones que pretendía Francia: que las tropas argentinas en el Uruguay comenzaran a retirarse cuando empezase en Montevideo el desarme de los extranjeros: que la evacuación de Martín García, el levantamiento de los puertos de Oribe y el saludo al pabellón argentino se hicieran después de ese retiro de las tropas; y que Rosas llamase "gobierno" al de Montevideo y sólo "general" a Oribe. Se ha firmado lo que quiso Rosas: que comience el desarme de los extranjeros y queden junto a Oribe un número de soldados igual al de esos hombres, y no sólo hasta el fin de la operación sino hasta el retiro del Uruguay de las tropas francesas; que el bloqueo sea levantado inmediatamente; y la declaración de que el Paraná, y en una mitad del Uruguay, son argentinos y serán regidos por nuestros reglamentos y leyes. Rosas, el bárbaro, según Thiers, ha vencido a Francia, le ha impuesto un tratado que Thiers y muchos diputados y escritores, juzgaron humillante para la orgullosa nación.

San Martín lega su sable a Rosas

Nadie más contento con los triunfos de Rosas que el general San Martín. Cada vez más enfermo, le escribe el 6 de mayo unas palabras de elogio que durarán más que el odio de sus enemigos, los de entonces y los de hoy. No es su ánimo, empieza, quitarle a Rosas "el precioso tiempo que emplea en beneficio de nuestra



Gral. José de San Martín.



San Martín en Chacabuco, según boceto de P. Subercasseaux. Museo Histórico Nacional.

patria". Ha recibido el Mensaje el 27 de diciembre y se lo ha hecho leer dos veces. Agrega, con emoción: "como argentino, me llena de un verdadero orgullo el ver la prosperidad, la paz interior, el orden y el honor restablecidos en nuestra querida patria". Observa que "todos estos progresos" Rosas los ha logrado "en medio de circunstancias tan difíciles en que pocos Estados se habrán hallado". Lo felicita "por tantos bienes realizados". Le desea salud completa y que "al terminar su vida pública, sea colmado del justo reconocimiento de todo argentino". ¡Del justo reconocimiento! ¿Qué diría el gran patriota si supiese que a Rosas le recompensó el país –o sus gobernantes– con un odio denso y bajo?

Pero él no lo sabrá, porque el 17 de agosto, en Boulogne-sur-Mer, entrega su alma a Dios. Al comunicar su muerte, el secretario de la Legación que es su yerno, le da a don Juan Manuel esta noticia gloriosa: el vencedor de Chacabuco le ha legado su sable. El testamento dice: "El sable, que me ha acompañado en toda la guerra de la Independencia de la América del Sur, le será entregado al general de la República Argentina, don Juan Manuel de Rosas, como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarnos". Y este documento ha sido redactado el 23 de enero de 1844, vale decir, cuando aún no habían llegado los días de *Obligado* y del *Quebracho*, cuando Rosas aún no había triunfado sobre la diplomacia de Francia y

de Inglaterra, sobre la terca enemistad que le profesaban los Thiers y los Peel, y sobre los propósitos de conquistas de las grandes potencias rapaces.

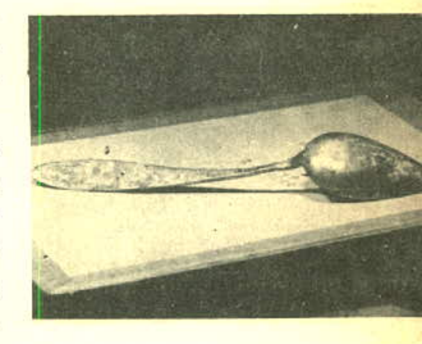
¿Qué más puede ambicionar Rosas que esta consagración del más grande de los argentinos?

Rosas, sus relaciones con Eugenia y sus hijos

¿Cómo va pasando Rosas estos años de su gobierno? En marzo del 51 cumple cincuenta y ocho años. Ha engordado y la espalda ha perdido la derechura de otro tiempo. No está viejo, pero sí cansado. Nada lo revela mejor que sus borradores. Antes, eran todos de su mano y ahora no. Tres meses atrás, pese a su renuncia, ha sido reelecto, "en los términos –dice la ley– y bajo las condiciones pedidas por el pueblo" y con la declaración de los representantes de que le entregan "sus vidas, haberes y fama".

Tiene nietos, los hijos de Juan, e innumerables sobrinos, que van a visitarle todos los domingos. El es afectuoso con ellos y les hace regalos. Poca gente lo ve, salvo sus hermanos y cuñados, los miembros de la familia Ezcurra y algunos viejos y fieles amigos como Terrero y Roxas y Patrón. Ahora trabaja mucho menos. Ya casi no hace aquellas bromas pesadas que tanto le divirtieron antes. Vive tranquilo, saboreando sus grandes triunfos diplomáticos, su celebridad mundial, su prestigio americano. El Brasil y Urquiza le preocupan algo, pero no les teme.

Eugenia, su querida, sigue viviendo en la casa. El mayor de los hijos es una chicuela, Mercedes, a la que llaman *Antuca* y ha de tener diez años. Síguele Nicanora, a la que él apoda *Canora* y también la *Gallega*; Angelita, o *el Soldadito*; Justina, *Arminio*, o *el Coronel* y Joaquín. Eugenia es siempre su amante, y la prueba es que en 1852, cuando él ha abandonado el país, nace Adrián, el menor de sus hijos.


Cuchara tallada de la época.

Nada sabemos de rigurosamente cierto sobre su vida cotidiana con Eugenia y los hijos. Muchos años más tarde, Nicanora, que tiene 88, le referirá a un periodista algunas cosas; y más que ella, sus hijas, que recuerdan cuanto su madre les ha contado. Según estas mujeres, Eugenia duerme en el mismo cuarto que Rosas, lo que no puede ser verdad; prueba antes que él los alimentos y lo afeita. Los hijos, por lo menos los primeros, habrían nacido en Palermo, cuando el Restaurador y Manuelita moraban en la ciudad. Rosas juega con las chicas, las llama "salvajes unitarias" cuando hacen alguna travesura y hasta las manda azotar, pero

con azotes que no son tales porque pegan en un grueso cartón puesto sobre el cuerpo de la delincuente.

¿Hay algo de verdad en esos relatos de unas viejas? Es de creer que lo hay. Pues si no, ¿cómo esas mujeres pueden saber tanto sobre la vida de Rosas, sobre Manuelita y sobre las dos casas del Restaurador? Pero el biógrafo no puede aceptar como cierto lo que no se funda en documentos serios ni tiene la menor comprobación.

Manuelita y su corte

En estos últimos años del gobierno de Rosas alcanza su mayor brillo "la corte de Manuelita". Allá en Palermo, en donde ella y su padre viven ahora casi todo el año, entre sus jardines de estilo sevillano y rico de plantas y árboles del bosque y los lagos, reina la que fue llamada *soberana de Buenos Aires*. Componen su corte los franceses e ingleses de las embajadas y de las escuadras, algunos cónsules y ministrós de otras naciones y unos pocos argentinos. Todos la admiran y la quieren, y los hay que se enamoran de ella, como Southern y Le Prédour. Hasta los enemigos de su padre la alaban, como el viajero francés Marmier, según el cual ella ejerce "la cartera del ministerio de la conmiseración". Tiene más de treinta años, y está en la plenitud de sus encantos, el mayor de los cuales es su bondad. Pero tiene otros muchos: la distinción, la elegancia, la suavidad, el arte de agradar, el talento de ejercer influencia con exquisitez, la discreción, la cortesía, la habilidad innata de despertar en los hombres una delicada voluptuosidad.

Luis Dorrego.

Firma de Luis Dorrego

Hay en la corte de esta princesa criolla algo que procede de los tiempos virreinales. La gracia y la sonrisa se unen al buen tono. Nada disuena. Manuelita acerca a unos y otros con maravilloso tacto. Se declaman versos, se cantan canciones criollas con las guitarras. Hay cabalgatas y paseos en góndola por los lagos y banquetes alegres que terminan con cantos en coro.

Y la morada de esta princesa es un deleitoso lugar: árboles gigantescos; plantas variadísimas y algunas raras y exquisitas flores; y un canal que llega hasta cerca de la ciudad. A la orilla del río, un barco allí embarrancado por una tempestad ha sido pintado de rojo, adornado y convertido en salón de baile. Desde fines del 49, conviértese en moda ir los domingos a Palermo, donde los músicos y cantores divierten a la concurrencia.

Fuera de su corte no se la admira y quiere menos. Sus cumpleaños son grandes fiestas del pueblo.. Mucho antes de que amanezca, el 24 de mayo a la medianoche, óyense serenatas en toda

la ciudad. Fórmase una numerosa columna que, alumbrándose con farolillos, llega hasta su balcón. Cántanle canciones con versos dirigidos a ella. A mediados del 51, Juan Nepomuceno Terrero, Gervasio Rosas y Luis Dorrego van en comisión a pedirle que acepte un gran baile de honor. Y una noche de este mismo año, al salir del teatro, oblíganla a subir a un carro triunfal, del cual tiran, o cuyas ruedas empujan, los jóvenes que la admiran, alguno de los cuales convertiráse pronto, al caer Rosas, en su furibundo enemigo póstumo . . .

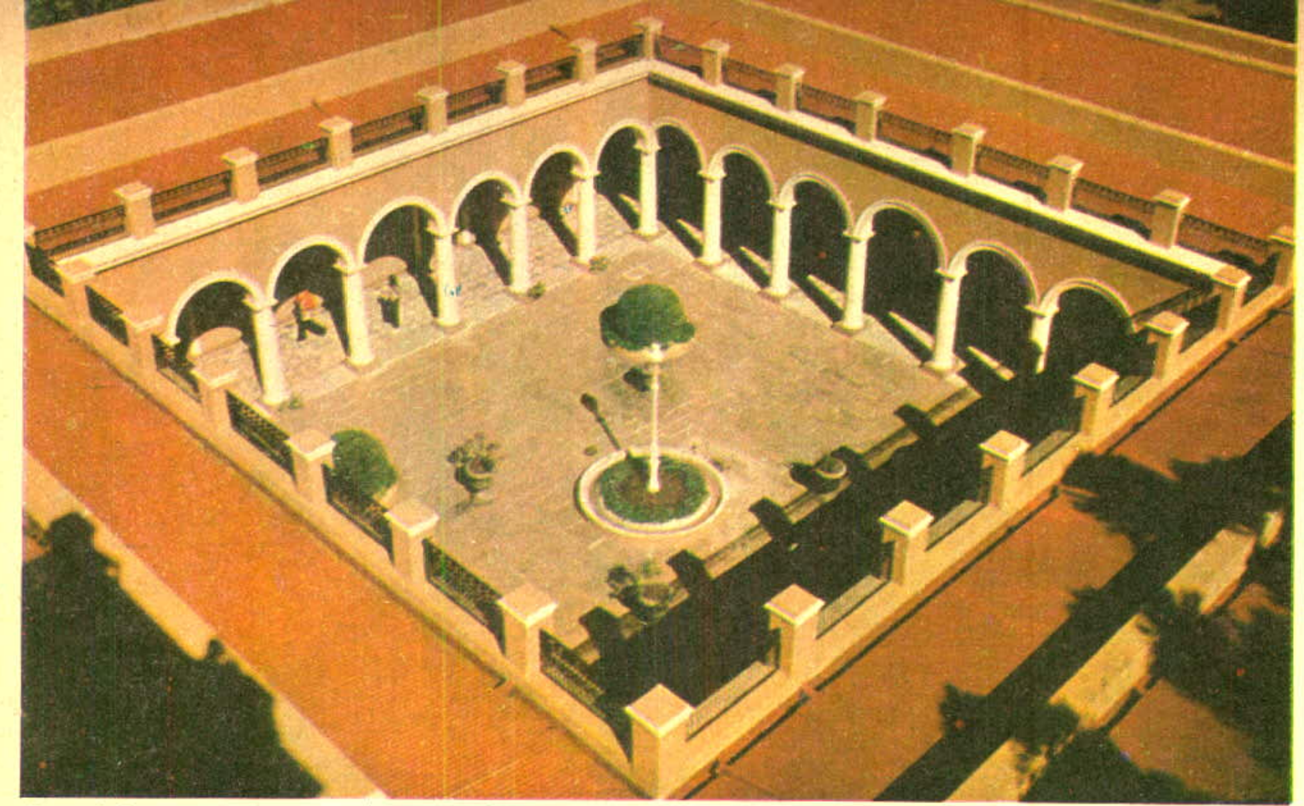
El Brasil y Urquiza contra Rosas

Si asombra la tenacidad de Rosas, la de sus enemigos pasma. Porque es harto más fácil entercarse en defender el poder que en atacarlo. Vencidos Bolivia y Montevideo, Francia e Inglaterra y fracasadas las tentativas para mover a Chile, al Paraguay y otra vez a Bolivia, no queda sino el Brasil. Y en el interior, desaparecidos todos los jefes unitarios, sólo hay, para los enemigos de Rosas, una esperanza: don Justo José de Urquiza, el gobernador de Entre Ríos.

El Brasil es nuestro viejo enemigo, como lo es del Uruguay. El gobierno de Río ve con temor el prestigio continental de Rosas. Teme que él suscite la rebelión de los negros y la del Estado de Río Grande del Sur. Aspira el Imperio a la hegemonía, sobre todo en el Plata y Rosas le estorba. Seis años atrás provocó la

Travesía en diligencia.





Patio de honor, en el palacio San José, residencia de Urquiza.

intervención franco-inglesa. Ahora, sin los rivales europeos, y más fuerte militarmente que entonces, el Imperio cree que ha llegado su hora. Por su parte Rosas, muy celoso de la defensa de nuestra soberanía, enloquece al Brasil con reclamaciones: veinticuatro en tres años contando las insistencias. Rosas tiene razón, pues el Imperio permite, no sólo que sus súbditos cometan atropellos, sino verdaderas invasiones, como aquella de las tropas del barón de Yacuhy en el territorio uruguayo, a fines del 49 y a principios del 50.

Urquiza ha crecido en prestigio desde *India Muerta* y *Vences*. Personalidad poderosa, es lógico que quiera realizar su destino. Si ha nacido para el mando, ¿por qué ha de ser siempre un lugarteniente de Rosas? Además, Rosas lo ha humillado, cuando el tratado de *Alcaraz* y cuando él quiso arreglar al *Cerrito* con *Montevideo*.

¡Qué no han hecho los unitarios y los hombres de Montevideo para seducir al Brasil y a Urquiza! Lamas trabaja en Río hábilmente. Los líderes de la emigración no sienten escrúpulo en lanzar contra su patria al viejo enemigo. Alsina le escribe a Lamas: "La desavenencia de Rosas con Urquiza sigue. Si Urquiza llegase a contar con seguro apoyo exterior, no hay duda que se declararía. ¡Ah, Brasil, Brasil! ". Alberdi, desde Chile, al mismo Lamas, le dice que escribe artículos "dirigidos a abrir simpatías en favor del Brasil". Los intrigantes saben que ni el Brasil ni Urquiza procederán el uno sin el otro, y su obra consiste en acercarlos. Alsina, ahora líder de la oposición a Rosas, le escribe a Lamas el 28

de octubre de 1850. Como en las cámaras brasileñas se ha insultado a Rosas y algunas partidas han robado hacienda en el Uruguay, don Juan Manuel, según Alsina, está por declarar la guerra. Su obstáculo sería Urquiza. Ha pensado en hacerle una revolución. Urquiza ha conferenciado en Concordia con el general Garzón, ahora distanciado de Oribe y alejado de la política y del ejército, y con el gobernador de Corrientes, sin comunicarle a Rosas el motivo del encuentro. Alsina le advierte a Lamas que ya se ha hecho conocer a Urquiza la idea de Rosas. Y el año anterior, el 18 de noviembre de 1849, con motivo de la exigencia de Urquiza a Rosas sobre libre extracción de metálico para Entre Ríos y consiguiente enojo de don Juan Manuel, el mismo Alsina le ha dicho a Lamas: "Machaque usted a ese gobierno sobre la necesidad de tentar a Urquiza". Pero no es preciso indicárselo, pues el gabinete de Río ya lo ha hecho.



Soldado de Urquiza.

La prensa del Brasil, en general, no quiere la guerra, de la que se habla allí como de cosa segura. Menos la quiere el pueblo, tanto que el Gobierno, resuelto a todo, engancha gente en el extranjero. El Imperio cree que al Brasil le conviene la guerra, que sería "altamente nacional" y que uniría a los brasileños y "elevaría su espíritu y brío sobre las divergencias internas". En un *Relatorio* del ministerio de Negocios Extranjeros del Brasil, donde esas cosas se dicen, agrégase que "elementos argentinos" –Urquiza– completarían la obra. El Brasil, a pesar de sus millones de habitantes, no se atreve a combatir solo contra nosotros. Y no bastándole Urquiza, busca el apoyo del Paraguay y de Corrientes, hasta firmar con el primero, en diciembre de 1850, una alianza ofensiva y defensiva. Igualmente, y cómo si no existiera el convenio Southern-Arana, el Imperio planea una alianza con Inglaterra y Francia y en contra de Rosas. Le pide a Urquiza que sea neutral y permita el paso de sus tropas, y Urquiza –observemos la fecha– el 20 de abril de 1850, contesta que él no puede hacer eso "sin traicionar" a su patria y "sin borrar con esa ignominiosa mancha" sus antecedentes. Un año después lo hará[3]...

Al Imperio y a Urquiza sólo fáltanles para la guerra algún pretexto. Pronto van a tenerlo. Rosas se ha empeñado en que Guido, nuestro representante en Río, obtenga una explicación por las invasiones del barón de Yacuhy, y que, en caso negativo, pida sus pasaportes. Guido no las consigue, y, como se ha demorado y ha tratado el asunto en conversaciones y no por escrito, Rosas, a pesar de su vieja amistad con él, celoso siempre de los derechos argentinos, le ordena que perentoriamente, y por última vez, exija las reclamaciones. Y le amonesta: "esa diplomacia miedosa no ha podido ni puede producir sino males, comprometien-

do la dignidad de su gobierno y hasta sus pensamientos políticos". Es Arana quien firma, pero el gesto y las palabras son de Rosas. Guido nada consigue y debe abandonar Río de Janeiro. Han quedado rotas las relaciones.

A Urquiza tampoco va a faltarle pretexto. Rosas ha vuelto en su Mensaje de los primeros días del 51, a insistir en su renuncia. Urquiza está decidido a aceptarla, en la parte en que se refiere a las Relaciones Exteriores. Sabe que esto es la guerra. El 3 de abril comunica a Montevideo que va a dirigirse a todas las provincias, "resuelto a colocarme a la cabeza del gran movimiento de la libertad". Dos días después, pide a los gobiernos provinciales su apoyo moral y nada más, porque "las lanzas del ejército entrerriano bastan por sí solas para deribar ese poder ficticio" de Rosas, "apoyado únicamente en el terror".

Pronunciamiento de Urquiza

Ha llegado el 1º de mayo. Urquiza dirige una nota a Rosas y produce un decreto en términos iguales. A esto se le llama el *pronunciamiento de Urquiza*. La nota le dice a Rosas con ironía: "hoy que aparece V. E. gravemente afectado de salud y de veras resuelto a verificar su renuncia", están de acuerdo el pueblo entrerriano y su gobierno "en acceder a lo que V. E. tan repetida como vehementemente solicita". Acepta, pues, en cuanto a la dirección de las relaciones exteriores, "quedando de hecho y derecho en aptitud de entenderse directamente con los demás gobiernos del mundo, hasta que reunido el Congreso General Constituyente, se organice la República".

Días después, el 29 de mayo, firma Urquiza la alianza con el Brasil y Montevideo, los que, desde poco tiempo atrás, ya estaban aliados: el Brasil dábale a Montevideo fondos para la guerra y había declarado estar dispuesto a contribuir a la defensa de la ciudad contra Oribe.

Urquiza prepárase para la lucha. Concentra gente en *Calá* y en *Arroyo Grande*. He ahí a su lado a Eugenio Garzón, ex general rosista, jefe del Estado Mayor de Oribe durante la campaña del norte. Un acuerdo suplementario al tratado del 29 de mayo, obliga a Urquiza a invadir el Uruguay el 18 de julio y a utilizar a los brasileños. Pasa el Uruguay el 19. Y poco después se le incorpora otro jefe de Oribe, Servando Gómez, que acaba también de defeccionar.

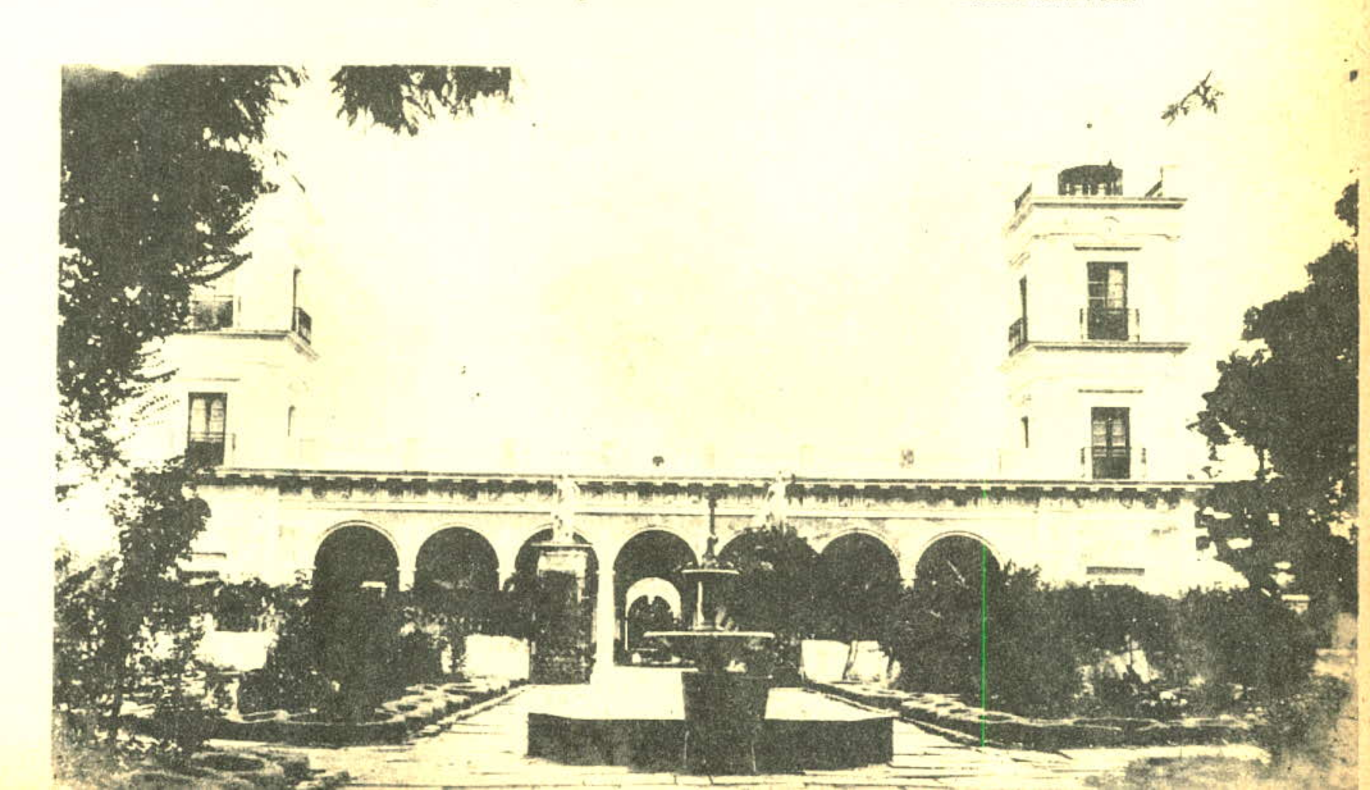
En Montevideo producen el más loco júbilo el pronunciamiento y la alianza. Los que hasta ayer decían abominaciones de Ur-

quiza y de Garzón, los que calificaron a don Justo José como "caudillo carnicero del degollador Rosas" –léase *El Nacional* del 15 de febrero de 1842–, hoy los alaban fervorosamente. Los "degolladores", los monstruos, se han purificado. Repitamos: a los enemigos de Rosas no les importan los "crímenes" sino *voltear* a Rosas. ¿Y qué decir de Urquiza y de Garzón? Entre los hombres de Rosas nadie, quizá, como ellos, contribuyó tanto a la mala fama de la dictadura. Nadie mató más prisioneros que Urquiza. Hudson le llama "un feroz degollador como no hubo otro". Esta reputación le viene de lejos y la tuvo entre los mismos federales: así Antonio Toll, jefe de la escuadrilla, escribíale a Corvalán el 12 de noviembre de 1838, desde el arroyo de la Leche: "el nombre de Urquiza es odiado, en general; su despotismo, su carácter sanguinario, sus ineptitudes, han puesto a la provincia en este estado". Nadie, salvo los unitarios Lamadrid y Deheza, fusiló tanta gente en masa como Garzón. Y he aquí que ellos hablan ahora contra los crímenes de la dictadura... Van, pues, a derrocar a Rosas por lo que ellos hicieron: los degollados a raíz de *Vences*, los veintiún fusilados en la pampa del *Gato*...

Reacción de Rosas

En Buenos Aires indigna apocalípticamente la actitud de Urquiza. *La Gaceta* publica el 20 de mayo muchos documentos, sin comentarios. En una carta privada, Urquiza llama a Rosas "usur-

Palacio San José.





Soldado de caballería de Urquiza.

pador" y declara que su divisa será: "¡guerra al tirano Juan Manuel de Rosas y a sus sostenedores! ". El 24 habla *La Gaceta*: "Un grito de execración resuena unísono en el pueblo argentino contra ese monstruo desnaturalizado que se lanza a saciar sus instintos feroces en la tranquilidad y en la gloria de su inmerecida patria".

Adhesiones de todas las provincias a Rosas. A los gritos habituales agrégase: "¡Muera el loco traidor salvaje unitario Urquiza! ". Hay representaciones teatrales con alusiones al rebelde. Las fiestas patrias y el cumpleaños de Manuelita adquieren ese año un excepcional brillo. El 9 de Julio, bajo la lluvia, desfilan más de ocho mil soldados y cuarenta y tres cañones, algunos tirados por mulas y montados. Rosas, de poncho y con una espada en la mano, manda las tropas. Cuando desde el paseo de Julio, llamado así, oficialmente, desde 1848, se dirige a la Pirámide, la multitud lo rodea, lo vitorea y le impide avanzar. Unos le dan la mano, otros lo tocan, hay quien lo abraza. Frente a la Pirámide de Mayo, con la espada levantada, exclama: "¡A la tierra argentina, salud! ¡Gloria perdurable a los patriotas ilustres que acordaron virtuosos el juramento santo de nuestra Independencia de España y de toda otra dominación extranjera! ".

¿Es oportuno el momento elegido por Urquiza para sublevarse? Lo es en cuanto Rosas y sus gentes están gastados. Pero no ha habido justicia en la elección del momento. Benito Hortelano dice de esos años que la gente se divertía y que "los negocios iban bien, se vivía muy barato y la paz más completa era el

orden de la nación". Terminadas tiempo atrás las violencias, hay tranquilidad y felicidad. Realízanse nuevos progresos urbanos. En Buenos Aires habitan, en 1851 –viviente argumento contra Thiers y en favor de Rosas– veinticinco mil franceses, de los cuales cinco mil cuatrocientos treinta y nueve acaban de pedir a Francia la ratificación del tratado Arana-Le Prédour. Y es entonces, en plena calma y plena gloria, cuando Urquiza, reelegido un año y unos meses atrás con facultades extraordinarias se acuerda del despotismo de Rosas, de su "degradante dictadura", para "finalizar la exhibición sangrienta", que si por esos años existe es por los centenares de prisioneros que él degolló después de Vences.

Declaración de guerra al Brasil

El 22 de agosto Rosas declara la guerra al Brasil[4]. Esa noche, en una función de teatro, es degollado un muñeco que representa a Urquiza; a la salida lo arrojan en un cajón de tunas y meten el cajón en un carro de limpieza, adornado de celeste y amarillo y conducido a la Policía, donde quedará unos días para ser quemado, entre música, faroles y cohetes. El 28 de setiembre, un cortejo de pueblo de quince mil quinientas personas –trescientos carruajes y dos mil doscientos treinta jinetes– llevando el retrato de Rosas, que han retirado de la Sala, dirígese a Palermo, donde cubre los jardines, las rejas, los árboles y vitorean frenéticamente al Restaurador, lo toca, le besa las manos. El está conmovido y sofocado, ante el homenaje de corazón que le tributa su pueblo. A los soldados que benévolamente les cuidan los caballos, los particulares han querido darles dinero o cigarros, sin que ninguno, lo mismo que en 1820 –milagro que sólo Rosas puede lograr– lo haya aceptado. El 8 de noviembre, fantástica "función". Toda la ciudad llena la plaza de la Victoria, donde celébranse fuegos artificiales –a los que Manuelita asiste desde la casa de Riglos– y en los que la efigie de Urquiza es quemada; y luego, teatro con el retrato de Rosas en el proscenio, al que custodian los jueces de paz, y versos y discursos. En el teatro se leen, en grandes letras, algunos de los *santos* de Rosas, de los años 33 y 34. Y después de llevar el retrato en brazos hasta la casa del Restaurador y de cantos federales, termina la fiesta entre las dos y tres de la madrugada. Escritores antirrosistas toman esto a la chacota, pero si algo revelan esas multitudes con su entusiasmo es el sincero y ferviente amor de un pueblo agradecido.

En *La Gaceta* vienen apareciendo larguísimos artículos firmados en los que se exalta a Rosas y se deprime a Urquiza. Entre

sus autores están el sabio Fracisco Javier Muñiz, el eminente jurisconsulto Miguel Esteves Seguí, el hombre de letras Miguel Navarro Viola y el general Tomás Iriarte, el viejo *lomo negro* arrepentido. Y Federico de la Barra, escritor de talento, publica un violentísimo y bien informado libelo contra Urquiza, titulado *La vida de un traidor*

Urquiza en el Uruguay y rendición de Oribe

Mientras tanto, Urquiza avanza por el Uruguay. El conde de Caxias pasa la frontera entre el Brasil y el Uruguay con dieciséis mil hombres. El 6 de setiembre Urquiza llega a la vista de la vanguardia de Oribe, el cual, pocos días después, se retira. Tramítase un arreglo. El 28, Urquiza comunica a Oribe que reanuda las hostilidades y Oribe apresura su retirada, sin combatir. ¿Por qué no resiste Oribe? Ante todo por la defección de sus mejores jefes, y luego porque Rosas, error incomprensible, lo ha destituido. Si alguien demostró interés en la lucha fue Oribe, que oportunamente le propuso un buen plan. Pero Rosas, el 24 de agosto, dirigiéndose a los jefes argentinos en el Uruguay, les dijo que Oribe no merecía la confianza del Gobierno y que ellos deberían nombrar en consejo al jefe que hubiera de cumplir las instrucciones que llevaba el coronel Pedro Ramos. Y estas instrucciones ordenaban que se *amarrase* a Oribe y que las tropas pasaran a Entre Ríos para de allí seguir a Buenos Aires.

El 8 de octubre ríndese el general Oribe. Urquiza pronuncia una frase magnífica de generosidad: *ni vencedores ni vencidos*. Los jefes argentinos se incorporan a Urquiza, salvo Mariano Maza y algunos otros que han fugado y embarcado a Buenos Aires en un buque inglés. Entre los jefes que se incorporan a Urquiza figura Pedro León Aquino, cuyo nombre debemos recordar. 21 de noviembre: convención entre Urquiza y Caxias. Urquiza pasará el Paraná con tres mil brasileños y dos mil orientales. El resto de los brasileños se quedará en el Uruguay como reserva. El Brasil prestará cien mil patacones mensuales por cuatro meses. Como garantía, los gobiernos de Entre Ríos y de Corrientes le hipotecarán las rentas y las tierras públicas.

Ahora Urquiza está otra vez en Entre Ríos. En Gualeguaychú se le incorpora Domingo Sarmiento. Es el boletinero del ejército. También se ha agregado a las tropas el joven artillero y poeta Bartolomé Mitre. Los pocos unitarios de la primera hora allí están igualmente, y entre ellos don Salvador María del Carril. Sarmiento, en su libro *Campaña en el Ejército Grande*, pinta a Ur-

quiza con sus bailes hasta la madrugada, sean de señoras o de chinas.

Marcha hacia Buenos Aires

¡Ya viene Urquiza para Buenos Aires! El 20 de diciembre está en *Diamante* con veinticuatro mil hombres, de los cuales más de cuatro mil son brasileños. El 2 cruzan el Paraná, ancho de leguas. Santa Fe y luego Rosario sublévanse contra Rosas. Frente al *Tonelero* Mansilla quiere detener a la escuadra del Brasil, que sube por el Paraná; pero los barcos pasan el río y Mansilla se retira. Desde el 15 viene avanzando Urquiza. San Nicolás se pronuncia contra Rosas. La vanguardia rechaza hacia Buenos Aires a los grupos de caballería rosista. El 18, el grueso del ejército está en el arroyo del Medio. Penurias. No hay haciendas, pues Rosas las ha hecho retirar. Incendios en los cardales obstaculizan la marcha. La columna avanza entre el humo. El sol de enero quema brutalmente. Hay poca agua. Las poblaciones, fieles a Rosas, niéganse a informar sobre su ejército. Urquiza, según lo escribirá el general César Díaz, jefe de la división oriental, va tristemente decepcionado, quejándose de no encontrar en los pueblos "la menor cooperación, la más leve muestra de simpatía"[5]. El 10 de enero se subleva el regimiento de Aquino, compuesto por soldados leales a don Juan Manuel. Matan a Pedro León Aquino y a los oficiales y se dirigen a los Santos Lugares. Otros grupos también desertan. Y muy pocos desertores de Rosas se presentan al invasor.

Las tropas de Urquiza cruzan el Paraná.





Batalla de Caseros.

¿Y Rosas? ¿Por qué no manda a su ejército a contener a los aliados? A la verdad, él no se ha movido esta vez como en otras. El general Angel Pacheco, jefe de las divisiones del norte y del centro, ha comenzado en noviembre a reorganizar sus tropas. Tiene nueve mil hombres y con ellos se retira a Luján. Mansilla se ha enfermado y Rosas le encarga la defensa de la ciudad. Es sospechosa la actitud de estos jefes. Pacheco cambia de disposiciones a cada rato. En la ciudad no se construyen trincheras ni se hace nada eficaz. Tal vez estos hombres han visto clara la derrota, y, tocados por el enemigo, consideran inútil y desastroso el resistir. Mucha gente, con el terror que es de imaginar, cree que Urquiza entrará a degüello. Cantidad de federales están contentos, lo cual demuestra que Urquiza ha prometido benignidad.

En tanto, Urquiza se acerca. El 27 de enero pasa a la altura de Chivilcoy. El 30 llega a doce kilómetros del puente de *Márquez*. El 31 sus tropas derrotan a tres mil hombres de la caballería del coronel Hilario Lagos, único combate en toda la marcha.

Esa noche se reúnen los jefes del ejército federal. Como Urquiza ha declarado que sólo pelea contra Rosas, alguno de ellos propone presentarse al Restaurador para pedirle que los autorice a tratar la paz con Urquiza, siempre que haga retirar del territorio argentino a los brasileños. La mayoría no aprueba: teme que los brasileños consideren ese acto como una capitulación. El 2 de febrero, Rosas, que acaba de dejar la ciudad para ponerse al

frente de las tropas, asiste a una nueva reunión de jefes. Está enterado de lo que se habló en la anterior. Declara que su honor y su deber le obligan a dirigir la batalla, pero que si los jefes quieren pactar con el Brasil y Urquiza, él se someterá. Chilavert pronuncia palabras de exaltado patriotismo. Y Rosas, al terminar, le alarga la mano y le dice: "Es usted un patriota. Esta batalla será decisiva para todos. Urquiza, yo, o cualquier otro que prevalezca, deberá trabajar inmediatamente la constitución nacional sobre las bases existentes. Nuestro verdadero enemigo es el Imperio del Brasil". Y agrega dando fe de su espíritu democrático: " . . . porque es Imperio".



Justo José de Urquiza.

Batalla de Caseros

Es el 3 de febrero de 1852. La vanguardia de Urquiza está a las diez de la mañana en el puente de *Márquez*. Rosas y Urquiza, los viejos amigos, van a encontrarse, frente a frente, en los campos de *Caseros*. A Rosas le acompañan sus fieles jefes: Jerónimo Costa, el héroe de Martín García, en 1838; Chilavert, que abandonó a los unitarios por no unirse al extranjero agresor; Hilario Lagos, que en 1833 luchó cuerpo a cuerpo con el feroz cacique Pitrioloncoy; Juan José Hernández, tan valiente como amigo de Rosas, que lloró al saber los elogios que le hizo en una carta el Restaurador; Agustín Pinedo, el jefe de la Revolución de los Restauradores y que une el valor a la lealtad. Acaso al verlos a su lado, don Juan Manuel recuerda su vida de luchas y grandezas y acaso prevé también su próxima miseria.

Apenas se combate. El ejército de Urquiza son hordas de gauchos sin disciplina. Solamente los brasileños constituyen un verdadero ejército. Urquiza no dirige la batalla. Cada jefe hace lo que quiere. El mismo, acto impropio de un general en jefe, carga al frente de su caballería entrerriana. Los brasileños, por su cuenta, salvan el desorden, apoderándose de la casa del *Palomar*. Del lado de Rosas, sólo Chilavert, el primer artillero de su tiempo, sigue peleando. Antes de las tres, todo ha concluido. Poco después, Urquiza, desde *Santos Lugares*, adonde ha llegado el ejército, dirígese, con alguna caballería y dos o tres batallones argentinos, a *Palermo*, donde instalará el Cuartel General.

En la ciudad hay la inquietud que es de imaginarse. La derrota parece indudable. pero el pueblo sigue fiel a Rosas. Ya estaba él vencido y los federales "seguían en los cantones –refiere Hortelano– esperando la orden para defender al tirano que estaba impotente para tiranizar"[6].

Huida de don Juan Manuel de Rosas

Don Juan Manuel de Rosas, viéndose vencido, ha abandonado el combate. Está herido de bala en el pulgar de la mano derecha. A caballo, acompañado de su asistente, llega al *Hueco de los Sauces*, lugar del sur-oeste de la ciudad. Se apea, y bajo un árbol, y sobre su rodilla, escribe con lápiz su renuncia, en un papel que le alcanza su asistente. El mismo saca una copa. Monta de nuevo, disimúlase con el poncho y el garrote del asistente, y se dirige, no a su casa, sino a la del encargado de Negocios de Inglaterra, Roberto Gore, que ha sido trasladado a Montevideo. Manda al asistente a su casa, para que informe a Manuelita y lleve el flete a la caballeriza. Según cuenta Mansilla, pide un baño tibio, y, mientras calientan el agua, se recuesta y se duerme. Así lo encuentra Gore al llegar. El representante de Inglaterra le noticia que la ciudad está en efervescencia, que han abierto las puertas de la cárcel, que su vida corre peligro. Rosas le contesta que "confía en la bandera inglesa", que él le ha enseñado a respetar. "Aquí no vendrán. No es el pueblo el que me ha volteado . . . Son los brasileros". Toma el baño que le han preparado, le ruega avisarle a Manuelita y le comunica sus deseos de embarcarse esa noche. Gore se pone a sus órdenes y sale a disponer el embarque del vencido.

"Son los brasileros" . . . A fe que tiene razón don Juan Manuel. El Brasil buscó a Urquiza, financió la campaña y envió a ella los primeros batallones verdaderamente disciplinados y regulares que combatieron en *Caseros*. Ya hemos visto cómo la Provincia no ayudó al invasor, y es que para ella el invasor era el Brasil, y Rosas encarnaba el espíritu de resistencia. Y en *Caseros* fueron los soldados de Caxias los que realmente pelearon, los que decidieron el triunfo a favor de los tres aliados. En el Brasil considérase a *Caseros* como un triunfo brasileño. La batalla de *Caseros*, como se ha dicho varias veces, es el desquite de Ituzaingó.

Son ya las ocho. He aquí que llega Manuelita, acompañada de varias personas. ¿Qué se dicen, en esos momentos dolorosos, esos dos seres, ese padre y esa hija que tanto se aman: Seguramente, como en el día ya lejano de la máquina infernal, ella ha sollozado en brazos de su *Tatita*. Impresiona la soledad de Rosas en estas horas supremas. El, el conquistador del desierto, el salvador de la patria contra el extranjero, el que ha vivido una existencia sin placeres porque la dedicó al país, ahí está, abandonado de todos, preparándose para alejarse. Nada ha preparado Manuelita, sin duda confiada en la buena estrella de su padre. Y a las

doce de la noche del 3 de febrero, el general Rosas, vestido de negro y dando el brazo a Gore, acompañado de su hija y del secretario de la Legación de Inglaterra, dirígese hacia el bajo, en donde le espera el bote que lo conducirá a la fragata de guerra *Centaur*, de Su Majestad Británica.

Rosas parte a su destierro

Y así serenamente, sin mostrar a nadie su dolor –el dolor de haber sido traicionado, vencido y abandonado–, se aleja de la patria, de su Buenos Aires que tanto amó, don Juan Manuel de Rosas.



La casa con farol sobre la acera izquierda, propiedad del ministro inglés Gore, sirvió de refugio a Rosas la tarde de Caseros.

NOTAS AL CAPITULO

[1] Wadislao Gutiérrez era un mozo tucumano, bajo de talla, moreno, que vino recomendado a Rosas por el gobernador de su provincia. Ordenado sacerdote bajo los auspicios del presbítero Elortondo y Palacio, se lo designó en la Parroquia del Socorro. Allí conoció a Camila O'Gorman, enamorándose sin derecho y huyendo con la niña a fines de 1846, en dirección al Luján. Allí se pierde todo rastro de la pareja. El Restaurador sabe la noticia nueve días después, por boca del mismo padre de la joven, quien le dice: "Es el acto más atroz del país". El Provisor, Miguel García y el Obispo de la Diócesis, Dr. Medrano agregan su condena: "Es el procedimiento más escandaloso contra el que fulminan las penas más severas, la moral divina y las leyes humanas".

La oposición, como nos dice Gálvez, atizó el escándalo en otro recurso de golpe bajo. "Ayer un sobrino de Rosas, que al principio dijo ser un hijo de. . . y luego se ha dicho hijo de una hermana de Rosas, intentó robarse otra joven de familia. Cualquiera de los dos es de la escuela de Palermo", publica "El Comercio del Plata" de Montevideo, el 5 de enero.

"No soy un niño para sorprenderme por los escándalos de los clérigos —dice el Restaurador—. Lo que no puedo permitir es que falten a la autoridad, la ridiculicen. Los he de encontrar aunque se hallen bajo tierra y haré con ellos un escarmiento, fusilándolos donde los descubra".

Se fijaron carteles pidiendo la captura de los prófugos, circulando su pedido de detención a todas las provincias. Un aire de condena, entre opositores y adictos, presagiaba el final de la historia.

Los fugitivos cruzaron Santa Fe y se establecieron en Goya, sobre el Paraná. La delación involuntaria de un sacerdote irlandés los puso en evidencia, haciendo que el gobernador Virasoro los mandara detenidos a Buenos Aires. Don Juan Manuel hizo preparar dos habitaciones en la Casa de Ejercicios, hasta con libros y mucama, en espera de Camila; para Gutiérrez ordenó una celda en la cárcel de la ciudad. Parecía que la tormenta amainaba.

El barco que traía a los detenidos encalló en San Pedro, y el encargado del puerto, ante lo imprevisto de la situación, remitió a los prisioneros hacia el cuartel de los Santos Lugares. Toda la ciudad se endureció en nombre de una moral que tenía mucho de otros hombres y otro respeto por el estado de cada uno, seguramente. Rosas encaró el asunto como un problema jurídico, sin personalizar, solicitando la opinión del Foro. Todos los juristas consultados, basándose en las leyes del Fuero Juzgo, el Código Gregoriano y la Recopilación, sostuvieron la pena de muerte para los sacrílegos. Sólo el Dr. Eduardo Lahite estuvo en disidencia.

El 15 de agosto en la mañana estaban los presos en Santos Lugares. Antonino Reyes, jefe del acantonamiento, ya tenía disposiciones del Gobernador: engrillarlos, incomunicarlos y tomarles declaración. El mayor Reyes dice que el cutis de Camila "estaba empañado, su semblante demacrado. Se conocía que había llevado una vida agitada y llena de trabajos. Toda su persona se resentía de cierto abandono producido, quizás por la vida que había tenido que llevar". Tres días después vino la orden de Rosas: la pareja debía ser fusilada de inmediato, previo auxilio del capellán, cura Castellanos. Antonino Reyes cuenta en sus Memorias, que combinándose con el médico del campamento, doctor Martínez, inventó un embarazo de la O'Gorman en el afán de tocar la piedad de Manuelita. Hacia ella mandó pedido de clemencia a su padre. Pero el recado tendría mal destino. En vez de llegar a manos de Manuelita, fue recibido por un oficial de servicio en Palermo, Eladio Saavedra, quien lo entregó de inmediato a Rosas. Este se endureció en la orden, recriminando a Reyes por no haber cumplido ya la sentencia.

Los jóvenes fueron ejecutados, y sus cuerpos recibieron sepultura en un mismo cajón, separado al medio.

[2] Dice Gálvez, refiriéndose a Sarmiento al cabo de la entrevista con el Libertador, que "el escritor rabiaba". No se vaya a pensar que abulta. En carta a su amigo Antonio Aberastain, con fecha 4 de setiembre de 1846, le cuenta sus impresiones de la entrevista: "San Martín era hombre y viejo, con debilidades terrenales, con enfermedades de espíritu adquiridas en la vejez; habíamos vuelto a la época presente y nombrado a Rosas y su sistema. Aquella inteligencia tan clara en otro tiempo, declina ahora; aquellos ojos tan penetrantes que de una mirada forjaban una página de la historia, estaban ahora turbios, (el general tiene entonces 68 años) y allá en la lejana tierra veían fantasmas de extranjeros (¿serían los obuses Paixhans con proyectil de 80 libras?) y todas sus ideas se confundían, los españoles y las potencias europeas, la patria, aquella patria antigua, y Rosas, la independencia y la restauración de la colonia; y así fascinado, la estatua de piedra del antiguo héroe de la independencia parecía enderezarse sobre su sarcófago para defender la América amenazada".

Casi nada. Este "viejo" de 68 años que se endereza en su tumba para defender la patria ofendida, y este "muchacho" de treinta y tantos, que se adjudica el honor de haberse "echado en los brazos

de Francia para salvar la civilización europea", matadora de soldados argentinos a cañonazos.

Enterado de la victoria nacional, publicará en "La Crónica" de Chile, el 28 de enero de 1849: "Rosas, infatigable para persistir en su política que es la tenacidad, ha arrojado al agente sardo; no quiere recibir al ministro inglés, y pide a todos satisfacción por todo. ¿Es un animal? ¿Es un bárbaro? ¿Es un charlatán? Escoja usted".

Todo su estrépito político no le impedirá decir, allí mismo, que en "Buenos Aires hay progreso social; se desarrolla singularmente el gusto por la elegancia, el lujo y las apariencias artísticas de la vida civilizada; movimiento literario hay también; hay buena y decente juventud".

Estamos salvados.

[3] La expresión de Urquiza a que hace referencia Gálvez, fue publicada en su periódico "El Federal Entrerriano". a comienzos de junio de 1850, con epígrafe heroico: "Sepa el mundo todo, que cuando un poder extranjero nos provoque, allí estará el inmortal general Urquiza, al lado de su amigo el Gran Rosas, el primero con su noble espada para vengar a la América". Y a continuación el texto de la carta que enviara el 20 de abril, a su amigo Antonio Cuyás y Sampere, un estanciero catalán que le proponía en nombre del Imperio, la vista gorda, simplemente, en caso de una guerra entre Brasil y los "Estados del Plata". En lo que va al tema publicamos: "¿Cómo cree el Brasil, cómo lo ha imaginado por un momento, que permanecería frío e impasible espectador de esta contienda en que se juega nada menos que la suerte de nuestra nacionalidad, o de sus más sagradas prerrogativas, sin traicionar a mi patria, sin romper los indisolubles compromisos que a ella me unen, y sin borrar con esa ignominiosa mancha mis antecedentes? El gabinete imperial, al expresarse así, me ha inferido una grave ofensa suponiéndome capaz de faltar a mis santos y obligatorios deberes".

Y aquí le pedían, o le insinuaban nada más que su neutralidad. Cuando le propusieron una alianza derecho viejo, ya no tenía adjetivos para rechazar la oferta, y se vino con soldados brasileños.

[4] Nuestra Cancillería entrega la notificación de guerra al Brasil ante el representante de Gran Bretaña, Mr. Southern, pues de acuerdo al artículo 18 de la Convención Preliminar de paz, signada el 27 de agosto de 1828, este país era mediador en caso de hostilidades entre la Argentina y el Imperio. El documento estaba fechado el 18 de agosto de 1851, y en lo principal decía:

"El Excmo. Sr. Gobernador declara al Gobierno de su Majestad Británica que el Brasil al romper las hostilidades contra la República Argentina, del modo innoble como lo ha hecho, violando las obligaciones que el artículo 18 de la Convención citada le impone para con la Gran Bretaña, ha hecho inevitable la guerra.

Que en consecuencia el Gobierno Argentino avisa ya al de su

Majestad la precisión de apelar a las armas, a que se ve reducido, a la vista de los procedimientos atentatorios con que el Gobierno Imperial hace imposible la paz; y que al trasmitirle esta resolución al Gobierno Británico, se permite manifestarle, que desde la fecha de la contestación de V.E. a esta nota, deben pasar los seis meses estipulados para el aviso de guerra.

Y declara asimismo el Excmo. Sr. Gobernador al Gobierno de su Majestad, que, si antes de expirar el término señalado. . . prosiguiesen las agresiones actuales contra la Confederación y su aliada la República Oriental, entonces ya no quedará al Gobierno Argentino otro arbitrio, que el de repeler inmediatamente sin más espera esos atentados, empleando para ello todos los medios que están en su posibilidad, y que conducen a preservar la independencia, la integridad y el decoro de la Confederación y de la República Oriental".

Tres meses luego de esta declaración de guerra, el 21 de noviembre, los señores Honorio Carneiro Leão, en nombre del Brasil; Manuel Herrera y Obes, por el Estado Oriental; y Diógenes J. Urquiza, hijo y representante del general Justo José, por Entre Ríos y Corrientes, firman la Convención de la alianza estipulada el 29 de mayo. Por las estipulaciones de este acuerdo, el general Urquiza se compromete a llevar lo antes posible la guerra contra el Gobierno de la Confederación Argentina, considerando que su existencia "es incompatible con la paz y la seguridad de los Estados aliados". A fin de que los "Estados de Entre Ríos y Corrientes" puedan afrontar los gastos de la guerra, "Su Majestad, el Emperador del Brasil, les proveerá en calidad de préstamo la suma de cien mil patacones por el término de cuatro meses", o hasta la caída de Rosas. En garantía de dicha inversión imperial, que devengará un interés inmediato del seis por ciento anual, "Su Excelencia el señor gobernador de Entre Ríos se obliga a obtener del gobierno que suceda al del general Rosas, el reconocimiento de aquel empréstito, como deuda de la Confederación Argentina". En caso de no obtenerse el reconocimiento de dicha deuda por parte de la República Argentina, su pago "quedará a cargo de los Estados de Entre Ríos y Corrientes. Como garantía de la deuda y sus intereses estipulados, los señores gobernadores de Entre Ríos y Corrientes hipotecan desde ya las rentas y terrenos de propiedad pública de los referidos Estados".

Esto es lo que se llama un préstamo bien consolidado.

Además la convención estipula que "los gobiernos de Entre Ríos y Corrientes se comprometen a emplear toda su influencia cerca del Gobierno que se organizare en la Confederación Argentina, para que éste acuerde y consienta en la libre navegación del Paraná y los demás afluentes del Río de la Plata", sobreentendiéndose, que si el futuro gobierno argentino no estuviera de acuerdo con ello, "los Estados de Entre Ríos y Corrientes mantendrán la libre navegación en favor de los Estados aliados".

Como para la guerra suelen ser necesarias las armas, el Imperio del Brasil entregará al ejército de Urquiza, municiones, armamento, un regimiento de caballería, 3.000 infantes y 12 piezas de artillería. Asimismo "la escuadra imperial se colocará en los puntos más

convenientes a juicio de su jefe, con que se entenderá S.E. el Gral. Urquiza a fin de que él pueda prestarle todo el apoyo que fuera posible. El grueso del ejército brasileño ocupará "los puntos de la costa del Río de la Plata o del Uruguay que fueren convenientes", maniobrando, dentro de "lo posible", de acuerdo con el general Urquiza, "excepto en el caso que sea imposible la inteligencia o el acuerdo".

Todo lo pactado que aquí se cuenta, fue ratificado por don Justo José de Urquiza el día 29, en Gualeguaychú.

[5] El avance de los aliados contra Buenos Aires es lamentable. ¿Qué podía esperar un ejército que viene marchando con tropas en estado de guerra declarada contra su propio país? César Díaz, comandante en jefe de los orientales dejó escrito en sus Memorias: "Los habitantes de Luján manifestaban hacia nosotros la misma estudiada indiferencia que los de Pergamino; y a los signos exteriores con que estos habían hecho conocer su parcialidad por Rosas, agregaban otras acciones que denotaban con bastante claridad sus sentimientos. Exageraban el número y calidad de las tropas de Rosas. Traían a la memoria todas las tempestades políticas que aquél había conjurado, y tenían por cierto que saldría también victorioso del nuevo peligro... Fui a visitar al general Urquiza y me dijo: 'Si no hubiera sido el interés que tengo en promover la organización de la República, yo hubiera debido conservarme aliado de Rosas, porque estoy persuadido que es un hombre muy popular en este país'". ¿Constitucionalizar con armas, patacones y soldados brasileños? Ya lo decía en verso el sentimiento popular de esos días:

Vaya que agora pretende
que quiere constitución
y empieza por traicionar
a su Gobierno y nación.
Y le arrimaré otra sarta
de razones poderosas
que muestren a Güeselencia
que traicionándolo a Rosas
traiciona la independencia.
Y que aquel que como Usía
se vende al Emperador,
lueguito cae maldecido
por vil cobarde y traidor.

Y continúa apesarado don César Díaz: "Si Rosas era públicamente odiado, como se decía o más bien si ya no era temido ¿cómo es que dejaban escapar tan bella ocasión de satisfacer sus anhelados deseos? ¿Cómo es que se les veía hacer ostentación de un exagerado celo en la defensa de la propia esclavitud? En cuanto a mí, tengo una profunda convicción, formada por los hechos que he presenciado, de que el prestigio del poder de Rosas en 1852 era tan grande, o tal vez mayor, de lo que había sido diez años antes, y que la sumisión y aun la confianza del pueblo en la superioridad de su genio, no le habían abandonado jamás".

[6] Don Benito Hortelano es un español antirrosista, llegado al país no hace mucho. Tendrá librería, fundará periódicos y revistas, editará libros y escribirá sus propias Memorias. De ahí se extracta lo que sigue, anotado el 4 de febrero de 1852:

"No sé cómo calificar lo ocurrido en esta época en Buenos Aires, pues no se comprende cómo una ciudad que se decía oprimida y tiranizada por veinte años, ya que no pudo o no tuvo valor para hacer la reacción cuando se aproximó el ejército libertador, al menos después que Rosas perdió la batalla y en ella todo su ejército, no dio ese pueblo la más mínima muestra de regocijo, ni el menor indicio de que deseaba la caída del tirano. La historia del mundo nos describe los contentamientos con que los pueblos oprimidos han recibido siempre a los ejércitos libertadores, y yo lo había visto en Madrid, en donde una compañía que entrase a auxiliarnos en las peripecias que allí pasamos de 1834 al 48, los soldados eran recibidos con un entusiasmo que rayaba en delirio. Pero aquí no hubo quien saliese a dar un peso, ni a convidar a una copa a los pobres soldados; todos se encerraron en sus casas, como si fuera un enemigo el que había triunfado. Si un ejército extranjero hubiera sido el vencedor, no habría hecho otro tanto el pueblo".

Esa es la clave. En la zona de Caseros —la batalla iba desde Santos Lugares al Palomar— combatieron los brasileños, y el 19 de febrero, tambores, banderas y fanfarrias del Imperio desfilarán en Buenos Aires a paso de victoria.


J. M. Rosas
FEDERACION O MUERTE

Federación o Muerte.
Jarrón de la época.

CAPITULO XXI
MIENTRAS LA PATRIA VUELVE A LA ANARQUIA

Es el 10 de febrero de 1852. Don Juan Manuel de Rosas y sus hijos se han trasladado el día antes al *Conflict*, buque de guerra inglés, que va a partir en seguida. Ha debido pedirlo por nota al almirante Henderson, invocando su falta de recursos. El buque está lejos del puerto. Hasta allí no llegan los rumores de los que celebran su caída, pero es imposible que él ignore el regocijo de sus enemigos y el de muchos que hasta ayer lo adularon. Y es imposible que ignore los horrores que han acontecido: el fusilamiento de Chilavert y el rodar a puntapiés de su cabeza por los corredores de la que fue su casa y en donde se ha instalado el general vencedor; el saqueo de Buenos Aires; el exterminio a balazos de los soldados de Aquino prisioneros, cuyos cuerpos eran colgados de los árboles de Palermo. Tal vez el corazón le dice que el pueblo, el verdadero pueblo, no figura entre los que se alegran. Y su corazón, si eso le dice, no falta a la verdad. Benito Hortelano afirma: "no dio este pueblo la más mínima muestra de regocijo".

¿Cuál es el estado de ánimo de este vencido que ha conocido todas las grandezas? ¿Qué piensa el que fuera el más amado de los argentinos de ese tiempo y hoy se encuentra en camino del destierro? ¿El vencedor de Francia e Inglaterra, hoy refugiado y recibido por misericordia en un barco británico? Su situación es digna de un drama de Shakespeare. Pero no sabemos del espíritu de este hombre en esos dolorosos momentos sino lo que nos cuentan unas palabras escritas por su hija a su amiga Josefa Gómez. El barco va a partir. No tiene recursos. Manuelita confía en la Providencia y se declara resignada. El Todopoderoso le ha concedido la vida de su adorado padre, su *Tatita*. Ella le hará llevadero su destino. Y agrega: "El está con toda su grandeza de al-

ma; no se ve en él un contraste, sino la *satisfacción de su conciencia*". No puede la hija muy amada haber escrito nada más hermoso. "Con toda su grandeza de alma". No está, pues, ni abatido, ni menos enfurecido. Debemos creer que fue sincero las innúmeras veces que afirmó, en sus cartas, su convicción de ser Dios el dueño de los destinos humanos. Por eso, jamás se alegró de sus triunfos ni se amilanó por sus derrotas. Está tranquilo, al parecer sin demasiada tristeza. No le desespera lo que de él puedan decir los vencedores. No le enerva el pensar en los días de pobreza que habrán de sobrevenir. El mira todo, lo pasado como lo futuro, sus esplendores de Palermo, como su próxima miseria en Europa, desde la altura de "su grandeza de alma".

El *Conflict*, parte. Es seguro que sus ojos se humedecen al ver cómo se aleja su patria tan amada, su patria que él defendió durante doce largos años. Ha comenzado su viaje. Ha comenzado, para el Defensor de la Independencia Americana, el camino del perpetuo destierro.

En viaje a Inglaterra

El viaje es harto lento. Pasan los días y las semanas monótonamente. El *Conflict*, como buque de guerra que es, no necesita hacer demasiadas escalas, única distracción para los desterrados. Rosas no puede entenderse con los oficiales por ignorar el inglés. Con sus hijos poco ha de hablar. No ha de querer recordar el pasado. Acaso, por medio de su hija, se comunique con el jefe y los oficiales. El jefe es de Southampton, pueblo próximo a Londres, sobre el canal de la Mancha. Tal vez él le aconseja instalarse allí. Por lo demás, jefe y oficiales son muy amables con todos ellos. Sin duda, puede mucho en favor del desterrado el don de simpatía de Manuelita.

Un día ocurre un accidente: se ha descompuesto la máquina y estallado una de las calderas. Ahora hay que navegar a vela, y los vientos suelen ser contrarios. El viaje se alarga, y así el 23 de abril llegan a Devonport, hoy ciudad de cerca de cien mil habitantes, pero pequeño pueblo en 1852. Rosas baja y, acompañado de algunos empleados civiles y militares, visita los establecimientos de la Corona. Devonport queda a sólo dos kilómetros de Plymouth, de la que hoy es un barrio. Horas después llega a Plymouth el *Conflict*. Enteradas las autoridades militares de que en el buque viene don Juan Manuel de Rosas, una salva de cañón lo saluda.

Pero este cañonazo retumba en el parlamento inglés. Seis días

más tarde es interpelado el ministro de Negocios Extranjeros. El ministro contesta que no se decretaron honores ni hubo un propósito político, y que Rosas, mientras gobernó, trató con distinción y generosidad a los ingleses y celebró convenios importantes con la Gran Bretaña. El primer ministro, duque de Northumberland, declara que todos los almirantes británicos tienen orden de salvar la vida a los personajes que se encuentran en el caso de Rosas, y que el vencido no podía, bajo peligro de muerte, quedarse en su patria ni tampoco ir al Brasil para allí embarcarse para Inglaterra en alguno de los paquetes de la carrera. Rosas agradece a la reina Victoria y pide permiso para vivir en Inglaterra. Se le contesta que no necesita permiso para ello y que "puede establecerse donde quiera y vivir en perfecta seguridad, bajo la protección de las leyes inglesas".



La Reina Victoria, según grabado de Nicholson.

Allí en Plymouth se quedan los desterrados varios días, en un hotel. Por lo menos 15 días, pues el 6 de mayo Manuelita le escribe desde allí a Josefa Gómez. Toman Rosas y sus hijos lecciones de inglés. Ya algo han estudiado a bordo, pues Rosas ha anotado gastos de diccionarios y gramáticas. En Plymouth, según apunta don Juan Manuel, siempre minucioso, las lecciones les cuestan dos libras y diez peniques. En la carta de Manuelita a la amiga de su padre y de ella, hay unas palabras sorprendentes en que se excusan por no excribirle con la extensión que quisiera: "me interrumpen tanto las visitas, que el tiempo me ha faltado". ¿Qué visitas son esas? Imposible que en ese pueblo haya argentinos. ¿Serán comerciantes que tienen negocios con Buenos Aires? ¿O las autoridades locales? Manuelita está contenta en la adversidad. Ha recibido cartas de Pepita Gómez y del doctor Vélez Sársfield, "consecuente amigo". Sólo se lamenta de la escasez de recursos. Aún no han elegido el lugar donde habrán de establecerse. Y en la postdata le habla de un artículo publicado en Inglaterra, en el que "le hacen alguna justicia a mi admirable *Tatita*".

Debe ser a fines de mayo cuando emprende el viaje por agua, hacia Southampton. El 7 de junio, Manuelita escríbele a su amiga. Es evidente que se han quedado en cada puerto unos días, tal vez en busca del lugar en que hayan de vivir. "todo lo que hemos visto en los puertos de este reino donde hemos parado, es admirable, las ciudades muy lindas y el campo delicioso". Esas ciudades, aparte de Devonport y Plymouth, deben ser Darmouth, Weymouth, Newport y Portsmouth. Acaso han visitado algún lugar del interior. Ella sigue contenta y debemos deducir que también su padre lo está. En todas partes hay iglesias católicas, aunque son muy pobres. Los viajeros se han "visitado



Rosas y Manuelita en el momento del embarco al "Centaur".

recíprocamente con sus sacerdotes", los cuales, lo mismo que los concurrentes, les han demostrado cariño y atenciones distinguidas. "En todos los puntos adonde hemos llegado hemos encontrado algunos amigos y una benevolencia estimable". Entre esos amigos está uno de sus enamorados, Tomás Herbert. No sabemos en dónde se han encontrado con él. A él y a otros señores de distinción, al Gobierno, a la *Compañía de Paquetes*, deben su Tatita y ella "consideraciones tan finas" que han quedado grabadas en sus corazones.

Llegada a Southampton. Se casa Manuelita

En Southampton se alojan en el hotel Windsor. Pero el 7 de junio aún no han resuelto dónde vivirán. Por fin, deciden quedarse allí. Rosas alquila primero una casa grande, en Rockstone Place, Carlten Crescent.

El acontecimiento de ese año es el matrimonio de Manuelita, el 22 de octubre. Rosas no ha ignorado ese noviazgo. Máximo Terrero era en Buenos Aires su secretario particular. Ni su hija ni el novio le ocultaron jamás sus relaciones. El mismo les hizo bromas alguna vez. Pero don Juan Manuel, que siempre fue un poco egoísta, ahora, en la soledad, lo es mucho más. Si antes necesitaba de su hija para su política, ahora la necesita para que lo cuide en su vejez. Según refiere el chileno Salustio Cóbo, Rosas le dijo que, cuando ellos le comunicaron su resolución de casarse,

él le puso a Máximo dos condiciones: que no asistiría a los desposorios y que Manuelita no seguiría viviendo en su casa. Sin embargo, no ocurre así: ya veremos cómo la nueva pareja sigue a su lado varios años. ¿Se queda Rosas con su hijo, su nuera y su nieto? Parece que no, pues en agosto del 52 le escribe a su nuera, con motivo de su cumpleaños, una cariñosa carta, llena de nobles sentimientos. Y su nieto ha sido enviado, desde el primer momento, a un colegio de París.

Desde Caseros al 11 de Septiembre

En Buenos Aires, mientras tanto, han ocurrido interesantes sucesos.

El 20 de febrero, el general Urquiza, al frente de los vencedores, ha entrado en la ciudad por la calle Florida, en un caballo de Rosas, y de poncho blanco, sombrero de copa alta y cintillo punzó. Algunos de los que miraban el paso de la columna aplaudían, pero los más han permanecido indiferentes. Ha disgustado la presencia de los brasileños, que fueron silbados. Cerca de la esquina de Corrientes, abrióse de pronto una ventana de una casa hasta entonces cerrada, asomó la cabeza de una mujer y, sacando afuera el brazo, le gritó al triunfador: "¡ Asesino, asesino". Era la madre del coronel Paz, degollado en Vences.

Urquiza, a pesar de haber fusilado a todo el regimiento de Aquino, ha tratado con rara magnanimidad a los hombres de Rosas. Muchos de ellos, en cartas de adhesión a Rosas, discursos en la Sala y brindis, llamáronle, a raíz del pronunciamiento, traidor, asesino, ladrón y otras cosas. Y no solamente los ha perdonado, sino que se ha rodeado de ellos. Los rosistas han formado el nuevo Partido Federal o urquicista. Los unitarios, salvo uno que otro, como Del Carril, han constituido el Partido Liberal, opuesto a la política del general vencedor y cuyo jefe es el doctor Valentín Alsina. Desde los primeros días, Urquiza ha sentido desprecio por los unitarios, especialmente por Sarmiento y Mitre. Ha demostrado su espíritu despótico y pretendido que se usara el cintillo federal.

Pero no ha asumido el poder. Ha quedado en Palermo, como jefe del ejército y ha nombrado gobernador provisional a don Vicente López, que ensalzó a Rosas en verso y durante cuya administración fue alto magistrado judicial. El Gobierno ha convocado a elecciones para el 11 de abril, y en ellas, debido a los fraudes que hicieron, triunfaron los liberales. La nueva Sala eligió gobernador a López.

Una grave cuestión separó profundamente a los partidos y a los hombres. Urquiza quería que reunidos los gobernadores, hombres de Rosas casi todos, acordasen las bases de la futura organización nacional. Los convocó en San Nicolás de los Arroyos, y allí, el 31 de mayo, se firmó el *Acuerdo* que significó la realización del *federalismo*, el reconocimiento de lo existente, de lo creado por Rosas, sobre todo su *Pacto del Litoral*, al que el *Acuerdo* llamaba "ley fundamental de la República, su centro vital y motor", Urquiza quedó nombrado Director Provisorio de la República y juró ante los gobernadores. En Buenos Aires indignó el *Acuerdo*. La Sala lo rechazó. El gobernador López renunció el 23 de junio y al otro día Urquiza disolvió la legislatura y cerró los diarios. Luego nombró un Consejo de Estado, formado en buena parte por rosistas como Arana, Lahitte, Baldomero García, Nicolás Anchorena y el general Guido. Sus enemigos fundaron la logia *Juan Juan*, con el fin de asesinarlo; pero la tentativa fracasó. El 11 de setiembre, aprovechando su viaje a Santa Fe para inaugurar la Convención Constituyente, le hicieron una revolución y lo derrocaron. Y organizaron una invasión a Entre Ríos, para el día de la reunión, en Santa Fe, del Congreso General Constituyente.

Confiscación de los bienes de Rosas

¿Cómo han tratado a Rosas los nuevos gobiernos? López, apenas nombrado, y por exigencia de su ministro Alsina, confiscó sus bienes y los de sus hijos, fundándose en la necesidad de recuperar las grandes sumas "malversadas". Juan Nepomuceno Terrero reclamó ante Urquiza, que envió una nota al Gobierno, y luego, por haber sido disuelto el Gobierno, al Consejo de Estado. Varios de los consejeros, inclusive el ex unitario Del Carril, votaron noblemente por la devolución de los bienes. Del Carril llega a decir que Rosas "es uno de aquellos hombres prominentes que sólo pueden tener por juez a Dios y a la espada del vencedor". Urquiza decretó la devolución el 7 de agosto. Terrero hizo vender la Estancia "San Martín" y, después de pagar algunas deudas dejadas por don Juan Manuel, pudo mandarle alrededor de cien mil pesos. Pero la Revolución de Setiembre impidió la venta de los demás bienes. El nuevo gobierno, compuesto por sus peores enemigos, los confiscó otra vez[1].

Antes de saber la nueva confiscación, Rosas, el 2 de noviembre de 1852, le escribe a Urquiza. Con gran respeto, le pide disculpas por molestarlo en sus altas atenciones de Jefe Supremo, "consi-

derando los sentimientos nobles" que lo animan y la gratitud que los obliga. Pregúntase: "Al registrarse en la Historia estos hechos de elevada generosidad –se refiere a la desconfiscación de sus bienes y a las atenciones a Terrero–, de *rectitud* y de *justicia*, ¿podré excusarle esta declaración? ". Con esta carta se inicia una trascendental correspondencia entre los dos grandes argentinos.

Año de crueles alternativas ha sido, para Rosas y sus hijos, 1852. La confiscación significa para don Juan Manuel la miseria o el recurrir a la caridad de los amigos. Pero, ¿tiene amigos el vencido? Rosas sabe que muy pocos. Muchos que estuvieron cerca de él, que le adularon, que de él recibieron servicios, hoy hablan contra el *tirano* y lo maldicen. Algunos que empujaron las ruedas del carro triunfal de Manuelita reniegan de él. Y hasta sus íntimos parientes, por temor a los nuevos gobiernos y a la dictadura de los diarios y de la opinión vencedora, se alivian de sus responsabilidades convirtiéndose en el *chivo emisario* del relato bíblico.

Pero, en medio de todo, Rosas ha de tener algunas satisfacciones. La mayor debe ser la evidencia de que en Buenos Aires ya no hay orden ni paz. El general vencedor ha fusilado a todo un regimiento, cosa que él jamás hizo. Los nuevos gobernantes, sobre todo los que asumen el poder el 11 de setiembre, destierran, encarcelan, persiguen, prohíben ejercer su profesión a los enemigos. En el campo se acabó la felicidad. Los gauchos, por haberle sido fieles, son maltratados y perseguidos por las nuevas autoridades. Guillermo Enrique Hudson, cuyo padre tenía

Entrada de Urquiza a Buenos Aires después de Caseros, según Matthis.





Casa de Southampton.

una estancia cerca de Quilmes, y que, por consiguiente, no habla de oídas, afirma que la paz y la prosperidad en la campaña terminaron con la caída del dictador, "comenzando para la República un largo período en el que se sucedieron estallidos revolucionarios, derramamientos de sangre y anarquía". El poema *Martín Fierro* documenta esta época tristísima de nuestra historia, que contrasta con la época, cantada por José Hernández en el mismo poema, de los tiempos, para el gaucho dichosos, en que gobernaba Rosas.

"¡Ha caído la tiranía y ahora hay libertad! ", exclaman los enemigos de Rosas. Será preciso que transcurra casi un siglo para que sepamos que la Patria, independiente mientras gobernó Rosas, ha perdido su libertad el 3 de febrero. Durante algunos años dependeremos políticamente del Brasil. Y no tardará en comenzar la *servidumbre económica* a que nos sometió Inglaterra y que en 1940 subsiste aún.

Ventura de la Vega con Rosas

Manuelita no se va a Londres en seguida, como se cree. El 4 de noviembre le escribe a Pepita Gómez desde Southampton, y la carta revela que está en contacto con su padre. El 29 de julio del año siguiente, el poeta Ventura de la Vega, al visitar a Rosas, la conoce a ella también, en la propia casa de su padre. Y el 6 de octubre del 54, en carta desde Londres a Pepita Gómez, Manuelita dice: "Mi permanencia en ésta ya sólo durará dos o tres días, los que tardaré en reunirme a mi querido *Tatita*. Muy deseosa de verlo, pues ya se han cumplido dos meses que nos separamos". Su hija le ha acompañado, pues, en Southampton, al parecer, en Rockstone House, dos años y dos meses.

Esta visita de Ventura de la Vega es del más grande interés. El célebre poeta y dramaturgo tiene una indirecta vinculación con Rosas: su madre, que vive en Buenos Aires, es amiga de Manuelita. El escritor va desde Londres expresamente a visitarlo, sin anuncio. Lo atiende una criada inglesa, y luego un negrito. El general está en cama y no lo puede recibir. Se hace anunciar a Manuelita, y el negrito lo conduce a una sala, "elegantemente adornada". Sobre la chimenea, un retrato de Rosas en miniatura. Un piano abierto y una pieza de música: la *Canción del pirata*, con versos de Espronceda. Manuelita llega. Mutuas palabras afectuosas. Le presenta a Máximo. Luego va al cuarto de su padre y vuelve. Don Juan Manuel quiere verlo y pide que le perdone recibirlo en la cama. Bajan por una escalera a un cuartito. Una mesa con muchos papeles; y una cama de caoba donde está Rosas. La colcha –tenía que ser así, tratándose del gran criollo– es un poncho. Rosas está incorporado, en mangas de camisa y con un chaleco de pana azul, de solapa, y abrochado de arriba abajo. El poeta escribe a su mujer: "¡Venga acá, me dijo, que no sabe cuánto gusto tengo en conocerlo! ". Le da dos abrazos muy apretados. De la Vega se sienta en una silla y Manuelita en la cama. "Rosas –dice el escritor a su mujer– es el carácter más original, más raro, más sorprendente que te puedes imaginar". Don Juan Manuel "pasa repentinamente del tono más elevado, del discurso más serio, a una *chapaldita* de lo más vulgar, a la cual siguen otra y otra, entre muchas carcajadas; y de allí a un rato vuelve insensiblemente a entrar en el tono serio y entonces dice, hablando de política, cosas admirables". Anotemos estas palabras del ilustre escritor, del comediógrafo de moda en España, que tiene el don de juzgar a los hombres. Y estas otras: "Decían que sólo tenía talento natural, y que era poco culto; no es cierto. Es un hombre instruidísimo, y me lo probó con las citas que hacía en su conversación. Conoce muy bien nuestra literatura, y sabe de memoria muchos versos de los poetas clásicos españoles". En esta materia no cabe engaño, tratándose de Ventura de la Vega. La visita dura cinco horas. Rosas manda por su coche. Al despedirse, le da un abrazo "por su madre".

En esta página espontánea, que no es escrita para ser publicada, Rosas aparece en su buen humor y su sencillez de siempre. Si sus preocupaciones son muy grandes, se ve que él sabe ocultarlas y sobrellevarlas. Aunque el escritor no lo demuestre –no ha tenido este propósito, sino simplemente el de contarle a su mujer la interesante entrevista–, debemos creer que Rosas reveló talento, instrucción en alto grado y que ha dicho cosas admirables. También se ve en esta carta que don Juan Manuel tiene



Carlos Enrique Pellegrini, pintor e ingeniero italiano plasmó toda una época en sus cuadros.

coche, vale decir, que su situación no es por el momento muy mala; y que aún permanece en el pueblo de Southampton, en la casa grande que alquiló, seguramente con muebles y algunas otras cosas.

Si ha estado enfermo cuando lo visita Ventura de la Vega, ha de haber sido alguna enfermedad insignificante. Porque un año después, Manuelita escribe a Josefa Gómez: "Felizmente su salud es siempre buena y fuerte, beneficio divino con que la bondad de Dios Nuestro Señor nos favorece en medio de tanta contrariedad".

¿Cómo pasa sus horas don Juan Manuel? La mesa llena de papeles que ha visto Ventura de la Vega nos dice algo al respecto. Lo mismo el coche, que no será para recorrer las pocas calles del pueblito. El 4 de julio del 54 él le revela a Pepita Gómez cuál es su más grata ocupación. "Hay en este condado una floresta completamente desierta. Abundan en ella los ciervos, liebres y pájaros, y toda clase de caza. Sus campos, arroyos, pastos y árboles son deliciosos. Allí, en esas inalterables soledades y en ese no interrumpido silencio, son mis únicas distracciones". Y ha elegido ese lugar público "porque a esta clase de retiro se reducen todas mis aspiraciones". Pero también asiste a ciertas reuniones. A una de sus hermanas le escribe el 24 de octubre de 1854: "En este mes, más que en otros del año, soy obligado por caballeros aficionados a las carreras, a la caza de zorros y a otras diversiones, a no faltarles. Gustan verme correr, de mis bromas sobre el caballo . . . ".

Cartas a Eugenia

Hasta entonces Rosas no ha querido escribir a nadie, sea por temor de comprometerse o de comprometer a los demás, La carta del 4 de julio de 1854 es la primera que le dirige a su fidelísima amiga Josefa Gómez. Menos de un año más tarde, el 5 de junio de 1855, se acuerda por fin de Eugenia Castro.

Las cartas a Eugenia, ignoradas hasta 1886, descubren en Rosas un mundo insospechado. ¿Por qué callaron los historiadores, los enemigos y los simpatizantes? No se sabe. Pero no cabe duda alguna de que esas cartas son suyas y de que revelan la existencia de ese amor de Rosas y de toda una familia irregular.

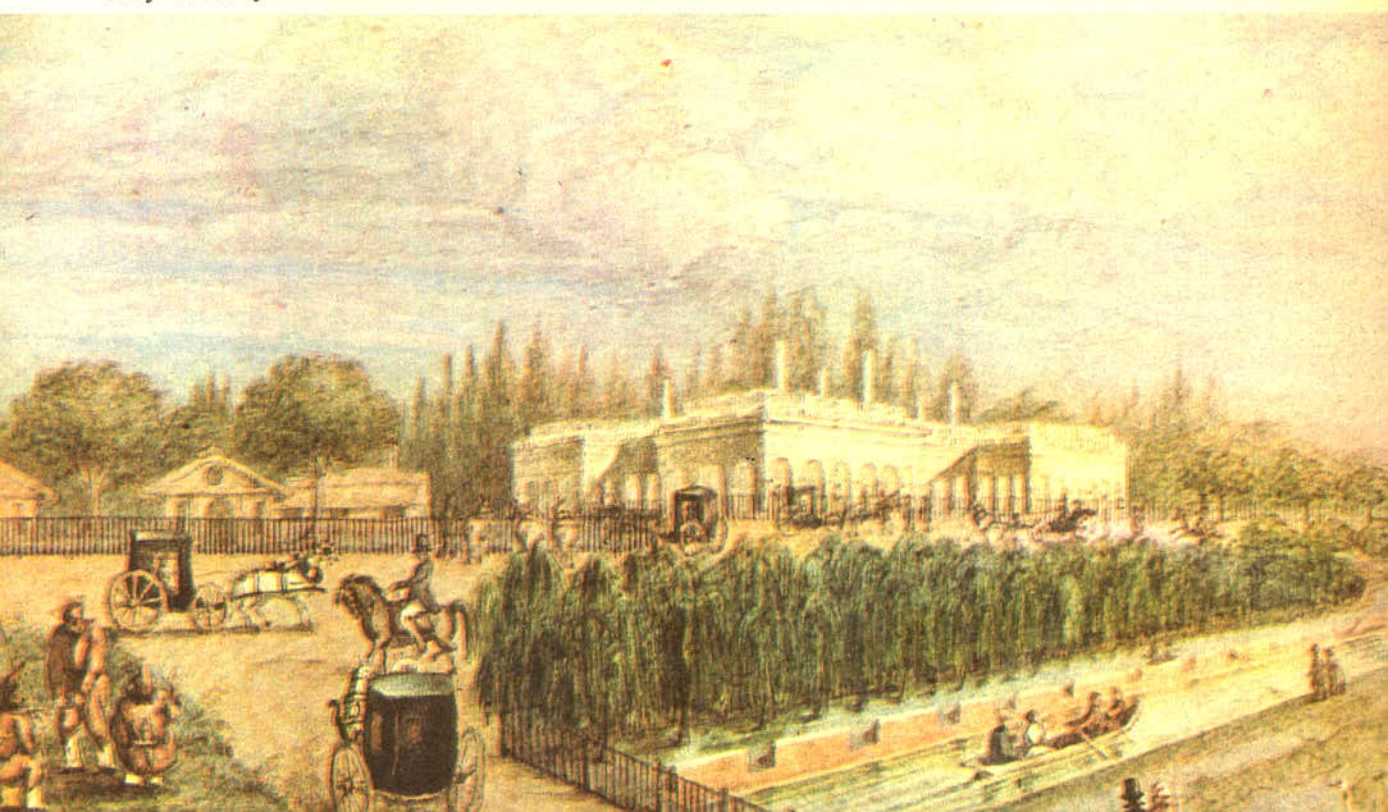
Dícele que es frecuente retardar ciertos deberes cuyo cumplimiento más se anhela. Pero las exigencias de su vida retirada le han obligado a proceder así. Le ha mandado a Terrero las escrituras de la propiedad que le dejó su padre, don Juan Gregorio

Castro. "No puedo hacer más en tu favor, pues de lo muy poco que tengo, sólo me alcanza para vivir muy pocos años en una moderada decencia". Si no le devuelven sus bienes, tendrá que conchabarse de peón: "a nadie he de incomodar, ni he de admitir ni un solo real". Y si le falta salud, morirá triste, "por falta de recursos para atenderla, pero siempre conforme con la voluntad de Dios".

Por esta carta sabemos que deseó llevarla a Europa. "Si cuando quise traerte conmigo, según te lo propuse con tanto interés en dos muy expresivas y tiernas cartas, hubieras venido, no habrías sido desgraciada". Observemos los adjetivos *expresivas* y *tiernas*. Si ahora ella es desgraciada debe culpar a su "maldita ingratitud". Confía en la devolución de sus bienes, en cuyo caso podría disponer el viaje de Eugenia con todos los hijos; y el de Juanita Sosa, "si no se ha casado ni piensa hacerlo". Esta muchacha, de distinguida familia, era "la *edecanita*" de la hija de Rosas, según expresión de uno de sus amigos ingleses.

Rosas le agradece a Eugenia un regalo que ella le ha hecho y que, en el *empecatamiento* en que ambos vivieron, es harto singular: unos escapularios de Nuestra Señora de las Mercedes . . . Y le reprocha haberse quedado con un apero que ella retiró de su casa después del triunfo de Urquiza. Le hace falta. Le pide entregárselo a Terrero para que se lo mande. Ella le envió un recado y una cincha. Le agradece el recado, pero no le sirve porque es muy corto y le lastima.

Palermo de San Benito, que fuera residencia particular de Rosas antes de su exilio y confiscación de bienes.



La despedida es sencilla y tierna. "Nada más. Adiós, querida Eugenia. Memorias a Juanita Sosa, si es que aún sigue soltera. Te bendigo como a tus queridos hijos. Bendigo también a Antuca y te deseo todo bien como tu afectísimo paisano". ¿Ha tenido amores con Juanita don Juan Manuel, como han dicho los diarios de Montevideo?

Al otro día, carta a Angelita, la llamada "el *Soldadito*". "El pañuelo que me enviaste lo sigo usando en tu nombre. Es muy bueno. No me he casado porque no tengo con qué mantener a una mujer, y yo con mujer con plata no quiero casarme. Por eso verás que en lo que me dices te han engañado". Le manda abrazos para la madre y los hermanos y le anuncia cien pesos. También aquí hay memorias para "la ingrata y desleal Juanita Sosa". Y se despide: "Adiós, mi querida *Soldadito*". Y dos días después le manda el dinero y la bendice, "como a tu querida mamá y hermanos".

Y nada más, hasta dentro de quince años. Si ha habido otras cartas, desgraciadamente no se conservan.

Partida del hijo

El año 55 su hijo Juan Bautista va a partir para América. Le ha escrito pidiéndole autorización para ir a despedirse de él. Don Juan Manuel, que jamás ha querido despedirse de nadie, le contesta: "Hijo muy amado mío: se acerca el día de nuestra separación. Cuando me sobra el valor para mucho, no lo tengo para un personal adiós, ni para acompañarte hasta dondė otros podrían hacerlo con la entereza que me falta. Perdóname, seguro de que te hablo con la integridad de un corazón que verdaderamente te ama". ¿Dónde está Juan? Seguramente en la propia Southampton, en algún hotel, porque su padre le ofrece su coche para que vaya a la estación. También le envía sus votos de felicidad. Y termina con estas cariñosas palabras "Te seguiré siempre, amorosamente cordial. Adiós, Juan. Te abrazo con toda la fuerza más activa de mi alma. Te bendigo y quedo tuyo amante y perdurable amigo".

Juan no se atreve a llegar hasta Buenos Aires y se detiene en el Brasil. En Santa Catalina permanecerá hasta 1859. Al año y medio de su partida, su hijo Juan Manuel, que ha quedado en el colegio de París, va a volver también. Le escribe al abuelo, el 18 de agosto de 1856, pidiéndole autorización para despedirse. Y lo mismo que se negó a hacerlo con su hijo, don Juan Manuel tampoco quiere despedirse del nieto.

Rosas ha estado en Londres, en 1856, durante una temporada. Lo sabemos por su hija, que acaba de tener en mayo un hijo varón. Y por la carta de una argentina a la nuera del desterrado: "Nuestro buen general ha pasado dos o tres meses en Londres; por Pascua estaba tan famoso y guapo que parece que no pasa día por él". El año anterior, Rosas ha visitado a un inglés amigo suyo y le ha presentado a su hermana Gregoria y a su cuñado Felipe Ezcurra. Pero no sabemos si esto ha sido en Londres o en Southampton.

En la patria de 1853 a 1856

¿Qué ha sucedido en Buenos Aires desde fines del 52 hasta el 56? Muchos graves sucesos, que justifican a Rosas.

La situación de desorden en la Provincia, la disconformidad de la campaña con los nuevos gobernantes, y el anhelo de organización nacional, al que obstaculizan los hombres de Buenos Aires, obligan a sublevarse al general Hilario Lagos, que pone sitio a la ciudad, el 7 de diciembre de 1852, mientras la escuadra la bloquea. Tropelías innumerables del Gobierno. Se registran las casas a cualquier hora. Se suprime la ley de Olvido, sancionada por los amigos de Urquiza. Se destierra a ilustres ciudadanos, entre ellos al general Guido, por sospechosos de adhesión a Lagos. Se apalea, se destituye. El 18 de febrero del 53, esbirros policiales asaltan San Francisco. Atropellan las celdas, amenazan a los



Prilidiano Pueyrredón, "sacando la red".



Almirante Juan Halsted Coe.

frailes. Entran en la iglesia, los oficiales espada en mano, mientras un sacerdote dice misa. Suben al púlpito, gritan, destrozan, y se llevan preso e incomunicado a fray Nicolás Aldazor, guardián del convento, el mismo a quien Lavalle quiso fusilar.

La revolución, apoyada por Urquiza, habría triunfado. Pero la traición del almirante Coe, por veinticinco mil pesos, desanima a los jefes. Termina el sitio. Se firma un tratado de paz entre Urquiza, como Director provisional de la *Confederación Argentina*, y el *gobierno* de Buenos Aires. Nueva tentativa contra la vida de Urquiza, al ir a embarcarse. En julio es nombrado gobernador de la Provincia el doctor Pastor Obligado, antiguo rosista y hoy ardiente liberal. Hace procesar y fusilar a los *mazorqueros* que habían estado con Lagos y vuelto a la ciudad, acogidos a la amnistía. E incurre en tales fechorías que le llaman "el *Nerón* argentino".

Trascendental suceso: en mayo se ha votado, en Santa Fe, la *Constitución Nacional*. Buenos Aires no ha participado en el Congreso y hasta ha querido sabotearlo. Queda separada de la *Confederación*, formando un estado independiente. Sus gobernantes llegan a pensar, poco más tarde, en la unión con el Uruguay y en la independencia absoluta, y para esto *solicita* la aprobación del Brasil. . .

En 1854, Urquiza es elegido presidente de la Confederación e instala su gobierno en la ciudad de Paraná. Comienzan las invasiones a Buenos Aires: en 1854, la del general Jerónimo Costa, vencido en *El Tala*; en octubre del 55, la primera del general Flores, y en noviembre la segunda, siendo vencido el 25 de enero del 56; y en este año la segunda invasión de Costa, que termina con el fusilamiento de todos los rebeldes, desde el jefe hasta el último soldado, carnicería horrible, sin más precedente en nuestra

historia que la del regimiento de *Aquino*, y conocida con el nombre de *matanza de Villamayor*. También invaden los indios pampas y ranqueles, mandados por Calfucurá, y son tan mal contenidos que llegan, lo que no pasó nunca durante el gobierno de Rosas, hasta el pueblo del Azul.

En ese mismo año, Urquiza comete el más grave de sus errores: firma con el Brasil un tratado de paz y navegación que establece la neutralidad de Martín García, que nosotros no podremos fortificar, y la internacionalización del Paraná y del Uruguay, cuya navegación no podremos reglamentar y por los cuales deberemos permitir que entren y salgan cuando quieran los buques de guerra del Brasil. Y al otro año, el teniente coronel Mitre publica un folleto en el que preconiza la *independencia* del Estado de Buenos Aires.

Hay hostilidades entre Santiago y Tucumán, y el 56 el teniente coronel Mitre invade Santa Fe, con ochocientos soldados y doscientos indios. Y a fines de este año, De Angelis, que no es fiel a Rosas, escribe a Lamas que los principios de los nuevos gobernantes son, "al pie de la letra, los de Marat y Robespierre".

Y en la ciudad, todo es desorden. Frecuentemente agárranse a tiros los *chupandinos* o partidarios del Gobierno, con los *pandilleros* o gentes de la oposición. Se ha acabado el orden perfecto que existió en tiempo de Rosas.

Ley contra Rosas

Don Juan Manuel se aburre en Southampton. Su temperamento le exige moverse, trabajar. Una carta a su yerno infórmanos de una dedicación insospechada en él: "pueden recibirse los dos telescopios, pagándose de mi cuenta los derechos". Deben ser los que tenía en Buenos Aires.



Juan Bautista Rosas, hijo de Don Juan Manuel.

Pero pronto le vendrá una grave ocupación, y se la suministran sus enemigos. La Legislatura va a enjuiciarle. Ocurre que, al procesar a los mazorqueros, el Tribunal en última instancia ha creído ver en los procesos indicios de la culpabilidad de Rosas; y lo comunica al Poder Ejecutivo. En enero, el gobernador Pastor Obligado, ex rosista, y su ministro Portela, envían esa nota al Senado. El Gobierno "piensa que la Nación ha fallado ya sobre el hombre funesto". La nota de la Cámara de Justicia está firmada por Valentín Alsina, el sucesor de Varela, en *El Comercio del Plata*. En el Senado hablan unos pocos. Uno de ellos es José Mármol, que, por la cantidad y la calidad de las calumnias que profiere,revélase buen alumno de Rivera Indarte. Dice horrores de



José Mármol

Rosas, pero con tal mala suerte que pone como ejemplo de crímenes sólo el de Lynch, quien en su intento de trasponer nuestra frontera con el Uruguay –el río de la Plata–, para ir a un país en guerra con el nuestro y para incorporarse al ejército enemigo, pereció en lucha con la policía. El mismo Mármol demuestra la pétrea calidad de su cerebro, como la de su apellido, afirmando que Rosas fue *un usurpador* . . . Cree también que don Juan Manuel mató a Maza con sus manos. Divide al país en pícaros –los federales– y en hombres de bien, los unitarios. Y da la razón a Rosas, que a él y a los unitarios los llamó traidores, al defenderse con el paupérrimo argumento de que "las circunstancias" los obligaban a aceptar relaciones con el extranjero . . . El proyecto es aprobado y queda Rosas declarado "reo de lesa patria". Y en seguida pasa a la Cámara de Diputados.

Este juicio de Rosas ofrece la más rica materia para el psicólogo. Algunos de los legisladores fueron unitarios o federales antirrosistas; pero otros admiraron a don Juan Manuel y le declararon su adhesión públicamente. ¿Qué les mueve a estos hombres? A varios la cobardía, el temor de disgustar a los actuales gobernantes. A otros el resentimiento, por haber sido humillados alguna vez. A otros, la simple bajeza de espíritu, la maldad, el deseo de venganza. La discusión en Diputados abarca cinco largas sesiones de julio de 1857. Rosas no tiene defensor. Los acusadores no intentan siquiera probar sus cargos. Ni se citan testigos, ni se estudian los documentos del gobierno de Rosas.

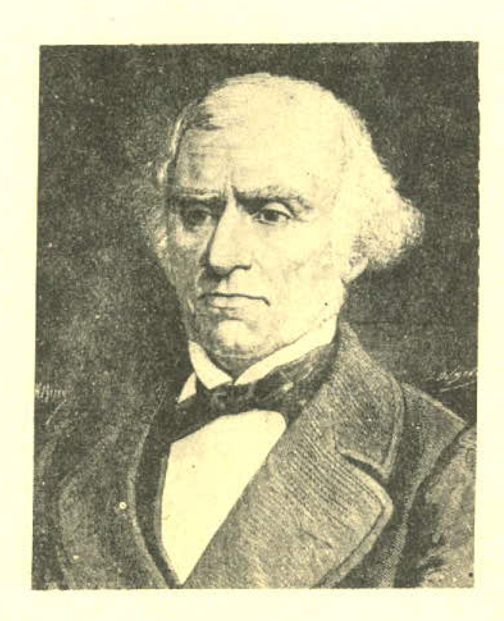
El proyecto de ley tiene dos artículos que luego se convierten en siete. Declara a Rosas "reo de lesa patria" y hasta afirma, contra toda la verdad, que el dictador traicionó, "en muchos casos, a la Independencia de su patria", cuya libertad y cuyas glorias "sacrificó a sus ambiciones personales". Los restantes artículos resuelven que compete a los tribunales ordinarios el conocimiento de los "crímenes cometidos por el tirano, abusando de la fuerza que investía", y decretan la confiscación de sus bienes.

Habla Agrelo. Dice que no se trata de condenar a Rosas por crímenes comunes sino por los que cometió como funcionario. Llama a Rosas "famoso bandido", pero dice cosas que favorecen al acusado. Así, reconoce que ahora no hay orden, si bien culpa a Urquiza. Reconoce también que existe una reacción en favor del tirano, lo cual prueba que mucha gente estaba más contenta con él. No quiere dejar el juicio de Rosas al fallo de la Historia, pues "las apreciaciones de ella pueden variar al infinito". Vale decir: teme a que la posteridad le dé la razón a Rosas. ¡Por algo ha de ser este curioso temor! No debe tener la conciencia muy tranquila el señor Agrelo.

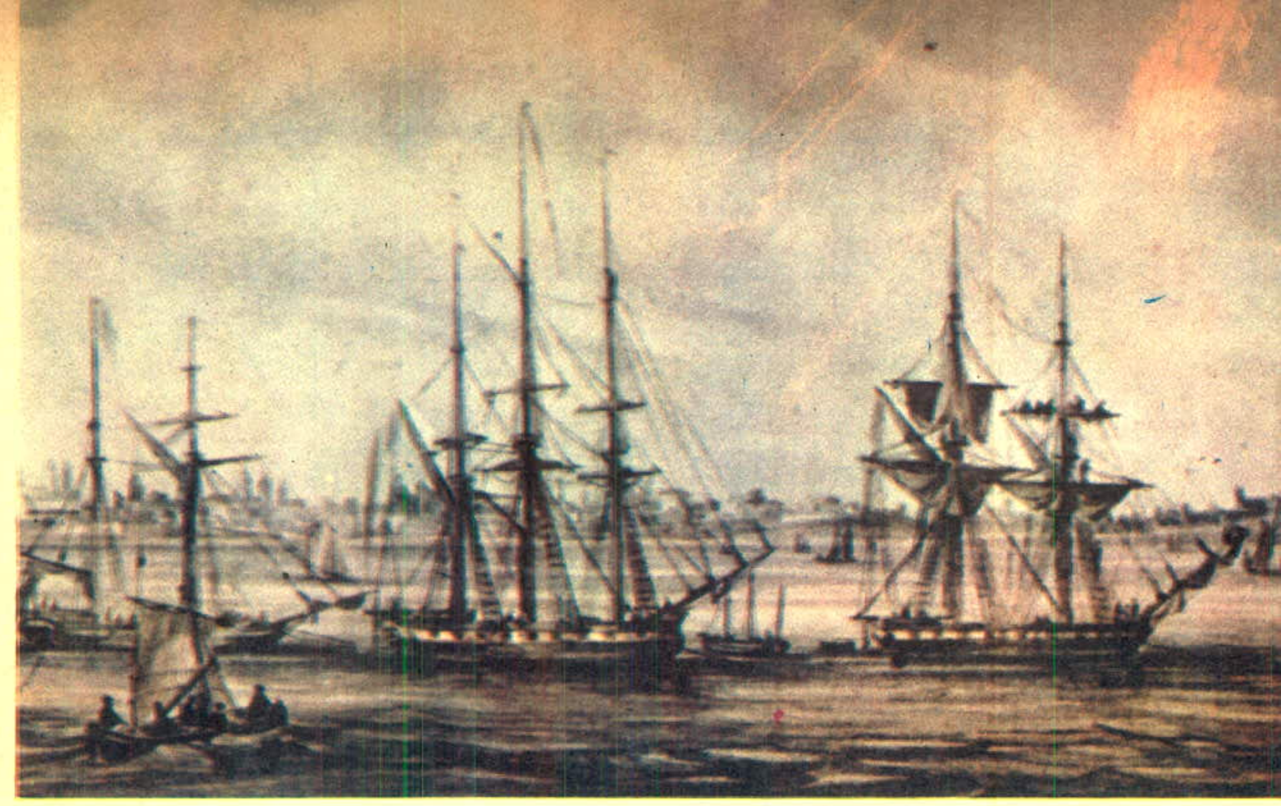
Se levanta Félix Frías, el ex secretario de Lavalle. Austero, católico ferviente, se expresa sin odios. Protesta contra ese juicio sin acusador, defensa, prueba, testigos. Lo cree a Rosas condenado por la conciencia pública y por su propia conciencia. Dice que sólo Rosas debe responder, pues, de otro modo, se encontrarían cómplices "hasta en las bancas de los que dictan la ley o de los magistrados que administran justicia". Niega que todo sea permitido contra los tiranos. "A los hombres de principios –afirma– no les es permitido imitarlos". Todo está bien, pero también dice alguna tontería inconmensurable. Entre los "crímenes" de Rosas menciona "la religión abatida, los templos profanados" . . . ¿La religión "abatida" por el constructor de templos, por el que condenó la blasfemia con pena de muerte, por el que combatió la influencia protestante, por el que hacía rezar el rosario a los ejércitos, y el que enviaba doscientos pesos para que se dijesen misas por las almas de los soldados muertos? Con igual seriedad afirma que "Rosas ha desaparecido últimamente de la casa que ocupaba en Southampton y busca en no sé qué orgías inmundas el olvido de sí mismo. Al huir de su casa ha huido de su conciencia . . . " Como se ve, síguese combatiendo a Rosas, y así se seguirá, cien años más, con la impostura calumniosa.

Ahora toma la palabra el doctor Rufino de Elizalde. Junto con Vélez Sarsfield y otros abogados firmó, a fines del 51, una ferviente adhesión a Rosas. Hortelano le nombra entre los que empujaron la rueda del carro triunfal de Manuelita. Entre sus pala-





Rufino de Elizalde y Vélez Sarsfield quienes otrora firmaran su adhesión a Rosas.



Vista de Buenos Aires según esta acuarela de Adolphe D'Hastrel.

bras hay un "se dice" que Rosas asesinó personalmente a Maza, y ordenó en secreto los asesinatos del 40 y del 42 y "se entendió privadamente con los asesinos". Quiere la muerte del que ayer admiraba. Teme que Rosas vuelva, traído por Urquiza, y anhela que la Cámara tenga lista la sentencia, de modo que, capturado, no se requiera "sino darle el confesor y el verdugo". Todo su discurso es un ataque indirecto a Urquiza, al que llama "uno de los mayores colaboradores en los crímenes de esta dictadura".

Hablan dos o tres señores que no nos interesan. Pero nos interesa Juan Bautista Peña, uno de los mayores serviles que tuvo Rosas. Le considera ahora un tirano vulgar, que mató y confiscó sin limitación alguna. Condena "sus actos brutales y bárbaros". Y miente con el más irritante descaro al afirmar, contra la opinión de todos los extranjeros, los que viven en la Provincia y los que la visitaban, que "el país se convirtió en una cueva de ladrones, que robaban cuanto encontraban". No obstante, se opone a la confiscación de los bienes de Rosas.

Carlos Tejedor, a quien Rosas perdonó cuando la conjuración de Maza, de la que fue uno de los directores, combate el proyecto con noble energía. Opónese, porque se trata de una sentencia que a la Cámara no le corresponde dictar y porque, a su juicio, todo el pueblo ha sido cómplice de Rosas. "La cuestión en debate –dice– envuelve la persecución política: supone el castigo de un pueblo entero". En la sesión del 13 dice palabras que

revelan la presión del Gobierno para obligar a gritar contra Rosas. Y al tratarse del artículo sobre la confiscación de los bienes, exclama que lo rechaza con toda la energía de su alma. Tejedor es uno de los pocos que tienen autoridad para hablar, pues no se quedó en Buenos Aires adulando a Rosas sino que vivió doce años en la emigración.

Elizalde resume los argumentos contra el proyecto: peligro de tener que llevar ante la justicia a los innumerables cómplices: violación de la Constitución, de las leyes que determinan sobre competencia de los Tribunales y de las leyes de Procedimiento; restablecimiento de la confiscación y ataque al artículo constitucional que la prohíbe. Los refuta a medias, reedita los viejos cargos contra Rosas y lo calumnia al decir que "ha estado viviendo en Londres con el *boato* de un príncipe".

Vuelve a hablar Agrelo. Recuerda que San Martín le dejó la espada a Rosas. Para cualquier persona sensata esto sería un argumento en favor del vencido. Pero Agrelo se funda en ese egregio honor para exigir la condena del que lo mereció. Y dice: "Urquiza, que ha cometido toda clase de crímenes, degollando a los nobles correntinos en Pago Largo y Vences, lanceando y confiscando a los entrerrianos y colgando en los árboles de un paseo público a los porteños prisioneros, es hoy el Presidente de la Confederación Argentina, el dueño de toda la provincia de Entre Ríos y el condecorado del Papa Pío IX. Vean, los señores diputados, lo que pueden importar los fallos de la historia".

Pero el proyecto conviértese en ley. Es aprobado en general el 6 de julio, por veintiséis votos contra dieciocho, y el artículo primero el 13, por veintiún votos contra doce. Votó en contra el teniente coronel Bartolomé Mitre. Los restantes artículos se aprueban el 15. Queda condenado como reo de "lesa patria" el defensor del país contra el agresor extranjero durante doce años. Pero no se le impone pena. El juicio pasa a la justicia ordinaria, pues la nueva ley considera los actos del acusado como delitos comunes. Y he aquí que el que mereció la espada de San Martín, el que fue elogiado por Andrés Bello y otros grandes hombres, va a ser juzgado como asesino y ladrón.

Mientras la causa sigue su curso, Rosas recibe la noticia de la resolución legislativa. Entonces redacta una protesta, la hace traducir al francés y al inglés y la publica luego. Niega a la Provincia el derecho de juzgarle, pues su gobierno fue nacional. Su juicio "compete a Dios y a la Historia –afirma–, porque solamente Dios y la Historia pueden juzgar a los pueblos". Y agrega que "no pueden convertirse en jueces los enemigos ni los amigos del general Rosas", ni los que se dicen sus víctimas.

Con motivo de esta protesta, Rosas va a hacer una amistad singularmente interesante y a recibir la mejor prueba de adhesión a que por entonces puede aspirar.

Está en Londres. Es el 17 de octubre de 1857. Dickson, el cónsul de la Confederación, da una reunión en su casa e invita a don Juan Manuel. Hay allí un regular número de personas, y entre ellas algunas damas. Pero ninguna persona le interesa tanto como cierto hombre de baja estatura, melena, una entrada muy grande en un lado del pelo y una onda. La patilla y el bigote disimula un poco lo hundido de sus mejillas, y la palidez de su blanco rostro. Una mosca y una perita minúscula completan su cara, de facciones finas. Este hombre con modos de abate y voz delgada es nada menos que el ministro de la *Confederación*, en Londres, nada menos que el doctor Juan Bautista Alberdi. ¡Emocionante encuentro! Allí está, frente a Rosas, el antiguo sansimoniano, el culpable de la intervención francesa, el redactor de *El nacional*, el enemigo implacable que desde Montevideo y Valparaíso le combatió durante tantos años. Y allí está frente al escritor ilustre, al más profundo de nuestros pensadores políticos, el gobernante, de mano dura a quien atacó, el hombre cuya energía en la defensa de la independencia de la patria él reconoció sinceramente.

Se dan la mano sin sequedad ni acritud, olvidados de los viejos odios, "con palabras corteses". Retíranse a un lugar apartado del salón y allí conversan largamente. Alberdi relatará más tarde esta entrevista histórica, a la que accedió como protesta contra el proceso de Rosas, "verificado sin discernimiento ni derecho alguno". Cuando él entró, Rosas "hablaba inglés con las damas". Alberdi entiende mal este idioma, pero observa que las señoras comprenden a su interlocutor. "Habló mucho", dice Alberdi. "Habla inglés mal, pero sin detenerse, con facilidad". Le considera un hombre entretenido y de "cierta distinción". Por el momento, no le parece un gran hombre. Pero más tarde, conociéndolo mejor, cambiará de criterio.

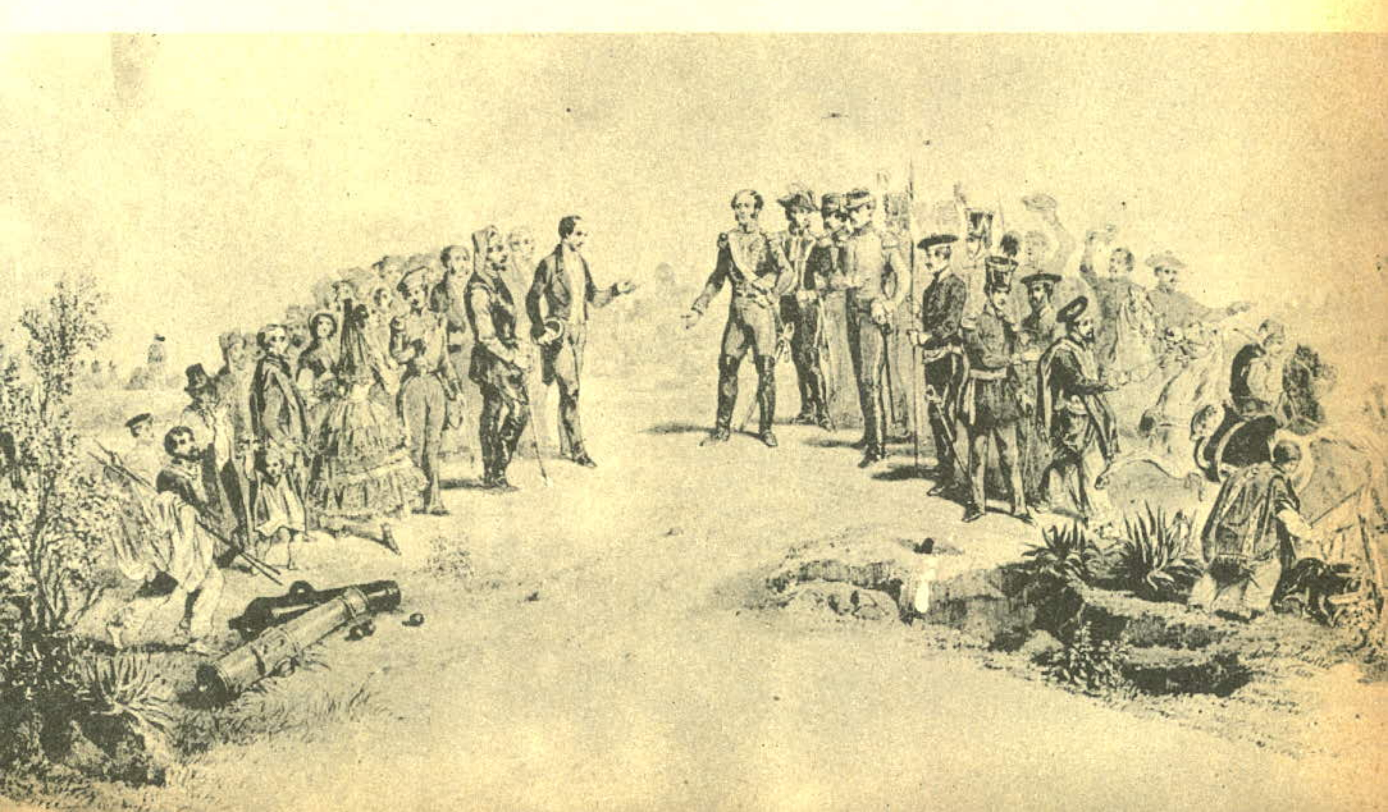
¿De qué conversan? Rosas –refiere el escritor– le ruega decir al general Urquiza que le está "intensamente reconocido por su conducta recta y justa hacia él; que si algo poseía hoy para vivir, a él se lo debía". Renueva ante Alberdi sus palabras de "respeto y sumisión al gobierno nacional". Habla con moderación y aun con respeto de todos sus adversarios, incluso de Alsina. Habla de caballos, de perros, de su simpatía por la vida inglesa, de su difícil situación económica, de su caballo y de los caballos ingleses.

Le declara no haber traído dinero de Buenos Aires, pero sí todos sus papeles históricos, en cuya autoridad descansa. ¡ Emocionante fe en la justicia póstuma! "El dice que guarda sus opiniones, sin perjuicio de su respeto por la autoridad de su nación".

Alberdi describe a Rosas en la tertulia. Se muestra "jovial y atento". ¡ Admirable esta jovialidad en un hombre que a los sesenta y cuatro años se encuentra en el destierro y en la pobreza, abandonado de todos, calumniado e injuriado aun por los que hasta ayer fueron sus amigos! Alberdi lo halla más viejo de lo que creyó. Tiene canas, y no lleva bigotes ni patillas. Viste mal. Se conduce bien en sociedad, con "la fácil y suelta expresión de un hombre acostumbrado a ver desde lo alto el mundo". Y no es fanfarrón ni arrogante.

Esta entrevista inicia una amistad entre los dos hombres. Alberdi llegará a comprender a Rosas. Por ahora, ya es suficiente que, dejando a un lado el viejo rencor político, lo juzgue con imparcialidad relativa. Al verle, considérale menos culpable que a Buenos Aires de su larga dominación. El provinciano militante, que es Alberdi, ve a Rosas como a "uno de esos locos y medianos hombres en que abunda Buenos Aires, deliberados, audaces para la acción y poco juiciosos". Agrega: "Buenos Aires es el que pierde de concepto, a los ojos del que ve a Rosas de cerca". Y termina, preguntándose "cómo ha podido este hombre dominar ese pueblo a tanto extremo".

Alegoría de Urquiza luego de Caseros. Dibujo de D'Hastrel.





Budoir Federal.
Oleo de Cayetano Descalzi,
Colecc. Domingo E. Minetti.

Cartas entre Rosas y Urquiza

La prueba de adhesión es una carta del general Urquiza, del 24 de agosto de 1858. Rosas le ha escrito y le ha enviado su protesta. Le dice Urquiza que la ha hecho publicar en los periódicos de la Confederación. Lamenta no poder salvarlo del despojo de sus bienes. Espera que los porteños vuelvan sobre esos actos que él considera "expresión de venganza y de odios mezquinos". Cree Urquiza que todo ha de cambiar cuando "los sentimientos de verdadero nacionalismo prevalezcan sobre las pasiones de círculos". Piensa, lo mismo que algunos amigos de Entre Ríos, enviarle alguna suma; pero en el temor de ofender su delicadeza, le ruega contestarle si aceptaría "esta demostración de algunos individuos que más de una vez han obedecido sus órdenes". ¡Bello rasgo de generosidad el de don Justo José! Pero más generosas son todavía sus palabras, que tienen la generosidad de la justicia. Declárale que ese subsidio no es sino "la expresión de los buenos sentimientos que le guardan los que contribuyeron a su caída, pero que no olvidan la consideración que se debe al que ha hecho tan gran figura en el país y a los servicios muy altos que le debe y que soy el primero en reconocer, servicios cuya gloria nadie puede arrebatarle y son los que se refieren a la energía con que siempre sostuvo los derechos de la soberanía e independencia nacional". Asombrosas palabras, llenas de grandeza

moral, y que honran tanto al solitario de Southampton como al vencedor de Caseros. Palabras que no debe olvidar ningún argentino. Esa "gloria que nadie puede arrebatar" a Rosas, y que reconocieran San Martín y Urquiza, hoy es desconodida, hoy está a punto de ser arrebatada por los inescrupulosos continuadores de Florencio Varela y de Rivera Indarte.

Don Juan Manuel le contesta el 30 de octubre. Habla de "la magnitud" de su alegría y de su consuelo. "Esas palabras de usted, tan benévolas en mis circunstancias, son para mí de honor y consuelo". No las cree vanas. "Dios, que tanto aprecia las nobles acciones en favor del infortunado, ha de premiar las de usted". Le declara su reconocimiento por cuanto hizo a su favor el 52. A él le debe no vivir en la miseria. Pero no quiere ser gravoso a los intereses particulares de Urquiza y de sus amigos, y le ruega perdonarle por no admitir "esas tan nobles como generosas ofertas". Le pide por lo más sagrado que no imagine que lo desaira. Si de alguna persona él admitiría una suma es de Urquiza. Pero la negativa de Rosas no es rotunda, pues después de sus explicaciones lo deja en "completa libertad" para proceder "según mejor le pareciere o fuese más conforme a sus principios, sus vistas y sus deseos, a su política o a su marcha pública".

Urquiza vuelve a escribirle el 27 de diciembre, desde San José. Le agradece sus sentimientos de cariño y gratitud, que corresponden a los suyos, "que no son de ninguna manera extraños a sus propios merecimientos". Hará cuanto pueda para hacerse digno del concepto ventajoso que Rosas se ha formado de él. Declárase "dispuesto a emplear todos los medios de que la Confederación pueda ser capaz para dispersar ese círculo perverso que, apoderado del gobierno de la provincia de Buenos Aires, la ha hecho teatro de la violencia, de todo desorden, de toda persecución, y se mantiene como un foco corrompido de perturbaciones para el resto de la República". Le comunica el asesinato, obra de esos hombres, del general Benavídez, el ex gobernador de San Juan, "nuestro antiguo amigo". El lo ha castigado,pero aún falta aplicar a los hombres de Buenos Aires "el último acto de justicia nacional". Debe estar Urquiza arrepentido de haber derrocado a Rosas, pues al orden ha sucedido el caos, y a la justicia de Rosas, que era la justicia de la autoridad legítima, ha sucedido la violencia de las autoridades revolucionarias y el crimen, viejo procedimiento unitario. Antes de terminar, Urquiza menciona sus deseos de que Rosas "sea restituido a su rango, a sus goces y a su patria". Hay que pesar bien estas palabras: restituido a su rango, a su patria . . . Rosas ha de haber pensado que empieza para él la justicia.

Renuncia a un movimiento a su favor

Por esos meses del 53, si no algo antes, algunos amigos de Rosas han pensado en organizar un movimiento a su favor. Asegúrase que Urquiza, al ofrecer su ayuda, reconoció su error en haber derrocado a Rosas, pues debió realizar, junto con él, la organización nacional. El plan consiste en que Rosas se embarque en un buque de vela, simulando dirigirse al Pacífico. Desembarcaría cerca del cabo Polonio, en el Uruguay, departamento de Rocha, no lejos de Montevideo. Otro barco lo transportaría a la capital uruguaya para dejarlo luego en Lobería, lugar próximo a la actual ciudad de Mar del Plata. Allí estará, todo listo para recibirlo y marchar con él hacia Buenos Aires. En aquellos momentos de desorden en la Provincia y de descontento unánime contra los gobernantes unitarios, el triunfo hubiera sido seguro.

Pero hay un grandísimo obstáculo, que lo echa todo a perder: la voluntad adversa de Rosas. El hombre de orden que es él, no puede complicarse en semejante revuelta. Contesta a sus amigos. Lamenta que hayan mezclado su nombre en esos trabajos. Su carrera ha concluido definitivamente. Aunque así no fuese, él no habría nunca aceptado que su nombre sirviese de bandera a un movimiento contra el gobierno. Jamás ha conspirado. Ha respetado siempre el principio de autoridad. Estas nobles palabras, dignas de un auténtico republicano y de un hombre de orden y de principios, explican el rigor con que ejerció el mando: no permitió a los otros lo que él mismo no ha querido hacer.

Arrienda una chacra y trabaja

Debe ser por estos años cuando arrienda *Burgess Street Farm*, cerca de Southampton, en el lugar de Swanthling. En una carta de setiembre del 58 a su hermana Mercedes, le dice: "generalmente ando en el campo, ocupado de algo para ayudarme en mis gastos". Otra frase revela que, aunque vive en el campo, conserva su casa en Southampton. Dice en una carta que si no la hubiera conservado no habría sido visitado por lord Palmerston, por el cardenal Wyssemann y por otras ilustres personas.

La chacra tiene ciento cuarenta y ocho acres, o sea sesenta hectáreas. La conocemos por las cartas de Rosas y de su hija y por testimonios de los visitantes. Don Juan Manuel, en su cariño a la patria, renuncia a habitar la casa del *farm*, llamada el Castillo y construye tres ranchos. "No presentan más comodidad –dice Manuela– que la muy necesaria para *Tatita* y dos cuartos

que ocupo con mi familia, cuando lo visito". Los ranchos tienen su enramada, su alero típico. "El aspecto de todo era el de una pequeña estanzuela argentina", dice Ernesto Quesada, que estuvo allí a visitar a Rosas. Manuela escribe: "Los campos que arrienda Tatita son verdaderamente abiertos y pintorescos; y para mí hasta la pequeñez de la casita y los techos de paja que la cubren tienen doble atracción". La propiedad es una ruina cuando él la toma en arrendamiento. Poco a poco va "limpiando y componiendo todo". Le cuenta a su amiga Josefa Gómez: "De la tierra he sacado unos dos mil árboles y troncos grandísimos, que nadie se había animado a hacerlo. He puesto caños en la tierra, a una vara de hondura. Sigo cada año mejorándola". Hay en *Burgess Street Farm* corrales, bebederos, galpones, palenques, árboles frecuentes en el paisaje pampeano, una lagunita, cercos de espinillo, una tranquera y un potrero.

Un diario inglés, el *Southern Cross*, lo muestra al general en sus trabajos campestres. Se le ve cabalgando por sus tierras, aun cuando padece de gota. "Su felicidad mayor parecía estar recostado en su caballo repartiendo órdenes a los que empleaba". Es autoritario con sus peones. No les permite "pronunciar palabra alguna, a no ser que fuese para darse por entendidos de las órdenes recibidas o en contestación a las preguntas hechas". A un ilustre escritor argentino y biógrafo de Rosas, un peón sobreviviente le evoca al General "en su caballo oscuro, que él mismo enlazaba y ensillaba". Lleva siempre su lazo, las espuelas y las boleadoras. Lo acompaña un negrito que le ceba el mate. Trabaja el día entero. A veces, en verano, duerme al raso.

Campos con monte arrendados por Rosas.



Paga a los chacareros, peones y demás trabajadores, cerca de la tercera parte más que los salarios corrientes en el distrito de Southampton. Así lo dice el *Southern Cross*, que agrega: "Pero tenía la particularidad de contratarlos de un día para otro. A cada hombre se le pagaba diariamente, y se le decía si lo necesitaría para la mañana siguiente o no". Afirma el articulista que la disciplina es rígida en el campo de Rosas. Está bien calculado el trabajo que debe desempeñar cada hombre y que ha de ser hecho a la perfección. Al parecer, en verano se trabaja hasta de noche. Rosas emplea un guardián nocturno que toca cada media hora una gran campana colocada debajo de su cuarto de dormir.

Allí, en *Swanthling*, Rosas recibe de cuando en cuando la visita de lord Palmerston y él va a veces a la propiedad que el gran político inglés posee en Broadlands.

Pobreza y soledad

Físicamente, el General se encuentra muy bien. Ya sabemos cómo trabaja y monta a caballo diariamente. Manuelita también habla siempre de su excelente salud. Pero en su espíritu algo se ha roto. Sus cartas no tienen la coherencia de las de otros años; y esa profusión de acentos, que él jamás usó, no revelan un perfecto equilibrio mental. No es para menos, con todo lo que le ha ocurrido: la derrota, el destierro forzoso, la pérdida de sus bienes, la injusticia y desagradecimiento de sus compatriotas y la separación de su hija.

No cabe duda de que sufre, aunque no lo diga. El año 55 le ha escrito a Petronita Villegas, hija de su gran amigo don Justo, unas palabras que esconden su honda melancolía. Le habla de lo poco que le ha quedado para vivir y de que Manuelita lo ha dejado, "con inaudita crueldad, ya solo en el mundo, cuando más necesitaba de sus consuelos". Agrega estas palabras, bellas de serenidad y resignación, dignas de un estoico de la antigüedad: "Mi deber es continuar viviendo, en una moderada decencia, hasta que se me concluya lo muy poco que tengo. Así que me falte, trabajaré aunque sea de criado, y, si la salud me falta, moriré triste, pero conforme siempre con la voluntad de Dios". Y ahora, el 7 de noviembre de 1858, en un papelito, después de decir que a nadie escribe ni escribirá hasta que las circunstancias lo permitan, ha trazado estas desoladas y emocionantes palabras: "¡ Santo Dios, si así ha de ser la vida, es así la vida una agonía! ".

Ahora, en los años 59 y 60, le preocupan las malas noticias de



Newcastle (Inglaterra). Ciudad comercial e industrial de la época.

Buenos Aires. Como se lo escribió Urquiza, su amigo el general Nazario Benavídez, ex gobernador de San Juan, ha sido asesinado en la cárcel, donde el gobierno de su provincia lo tenía preso. Y lo terrible es que los asesinos tienen por cómplices a los gobernantes porteños. En ese mismo año se ha atentado contra la vida de Urquiza y entre los culpables figura Alsina. Por causa de la muerte de Benavídez, y de la lucha económica entre los puertos de Buenos Aires y Rosario, se produce la guerra entre aquella provincia y la Confederación. El triunfo de los porteños puede ser fatal para Rosas. Pero vence Urquiza: el 23 de octubre del 59 derrota en *Cepeda* a las tropas enemigas al mando de Mitre y pone sitio a la ciudad. Luego se hace la paz. Urquiza vuelve a Entre ríos y Buenos Aires se incorpora a la Confederación.

Visita de Cobo

Un visitante chileno, el periodista Salustio Cobo, le proporciona un disgusto. El 15 de julio de 1860, Cobo va a Southampton sólo para verle. Don Juan Manuel, tal vez por no recibirle en *Rockstone House*, que aún conserva, acude al Hotel Bacon. Es un día festivo. Rosas llega al hotel a pie, haciendo llevar su caballo por la brida mientras un lacayo guarda su carruaje a la puerta.

Rosas es popular en el pueblo. El portero se lo muestra a Cobo. Don Juan Manuel está inmóvil en la esquina de enfrente,

como adherido a la pared. Cobo asegura que muchachos de las escuelas, al verle exclaman: "¡Esos son sus caballos! ". Y esta frase y la otra pronunciada por el portero –"¡Ese es el general Rosas! "– son repetidas "por todos los transeúntes". Todo esto demuestra cómo la personalidad de Rosas, a pesar de su vida silenciosa y oculta, no pasa inadvertida.

Don Juan Manuel le declara que a él le va bien en todas partes, y principalmente en Inglaterra. Quéjase contra los gobiernos de América, que han sido ingratos con él, especialmente el de Chile. Le dice que escribe tres obras: una sobre la ley pública; otra sobre las religiones, y la tercera sobre medicina. Hablando de la primera suelta esta importante frase, que revela su antiliberalismo: "Eso que llaman derechos del hombre no engendra sino la tiranía". Cuando habla de las religiones opina que todas deben ser respetadas. También se queja de su hija. "No sé qué le dio a Manuelita por irse a casar a los treinta años, después que me había prometido no hacerlo". Y exclama: "¡Me ha dejado abandonado, solo mi alma". Cuando habla de sí mismo, se alaba de su energía. Dice haber hecho a su patria todo el bien que pudo. Ahora, está resignado con su desgracia. "Yo no fumo, yo no bebo, yo no almuerzo, yo no como. Todo lo que tomo es una cenita, a las diez de la noche, y para eso me la cocino yo con mis manos". Al despedirse, Cobo le propone ir a su casa; pero él se niega y le ofrece volver al hotel.

Cobo hace lo posible para poner en ridículo a Rosas. Lo pinta como un loco y lo considera como un tirano. Cree que Rosas ha inmolado a su país, el cual inmortalizará su nombre, pero tras-

La guardia nacional de Buenos Aires se dirige a embarcarse con destino a Pavón. Oleo de Palliere. Museo Histórico Nacional.



mitiéndolo "a las maldiciones sin fin de los siglos". Trata de justificarse por haberlo visitado.

Poco más tarde, Rosas disgústase con sus hijos; al parecer, pues podría sólo tratarse de su exigencia de vivir separados. El 2 de julio, a Máximo, recuérdale una carta del 8 de agosto del año anterior, en donde le decía: "También ruego a ustedes no vengan a verme ni comisionen a persona alguna con encargo para mí. Si por desgracia lo hacen, luego, sin demora, me iré. Esto ni un solo momento deben ustedes dudarlo. Así lo aseguro, por lo más sagrado, para prevenir recíprocamente a las amarguras futuras de esas horas y de esos días, meses y años que naturalmente deberían seguirse". Y agrega estas palabras a ésas de su carta del año anterior: "Perdóname, pues, mi querido Máximo, cuando no puedo acceder a tu solicitud". ¿Cómo explicarse esta exigencia? No siendo alguna rareza de misántropo, es probable que, por ese tiempo, tenga alguna mujer a su lado.



Santiago Derqui

Guerra y asesinatos en la patria

Vuelven a llegarle a Rosas malas noticias de la patria. Los porteños enemigos de Urquiza han intentado eliminarle. En febrero del 60 es elegido presidente de la Confederación, el doctor Santiago Derqui, que pronto cae bajo la acción de los porteños, de los antiguos unitarios. Urquiza es elegido poco después gobernador de Entre Ríos y el coronel Bartolomé Mitre, de Buenos Aires. Ahora va a tratarse de las *reformas* a la Constitución, propuestas por Buenos Aires. Todo hubiera ido bien, pero he aquí que en noviembre de ese mismo año 60 es asesinado en San Juan el gobernador José Antonio Virasoro. Uno de los autores morales del crimen es el ministro de gobierno de Buenos Aires, Domingo Sarmiento, cuyo diario anunció el asesinato seis días antes de lo ocurrido[2]. El gobierno nacional manda la intervención a San Juan, y uno de los jefes del ejército, por su cuenta, fusila al nuevo gobernador, Antonino Aberastain, hechura de Sarmiento. Protesta airada del gobernador Mitre. En el Congreso Nacional se rechaza a los diputados de Buenos Aires porque fueron elegidos, con objeto de provocar la guerra, según la ley provincial. Buenos Aires y el gobierno nacional se preparan para la lucha, que no tarda en sobrevenir. Urquiza es nombrado jefe de las tropas de la Confederación. Pero convencido de que Derqui le traiciona, al enfrentarse con el ejército de Mitre, en *Pavón*, el 17 de setiembre de 1861, se desentiende del combate y abandona el campo, al tranquilo paso de su caballo.

Ahora es dueño del país Bartolomé Mitre, uno de los más enconados enemigos de Rosas. Asume el poder nacional de hecho. No nace todavía la paz. Mitre envía a las provincias tropas nacionales mandadas por orientales. Prodúcense escenas de barbarie inaudita. Al hacerse la paz, con el general Angel Peñaloza, *el Chaco*, el llamado "bandido" entrega los presos que tenía, y los generales, al ver esto, se miran con espanto: ellos han degollado a los prisioneros que tomaron al *Chacho*. Ese año 61, Sarmiento le escribe a Mitre estas palabras feroces: "No trate de economizar sangre de gauchos. Este es un abono que es preciso hacer, útil al país. La sangre es lo único que tienen de seres humanos". Y le aconseja: "Ni deje cicatrizar la herida de *Pavón*. Urquiza debe desaparecer de la escena, cueste lo que cueste. Southampton o la horca". Convertido el 62 en director de la guerra contra el *Chacho*, los jefes orientales a sus órdenes derrotan a las huestes del *montonero*, toman prisioneros y el general vencedor informa: "Todos ellos han sido pasados por las armas". Y un año y medio más tarde, a fines del 63, el propio Peñaloza caerá en manos de esos forajidos galonados, que lo degollarán y cortarán su cabeza y la colgarán de un palo, en Olta, el pueblo del caudillo, todo con la aprobación de Sarmiento.

Han transcurrido diez años de la caída de Rosas. No ha habido ni orden ni paz. El resumen es pavoroso: dos guerras civiles, varias revoluciones, atentados contra la vida de Urquiza, dictaduras sangrientas, fusilamientos en masa, invasiones de indios a las provincias de Córdoba y Buenos Aires, inseguridad absoluta en la campaña, asesinato de dos gobernadores, destierros y prisiones de centenares de personas distinguidas, sometimiento al Brasil, fomento de una revolución en el Uruguay y comienzo de la entrega del país a la voracidad del capitalismo. Estos diez años superan en horrores y en barbarie al gobierno de Rosas.

Rosas redacta un testamento

Don Juan Manuel podría alegrarse al ver cómo su descenso del poder ha traído al país la anarquía, pero él ama de veras a su patria. Mira con respeto a las nuevas autoridades. Hasta en las cartas a sus íntimos llama "Su Excelencia" a los actuales gobernantes, nunca por su solo apellido, y jamás tiene una palabra contra ellos. Y por otra parte, la política sólo le interesa en cuanto se relaciona con la posible devolución de sus bienes y los de su hija. Tiene algo para él más serio en qué pensar por estos años: su *testamento*. Minucioso y exacto, como en todo, ha de-



El matadero, óleo de Enrique Pellegrini

bido meditarlo muchos meses. Impreso, da dieciocho páginas de treinta y seis líneas cada una.

Es un impresionante documento. Lleva la fecha del 28 de agosto de 1862. Comienza invocando "el nombre de Dios todopoderoso y el de su Santísima Madre". Nombra por albacea a Palmerston. Su funeral será una misa rezada, "sin pompa ni aparato alguno". Su cadáver será sepultado en el cementerio católico de Southampton, en una sepultura moderada, sin lujo. Junto a él se pondrán los restos de Encarnación y los de su padre y su madre, si el gobierno de Buenos Aires lo permite. Cuando sus bienes le sean devueltos, se entregarán quinientas libras a las iglesias de Southampton, cien al obispo Grant y otro tanto al presbítero Mount, ambos católicos. Declara poseer, además de las tierras en Buenos Aires, otras en Santa Fe, que se le dieron en el año 20, y ser acreedor del Estado de Buenos Aires por ciento dieciséis mil reses y cuarenta mil ovejas, todo lo cual fue consumido por los ejércitos de la Provincia. A su hijo le entregó, al morir Encarnación, dos estancias, un terreno y varios miles de animales. A Manuelita le deja todas las casas que posee. A Eugenia, "en correspondencia al cuidado con que asistió a Encargación, a habérmelo ésta recomendado y a la lealtad con que me cuidó en mis enfermedades", le da ochocientos pesos para cuando sus bienes sean devueltos. Declara haber entregado a Eugenia las escrituras de las dos casas que ella heredó de su padre y de un terreno que él le regaló y poco más de cuarenta y un mil pesos que el 8 de febrero depositó en poder de Terrero como pertenecientes a

Eugenia. A Roxas y Patrón, su "muy querido amigo", su "sincero consuelo en la prisión de mi pensamiento, en la soledad de mi destino", el dinero que él le prestó en 1858, los réditos al tres por ciento, los mil pesos anuales que su amigo le envía, a contar desde este año de 1862, la bandera que le acompañó en la expedición del desierto y la espada con puño de oro que le regaló la Sala. Esta última se la deja por cuanto lo ha ayudado con sus luces y con su pluma en las tres obras que tiene escritas sobre la Religión del Hombre, la Ley Pública y la Ciencia Médica; pero sin la vaina, la que –emocionante pormenor– ha debido vender para atender a urgentes necesidades. También deja todos sus papeles a Roxas, salvo esas tres obras, que pertenecerán a Palmerston. Sus libros serán repartidos entre sus dos hijos y Máximo. Hace la cuenta de lo que le deben los señores Juan José y Nicolás Anchorena, a quienes nunca les cobró por administrarles sus estancias y que –agreguemos– tan mal se han portado con él en la adversidad. Para cada donación indica los herederos en caso de muerte del favorecido y los herederos de los herederos, con su minuciosidad de siempre. Y firma su testamento el 31 de agosto de 1862.

Con este documento ciérrase una época del destierro de Rosas. Ahora empieza otra, y en ella, salvo en un breve momento, serán mayores su pobreza y su soledad.



Rosas en su vejez

NOTAS AL CAPITULO

[1] No se tardaron mucho los rivadavianos —30 años de resentimientos a cuestas— en confiscar todos los bienes de Rosas. El 16 de febrero, tres días antes que los imperiales pasearan sus tropas como vencedoras en Buenos Aires, firmaron el decreto: Valentín Alsina, llegado con prudencia después de Caseros, y el Dr. Vicente López, hasta ayer Presidente del Superior Tribunal de Justicia de Rosas, elevador de una nota publicada en "La Gaceta" por setiembre del año anterior, ofreciendo "su persona, bienes, honor y fama" a la "heroica resolución de V.E." (el Restaurador), de permanecer en el mando supremo frente "a las armas del alevoso Gobierno del Brasil combinadas con el misterio de la horrenda traición del loco salvaje unitario Urquiza".

Las consideraciones del decreto confiscatorio no podían ser más ambiguas: "El gobierno no se fija por ahora en los hechos de este hombre, condenado como mal administrador, es decir, no se fija en la arbitraria y nociva inversión hecha de gran parte de los caudales públicos. . . pero el apropiarse de ellos no es administrar bien ni mal, es hurtar y robar con circunstancias muy agraviantes".

Urquiza ya se malogra con esta gente, rememorándoles antiguos precedentes. En su manifiesto "Al pueblo de Buenos Aires", el 21 de febrero, denuncia a los emigrados, hoy de vuelta al pago:

"Hoy asoman la cabeza, y después de tantos desengaños, de tanta sangre, se empeñan en hacerse acreedores al renombre odioso de salvajes unitarios y con inaudita impavidez reclaman la herencia de una revolución que no les pertenece, de una patria cuyo sosiego perturbaron, cuya independencia comprometieron y cuya libertad sacrificaron con su ambición".

¡Cómo para que no le hicieran una revolución, dejándolo de a pie y sin provincia! El golpe setembrino estuvo encabezado por el general Pirán, en lo militar, y por el doctor Valentín Alsina, jefe de los flamantes liberales, en lo político. De los emigrados, un unitario cabal, este don Valentín. El 19 de noviembre de 1850, enterado de la muerte del general San Martín, le escribía desde Montevideo a Félix Frías: "Como militar fue intachable (el Libertador), pero en

lo demás era muy mal mirado de los enemigos de Rosas". Y no era para menos: "Ha hecho un gran daño a nuestra causa con sus pretensiones, casi agrestes y serviles, contra el extranjero. . . Era de los que en la causa de América, no ven más que la independencia del extranjero, sin importárseles nada de la libertad. . . Nos ha dañado mucho fortificando allá y aquí la causa de Rosas, con sus opiniones y con su nombre; y todavía lega a un Rosas tan luego su espada. Esto aturde, humilla, indigna. . .".

Seguía un pudorosa delicadeza: "Por supuesto en el diario me he guardado de decir nada de esto". Y la alegría porque las cosas pintaban bien, como pintaron para estos libertarios: "Pobre Montevideo si no tuviera más esperanzas que la Francia. Pero tiene al Brasil. La guerra es inevitable". Y la ganaron.

Cuando Urquiza levantó la expropiación de bienes a Rosas, le había escrito a éste, el 18 de marzo de 1853: "La derogación del decreto que confiscó sus propiedades ha sido un acto de rigurosa justicia". Triunfante la revolución liberal que separó la provincia de Buenos Aires del resto de la República, sustituyéndola en Estado independiente, la Legislatura bonaerense sancionaba el 29 de julio de 1957: "Se declara a Juan Manuel de Rosas reo de lesa patria por la tiranía sangrienta que ejerció sobre el pueblo durante el período de su dictadura, violando hasta las leyes de la naturaleza y por haber hecho traición, en muchos casos, a la independencia de su patria. . . Con arreglo al decreto de febrero 16 de 1852 que declaró de propiedad pública todos los bienes que pertenecieron al tirano Juan Manuel de Rosas, existentes en el territorio del Estado, queda autorizado el P.E. para proceder a su enajenación. . ."

Había sido alma del proyecto don Rufino de Elizalde, el mismo que —según nos cuenta Benito Hortelano— cinchara a mediados de 1851, del carro triunfal en que iba Manuelita Rosas.

[2] Buenos Aires viene ordenando su política de minorías, como en los buenos tiempos, para desmontar la voluntad de las provincias. Ha importado armas modernas y ya tiene en la mira al coronel José Antonio Virasoro, primer blanco. El hombre es correntino y ocupa la gobernación de San Juan por disposición de su Legislatura, ante el asesinato de Nazario Benavídez, signatario del Acuerdo de San Nicolás.

Sarmiento comienza su ataque desde "El Nacional", a principios de año, tildándolo de tirano. Un incondicional del sanjuanino, Antonio Aberastain, empuja el odio en la provincia. El encono tiene rienda suelta en la madrugada del 16 de noviembre de 1860. Virasoro es asesinado indefenso, con un hijo en brazos, en su propia casa. Para que no se vaya sin familia al otro mundo, despenan junto con él a su hermano Pedro, su cuñado Tomás Haynes, su amigo Rollin y sigue la suma hasta 16 en total. El cadáver de Virasoro es arrojado por una ventana y llegado al suelo lo lancean, por si acaso. Sarmiento, como dice Gálvez, anunció la muerte seis días atrás en "EL Nacional". En la sesión del Senado del 13 de julio de 1875, él mismo dirá que en la re-

vuelta "estaba mezclado todo el partido liberal". Juan Bautista Alberdi comentará la cosa en "Grandes y pequeños hombres", sin agregarle nada: "Dos gobernadores han sido asesinados en San Juan por el partido de Buenos Aires llamado de la civilización: el general Benavídez, y después el coronel Virasoro. Este último, en su casa, con toda su comitiva, en los brazos de su mujer, que escapó envuelta en sangre".

Aberastain, autor material de la revuelta, se quedó con el gobierno sanjuanino; pero el presidente Derqui se enfrentó con Sarmiento y dispuso la intervención de la provincia, en la persona del coronel Juan Saá. Hubo combate en la Rinconada de Pocito, principios de 1861, con escarmiento manifiesto. Aberastain y todos los prisioneros del encuentro fueron pasados a degüello. Unos 400, según calcula gente entendida, como don Pedro Garaffa en "Hombres notables de Cuyo".



Ultimo retrato de Rosas sacado en Southampton. Obsequiado por Máximo Terrero al Dr. Manuel Trelles.

CAPITULO XXII
POBREZA, ANCIANIDAD Y MUERTE

Ahora que tiene hecho su testamento, don Juan Manuel puede morir. No teme a la muerte. No hay en su copiosa correspondencia el menor detalle que descubra su temor o su preocupación por el tránsito. Tampoco lo desea. Tranquilo, en su severo estoicismo, espera el terrible instante.

Fin de la causa criminal

Quienes quieren su muerte son sus enemigos. La causa criminal que comenzó hace cinco años, acaba ahora de terminarse, en 1862. ¿Por qué, se ha demorado tanto? ¿No han dicho que sus "crímenes" eran notorios, que sobraban testigos y pruebas? He aquí impresa la Causa, editada por el propio fiscal, que la precede de un retrato suyo.

El fiscal, Emilio Agrelo, le acusa: de los fusilamientos de San Nicolás y del Salto, que en su época nadie consideró injustos, puesto que los mismos unitarios, como ha referido Echeverría, desearon la vuelta al gobierno del que los ordenó; de los sucesos de los años 40 y 42, que magnifica llamando personas "notables" a los veinte asesinados que menciona, entre los que figuran el panadero Dupuy y el carrero Buter; del fusilamiento de los prisioneros del *Quebracho*, de *Sancala* y del *Rodeo del Medio*, del mayor *Montero*, de *Camila* y de los cuatro *sacerdotes* unitarios. Dos años ha necesitado el fiscal para expedirse. Ya sabemos el valor que tienen esas acusaciones. Pero agreguemos que este hombre firmó el 29 de octubre de 1851, con otros abogados, un documento que publicó *La Gaceta* y en el que se elogiaba a Rosas por su "heroica abnegación", por las "prodigiosas creaciones debi-

das exclusivamente a la sabiduría de V. E.", y por haber elevado "la diplomacia a un rango que no tiene ejemplo en la historia política de las naciones".

El juez de primera instancia, Sixto Villegas, ha necesitado también dos años para fallar, pues lo hace el 17 de abril de 1861. Da una lista bastante larga de condenados a azotes, a las armas y a la prisión, por diversos delitos. No analiza ni un solo caso. No afirma que Rosas fuera injusto. Lo acusa por el hecho en sí y por la cantidad de condenas. Olvida que Rosas tuvo la suma del poder y que se la concedió la legislatura. Los condenados a muerte por asesinatos, robos y otras causas, suman cincuenta y siete. Condenados a muerte sin especificación de causas, hay, aparte de los consabidos ciento diez indios ladrones y asesinos, ochenta y uno; pero esto no significa que Rosas los fusilara sin causa, sino que en el *Indice de la Policía*, publicado por un gobierno unitario, no figuraban las causas. Para medir la imparcialidad y el caletre de este juez, basta con recordar que entre noventa y un perseguidos incluye a José Mármol, que estuvo preso apenas siete días y eso que había incurrido en el delito de mantener comunicación con el enemigo. Igualmente acusa a Rosas por el fusilamiento de Ramón Maza, que quiso levantarse en armas en tiempo de guerra con el extranjero, y por la muerte de aquellos cuatro que quisieron fugarse el año 39. Pero, ¿qué? ¿No lo acusa de la muerte de Avellaneda, de Cubas, de Acha y hasta de profanación de cadáveres? Rivera Indarte ha debido sonreír desde el Infierno al ver su triunfo. El juez condena a Rosas a la pena de muerte, con calidad de aleve, y a la restitución de los bienes "robados" a los particulares y al fisco. Y considerándolo como "uno de aquellos criminales famosos a quienes las naciones cultas no prestan asilo", pretende que se solicite al gobierno inglés su entrega.

El fiscal ante el Superior Tribunal, Pablo Cárdenas, también antiguo rosista, despacha pronto. Sólo agrega a los delitos la muerte de Zelarrayán, que murió combatiendo, a ciento cincuenta leguas de Buenos Aires, y el fusilamiento del francés Tiola, que, perdonado, como todos los que dieron dinero para la conjuración de Maza, reincidió al acercarse Lavalle, para el cual pretendió conseguir caballos. El Superior Tribunal resuelve pronto, el 2 de diciembre del 61. El fiscal, el mismo Cárdenas, repite su acusación ante la Corte, en tercera instancia, el 12 de diciembre. Y la Corte falla a principios del 62, en el mismo sentido que los anteriores jueces.

¿Qué dice don Juan Manuel de estas vistas fiscales y estas sentencias, obra de sus vehementes enemigos de hoy, entre los que

algunos lo admiraron ayer? Nada dice. No conocemos ninguna queja suya. Ahora, sin embargo, sabe todavía más que en 1858 de lo que el hombre "es capaz en su ferocidad". En cambio, Manuelita, al conocer la sentencia del juez Villegas, estalla en una carta a Josefa Gómez. No le aflige la sentencia, que le parece una farsa ridícula, sino "el pensar en los malvados que son los hombres y cómo se lanzan a la calumnia más atroz sin respeto a Dios ni a la sociedad en que viven". Pídele a su amiga preguntar al doctor Vélez Sársfield cómo es que muchos de los personajes que figuran actualmente se resolvieron a frecuentar su sociedad, bailar y divertirse en ella sin causarles horror "las mutilaciones de las víctimas cuya piel desollada, cuyas orejas curtidas, cuyas cabezas sangrientas, servían de adorno en los salones del reo". Le recuerda a Pepita cómo ella vio "a Elizalde y a muchos otros visitar esos salones noche a noche, y el mismo doctor Vélez, que tantas veces se llamó mi amigo, ¿no me visitaba y es un testigo de esa atroz calumnia? ". Sin embargo, ella los perdona. "Pero son tan tenaces –agrega– en ofendernos, aunque estamos tan lejos, desgraciados y sin meternos con nadie, que no puedo dejar de lamentar la injusticia atroz . . . ".

Cartas a su hijo

Extrañas las relaciones de Rosas con su único hijo varón. Desde el 55 no le ha escrito una sola vez. Y no es enteramente exacto que no escribiera a nadie. Hasta ahora, 1864, ha dirigido algunas cartas a Pepita Gómez, varias a Urquiza y una a su hermana Mercedes. ¿Qué ha ocurrido entre ellos? Ni siquiera cuando el hijo estaba en el Brasil, país donde no podía comprometerle, ha querido enviarle unas líneas . Acaso esta manía de no escribir cartas, en quien las escribió a millares en otros años, pruebe la disminución del equilibrio mental.

En 1863, Juan ha recibido un mensaje de su padre, por intermedio de Manuelita. Es un mensaje cariñoso, pues el hijo escribe inmediatamente a don Juan Manuel. "Su contenido –le dice– me ha llenado de gozo, con la halagüeña esperanza de que habrá terminado la triste y para mí dolorosa situación en que me tenía su silencio". Lamenta que su padre no hiciera justicia a su cariño filial, que temiera ser comprometido por él, si le escribía. Le hace notar cómo él ha sacrificado todo "ante sus opiniones y la dignidad del nombre honroso" que lleva. "Sus cartas –agrega– habrían sido uno de los mayores gozos con que hubiera endulzado mis sinsabores, así como el silencio no fue poca parte en


Constituyentes de 1853.

mis penas". No le ha seguido escribiendo porque creía disgustarle y se confirmaba en esta opinión pensando que su padre no quiso despedirse de su hijo. Al final le dice que lo quiere "con delirio" y le pide su bendición.

Rosas le contesta el 4 de marzo de 1864. Su extensa carta es la evidente prueba de cómo ha declinado su inteligencia. Dícele que las cartas de su hijo, de su nuera y de su nieto son honrosas a la Patria, a su padre y a la familia y que él las guardará porque "su lugar en la Historia Argentina" será "esclarecido y noble". En seguida, después de nueve años de incomunicación, le habla de sus opiniones sobre sucesos políticos de América y de Europa y de su derecho a que sus palabras "se consideren y estudien". Sorprende esa frase: "Nos anuncia, pues, el cuadro actual de las naciones, acercarse los días en que pudiéramos servir de algo en nuestra tierra o en alguna otra parte del mundo". Luego, recuerda la justicia de Dios. Pide que cumplan sus mandamientos, "y así con fe en ellos –dice incoherentemente– llegará el día en que reunidas las voluntades en la virtud, desapareciendo el negro manto de las tempestades, cual furor de las pasiones, queden todos los goces, derechos y cargas, establecidos en el punto esclarecido y seguro de la verdad, suficientemente garantida".

Rosas en el exilio.



Explica su silencio, que su situación le impuso, principalmente por motivo de la causa criminal. Dícele que a nadie ha escrito, ni a Terrero, su "primero y muy querido amigo desde la niñez". Solamente ha mantenido correspondencia con su querido amigo José María Roxas y Patrón. Considera que ese silencio "es ya uno de los más valiosos documentos en la justificación de mi conducta". Tal vez él lo concibe como un aspecto de su retiro absoluto, de la especie de muerte civil a que él mismo se ha condenado. Mi silencio –dice más adelante– "nos era conveniente, en todos sentidos, a las partes interesadas, de todas las opiniones, amigos y enemigos, nacionales y extranjeros". Es lástima que lo extendiera al hijo, porque en ese silencio, prueba de abnegación patriótica, hay una indiscutible grandeza.

No se despidió del hijo de Juan porque jamás quiso despedirse de los seres queridos, y esto ya sabemos que es verdad. Le anuncia que va a dejar el campo y *Rockstone House*. Pero tiene esperanza de poder continuar con la chacra, pues la vida sedentaria sería su muerte. Le comunica tener un gran proyecto, una sociedad que haría seguras y muy buenas ganancias. "Los indios quedarían sujetos a la obediencia los unos, concluidos los otros, los desiertos pacíficos, y el ferrocarril iría directamente a Chile por el Neuquén, y sus ramas a las provincias de Cuyo, Bahía


Residencia de Southampton.

blanca y Río Negro". Nada sabemos de este proyecto, realmente admirable, y que revela cómo Rosas pensaba en su patria desde su lejano destierro y cómo no carecía de amor al progreso. Y en fin, habla de sus documentos, a los que atribuye la mayor importancia, y se justifica de su reciente contacto con su hija y con Máximo por la necesidad de prevenir su pérdida.

La pobreza de Rosas y la generosidad de Urquiza

Las dificultades económicas lo acosan. A una de sus hermanas le escribe el 64: "Sigo pobre, muy verdaderamente pobre, trabajando en el campo todo cuanto puedo, sin omitir esfuerzo alguno para tener algo que comer, unos pobres ranchos en qué vivir y en qué tener a mi lado mis numerosos e importantísimos papeles, que son mi único consuelo en la adversidad de mis penosas circunstancias". Le aflige –según le dice el mismo año a Pepita Gómez– el haber tomado dinero en préstamo, a interés. Lo ha devuelto, pero se ha quedado "sin recursos para seguir en los trabajos de campo".

En carta posterior a la amiga, le anuncia que dejará la casa y el campo. "No sé a dónde iré, ni cuál será mi destino. Tal es la agitación ardiente en las pasiones del mundo. que no sería extraño fuese en la guerra, o en la formación de alguna caballería según los gauchos, de lanza, bolas y lazo, que es lo que más entiendo y para lo que no me cambiaría por mozo alguno". Sin embargo, se esforzará por seguir trabajando en el campo. "El es-

tado de nuestro país, mi salud, mis deseos de ser algún día algo útil, y la Justicia Divina, ya fuera de misterio, que de día en día vemos realizarse, esa voz que debemos escuchar con reverencia, nos aconsejan y demandan la fe en la sagrada flor de la esperanza". ¿Qué espera don Juan Manuel? No lo sabemos. Cuéntale a la amiga que estuvo Ignacia, la hija de ella, a visitarlo. Parece que él se limitó a mostrarle la casa y que apenas habló con ella. "No debía molestarla con palabras tristes". Insiste en que dejará la casa y se retirará "a vivir en reducida indigencia".

Su pobreza ha sido tan grande que debió humillarse ante Urquiza. El 7 de noviembre de 1863 le ha escrito: "Continuando privado de mis propiedades por tan largo tiempo, me encuentro ya precisamente obligado a salir de esta casa, a dejar todo, pagar algo de lo que debo y reducirme a vivir en la miseria. Y en tal estado, si usted puede hacer algo en mi favor, es llegado el tiempo en que yo pueda admitir la generosa oferta de V. E. para sacarme o aliviarme en tan amarga y difícil situación". Es cierto que le ofrece devolverle lo que le envía y es cierto que Urquiza le ofrece ayudarlo hace algunos años. Pero no es menos cierto que para Rosas, orgulloso y altivo, ese pedido le ha de haber costado sangre. Se justifica ante Urquiza diciendo que hasta cree un deber a la patria "no perdonar medio alguno permitido", a un hombre de su clase, "para no parecer ante el extranjero en *estado de indigencia* quien nada hizo para merecerlo". Urquiza le contesta, el 28 de febrero de 1864, llamándole *grande y buen amigo*; le dice que su carta le ha inspirado "los sentimientos que merece la desgracia y que reclama la humanidad" y le señala mil



La plaza del mercado en Buenos Aires, según una acuarela de Vidal.

libras esterlinas por año. Al recibir las líneas de Urquiza, el desterrado le agradece emocionadamente. Las palabras "grande y buen amigo" le enternecen. Dicen que ellas solas serían "suficiente para acreditar a V. E. su justicia y la nobleza de su alma". Y sin duda recordando que Urquiza lo derrocó, escribe estas frases tan valerosas como hondamente cristianas, y que pudiera firmarlas Dostoievski: "¡Errores! ¿Quién no los ha cometido? El que no los ha padecido da prueba de su imbecilidad. Los míos me los ha perdonado V. E., como yo he perdonado los de V. E. Si no nos perdonásemos los unos a los otros, estaríamos ya en el infierno". Asegúrale que ha hecho una obra de verdadera caridad y que "en Dios ha de encontrar siempre V. E. la mejor recompensa".

Urquiza ha procedido a solicitud de Josefa Gómez, impresionada por las cartas de Rosas. Pero esto no disminuye la belleza del gesto. Y Urquiza no ha sido generoso tan sólo con Rosas, sino también con todos sus enemigos de los últimos años. La verdad es que Urquiza, cualesquiera que fuesen los errores que cometiera antes del 3 de febrero de 1852, ahora se ha engrandecido. Resulta todo un hombre ante la mezquindad de espíritu de sus enemigos. Por sus generosidades que revelan nobleza de alma, por su probado amor a la patria, por su obra de gobierno como presidente de la Confederación, Urquiza es una de las más grandes y respetables figuras argentinas.

Pero las libras no llegan. Rosas empieza a trasladar a sus ranchos los papeles y otras cosas que no deben ser vendidos. "Lo demás continúa alistándose para venderse. Máximo es el encargado de esas ventas". Devolverá la casa en setiembre. De Urquiza dice: "Si mucho antes de ahora he rogado a Dios por su acierto y felicidad, ¿qué no será hoy? "

Pasan los meses y ni noticias de las mil libras. La pobreza le obliga a vivir con la sobriedad de un gaucho. A Pepita: "No fumo, no tomo rapé, vino ni licor alguno, no asisto a comidas, no hago visitas ni las recibo, no paseo, no asisto a teatros ni diversiones de clase alguna. Mi ropa es la de un hombre común. Mis manos y mi cara son bien quemadas, y bien acreditan cuánto y cómo es mi trabajo diario incesante para en algo ayudarme. Mi comida es un pedazo de carne asada y mi mate. Nada más". El hizo arreglos contando con las libras. "Así, pues, no sé hoy que será de mí ni de mi destino". En otra carta, quéjase de su "amarga y penosa situación".

Para mayor desgracia –las pulgas del perro flaco– a principios del 65 un incendio destruye su lechería. Ha perdido las vacas, dos caballos y los útiles. Esta parte de la chacra él la subarrenda-

ba, y con ese dinero pagaba el resto del campo y sus "mezquinos" gastos. Estaba asegurada la lechería, pero el seguro corresponde al propietario de la chacra. Esta desgracia agrava su situación, que, seis meses después de recibidas las libras, "sigue siendo bien penosa y tristemente afligida".

A fines de ese año 65 recuerda todo lo que él lleva hecho en ese campo. Nadie quería arrendarlo. Caíanse las casas, que estaban llenas de ratas, víboras, comadrejas y otros bichos inmundos. El lo ha ido poco a poco limpiando y arreglando todo. Cuéntale a su amiga que tiene nueve cuartos. Hace poco ha estado allí, por primera vez, Manuelita. Dos semanas a su lado, con Máximo, los dos chicos, la mujer que los cuida y una cocinera. Uno de los cuartos era para Máximo, que va a verlo con alguna frecuencia. El come en su dormitorio, y allí tiene sus papeles y sus libros.

Y así don Juan Manuel, que ya tiene setenta y dos años, va pasando su vida austeramente, lejos de los hombres y sus vanidades, dedicado al trabajo.



Nicolás Antonio Calvo.

Visita de Calvo

Algunos argentinos han de haber pasado por Londres en esos años. ¿Cómo se explica que no sientan curiosidad por visitar a Rosas? ¿O es que él se niega a recibirlos? He aquí uno que va a verlo al *farm.* Es el periodista y político Nicolás Calvo, hermano del eminente internacionalista don Carlos. El visitante de Rosas milita en el urquicismo y en cierto modo puede ser considerado como un partidario suyo. Durante varios años ha dirigido al diario *La Reforma Pacífica,* adverso a la política de los hombres de Buenos Aires.

Es en 1864. Calvo describe la pobreza de la casa de Rosas, su aspecto rústico, los tres ranchos con techo de paja. No advierte el propósito del solitario de *Swanthling* de recordar la pampa tan amada. Hácenle esperar en un cuarto amueblado con una mesa de caoba, un sofá y cuatro sillas forradas de percal. Por fin, está en su presencia don Juan Manuel de Rosas.

La visita de Calvo, según lo que él ha relatado, tiene poco interés. Algunos pormenores, sin embargo, merecen recordarse. Por Calvo sabemos que Rosas paga cinco libras por acre anuales, lo que resulta un total de setecientas cuarenta, suma elevada para los recursos del desterrado. Don Juan Manuel habla de su pobreza, de su resistencia física, de los tres libros que ha escrito. Agradece a Calvo el haber publicado en su diario la donación que le hizo San Martín de su espada. Elogia a Urquiza por los favores



Gauchos de Tucumán.

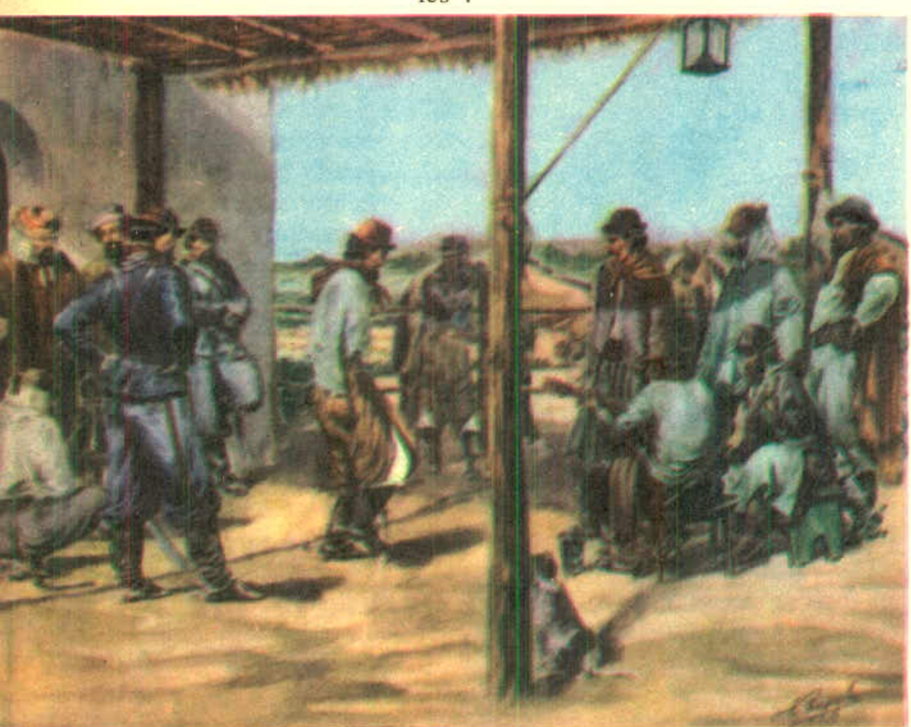
que le ha hecho y haberlo llamado "grande amigo", y habla de Mitre sin el menor enojo. Más interesante que todo esto es, acaso, su declaración de que sigue con sus gustos criollos. A veces duerme en un corredor abierto –la enramada del rancho– y sale a su trabajo con su lazo y sus boleadoras. Ha domado él mismo, a la criolla, una hermosa yegua que le muestra. Y sigue fiel al mate, que desea ver adoptado por la gente de campo de Inglaterra, y al que considera más saludable que el té.

Admiración de Alberdi

Nada tan trascendental para Rosas, porque significa el anticipo del juicio de la posteridad, como la admiración que le profesa el doctor Alberdi. El ilustre pensador le escribe a Máximo Terrero y a Manuelita y nunca deja de decir algo interesante sobre el desterrado. He aquí frases algunas de esas cartas.

1863. Abril: "El señor Elizalde ha entrado en sus últimos trabajos diplomáticos con la misma política exterior que el general Rosas tuvo antes que conociera la Europa. Fiel a su destino, se ve que Elizalde marcha siempre a raya del general Rosas. ¡Ah, si al menos imitasen su energía y dignidad! " 1º de octubre: "¡Qué justificación solemne recibe con todo esto el general rosas! " Ha sentido no ver a Rosas. No quiere molestarlo con cartas, "en su retiro *digno* y *laborioso*. Y agrega que él está dando lecciones a los generales americanos que la demagogia echa a las playas europeas, "llenos de *plata* y *ávidos* de placeres".

1864. A Manuela, el 13 de enero, sobre el retrato de su padre. Cree que "difícilmente se pueda dar cabeza que exprese la posesión de un talento superior tan elocuente como la de nuestro antiguo Jefe Supremo del Río de la Plata". Y agrega que lord Byron habría envidiado "la fascinación irresistible de su mirada". A Terrero, el 19 de julio: "en el mismo lugar en que debiera tributarse elogio y respeto al general Rosas, que tuvo tan alto el estandarte de San Martín, lo ultrajan del modo más *cobarde* e ingrato". Y más adelante: "Me gusta mucho oírle a usted que el general Urquiza contempla y respeta al general Rosas, en lo que prueba cordura y sensatez". El mismo día vuelve a escribirle, muy inquieto al saber el incendio de la chacra, que teme sea obra de los enemigos de Rosas, con el fin de hacer desaparecer sus papeles. El 8 de agosto, desde Caen: "La causa real del general Rosas se halla triunfante y respetada hasta en sus puntos más vulnerables, por sus enemigos; y él, ¿es acusado criminalmente? " Se pregunta por qué ha sido procesado Rosas, "el único que lleva vida digna y se tiene en una reserva llena de decoro y de honor". Habla de su proyecto de una defensa de Rosas, y cree que "una corta Memoria, bien acompañada de una masa de documentos, sería más eficaz que un grueso libro". Un mes después, le escribe al propio Rosas. Pídele excusas por no haber podido visitarlo, le renueva sus testimonios de aprecio y distinción y añade: "El ejemplo de moderación y dignidad que usted está dando a nuestra América, despedazada por la anarquía, es, para mí, una prenda segura de que le esperan días más felicies que los actuales".



Manifestaciones artísticas de la llanura.

Pero he aquí la más importante de las cartas de Alberdi. Lleva fecha del 14 de agosto de 1864 y contiene el plan de la *Memoria* que, por su consejo, habrá de escribir Rosas. Antes de exponer ese plan, dice: "el ejemplo del general Rosas, de refugiado digno, resignado, laborioso, en Europa, no tiene ejemplo sino en la vieja historia de Roma". Lo compara con los otros generales americanos, desterrados en Europa. "Sólo él no ha conspirado para recuperar el poder, ni ha hecho la corte a los reyes, ni buscado espectabilidad ni ruido. Sólo él ha vivido del sudor de su trabajo de labrador, sin admitir favores de extraños. Ni el mismo San Martín llevó con más dignidad su proscripción voluntaria. Es indigno y vergonzoso atacar a un hombre semejante y en semejante situación". La *Memoria* debe ser sin frases. Debe reducirse a cifras, documentos y hechos. Valor de la moneda en tiempo de Rosas y la campaña que existía en su tiempo y la que hoy no existe. La fortuna que tuvo Rosas y la que hoy tiene. "No hay que olvidar en la actualidad. La deuda de entonces y la de hoy. La ley que dio el poder a Rosas. Sus renuncias. Las aprobaciones legislativas de sus actos. Los títulos y honores recibidos. Los tratados internacionales. Las fronteras de entonces y las de hoy. La seguridad en el testamento de San Martín". Cómo vive en Europa. Atenciones de que es objeto. "Para responder al reproche de barbarie, inferido a su manera de atacar y defenderse, mostrar o señalar la historia contemporánea de Estados Unidos, Rusia, Italia, Alemania. . ." Qué personas le acompañaron en el gobierno. Cree que Rosas debe defenderse, hasta por patriotismo, por el decoro de su país. "Callar es dar la razón al que habla, aunque no la tenga".

1865. A Terrero: "Cuando veo a la nación sin gobierno, yo le preguntaría al general Urquiza: ¿Para qué volteó usted al general Rosas? ¿No dijo usted que era para organizar y constituir un gobierno nacional regular? Lo que hoy existe, ¿es gobierno regular? ". Luego, contesta a un diario que, con motivo de las recientes invasiones de los indios, considera indefendible la frontera, por extensa. "Más extensa era bajo el general Rosas y nunca estuvo mejor defendida". 28 de agosto: "La visita de doña Manuelita a su señor padre en su cabaña de Southampton sería el tema digno de un cuadro de esas grandes y simples escenas de la antigüedad romana".

1866. A Terrero, el 13 de marzo, hablándole de su folleto *Crisis de 1866:* "Había una página en que parangonaba los gobiernos, o más bien, las personas del general Rosas y del general Mitre, para hacer resaltar la enorme superioridad del primero. He tenido que guardarla para más adelante. . ." Preocúpale la salud

Juan B. Alberdi.



de Rosas. "Hoy es necesaria su vida, no sólo para ustedes y muchos amigos, sino para la Historia y tal vez para el porvenir inmediato de nuestro país". Y en 1867, estas palabras promisoras y admirativas: "Mi pasado político me gobierna un poco, pero él no me impedirá, llegada la oportunidad que ha de venir, de tributar a la justicia histórica en obsequio de muchos títulos que le asisten a él, el testimonio público de mis convicciones a su respecto".

Por esos mismos días —extraña coincidencia— Sarmiento, el viejo enemigo de Alberdi, escribe también palabras justicieras para Rosas. En una carta al doctor Manuel José García, le dice que Rosas "reincorporó la Nación", o sea que le dio nueva vida, que la organizó. Pero Rosas no tendrá noticia de esta opinión sincera de su enemigo.

Rosas, sus hijos y sus nietos

Mientras tanto, los nietos ingleses han crecido. El 30 de marzo del 65, aniversario del nacimiento de su abuelo, Manuelita les ha hecho aprender el célebre soneto *Washington era un labrador honrado,* que en 1820 fue compuesto en su honor. Los chicos, "famosísimos", como dice la madre, han tenido una gran fiesta, y le envían al viejo "besos por carradas y qué sé yo cuántos regalos". Le pide la bendición para los cuatro, y se despide con un conmovedor "Adiós, *Tatita* mío de mi alma".

En el verano, pasan tres meses en la chacra. Allí le llega a Rosas la triste noticia de la muerte de su amigo Juan Nepomuceno Terrero. "Con *Tatita* —escribe Manuela a Josefa Gómez— hemos acompañado a mi Máximo a llorar". Pero esta desgracia natural no les ha impedido a todos el contento de verse juntos. "¡*Pobre Tatita*! Con los ojos llenos de lágrimas me dijo varias veces la satisfacción que sentía al verme tan contenta en su pobre morada". Ella ha estado realmente contenta, salvo cuando lo veía "en la necesidad de trabajar sin descanso, a que lo ha reducido su infortunio". Los nietos lo han distraído. Festeja sus travesuras, sobre todo las ocurrencias de Rodrigo, el menor, "idéntico a él en lo bromista". Y cuando se van no hace sino hablar de ellos con la criada. Y se ha divertido al ver a su hija a caballo, después de trece años que no montaba.

Al año siguiente, le anuncia otra visita, pero irán al otro día del cumpleaños. Los chicos nada saben del viaje. "Se van a volver locos". Desde allí festejarán el 30 de marzo, y uniendo el nombre del santo del día con el del abuelo, gritarán sin cesar:



Primer choque de trenes en Buenos Aires, en las cercanías de San José de Flores (1864).

"¡Viva San Juan Clímaco de Rosas! ¡Viva, viva, viva! " Y se despide con inigualable ternura "con millones de besos míos y de tus hijos ingleses, queda adorándote tu muy amante hijita y compañera".

También suele visitarle su hija cuando ella cumple años. Según le escribirá mucho tiempo después Manuelita a Antonio Reyes, comen en medio del campo, en algún lugar que su padre elige y hace carpir y embanderar, acompañados en la pequeña fiesta por el sacerdote católico de Southampton y el médico y su mujer.

A fines de ese año 66, da noticias interesantes de su padre. "El pobre *Tatita* está bastante bien, tanto cuanto se puede esperar de su edad y circunstancias. La última vez que lo visité vine muy descontenta de su aspecto, porque lo encontré muy delgado; pero hace dos semanas pasó una noche aquí y realmente me sorprendió lo buen mozo que está".

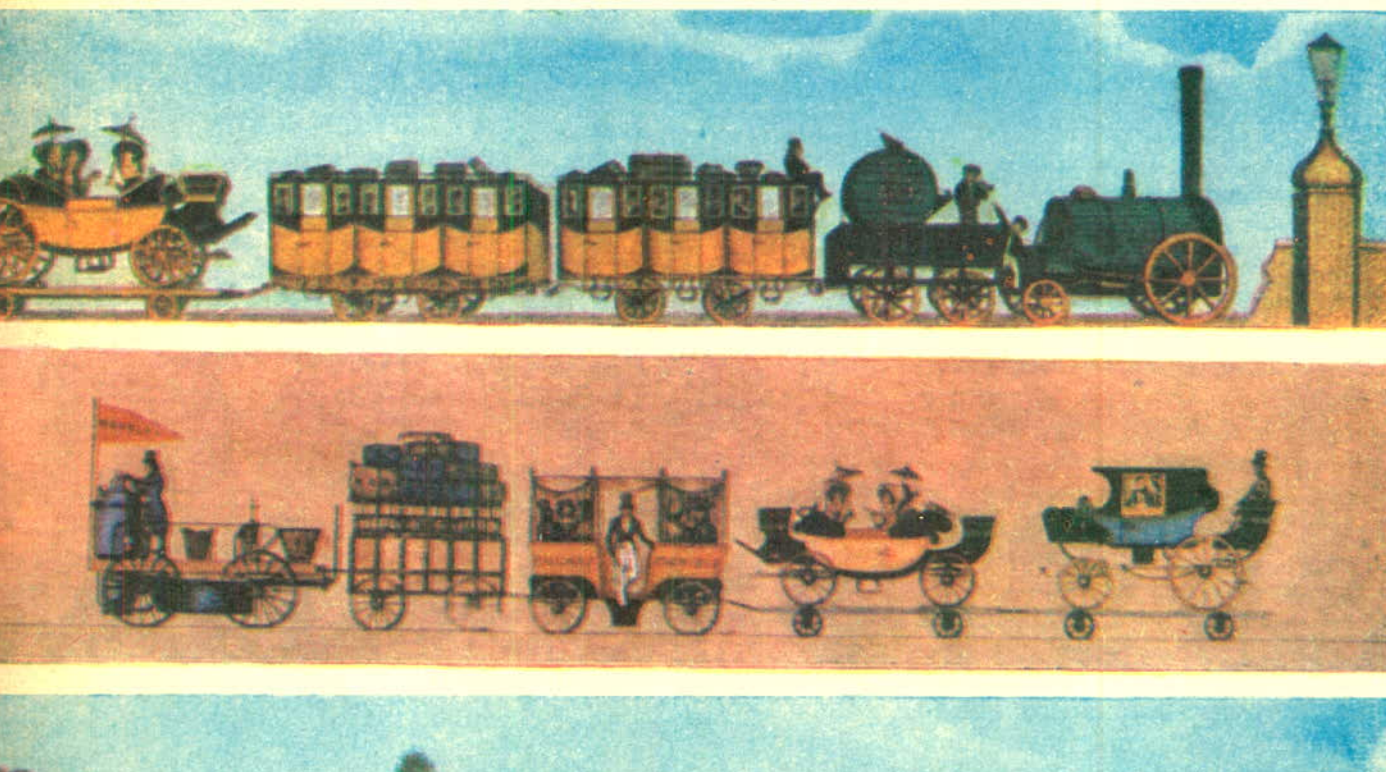
Muerte de Palmerston

En 1865, el 17 de octubre, ha muerto Palmerston. Como todo se le ha de negar a Rosas, también ha pretendido demostrarse que su amistad con el político inglés ha sido "a media correspondencia". Sin duda, veíanse raramente: una vez cada año, en los últimos tiempos. Pero parece indudable que alguna cordialidad existió entre ellos.

Es unánime la opinión sobre esa amistad. Alberdi, Máximo Terrero, algún diario inglés, la reconocen. El hijo de Terrero y nieto de don Juan Manuel habla de ella en un reportaje que le hacen en Buenos Aires, en 1907. El médico de Southampton, John Wibblin, que debe estar bien enterado, le escribe a Rosas en español: "¡su *amigazo* lord Palmerston está muerto!" Esta palabra *amigazo,* cuyo significado el inglés John Wibblin, muy amigo de Rosas, a su vez, debía saber por don Juan Manuel, denota un vínculo bastante estrecho. Y en fin, Rosas, que había nombrado albacea a Palmerston, se traslada al lugar en donde ha muerto el famoso político. El 8 de noviembre le escribe a Pepita Gómez desde cerca de Romsay. Está en "un pobre cuarto". Ha ido para ocuparse en algo con relación a la muerte de Palmerston. "Bien puede usted conocer –le dice– cuánta será mi dolorida tristeza por la pérdida de ese hombre eminente".

Nada más lógico, por otra parte, que Palmerston se interesara por ese general sudamericano que había resistido tan enérgicamente al poder de Inglaterra. Había destruido todos sus planes y había salido triunfante. Palmerston debía creer muy interesante a ese hombre de la Pampa, a ese dictador argentino, cuyo nombre llenó en Europa, sin la menor exageración, las columnas de los diarios y las sesiones de los parlamentos.

Estampas inglesas de los ferrocarriles de la época.



Visita de Ramón Guerrero

En 1866, el 17 de enero, don Juan Manuel recibe un nuevo visitante: el magistrado chileno Ramón Guerrero. Le acompaña el padre Mount, sacerdote católico de Southampton. Guerrero describirá la casa, blanqueada, con un jardín al frente y a la derecha un callejón de cercas por donde entran las mulas a un corral. Dentro, sencillez, limpieza. En el dormitorio hay armarios llenos de libros, papeles sobre una mesa, paquetes y maletas con documentos, una cama ancha, tres sillas, una jaula con un loro y una chimenea con un reloj encima. Aparece Rosas: robusto, ágil, muy encorvado, completamente calvo, sin patillas ni bigotes y como si no se hubiera afeitado en varios días. Lleva un poncho, un cinturón, espuelas de plata y zapatos muy ordinarios.

Se quita el poncho y queda en mangas de camisa, con un chaleco de pieles y un pañuelo por corbata. Se pone a hablar. Repite lo dicho a otros visitantes. Sus temas, en aquella soledad, no pueden ser muy variados. Se queja hasta con lágrimas de las repúblicas americanas, que lo han abandonado; se alaba de su buena salud; refiere su horario de trabajo; le da noticia de los tres libros que tiene escritos. Y le habla de Palmerston, que le ofreció una pensión, rechazada por él; de su carta de pésame a lady Palmerston, que al visitante le sorprende porque está "concebida en términos muy religiosos"; de sus papeles, de que vive rodeado; y de su afecto a Inglaterra, "la única nación con quien deben estrechar sus relaciones las repúblicas sudamericanas y tener confianza en ella".

El visitante, al publicar su reportaje, le juzga a Rosas "hombre extraordinario" y afirma que ningún otro ha hecho tanta impresión en él. Dice que Rosas, ahora, llama la atención "por su caridad, su constancia y por el sacrificio que se ha impuesto, que algunos atribuyen que lo hace para purgar sus delitos". Pero nada tan interesante como lo que el sacerdote le dice del desterrado. Se lo pinta "como un hombre muy católico, caritativo y generoso". Le cuenta que, al ver los bancos de la Iglesia en mal estado, los hizo cambiar y que pagó la construcción de una galería "sumamente valiosa". También le refiere que en la propiedad que arrienda hay una casa magnífica, el *Castillo*; pero que Rosas ha preferido habitar el rancho "construido por él mismo, con techo de cicuta y paja". Del artículo de Guerrero se desprende que don Juan Manuel ya no tiene coche, y que en un carretón sin toldo, en donde sólo cabe una persona, va a la ciudad y hace traer las provisiones.

El reportaje es más bien favorable a Rosas. Pero él protesta

ante su amiga por algunos pormenores. No está encorvado, sino ágil y derecho. No se cambia por el hombre más fuerte para el trabajo. "Hago aquí sobre el caballo y en otros trabajos de campo, lo que no pueden hacer ni aun los mozos". Tira el lazo y las boleadoras. No está calvo. Le falta sólo un poco de pelo en la frente. Pero reconoce tener casi todo blanco el cabello, la barba, las patillas. También es cierto que no estaba afeitado: lo hace por economizar, cada ocho días. Por lo mismo, no fuma ni bebe. "Mi comida es lo más pobre en todo." Y no usa zapatos sino botas. Y como el visitante supone que Rosas no sabe inglés, él le contesta que de ser así, no podría entenderse con los peones ni con ningún trabajador: "en la chacra no ha habido ni hay una sola persona que hable ni escriba español".

Suscripciones en Buenos Aires a su favor

En 1866 empieza para el desterrado una época mejor. Pero seguida por años de miseria y en los que la soledad alcanzará a lo trágico.

En el otoño inglés del 66, Rosas autoriza a su amiga lejana para las suscripciones que quiere hacerle. De acuerdo con ella, Rosas escribe a la viuda del general Quiroga, a los Ezcurra y a otras personas. Necesita para vivir mil libras anuales. Pero no las quiere regaladas sino a interés, que fija en tres por ciento. Su amiga no habrá de dirigirse a los Terrero, que ya le han señalado, entre todos, quinientas. Ni a Roxas y Patrón, que le manda doscientas.

Por más que las libras sean en préstamo, estas epístolas pidiendo dinero, que él difícilmente podrá devolver, impresionan dolorosamente. He aquí la carta a una de las hermanas de Encarnación. Invoca los vínculos de familia; su "penoso malestar, en un país extranjero, sin amigos, en la soledad de su destino ingrato y prisión del pensamiento"; su trabajo de jornalero, "en un clima severamente destemplado, variable y frío"; su amistad con los padres de ella; el recuerdo de Encarnación; los servicios que hizo a la familia Ezcurra; y lo triste que sería para ella y para él que no figurase en la lista de los que le auxilian.

No tarda en recibir dinero y cartas. Fuera de los Ezcurra y de la viuda de Quiroga, poquísimas personas contribuyen. Uno se pregunta con asombro: ¿dónde están Arana, Lahitte, Lorenzo Torres, los generales Pacheco y Pinedo, sus parientes los Anchorena y todos los que medraron junto al que llamaban "el ilustre Restaurador de las Leyes"? Una de las cartas más emocionantes



Vista del puerto de Buenos Aires por ese entonces

es la de Sotero Arguibel, hijo de una hermana de Encarnación. Ha sentido tristeza al leer la de él, y un malestar al comprender que sus recursos apenas le permiten ayudarle. Se inscribe con veinticinco libras anuales, lo que no es poco. Pero parécele "bochornoso" y le dice que lo hace con lágrimas en los ojos. Agrega que si él se muere sus hijos continuarán con su obligación. "Señor: concluiré ésta como la principié, llorando, y esto bastará para expresar a usted mis sentimientos".

Para mayor miseria, la gota empieza a molestar de veras al desterrado. ¿Cómo seguir trabajando con ese mal? En agosto del 67 es tan serio que su hija ha debido ir inmediatamente a cuidarlo. No obstante, él domina su enfermedad; y cuando no es demasiado grave, monta a caballo.

Urquiza deja pronto de enviarle la anualidad. No se sabe por qué. Una carta de Rosas hace creer que Urquiza se hubiera molestado al enterarse de que don Juan Manuel está recibiendo dinero de otras personas. El 68 han aumentado la pobreza y la soledad. En febrero, su hija escribe: "tal vez pase una o dos semanas con mi pobre viejito en Southampton, lo que será un bálsamo para ambos". Tan pobre está el que fue poderoso, que su hija le envía hasta sobres. En la misma carta le anuncia un poncho y una cajita de dulce . . . ¡ Parte el alma este obsequio de su hija, que también es muy pobre! Y parece que Rosas lo ha dado todo a los necesitados, pues su hija le dice: "si la das, como tenés costumbre . . . " Y su nieto dirá muchos años después, que "se desprendía de cosas de que hacía mal en privarse". Tal vez por esto, y mientras en su país lo odian, allá en tierra extraña todos lo quieren. Su nieto referirá que los animales que están a su alrededor, todos lo siguen y lo buscan . . .

Y mientras tanto, los hombres de Buenos Aires parecen gozar-



Domingo F. Sarmiento

se sádicamente con la agonía material y moral del desterrado. Excepto Mitre, y algún otro, que estaba en Montevideo, los demás le deben toda clase de favores. Ninguno le envía un centavo. Ninguno se acuerda para escribirle dos líneas de recuerdo. ¡Bien dice él que conoce hasta dónde llega la ferocidad de los hombres!

Una esperanza tiene: la presidencia del general Urquiza. Imagina desconfiscados sus bienes y los de su hija. Pero es elegido Sarmiento.

Con este motivo él demuestra su generosidad. Vélez Sarsfield, amigo de Manuelita y suyo, está ahora en su contra. Sarmiento lo ha nombrado ministro, y sus adversarios le reprochan su rosismo y el haber aconsejado al dictador el fusilamiento de *Camila*. Josefa Gómez le pide a don Juan Manuel que declare de algún modo cómo Vélez Sarsfield nada tuvo que ver con eso; y Rosas así lo hace en su respuesta a la amiga, afirmando que nadie le aconsejó y que sólo él es el responsable de cuanto hizo durante su gobierno. Y Vélez Sarsfield corresponde después de esta generosidad diciendo públicamente que Rosas fue uno de los más grandes tiranos que ha habido. . .

Aparecen las Memorias de Paz e Historia de Rosas

Por esos años han aparecido en Buenos Aires dos libros que disgustan a Rosas: las *Memorias póstumas*, del general Paz, y la *Historia de Rosas*, de Manuel Bilbao. Cree que las *Memorias* son apócrifas, por lo menos en parte. No concibe que el general Paz haya dicho ciertas falsedades.

El libro de Bilbao le indigna más. Bilbao es un chileno que ha llegado al país en 1865. Está vinculado con la familia de Rosas, con la que tendrá un parentesco político. Mercedes, la hermana del general, pidió a Rosas datos para Bilbao, que él no pudo enviarle por falta de un copista. Mercedes ha creído que el libro era favorable a su hermano, y así se lo ha escrito a Manuelita. Pero, lejos de eso, hasta cobarde lo considera. Roxas y Patrón, al remitir el libro a Rosas, comenta el cargo injusto y recuerda que el 4 de febrero del 52, al ir con otros a tratar con Urquiza, el vencedor les dijo: "Rosas es un valiente: durante la batalla lo he estado viendo al frente, mandar su ejército".

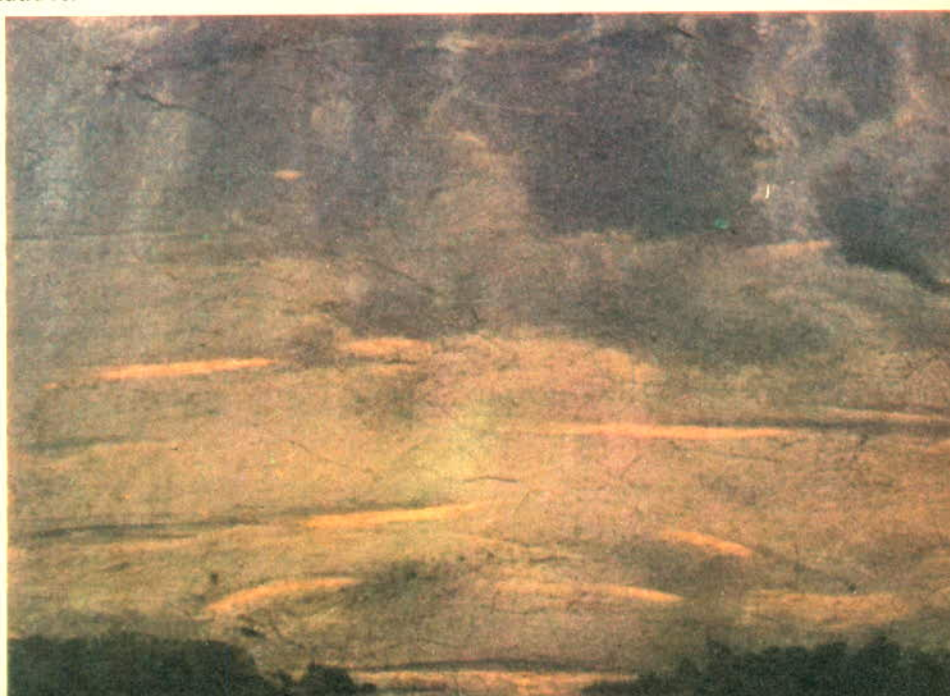
Rosas niega o explica, en diversas cartas, algunas afirmaciones de Bilbao y estampa estas palabras muy sensatas: "No pueden escribir la Historia de Rosas, ni ser jueces, ni los enemigos, las mismas víctimas que se dicen, ni los que pueden ser tachados de

complicidad". No es el caso de Bilbao, pero el historiador, para escribir su libro, ha debido informarse en fuentes adversas a Rosas. Don Juan Manuel cree que su historia verdadera será la que se haga en el futuro. El juicio –dice– "corresponde a Dios y a la Historia verdadera, porque solamente Dios y la Historia verdadera pueden juzgar a los pueblos que facultaron a Rosas con la suma del poder, por la Ley".

Con estas cartas, Rosas reanuda su pasión epistolar de otros tiempos. Como siempre, exagera muchas cosas. Así, hablando del incendio de la lechería, dice que fue obra de sus enemigos, los que tenían comprado un hombre para matarle. Alberdi también creyó lo primero, pero el pago del seguro demuestra otra cosa. La redacción de las cartas no tiene la coherencia de antes. Sin embargo, y a pesar de los setenta y seis años, se defiende bien. Y sorprende que se limite a la discusión de los cargos que se le hacen y a exigir pruebas, sin escribir una palabra ofensiva o despectiva para quienes, como Bilbao o Paz, lo han tratado malamente, cuando no calumniado.

Epistolario de Rosas en el 68

Comienza, el año 68, una época de muertes. Desaparece una de sus hermanas, uno de sus queridos cuñados, y al otro año su hijo. También muere su ex jefe de policía. Y en 1870 es asesinado Urquiza. Estas desgracias son para él dobles, por cuanto la pérdida del pariente o el amigo significa también la de un contribuyente a sus necesidades.



Ataque de fuerzas paraguayas a la isla del Cerrito, guerra del Paraguay.

La situación se pone seria para él. A su amiga lejana le confiesa, que lo que le mandan de Buenos Aires apenas le alcanza para ir pagando poco a poco lo que debe. Es que la fiebre amarilla no sólo impide ayudar al que está lejos sino que causa serios estragos en los presupuestos familiares. La viuda de Quiroga no puede continuar con su suscripción. Un inglés amigo suyo, Carlos Ohlsen, recién llegado a Buenos Aires, le escribe a Josefa Gómez, que está en el campo. Este hombre de gran corazón no sólo quiere ayuda material para Rosas sino también moral. Desea ver al ministro Vélez Sarsfield, pedirle "unas palabras de olvido y consuelo para el pobre desterrado". Insiste en rogarle a ella ayuda. Está convencidísimo de que si Vélez "hubiese visto al pobre general postrado en una cama en su rancho", el ministro "no hubiese titubeado en perdonar, y olvidar". Y visita a algunos parientes del desterrado y les explica su dolorosa situación.

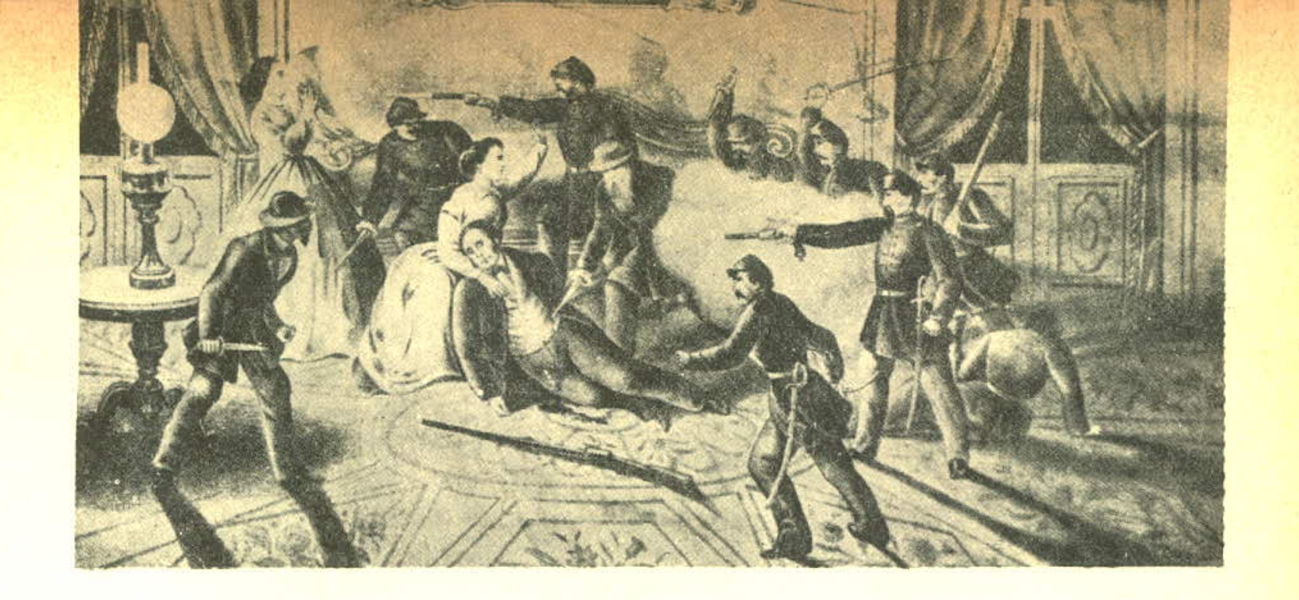
Es probablemente a Ohlsen a quien le escribe en diciembre de 1871, en vísperas de la partida de su amigo para Buenos Aires. En esta carta, Rosas define exactamente lo tremendo de su soledad. "El mate y mi Angel Guardián –dice– son mis únicos compañeros".

Manuelita, que va a verle una o dos veces por año, cuando puede, porque ella también pasa pobrezas y su marido está enfermo, ha cumplido sus cincuenta y cuatro, el 70, junto a su *viejito*. Cuenta que "el pobre *Tatita* ha estado muy afligido por la muerte de su hijo". Su salud es muy desigual, aunque se mantenga ágil y bien conservado. "Siempre achacado de la gota", escribe Ohlsen. Cerca de cumplir él los ochenta, su hija dice: "Mi *viejito* está bueno, y eso que la gota lo ataca con frecuencia, particularmente en las manos, o, mejor dicho, en los dedos".

Opina sobre política europea

Y sin embargo, escribe larguísimas cartas. Ya no ha de trabajar mucho en el campo, por falta de recursos y por su enfermedad. Estas cartas lo prueban. Ahora le escribe también a Federico Terrero. Y lo mismo que en las cartas a Josefa Gómez, a Roxas y Patrón y a alguna otra persona, no se limita a hablar de sí. Puede afirmarse que pasa en revista toda la política europea y que no se olvida de la nuestra.

Sus observaciones sobre los pueblos de Europa y la política de sus gobiernos de entonces son, a veces, muy notables y revelan su penetrante inteligencia y aun su portentosa intuición. "En Prusia –le escribe a Terrero– todo ciudadano se pone en línea



Asesinato del general Urquiza en el Palacio San José (Museo Histórico Nacional).

silenciosa y se hace soldado, como si fuera una costumbre de educación doméstica o de la enseñanza primaria". Afirma que Prusia "es el enemigo más formidable del sistema constitucional". Acusa a Guillermo de Prusia y a Bismarck de haber faltado "a sus palabras solemnes ante el mundo, al empezar la guerra". A Antonino Reyes le escribe el 71: "La organización militar de Prusia es una amenaza constante a la independencia y a la libertad constitucional de las demás naciones". Demuestra un insospechado amor a la Francia, ya que tan mal le trataron los franceses. Al saber que ha firmado la paz con Prusia, comenta: "Sí, está firmada. Mejor diré: la desgracia y vergüenza sin ejemplo para la Francia y las naciones interesadas, que, debiendo auxiliarla, la han dejado sola". Y agrega, emocionadamente: "Al sentir dolores tales sólo llorando puedo atenuarlos. En una carta del 72 afirma ser necesaria la unificación del cristianismo. Y el 2 de febrero de 1871, enuncia nada menos que la Liga de las Naciones. Habla de la "imperiosa y urgente necesidad de la erección de un congreso, *Tribunal de las Naciones*, con la suma del poder y *bien armado*", el cual se ocupará de un Código internacional en el que "se consignará con explícita claridad el *equilibrio*, entre ellas y las *garantías* seguras para las *libertades, soberanía y derecho de los débiles*". Así habla Rosas, ¡cincuenta y tantos años antes de Arístides Briand y de Hipólito Yrigoyen!

Codicilo al testamento

1873. Don Juan Manuel va a agregar un codicilo a su testamento. Nombra albacea a Manuela y a Máximo, pues ha muerto Palmerston. Su cadáver quedará en Southampton, "hasta que en

mi patria –dice– se reconozca y acuerde por el Gobiero la justicia debida a mis servicios"; Entonces será enviado y colocado "en una sepultura moderada, sin lujo ni aparato alguno". Su cadáver, cuando sea llevado al cementerio de Southampton, dos días después de su muerte, "será acompañado solamente de un coche, con tres o cuatro personas".

De las cuatro mil libras que debía cuando el testamento anterior, ha devuelto tres mil. Algo debe a su yerno. Uno de los libros de la nobleza de sus antepasados es para su nieto Manuel Máximo, a quien él llama *Nepomuceno José*, y el otro para Rodrigo, a quien llama *Clímaco Baldomero*. Deja al médico su reloj; a la vieja criada, Ann Mills, todos los muebles, que son muchos, y otras cosas, entre ellas las guascas, maneadoras y sogas trenzadas o sin trenzar; a Máximo, sus dos perros, sus dos pistolas de fierro del Tucumán y su loro Blagard; la volanta y dos caballos, a sus nietos; las boleadoras y otros objetos a Federico Terrero; las dos imágenes, una de las cuales le regaló Eugenia y otra el canónigo doctor Cox, a Manuelita.

Tres cláusulas merecen consideración especial. En primer lugar aquella en que habla del Diccionario y Gramática de la lengua *Pampa*, que tiene escritos y los deja a su hija. .Es verdad, pues, que ha existido este trabajo*. Y aun parece que Ernesto Renán, no sabemos si en vida de Rosas o después, lo examinó y hubo de prologarlo. En segundo lugar, aquella en que dice: "Declaro que jamás he tenido, ni reconocido, más hijos, en persona alguna, que los de Encarnación, mi esposa, y míos, Juan y Manuelita". Estas palabras desconciertan. ¿De quién serían, entonces, los hijos de Eugenia? ¿El exceso de pudor lo induce a negar? Esto parece lo más creíble. Y por fin, deben considerarse, en tercer lugar, las cláusulas en que favorece a sus empleados y peones. A tres de ellos les deja veinte libras a cada uno; a otros tres, diez libras, y a los demás peones, siempre que tengan ocho años de servicio con él, ocho libras a cada uno. Rosas nunca se olvida de los pobres.

En marzo ha cumplido ochenta años. Y en esa edad, que para todos los que a ella llegan es de descanso y de algodones, él, solitario, labra su campo en tierra extraña, lejos de la patria irremediablemente ingrata. Don Juan Manuel, el desterrado argentino, que ha transformado una parcela del agro inglés en un trozo de Pampa, que se recluye en su campo, que no busca la vanidad y se prepara a morir solo, adquiere en estos años de Inglaterra la

* Los señores Oscar R. Suárez Caviglia y Enrique Stieben encontraron la obra de Rosas y la publicaron, a principios de 1948, con un prólogo del autor de este libro.

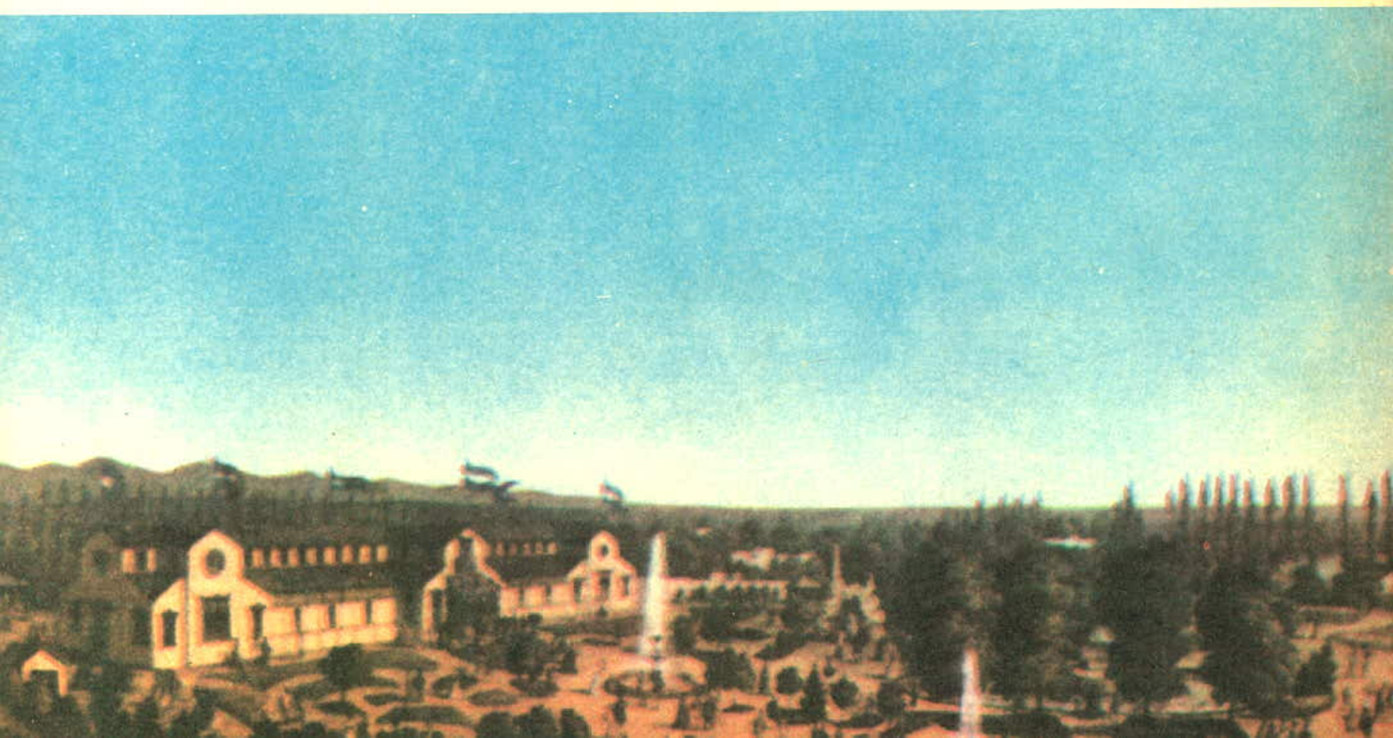
estatura moral de un héroe antiguo, de un personaje de Plutarco.

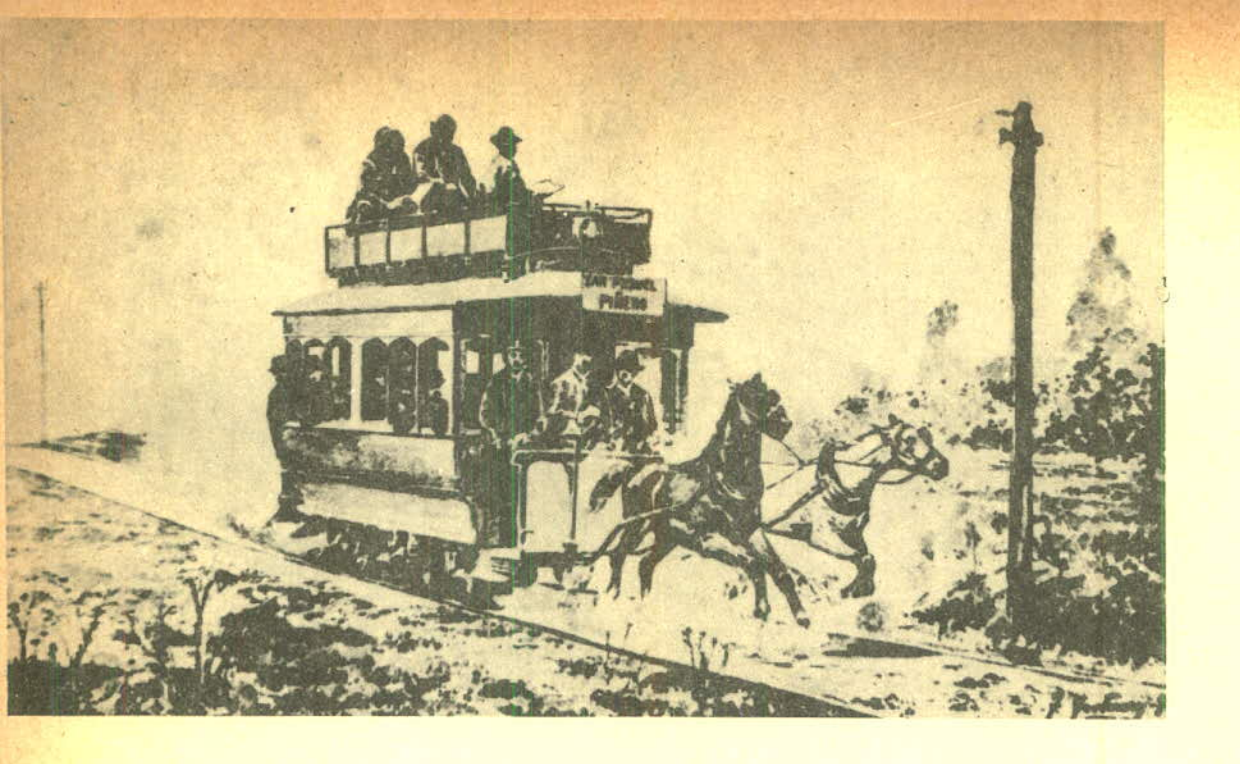
Rosas a los 80 años. Visitas de Quesada y Baldés Rozas

Este mismo año de 1873, el desterrado recibe dos visitas interesantes. Una, en febrero, es la de un escritor y diplomático argentino, que va con su hijo de catorce años. El visitante ha sido adversario de Rosas. No obstante, después de la entrevista aconseja a su hijo que escriba lo que ha dicho el desterrado. El adelescente guarda esos apuntes más de treinta años. Los publica sin retocarlos, después que él, con sus libros notables, ha puesto uno de los más sólidos jalones en la obra de la rehabilitación de Rosas. Este escritor, de vigorosa mentalidad y hombre de cultura densísima, es el doctor Ernesto Quesada.

Describe a Rosas, en sus ochenta años, todavía hermoso y de aspecto imponente, cultísimo en sus maneras; y dice que el ambiente más que modesto de la casa no amengua su aire de gran señor. Rosas dice, más o menos, lo que tantas veces ha escrito a Quiroga, a Ibarra y a López. Al asumir el poder, encontró al país en la anarquía, sin organización nacional, sin tesoro ni finanzas. En un día no podían modificarse los hábitos anárquicos. Era preciso, primero "gobernar con mano fuerte para garantizar la seguridad", establecer un régimen de orden. Para eso, él dedicó su vida al servicio del país. Los que suponen que gozaba con los sensualismos del poder son malvados. Si ha cometido errores, él es responsable. Pero el reproche de no haber dado al país una

"Exposición Nacional" de Industrias bajo la presidencia de Sarmiento.





Tranvía de caballos en Buenos Aires hacia el 1870 según dibujo de F. Fortuny.

constitución parécele fútil. Era preciso, antes, "preparar al pueblo para ello, creando hábitos de orden y de gobierno". Si no acabó de constituir al país fue porque los unitarios no lo dejaron respirar. Con todo, a su descenso del poder "el país se encontraba quizá parcialmente preparado para un ensayo constitucional". A pesar de eso, todavía hubo que pasar diez años en la lucha entre porteños y provincianos. Sin su sacrificio, "aún duraría la anarquía, como todavía se puede hoy observar en otras secciones de América". Su ideal de gobierno le parece "el autócrata paternal, inteligente, desinteresado e infatigable, enérgico y resuelto a hacer la felicidad de su pueblo, sin favoritos ni favoritas". El buscó ese ideal, en la época de transición que le tocó gobernar. "Otorgar una constitución –termina– era asunto secundario; lo principal era preparar al país para ello, ¡y esto es lo que creo haber hecho!

En agosto visítale su sobrino Alejandro Baldés Rozas, que escribe un diario de su viaje. Algunos pormenores interesantes hay en sus páginas: la "sorpresa" que le da su tío, presentándosele de golpe, después de haberlo visto pasar, escondido detrás de una puerta; el dormitorio y escritorio atestado de papeles y de tablas llenas de libros. La mesa igualmente abarcada de papeles y en uno de cuyos extremos come el desterrado; las palabras a la criada, "este caballero manda aquí más que yo" y que ella, según sus órdenes, debe repetir; y las noticias sobre la vida del general, que se levanta a las cuatro de la mañana. Es el 19 de agosto y el visitante vuelve al otro día. Don Juan Manuel baja de poncho,

espuelas y rebenque y le dice que viene de andar a caballo. Le indica la dirección de Manuelita, a quien llama "la duquesa", y que ha alquilado por el verano una propiedad no muy lejos de la suya, pero a la que se va en tren.

Todavía vuelve una vez más, el 23, a despedirse. Rosas le dice que no le gustan las despedidas y que al marcharse lo haga lo más pronto que pueda.

Estas dos visitas son como dos últimos pequeños oasis antes de penetrar en el desierto. Ahora comienza aquel Sahara de soledad, aquel silencio casi absoluto que son los últimos años del anciano desterrado. ¡Qué tremenda expiación la suya! Veinte años gobernó, y veinticinco padece, resignado, solictario, pobre, y, durante épocas, enfermo, quien fuera el poderoso señor de la Pampa, el Restaurador de las Leyes, el dictador de la Confederación Argentina, el defensor de la soberanía y la independencia de su patria . . .

Pobreza y desolación

Y con el pasar de los días va aumentando la pobreza. Los peones, aquellos a los cuales les dejaba algunas libras en herencia, lo han robado; y él ha tenido que echarlos a todos. Sus amigos y parientes de Buenos Aires, los que lo socorrían, se marchan de este mundo. Estas muertes significan para él mayor pobreza y un acrecentamiento de soledad.



Antiguo Municipio de Buenos Aires hacia 1870 y el proyecto de la ampliación actual a partir de 1888.

El 73 le ha escrito desde San Nicolás el coronel Prudencio Arnold. Le llama "el hombre de mi predilección y mis simpatías". Don Juan Manuel le contesta hablándole de esa carta: "Es un calmante a mi malestar por la pobreza en que vivo". Son un gran consuelo para el viejo las cartas de ese hombre fiel. "Su retrato de busto es el único que hay en la salita de mi casa, en esta ciudad, frente a las ventanas de la calle". No solamente, pues, le admira y le quiere. Desea que todos lo sepan, el viejo soldado que no se avergüenza de haber servido a sus órdenes. ¡Cuántos recuerdos lejanos evocarán en Rosas las cartas del coronel Arnold! Pensar que pronto hará cincuenta años desde que ambos pelearon en el *Puente de Márquez*, en ese combate que fue para Rosas el verdadero comienzo de su gloria.

El año 75 el anciano recibe el más cruel de los golpes: ha muerto Josefa Gómez. Esta mujer admirabla ha sido la buena Hada del desterrado. Lo socorrió con dinero, le obtuvo la ayuda de Urquiza, le reunió las suscripciones. Sus cartas debían hacerle sentirse un poco menos solo. Esa mujer abnegada, esa amiga fide-

lísima, raro ejemplo de lealtad, debía representar para Rosas la *Patria*; y sus cartas con ella, su diálogo con la *Patria*. Ahora él va a quedar en la sima de su soledad. Ahora podrá volver a escribir, con más razón que antes, que la vida, si ha de ser así, "es una agonía".

Una agonía . . . Tanta es su pobreza que, un día de diciembre del 76, se decide a escribir a la hija de su amiga. Se decide a pedirle plata, sencillamente. ¿Cómo ella no ha continuado ayudando al viejo, siquiera por cariño a su madre, ya que no es capaz de comprender el honor que semejante ayuda le significaría? Don Juan Manuel le manda su protesta de veinticuatro años atrás. Le refiere cómo debió recurrir a personas amigas, las cuales, en su casi totalidad, han muerto. Y recordando su amistad con la madre y "los sentimientos virtuosos del corazón de usted y el de su amante esposo –le dice– me he animado a enviar a usted esta manifestación, por si le es posible auxiliarme con algo anualmente". ¡ Doloroso, ver humillarse así al hombre altivo y fuerte de sus años de grandeza y de poderío! Han de haber sangrado el corazón y el alma de Rosas. Hay una densa tragedia moral en esas líneas solemnes que dirige a quien conoció cuando era una criatura, a la hija de su íntima y noble amiga.

Enfermedad y muerte

Pero ya poco le queda por sufrir a Rosas. Un día de marzo de 1877, el 12, en que Manuelita, anciana también, pues tiene sesenta y un años, se encuentra sola –Máximo se ha marchado, en febrero, a Buenos Aires, a gestionar la devolución de sus bienes–, es llamada desde *Swanthling* por el doctor Wibblin. Acude junto a su padre y lo encuentra gravemente enfermo. Ocurre que el jueves 8, don Juan Manuel, sin preocuparse del frío invernal, salió a la tarde a caballo para dirigir el encierro de unos animales. Había vuelto a la casa de la chacra con tos. A la noche tenía fiebre. El médico ha diagnosticado una congestión pulmonar, gravísima en un hombre de ochenta y cuatro años. Al otro día ha arrojado sangre y le ha sobrevenido la fatiga.

Cuando ese día 12, que es un lunes, llega Manuela, su padre está casi moribundo. Ella le escribe a Máximo: "¡ Pobre *Tatita*! ¡ Estuvo tan feliz cuando me vio llegar! ". No obstante su gravedad, el enfermo dispone el turno de los que han de cuidarle. El martes reacciona un poco. Charla con ella y con el médico. Le ordena a su hija que vaya a descansar y que lo cuiden sus criados Mary Ann y Alice.

Es el 14 de marzo de 1877. A las seis de la mañana, Alice avisa a Manuela que su padre está muy mal. Ella salta de la cama, se instala a su lado, y lo besa muchas veces, como hacía siempre. Siente la mano helada. "¿Cómo te va, *Tatita*? ". El la mira "con la mayor ternura" y le contesta: "No sé, niña . . . " Y la *niña* de sesenta y un años –¡ cuánta ternura hay en esa palabra "niña", dirigida a una mujer de su edad y en semejante momento! – sale para ordenar que llamen al médico y al confesor: Y cuando ella vuelve, ya su padre no vive.

Ha muerto don Juan Manuel de Rosas. Su entierro es muy sencillo y pobre: un solo coche y unas pocas personas. Pero algo le da la grandeza del entierro de un héroe: sobre el féretro va una bandera argentina y la espada de San Martín. La más gloriosa espada de la Patria lo acompaña. Es como un trofeo ganado por su patriotismo y como símbolo de sus doce años de lucha por la independencia política, económica y espiritual de América.

En su tumba no se ha pronunciado ningún discurso. Pero pocos meses más tarde, Juan Bautista Alberdi escribe unas bellas palabras, que son como una oración ante sus restos. "Mientras se levantan altares a San Martín –dice el ilustre escritor–, su espada

Roca en la campaña al desierto. Oleo conservado en el Museo Histórico Nacional



está en Southampton, sirviendo de trofeo monumental a la tumba de Rosas, puesta en ella por las manos mismas del héroe de Chacabuco y Maipú". Agrega: "Su conducta en Europa no ha sido inferior a la de San Martín". Afirma que su respeto al vencedor, "sin coacción ni motivo de temor, es tenido en todo país civilizado como respeto liberal tributado a la Ley. Este solo antecedente lo hace merecedor de que sea la tierra clásica de la libertad la que pese ligera sobre sus restos mortales". Y en un rasgo de noble arrepentimiento, exclama: "Yo combatí su gobierno. Lo recuerdo con disgusto".

Pero allá en la patria lejana, donde gobiernan hombres pequeños, casi nadie opina como Alberdi. He aquí que los parientes de Rosas mandan decir una misa por su alma. Trátase de una ceremonia absolutamente privada, del legítimo derecho de rogar al Altísimo por un muerto. Pero el "liberal" gobierno de la Provincia prohíbe la misa. Uno de los ministros que firman el dictatorial decreto es Vicente Quesada, aquel diplomático que visitó a Rosas en 1873. Dios lo castigará más tarde, encendiendo en el alma de su hijo, del muchacho que lo acompaña, una auténtica pasión por la justicia histórica que le convertirá en una de las columnas de la rehabilitación del condenado[1].

Rosas y la posteridad

Don Juan Manuel de Rosas no ha muerto. Vive en el espíritu del pueblo, al que apasiona su alma gaucha, su obra por los pobres, su defensa de nuestra independencia, la honradez ejemplar de su gobierno y el saber que es una de las más fuertes expresiones de la argentinidad. Vive en los viejos papeles, que cobran vida y pasión en las manos de los modernos historiadores y que convierten en defensores de Rosas a cuantos en ellos se sumergen honradamente en busca de la verdad, extraños a esa miseria de la *historia dirigida*, desdeñosos de los ficticios honores oficiales.

Y vive, sobre todo, en el rosismo, que no es el culto de la violencia, como quieren sus enemigos o como, acaso, lo desean algunos rosistas equivocados. Cuando alguien hoy vitorea a Rosas, no piensa en el que ordenó los fusilamientos de San Nicolás, sino en el hombre que durante doce años defendió, con talento, energía, tenacidad y patriotismo, la soberanía y la independencia de la Patria contra las dos más grandes potencias del mundo. El rosismo, ferviente movimiento espiritual, es la aspiración a la verdad en nuestra Historia y en nuestra vida política; la protesta

contra la entrega de la Patria al extranjero; el odio a lo convencional, a la mentira que todo lo envenena. El nombre de don Juan Manuel de Rosas ha llegado a ser hoy, en 1940, lo que fue en 1840: la encarnación y el símbolo de la conciencia nacional, de la Argentina independiente y autárquica; de la Argentina que está dispuesta a desangrarse antes que ser estado vasallo de ninguna gran potencia. Frente a los imperialismos que nos amenazan, sea en lo político o en lo económico, el nombre de Rosas debe unir a los argentinos. Estudiemos su obra y juzguémosla sin prejuicios. Y amémosla, no en lo que tuvo de injusta, excesiva y violenta, sino en lo que tuvo de típicamente argentina y de patriótica.



Tumba que guarda los restos de Juan Manuel de Rosas, en el cementerio de Southampton.

NOTAS AL CAPITULO

[1] Por decreto del 23 de abril de 1877, el gobierno de Buenos Aires considerando que "Juan Manuel de Rosas está declarado por ley reo de lesa patria por la tiranía sangrienta que ejerció sobre el pueblo durante todo el período de su dictadura, violando hasta las leyes de la naturaleza. . ." en una tautología de lo sancionado veinte años atrás, agregando que "por esos crímenes atroces fue declarado fuera de la ley común, confiscados sus bienes y condenado a la pena ordinaria de muerte, en calidad de aleve; que toda demostración pública en favor de Juan Manuel de Rosas y su memoria no puede menos que provocar justos actos de indignación contra tan inaudito tirano. . . que hay conveniencias de alta moral política en evitar que la fuerza pública. . . sea puesta al servicio de provocaciones. . . y considerando, por último, que es deber de los gobiernos velar porque se mantengan incólumes y puros los sentimientos de amor a la libertad y odio a los tiranos. El Poder Ejecutivo acuerda y decreta: Art. 1º Queda prohibida toda demostración pública en favor de la memoria del tirano Juan M. Rosas, cualquiera sea su forma. Art. 2º Prohíbense en su consecuencia, como demostración pública, los funerales a que se ha invitado para el día martes en el templo de San Ignacio. Fdo. C. Casares, Vicente G. Quesada, R. Varela". Al día siguiente emitía otra resolución perseverante, considerando ahora "que una respetable y numerosa reunión de ciudadanos de todas las opiniones, ha promovido una demostración pública en honra de las víctimas de la bárbara tiranía de Juan Manuel de Rosas; que es digno de los pueblos viriles honrar la memoria de los que cayeron en la lucha contra los tiranos y por la libertad. . . el Poder Ejecutivo acuerda y decreta: Art. 1º — Asociarse a las honras fúnebres consagradas a los mártires de la libertad que se celebran en la iglesia metropolitana el día de mañana; Art. 2º— Ordenar que en todos los establecimientos públicos de la provincia se mantenga a media asta la bandera nacional; Art. 3º — Ordenar que el batallón provincial se ponga a las órdenes de la Inspección General de Armas, para formar en la

columna que haga los honores fúnebres; Art. 4º — Autorizar a todos los empleados de la Administración, para que puedan concurrir a esa solemne ceremonia". También lo firmaban Casares, Quesada y Varela.

Cuenta Ernesto Quesada, hijo de don Vicente, que entre su padre y él hubo un vínculo "no sólo de sangre sino de la más absoluta comunidad espiritual", de manera que por estos motivos y por tradiciones de familia, "estaba inclinado a juzgar la época de Rosas con un criterio diametralmente opuesto" al que asumió frente a don Juan Manuel, añadiendo que "debían ser muy hondas sus convicciones históricas, para haberse podido sobreponer al atavismo de familia y a la influencia paterna, casi todopoderosa", para juzgar con ecuanimidad la actuación política del Restaurador.

"Estamos hoy con la cabeza blanca los que, siendo niños en la época de Rosas, nos reuníamos bajo la hospitalidad de una casa inglesa, para mantener viva la fe en la esperanza de la caída del tirano", decía su padre, entonces diputado por Buenos Aires, en la sesión del 10 de junio de 1878 en el Congreso Nacional. Esto no había resultado inconveniente para visitar a don Juan Manuel en su chacra de Southampton, por febrero del 73. Lo hizo en compañía de su hijo, que contaba por aquel tiempo 14 años de edad. Vicente Quesada nunca recordó con agrado aquella entrevista, a la que consideraba producto de "una curiosidad enfermiza, casi una falta de respeto para el hombre caído", como quien va "a un jardín zoológico a ver las fieras enjauladas", según relatará años depués Ernesto Quesada. También de grande, va a exhumar sus apuntes tomados en aquella visita: "Era entonces aquel octogenario un hombre todavía hermoso y de aspecto imponente; cultísimo en sus maneras, el ambiente más modesto de la casa en nada amenguaba su aire de gran señor, heredado de sus mayores. . . Señor —le dijo de repente mi padre— no querría irme sin antes aclara un punto que nunca pude explicarme con acierto: desde que usted, en su largo gobierno, dominó al país por completo ¿por qué no lo constituyó usted cuando eso le hubiera sido tan fácil. . . y habría podido contemplar satisfecho su obra, con el aplauso de amigos y adversarios?

Ah —replicó Rosas, poniéndose súbitamente grave y dejando de sonreír—, lo he explicado ya en mi carta a Quiroga (se refería a la que enviara por diciembre de 1834, desde la estancia de Figueroa). Esa fue mi ambición, pero gasté mi vida y mi energía sin poderla realizar. Subí al gobierno encontrándome el país anarquizado, dividido en cacicazgos hoscos y hostiles entre sí, desmembrado ya en parte y en otras en vías de desmembrarse, sin política estable en lo internacional, sin organización interna nacional, sin tesoro ni finanzas, sin hábitos de gobierno, convertido en un verdadero caos, con la subversión más completa en ideas y propósitos, odiándose furiosamente los partidos políticos; un infierno en miniatura. Me di cuenta que si ello no se lograba modificar de raíz, nuestro gran país se diluiría definitivamente en una serie de republiquetas sin importancia y malográbamos así para siem-

pre el porvenir; ¡pues demasiado se había ya fraccionado el virreynato colonial. . .! Todo mi gobierno se pasó en defenderme de conspiraciones, invasiones e intervenciones navales extranjeras: eso insumió los recursos y me impidió reducir los caudillos del interior a un papel más normal y tranquilo. Además los hábitos de anarquía, desarrollados en 20 años de verdadero desquicio gubernamental, no podían modificarse en un día. Era preciso gobernar con mano fuerte, primero, para garantizar la seguridad de la vida y del trabajo, estableciendo un régimen de orden y tranquilidad. . . Todas las constituciones que se habían dado obedecían al partido unitario, empeñado —como decía el fanático Agüero— en hacer la felicidad del país a palos; jamás se pudieron poner en práctica. Vivíamos sin organización constitucional, y el gobierno se ejercía por resoluciones y decretos, o leyes dictadas por las legislaturas: mas todo eso era una apariencia pero no realidad; quizá una verdadera mentira, pues las elecciones eran nominales, los diputados electos eran designados de antemano. . . Pronto comprendí que había emprendido una tarea superior a las fuerzas de un solo hombre; tomé la resolución de dedicar mi vida entera a tal propósito y me convertí en el primer servidor del país, dedicado día y noche a atender el gobierno, teniendo que estudiar todo personalmente y que resolver todo tan solo yo, renunciando a las satisfacciones más elementales de la vida, como si fuera un verdadero galeote. He vivido así cerca de treinta años, cargando solo con la responsabilidad de los actos del gobierno; vivos están todavía los empleados de mi secretaría, que se repartían por turno las veinticuatro horas del día, listos al menor llamado mío, sin respetar hora ni día, apenas daba a la comida y al sueño el tiempo indispensable, consagrando toda mi existencia al ejercicio del gobierno. Los que me han motejado de tirano y han supuesto que gozaba únicamente de las sensualidades del poder, son unos malvados, pues he vivido a la vista de todos, como en casa de cristal. . . Con mi fortuna particular y la de mi esposa, habría podido vivir privadamente con todos los halagos que el dinero puede proporcionar y sin la menor preocupación. . . Si he cometido errores —y no hay hombre que no los cometa— sólo yo soy responsable. Pero el reproche de no haber dado al país una constitución me pareció siempre fútil, porque no basta dictar un "cuadernito", cual decía Quiroga, para que se aplique y resuelva todas las dificultades: es preciso antes preparar al pueblo para ello, creando hábitos de orden y de gobierno, porque una constitución no debe ser el producto de un ilusorio soñador, sino reflejo exacto de la situación de un país. Siempre repugné a la farsa de las leyes pomposas en el papel y que no podían llevarse a la práctica. La base de un régimen constitucional es el ejercicio del sufragio, y esto requiere no sólo un pueblo consciente y que sepa leer y escribir, sino que tenga la seguridad de que el voto es un derecho y, a la vez, un deber, de modo que cada elector conozca a quien debe elegir. . . De lo contrario, las elecciones son farsas inicuas y de las que se sirven las camarillas de entretelones, con escarnio de los demás y de sí mismos, fomentando la co-

rrupción y la villanía, quebrando el carácter y manoseando todo... Era preciso, pues, antes que dictar una constitución arraigar en el pueblo hábitos de vida democrática, lo cual era tarea larga y penosa; cuando me retiré, con motivo de Caseros, el país se encontraba quizá ya parcialmente preparado para un ensayo constitucional. Y usted sabe que, a pesar de ello, todavía se pasó una buena decena de años en la lucha de aspiraciones entre porteños y provincianos, con la segregación de Buenos Aires respecto de la Confederación..."

Una buena decena de años, dice Rosas; una buena parte de siglo, digamos nosotros. Pensemos qué fueron las voluntades populares antes de la Ley Sáenz Peña, qué fueron los fraudes —patrióticos y de los otros— en la década del 30, hablamos de 1930, ayer. Qué fue de la voluntad nacional hasta esta mañana, 1973.

"Entonces —interrumpió mi padre— usted estaba fatigado de tan largo gobierno...

"Ciertamente. No hay hombre que resista a tarea semejante mucho tiempo. Es un honor ser el primer servidor del país, pero es un sacrificio formidable, que no cosecha sino ingratitudes en los contemporáneos y en los que le suceden... Por lo demás siempre he creído que las formas de gobierno son un asunto relativo, pues monarquía o república pueden ser igualmente excelentes o perniciosas, según el estado del país respectivo... Nunca pude comprender ese fetichismo por el texto escrito de una constitución, que no se quiere buscar en la vida práctica sino en el gabinete de los doctrinarios: si tal constitución no responde a la vida real de un pueblo, será siempre inútil... El grito de constitución, prescindiendo del estado del país, es una palabra hueca... He despreciado siempre a los tiranuelos inferiores y a los caudillejos de barrio... he admirado siempre a los dictadores autócratas que han sido los primeros servidores de sus pueblos. Ese es mi gran título: he querido siempre servir al país, y si he acertado o errado, la posteridad lo dirá... Otorgar una constitución era secundario. Lo principal era preparar al país para ello, y creo haberlo hecho."

Cuando Rosas muere, es gobierno de la República el tucumano Nicolás Avellaneda, bajo cuya presidencia se inauguró el parque "3 de Febrero", en terrenos expropiados al Restaurador. La casa de Palermo sirvió para Primera Exposición Rural, y es entonces asiento del Colegio Militar de la Nación. Luego será Escuela Naval y en 1893 campo verde, sin nada que lo recuerde, como diría el poeta.

Por ese tiempo José Hernández, está escribiendo la "Vuelta de Martín Fierro"; el Ferrocarril Oeste, argentino por poco más, llega hasta el Bragado; las rentas nacionales que en 1873 eran de veinte millones de pesos fuertes, bajan a trece millones en 1876, y nuestras reservas que sumaban quince millones cuatrocientos trece mil doscientos pesos oro en 1872, se reducen a ciento cincuenta y ocho mil ochocientos siete en 1877: había que salvar el honor nacional pagando a los acreedores extranjeros que nos venían "civilizando" desde Caseros en adelante. Se hizo con frase

célebre de Avellaneda, "ahorrar sobre el hambre y la sed de los argentinos".

López Jordán intentó su última revolución a fines del año anterior, siendo derrotado con Remington eficientes, en Alcaracito. En mayo de 1873, el presidente Sarmiento había enviado un proyecto de ley al Congreso, poniendo precio a la cabeza del caudillo entrerriano: 100.000 pesos fuertes.

Adolfo Alsina, ministro de guerra de Avellaneda, moría ese año —1877— después de pelear contra el indio, que otra vez es problema. Como también son problema las reclamaciones de Chile sobre la Patagonia, coletazo largo de la campaña sarmientina en 1842, como dejamos relatado en la nota 3 del capítulo XVII. En 1896 estaremos al borde de la guerra, y buscaremos el arbitraje inglés para defender la soberanía nacional.

Ese año, por primera vez un tango tendrá firma: Rosendo Mendizábal. "El Entrerriano". No está demás la mención; cuando las elecciones de 1874 que consagraron presidente a Avellaneda, don Bartolo Mitre no estuvo de acuerdo y se levantó en armas. Las tropas del general Arredondo, que lo apoyaron en Córdoba y San Luis, marchaban al combate cantando. Pero los tiempos eran diferentes. En vez de cielitos, como en el 40, entonaban un tango. "El Queco".

UNA NOTA ACTUAL

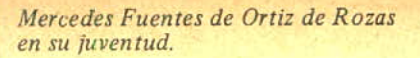
Viven en la actualidad numerosos descendientes del Restaurador.

Hemos querido visitar a alguno de ellos, y fuimos hasta la calle Viamonte al 1600, domicilio de Rafael Ortiz de Rozas, tataranieto de don Juan Manuel.

El hombre es delgado, unos 60 años derechos y ligeros, de impecable remera colorada, quizá para el recuerdo. Nos recibió como de toda la vida. Apenas franqueada la puerta, y ya la generosa sala de recibo. Cortinados, mueblería, cuadros y tiempo. Un pasado común que nos acercó fileteó la charla que anduvo por muchos temas; porteños y de boliche. Casi en el estribo y como quien no quiere irse con olvido, hablamos del Restaurador. Don Rafael mencionó algún príncipe de Rúspoli, jefe de ceremonial pontificio, bisnieto de una Ortiz de Rozas. Dijo que Manuelita, ya muerto el tata, nunca habló con resentimiento sobre la gente que manejaba la política en Buenos Aires. Supimos también que en casa "de abuelo" –así mencionan al nieto de Rosas, otro Juan Manuel, como su ilustre predecesor– el nombre del Restaurador no era opinión impuesta, ni tema necesario. Tal vez dadivosa compensación a tanto agravio circundante.

Este nieto del Restaurador, don Juan Manuel Ortiz de Rozas –con zeta, nos señaló nuestro anfitrión– fue el único descendiente varón que tuvo el hijo de Rosas, Juan Bautista, habido de su matrimonio con Mercedes Fuentes, una prima hermana de Doña Encarnación Nació en la casa de gobierno, siendo Jefe de la Confederación su abuelo, y muere en la casa de gobierno de La Plata, siendo él mismo gobernador de la provincia bonaerense, casi en vísperas de la primera guerra mundial. Presidió, además, la Cámara de diputados de la Nación; fue senador, miembro del Consejo Nacional de Educación, convencional constituyente, Director general de Escuelas, dos veces ministro de Hacienda en Buenos Aires, presidente del Banco de la Provincia, director del Banco Hipotecario y soldado en la guerra del Paraguay, donde fue herido dos veces. Era ayudante de campo del general Emilio Conesa.





Mercedes Fuentes de Ortiz de Rozas en su juventud.

Su madre, doña Mercedes Fuentes, tiene un fragante recuerdo en la familia por la dulzura de su carácter. Sus bisnietos la nombran "mamabisa".

Conocimos a otras mujeres de la casa, quienes figuran en la fotografía adjunta, salvo doña Enriqueta Ortiz de Rozas de Ezcurra –ojos celestes y bella estampa–, quien ese día faltó a la cita. Simpatía y carácter las señoras. Una juventud que los años no pudieron llevarse y algún rasgo que aún memora al Restaurador.

Estábamos en la visita, el editor Salvador Schillaci y mi hijo Gabriel, de 13 años. Ante un llamado de don Rafael, apareció –seria la boca y pura chispa los ojos– doña Josefina Ortiz de Rozas de Padilla. Nos fue presentada; miró al chico y preguntó, ignorándonos:

– ¿Y quién es este buen mozo?

Su hermano agarró el pie.

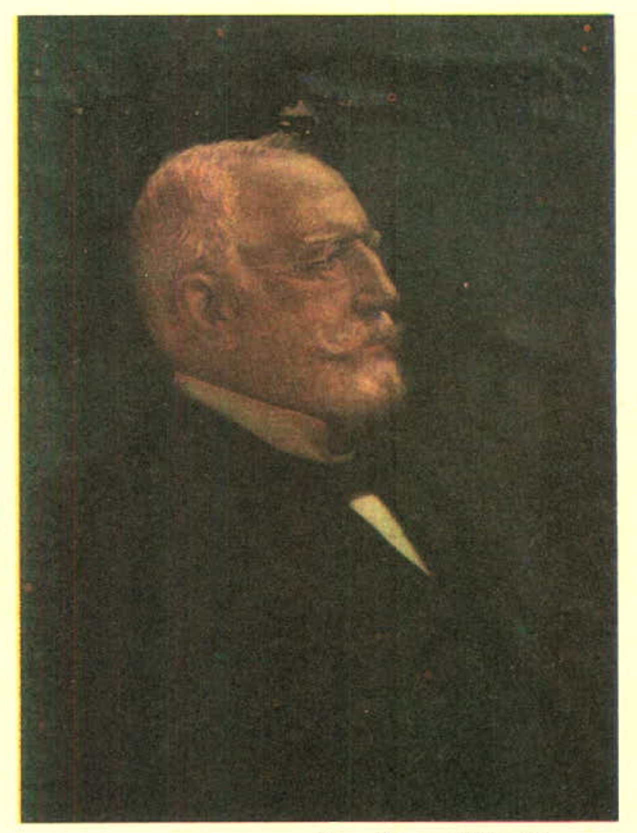
– Ha venido a pedir tu mano.

La respuesta vino ligera y casi con asombro:

– ¡Y me supongo que ya se la habrás otorgado!



Retrato de Mercedes Fuentes de Ortiz de Rozas –ya madura– hecho por los presos, a quien ésta visitaba jueves y domingos, llevándoles tabaco, yerba, azúcar y dulces.



Juan Manuel Ortiz de Rozas, único nieto varón del Restaurador, hijo de Juan Bautista y Mercedes Fuentes. Llegón a ser gobernador bonaerense entre otros cargos.



Tataranietos de Rosas. De izquierda a derecha: Eduardo León Ortiz de Rozas, Esther Malvina Ortiz de Rozas de Rodríguez, Carmen Ortiz de Rozas de Meincke, Josefina Ortiz de Rozas de Padilla, Marta Ortiz de Rozas de Ezcurra. De pie, Rafael Ortiz de Rozas.

Empujó una silla y se sentó junto a Gabriel, en ese aire de postal antigua que tenían las mujeres de entonces, tan femeninas en el recuerdo.

– Si vamos a ser novios, tenemos que irnos conociendo – le agregó modosa y digna.

Don Eduardo León es otro hermano; abogado, de modales suaves, lector memorioso. Tuvo un ponderado comentario para Manuel Gálvez y nos trajo la actualidad –porque actúan, como diría Ortega– de algunos nombres: José Luis Busaniche, Ernesto Quesada, Carlos Ibarguren, Dermidio González.

Nos fuimos de la casa que nos ofrecieron como propia, con la impresión de haber conocido una gente cabal, sin más orgullo que el necesario ni el abuso de un antepasado prócer, que en adelante será justicia entre los argentinos.

Don Rafael nos dejó escrita de su puño y letra la descendencia del Restaurador:

Matrimonio de Juan Manuel de Rosas y Encarnación Ezcurra

Hijo

Juan Bautista, que casó con Mercedes Fuentes

Nieto:

Juan Manuel, que casó con Malvina Ezcurra. Tuvieron 10 hijos.

Bisnietos:

Juan Pedro, con sucesión
María Enriqueta, sin sucesión
Ricardo, con sucesión
Federico, con sucesión
Alfredo, con sucesión
María Mercedes, con sucesión
Jorge, sin sucesión
Nicolás, con sucesión
Manuel, con sucesión
Luis, sin sucesión

Hija

Manuelita, que casó con Máximo Terrero

Nietos:

Manuel Máximo y Rodrigo. El primero tuvo una hija que murió soltera.

Bisnieta:

Vera Terrero (como su madre era rusa, el apellido se escribe Vjera)

Tataranietos que viven actualmente, hijos de Juan Pedro:

Enriqueta Ortiz de Rozas de Ezcurra, Marta Ortiz de Rozas de Ezcurra, Esther Ortiz de Rozas de Rodríguez, Josefina Ortiz de Rozas de Padilla, Carmen Ortiz de Rozas de Meincke, Rafael León Ortiz de Rozas, Eduardo León Ortiz de Rozas.

Hijos de Ricardo:

Blanca Ortiz de Rozas de Silva Garretón, José Luis Ortiz de Rozas, María Teresa Ortiz de Rozas, Fernando Horacio Ortiz de Rozas, Sara Ortiz de Rozas de Fernández Sáenz.

Hija de Federico:

Hebe Ortiz de Rozas de Fleitas.

Hijos de Alfredo:

Alfredo Ortiz de Rozas, Carlos Ortiz de Rozas, Jorgelina Ortiz de Rozas de Alvarez.

Hija de María Mercedes:

María Molina Salas de Rivas Argüelo.

Hijos de Nicolás:

Raúl Ortiz de Rozas, Graciela Ortiz de Rozas de Casco, Malvina Ortiz de Rozas de Rosotti.

Hijos de Manuel:

Manuel y Juan Manuel Ortiz de Rozas.

INDICE DE CAPITULOS

EDICIONES ARGENTINAS S.R.L.
terminó de imprimir esta primera
edición de 6.000 ejemplares el día 15
de noviembre de 1974 en sus talleres
de Gorritti 5995/99, Buenos Aires.